


27



Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

860-31
ZAM

EL OTRO

OBRAS COMPLETAS
DE
EDUARDO ZAMACOIS

TOMO I
LA ALEGRIA DE ANDAR

TOMO II
EUROPA SE VA...

TOMO III
EL OTRO

EN PRENSA:

TOMO IV
DUELO A MUERTE

EDUARDO ZAMACOLA

OBRAS COMPLETAS

C

40491

III

EL OTRO

NOVELA

(SEXTA EDICIÓN)



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1921

Ayuntamiento de Madrid

R. 1583.

ES PROPIEDAD

Será ilegal todo ejemplar que
no esté sellado por el autor



Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléfono 14-30.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

PRÓLOGO

Hay alrededor de EL OTRO una historia extraordinaria.

Hace más de veinte años publiqué en la revista Por Esos Mundos un cuento en que cierto inglés escribía cartas a una muerta, cuyas cartas, dejadas sobre la tumba, desaparecían durante la noche, revolando solas, semejantes a mariposas blancas, bajo la sombra de terciopelo de los cipreses.

De ese cuento nació la novela, en la que señalo dos "momentos" o fases: la parte física, que se prolonga hasta que Adelina Vera y el barón de Nhorres asesinan al doctor Riaza, y la parte metafísica, en la cual el finado adquiere tal vigor que se impone a las demás figuras y las sojuzga y obscurece y con crueldad inexorable las destruye. Pero, aunque de pasada y soslayadamente, haré constar cómo no obstante la independencia libérrima con que la fantasía del autor

parece moverse en esta segunda parte, siempre procuré disponer mis invenciones de modo que, aun siendo pasmosas, conservasen algo de la apariencia de las cosas reales, la disposición lógica de los hechos "que pueden suceder".

Las angustias, verbigracia, del barón de Nhorres, a quien la sombra "del otro" impide huir de Madrid, es un caso cuya explicación científica hallaremos en Las enfermedades de la voluntad, de Th. Ribot.

Y aquel momento—y no citaré más—en que Juan Enrique Halderg dispara su revólver contra el fantasma de Riaza y mata a Adelina está inspirado en un episodio cierto, acaecido en Zaragoza, y que recogí de labios del maestro don Rafael Sabillas...

De consiguiente, EL OTRO, publicado a mediados de 1910, es un libro hijo exclusivo de mi imaginación, sin ningún basamento real y preciso.

¿Cuál no sería, pues, mi asombro al saber, por todos los periódicos madrileños correspondientes al día 17 de Diciembre de 1916, que mi novela había encarnado y convirtiéndose, casi punto por punto, en siniestra historia?

ELLA y EL—¿para qué recordar sus nombres?—se conocieron solteros y fueron novios. Luego, ELLA, aunque sin cariño, se casó con otro. Más tarde, la casualidad volvió a reunirles, la vieja pasión casi olvidada despertó tem-

pestuosa, y para pertenecerse mejor determinaron envenenar al marido, que a la sazón se hallaba enfermo. Ocho gramos de arsénico les bastó, y los dos médicos que certificaron la defunción nada sospecharon; el forense dijo que el paciente había muerto de tuberculosis; el otro, que de un ataque cerebral. Esto ocurrió en una casa de la desaparecida calle de Jacometrezo, esquina a la plaza del Callao, la noche del 9 de Mayo de 1914.

Ya libres, ELLA y EL vistieron de luto, continuaron viviendo juntos y se casaron en Noviembre de 1915. ELLA era bellísima y profesora de instrucción primaria; EL, un dentista muy inteligente; se trataba, por tanto, de dos personas capaces de autoinspeccionarse bien.

Una tarde de Diciembre de 1916 EL se presentó espontáneamente en el Juzgado de guardia. Iba a constituirse preso.

—Hace dos años y ocho meses—declaró—que mi esposa y yo asesinamos a un hombre, y a partir de entonces nuestra víctima no se aparta de nosotros. Nos acompaña en la calle, se sienta silenciosa a nuestra mesa, comparte nuestra cama. Mi mujer vendrá luego. ¡No podemos sufrir más! Queremos que se nos castigue; acaso así, viéndose vengada, la sombra terrible se marche...

EL OTRO no descubre nada. ¿Cómo? ¿Quién sería capaz de leer en lo insoluble?... Pero es un

libro leal, que he sentido intensamente y me ha proporcionado horas de verdadero terror; es un nuevo llamamiento que el corazón acongojado hace al Enigma; un ventanal abierto sobre ese eterno Mañana, que a veces parece habernos, y ante el cual ningún espíritu medianamente culto puede encogerse de hombros; un pasito más dado en el camino por donde nace ha vuelto...

Hermanos míos, en las rutas de la infinita curiosidad: ¿El "Más allá" no os atormenta? ¿No pensasteis nunca en que todos los días pasamos por la hora y todos los años pasamos por el día en que hemos de morir?...

E. Z.

A LOS MUERTOS

Ayuntamiento de Madrid

I

Como una boca que bosteza en la noche, así, ante la obscuridad de la escalera, la puerta giró recatadamente sobre sus goznes aceitados; hierros sigilosos propicios al misterio de las citas de amor. Desde la densa penumbra del recibimiento, una voz femenina, vieja y humilde, murmuró:

—Pase usted...

Juan Enrique Halderg traspuso el dintel, y mientras entregaba a su interlocutora su impermeable y sus chanclos, preguntó:

—¿Ha venido?

—No, señor.

Tuvo el recién llegado un gesto y un suspiro de laxitud.

—Me lo figuraba...

Dirigióse hacia el fondo del pasillo, donde la puerta de una habitación bañada en la sucia claridad de aquella tarde invernal pintaba un rectángulo gris; avanzó lentamente; su andar, suelto y tranquilo, tenía el ritmo largo y noble de una gran desilusión. Siguióle la mujer, caminando a menudos pasos, encorvado el busto, levantados los hombros, las manos ocultas bajo el de-

lantal, como quien tiene frío. En la chimenea del gabinete crepitaba un buen fuego; la alfombra y el terciopelo de los muebles eran rojos; un amplio espejo vienés que giraba, con reverencias ceremoniosas, entre sus dos pies de madera curvillnea, ocupaba uno de los ángulos de la estancia, formando chaflán; sobre el mármol de una consola, dentro de un jarro, ardía un ramo opulento de flores. Ni cuadros, ni retratos, ni tarjetas postales exornaban las paredes, cubiertas de papel verde claro. En las ventanas, sin cortinajes, y en el vano de las puertas desnudas, triunfaba la glacial pesadumbre de los cuartos desalquilados. Los buenos dioses penates, rivales de la soledad, huyeron medrosos, llevándose consigo aquella cálida emoción, penetrante y alegre, que la vida humana esparce a su alrededor. Todo allí era frío, uniforme, hostil, como amargado por esa frivolidad ingrata de las habitaciones mercenarias, amuebladas sin amor y de prisa.

Juan Enrique permanecía en pie delante de la chimenea, callado, los brazos inertes a lo largo del cuerpo, los grandes, perplejos y desilusionados ojos puestos en las llamas diminutas que corrían, como epilépticos gusanillos de oro y de púrpura, sobre los leños.

Representaba treinta y cinco años; era de mediana estatura, delgado y elástico. Tocaba su cabeza de mandíbulas frágiles, un sombrero blando de fieltro gris; las cejas, pobladas y expresivas, eran rubias como el cabello; la aguileña nariz y el mento, redondo y suave como un talón de mujer, caían bajo el mismo plomo vertical; en su rostro, cuidadosamente afeitado, marchito hasta la lividez por las hieles de la inquietud, los labios nerviosos, plegados irónicamente, dibujaban una línea roja, sutil y vibrante; sus orejas, de compli-

cada anatomía, finas y separadas del cráneo, reveladoras eran de una taladrante acuidad perceptiva; sobre su mejilla izquierda espejeaba el cristal de un monóculo. Un gabán de color claro, corto y holgachón, envolvía su busto, de tórax deprimido y hombros angulosos; el pantalón, negro y ancho, doblado pulcramente sobre las botas para resguardarlo de toda suciedad callejera, descubría el tarso de unos pies aristocráticos, presos en lindos brodequines de charol.

De pronto, y sin levantar la cabeza, cual si hablase consigo mismo, Halderg preguntó:

—¿Sabe usted algo de la señorita Adelina?

—La vi, dos días hace, en las Calatravas.

—¿Habló usted con ella?

—No, no me atreví. Iba con una señora.

—¿Ha escrito?

—No, señor. Pero ayer estuvo aquí Dolores a decirme que encendiese la chimenea temprano, porque la señorita vendría hoy.

Miró al reloj colocado sobre la consola; uno de esos relojes de bazar cuya voz vigilante llega siempre a las alcobas donde se refugia el adulterio como un aviso, y agregó piadosa:

—La señorita Adelina ya no puede tardar.

Se llamaba Carmen. Era una vieja avellanada y mezquina, larga de manos y de rostro y muy morena. Vestía de negro, y sus pies menudos, pobremente calzados con zapatos de satén, tenían el andar tácito y sigiloso de todas esas viejas serviciales, acostumbradas a velar el sueño de los amantes y de los enfermos. Sus cabellos blancos, alisados plebeyamente sobre el cráneo, llevábalos recogidos atrás, en un moñete puntiagudo que rozaba su espalda, encorvada por los años.

La poquedad de su estatura, obligándola a levantar continuamente la cabeza, imprimía a su barbilla expresión codiciosa y mortificante; los ojos, duchos en toda laya de disimulos y vulpejías, eran negrisimos, inteligentes y redondos; la nariz, puntiaguda, sombreaba una boca cínica de labios oscuros.

Mortificada por el mirar distraído de Juan Enrique, cuyas actitudes y sobriedad de palabras revelaban una grave preocupación, Carmen agregó:

--¿Ha visto usted el tiempo? Asusta. ¡Qué modo de llover! ¿Se ha mojado usted mucho?

—Nada.

—Sí... ya... traía usted impermeable y chanclos, pero eso no basta. ¿Vino usted en coche?

—Sí.

Y añadió lentamente, arrastrando las sílabas, cual si le molestase confesar en voz alta aquella obsesión hipnotizadora que le oprímía las sienes:

—Estoy enfermo... ¡muy enfermo! Hoy, por ejemplo, es uno de esos días terribles en que no podría ir a pie por las calles.

Sonrió la vieja, y sus hombros tuvieron un alzamiento despreocupado y cordial:

--¡Boberías, don Juan! A la edad de usted y con el dinero que usted tiene, ninguna enfermedad es grave; créame a mí. ¡Ninguna! Son los nervios...

Halderg la interrumpió:

—¿Usted qué entiende ni qué sabe?

Su acento había sido colérico; después continuó, ya serenado, como en un monólogo:

—Mi estado es grave... muy grave... Viéndome andar, cualquier médico me creería atáxico. Pero, no... se equivocaría... mi mal no es medular. Hace un mo-

mento, sin embargo, al apearme del coche, mis piernas flaquearon y a punto estuvo de caer al suelo. ¿Por qué? .. Lo ignoro. Nada justificaba mi caída; era una caída absurda... Esto corrobora mis sospechas: yo creo que cuando un hombre, sano físicamente como yo, tropieza, es porque cerca de él hay un muerto que le empuja.

Calló; sus últimas palabras parecieron extender alrededor de su cabeza pálida un halo de locura, y tornó a ensimismarse, atraído por el aquelarre fulgurante que las llamas bailaban dentro del hogar. Sobre el limpio cristal de su monóculo, el fuego pintaba irisaciones bermejas. Carmen acercó un sillón al joven:

—Descanse usted—dijo.

Él se sentó, dejándose caer con el aplomado desmayo del hombre que ya no puede luchar más; y quedó inmóvil, los brazos, abandonados y colgantes; estiradas las piernas, la barbilla hundida en el lazo flotante de la corbata. La viejecilla le observó unos momentos, y por sus ojuelos, curiosos y astutos, resbaló la expresión dulce de una piedad. Luego se retiró discretamente, dejando la puerta del gabinete entornada.

Al sentirse solo, Juan Enrique Halderg se levantó para acercarse a la ventana; apoyó la frente contra el cristal. La lluvia seguía cayendo reciamente, llenando la oscuridad silenciosa de la calle con un ruido sostenido, monótono, semejante a un hervor. Bajo el aguacero, las mujeres caminaban de prisa: unas, elegantes, bien arregazadas y con los hombros envueltos en pieles; otras, trágicas, sin paraguas, los mantones colgantes, las faldas salpicadas de barro, los despeinados cabellos mojados y caídos sobre la frente. Juan Enrique volvió a sentarse; puso los pies en los mori-

llos de la chimenea, echó el cuerpo hacia atrás, buscando una actitud cómoda; cerró los ojos, y en el silencio, que inquieta y molesta a las almas vulgares, su espíritu contemplativo entróse ufanamente por lo pasado. La memoria es una gran hechicera: merced a ella, que prestando a lo ido visos de actualidad nos permite revivir lo pretérito, la breve existencia humana no parece tan corta.

Juan Enrique Halderg nació en Londres, y era el último descendiente de una noble familia. Su padre, el barón de Nhorres, había casado en segundas nupcias con su prima Jacoba Blanca Spairz, que murió tísica en edad temprana, y de la cual hubo un hijo. Aquel muchacho, generado en el crepúsculo de una virilidad, se agarraba a la vida trabajosamente; era un chiquillo espigadito y nervioso, anémico como su madre, sobre cuyas mejillas nacarinas el menor esfuerzo físico extendía dos manchas rosáceas. Los cuidados, sin embargo, de que el anciano barón supo rodearlo, fortalecieron pronto; las largas excursiones campestres, la natación y la esgrima apretaron sus músculos, y la parquedad de lecturas serenó el alborotado dinamismo de su espíritu.

Unidos por ese doble aislamiento que traen consigo las enfermedades y la vejez, los dos hombres se querían entrañablemente y demostraban no poder vivir separados. El padre salía a la calle raras veces; el hijo no tenía amigos ni iba al teatro; por las tardes guiaba un tilburi, y en el paseo, las mujeres, que apreciaban su belleza doliente y su alcurnia, le miraban emocionadas. Esta quietud, semejante a una convalecencia, duró mucho tiempo. Juan Enrique Halderg acababa de cumplir treinta años. De pronto experimentó la ne-

cesidad urgente de visjar, de dilapidar las rentas pingües acumuladas por la excesiva templanza de su juventud, de vivir lejos de su patria y de sí mismo; fué una rebeldía de todo su ser, el derramamiento de actividad que suele consumir los últimos momentos de los enfermos incurables, quizá el deseo artístico de echar sobre la vulgaridad de su vida la arrogancia de un gesto teatral.

En dos años, Juan Enrique visitó las principales ciudades de Alemania y de Francia, estuvo en Italia, contempló con unción religiosa las ruinas de Atenas, paseó su traje prosaico de hombre occidental por las calles de Constantinopla y vió, desde las orillas del mar Negro, la salida del sol. Durante esta época, la existencia de Halderg fué un vértigo. Amores, paisajes, todo huía a su alrededor como escapa la tierra bajo las ruedas de los expresos. El ansia de mirar dilató sus ojos azules, dándoles una expresión quieta y pasmada, y los latigazos implacables de la sorpresa hiperestesiaron sus nervios. Una sed quemante de novedades le enajenaba; su pacífica existencia anterior había muerto; únicamente, de tarde en tarde, las cartas de su padre octogenario iban a recordarle que el pasado existía.

Tras una breve peregrinación por los puertos mediterráneos, Juan Enrique llegó a Málaga. Allí se detuvo varios días. Quejábase del pecho, y los médicos le aconsejaron reposo; guardó cama. Cuando pudo levantarse, asombróse mucho de hallarse fatigado, abúlico, sin curiosidades y lleno el ánimo de zozobras, cual si la conciencia claudicante hubiese perdido bruscamente su centro de gravedad.

Entonces conoció a Adelina...

Fué un anochecer, en la estación del ferrocarril. Halderg iba y venía pausadamente por los andenes, donde la llegada de cada tren ofrecía a su alma vagabunda amable distracción y esparcimiento. A su lado pasó una joven viajera, elegante y de extraña belleza: tenía el rostro muy pálido, la boca breve y cruel; los ojos, ardientes, luminosos y verdes, de un verde ajeno, formaban raro contraste con los cabellos dorados, casi rojizos. Halderg la observó largo rato fijamente, con ese glacial desenfado que tienen para mirar los aburridos. Ella parecía distraída. Halderg sintió miedo, frío; repentinamente, sin haber pensado en nada, acababa de experimentar a lo largo de su espalda la sacudida nerviosa, el roce cosquilleante, de un presentimiento. Trató de seguir paseando y no pudo; las piernas no le obedecían; su voluntad se había evaporado. Cuando la joven subió al expreso de Madrid, Juan Enrique, sin darse cuenta cabal de lo que hacía, medio sonámbulo, la siguió. El vagón era de primera; estaban solos; partió el tren. Ante el revisor, Halderg declaró que no llevaba billete; había llegado tarde a la estación y no tuvo tiempo de comprarlo. Aquél preguntó:

—¿Adónde va usted?

Tranquilamente, con esa ecuanimidad que infunde el dinero, el inglés repuso:

—Adonde vaya esta señora.

Su tipo y su acento extranjeros disculpaban la originalidad extravagante de su respuesta.

—Esta señora—contestó el revisor—va a Madrid.

—Pues yo también.

La desconocida sonreía, hallando aquel incidente venturero y pintoresco. Además, la figura delicada,

casi femenina, del barón de Nhorres, interesaba y predisponía en favor suyo: la palidez de su rostro afeitado, el brillo metálico de sus pupilas azules, casi grises, la línea cínica de sus labios, habían ese interés elegante y maleano con que cautivan a las mujeres las novelas eróticas.

Hablaron. Adelina Vera tenía a sus padres en Málaga, pero ella residía en Madrid y estaba casada; su marido, don Alberto Rianza, era médico, y poseía en las inmediaciones del barrio de la Guindalera un Sanatorio de enfermedades mentales. En aquel Sanatorio, donde siempre resonaban las carcajadas estridentes o el llorar hiposo de algún idiota, vivía el matrimonio. La vecindad, realmente, era poco agradable; pero, ¿en qué vida, por feliz que parezca, no hay un resquicio de fastidio o de dolor?...

Como entre amantes las almas tardan en desnudarse bastante más que los cuerpos, las relaciones de Adelina con el barón de Nhorres tuvieron al principio toda la insignificancia de un adulterio vulgar. Al cabo, sigilosamente, Juan Enrique fué asomándose a los misterios de aquella vida; hoy era una frase, mañana una expresión de acerbo sufrimiento o de odio, las que iban acercándole al enigma; Halderg sentía su dolor, su negrura ominosa, su atracción de abismo. A sus preguntas porfiadas y astutas, la joven respondía evasivamente, mas no tanto que un terrible secreto no se trasluciese en sus palabras; aquí y allá, semejante a una mujer que huyese desnuda por un bosque, la verdad asomaba o desaparecía a través de la conversación.

Pero Halderg tenía el rasgo característico de su raza, la testarudez, y no cejó en sus pesquisas. Al fin,

llegó el arcano, aprovechando uno de esos momentos en que todas las almas, aun las más fuertes, sienten la necesidad apremiante, estranguladora, de la confesión. Adelina había empezado a referirle la historia infeliz de una amiga suya. A los veinte años casó con un médico alienista; era un tipo extraño y taciturno, cuyos ojos zahorís inspiraban miedo. Meses después, aquel hombre, que ofrecía síntomas leves de perturbación mental, se quedó impotente, y la certidumbre de que este mal no tendría remedio, entenebreció su carácter. Entonces empezó para la joven un calvario inenarrable: su marido, más enamorado de ella que nunca y acosado por los celos, la imponía castigos crueles, la vigilaba ardientemente, la rayaba con lápiz las suelas de su calzado para saber si había salido a la calle, la obligaba todas las noches a jurarle de hinojos, las manos puestas sobre un crucifijo, que no le engañaría. Nada, sin embargo, bastaba a calmarle; la hermosura de la joven despertaba su sadismo; hubiera querido verla fea, caída, inútil como él para el amor; entonces, fuera de sí, deseando destruirla, la azotaba, la arrastraba por el suelo cogida de los cabellos, la tenía secuestrada en una habitación durante varios días, desnuda y sin comer...

Adelina se expresaba apasionadamente, con ese rastro de vehemencia que deja en las almas lo vivido, y en su voz tremolante, llena de lágrimas, latía inextinguible el infierno de un rencor. De pronto, Halderg adivinó, vió claro y exclamó:

--Esa mujer eres tú.

Asustada, trató de negar; él repitió imperioso:

—Sí, eres tú. ¡Confíesalo!

Ella se echó a llorar.

—¿Cómo lo has sabido?... Yo, nada te he dicho... no quería decirte... ¿Cómo pudo escapárseme la verdad?... Yo estaba contándote una historia...

Y al hablar así, miraba a su alrededor empavorecida, disculpándose con la palabra y el gesto, recelosa de que algo invisible para los dos hubiera podido oírlo. Continuó hablando, iracunda unas veces, otras balbuciente y llorosa. Alberto Riaza la hipnotizaba, la dominaba, la oprimía despóticamente bajo uno de aquellos «envolvimientos» vitandos que los brujos medioevales ejercitaban sobre las personas a quienes querían perjudicar: la primera vez que le vió, bajó los ojos miedosa, presa de inexplicable grima, cual si repentinamente hubiese adivinado que en aquel hombre de mirar torvo y fijo, su porvenir acababa de hacerse carne y voluntad y que ya nada bastaría a liberarla de él...

Transcurrió un año, y Riaza y Juan Enrique Halderg llegaron a conocerse. Juan Enrique ya no se acordaba de Londres; junto a Adelina todos sus deseos se serenaban; aquella mujer le poseía completamente y timoneaba hasta sus más leves imaginaciones y movimientos, y mientras sus sentidos se refinaban con los excesos de su amor hasta obtener una acuidad enfermiza, su espíritu, alejado de la realidad, divagaba gozoso en el intervalo seductor de dos citas. Únicamente las cartas proféticas del anciano barón de Nherres rompían aquel dulce nirvana. El viejo, solitario y achacoso, se dolía de su abandono; la dilatada ausencia del hijo vagabundo le desesperaba.

«Desde hace tiempo—decía—va afirmándose en mi ánimo el presentimiento de que algo sobrenatural nos ha separado y de que no hemos de volver a vernos...»

Al llegar a este punto de sus rememoraciones, Juan

Enrique Halderg se estremeció violentamente y abrió los ojos. Iban a ser las cinco y media; en la chimenea las llamas se habían extinguido y el fuego que devoraba los leños se apaciguaba bajo una capa de ceniza sutil. El inglés se incorporó nerviosamente y apoyó un timbre. Volvió a sentarse. Luego, al oír los pasos de Carmen, experimentó un bienestar confortador, hondo y vivísimo. La vieja preguntó:

—¿Cómo está usted a obscuras, don Juan? ¿Quiere usted luz?

—Sí.

La claridad restituyó al barón de Nhorres todo su valor.

—¿He dormido? —dijo.

—Usted lo sabrá ..

Se inspeccionó, asombrado de su inconsciencia.

—Pues no lo sé.

Deseando parecer agradable, la anciana sirvienta rompió a reír:

—Es muy posible que haya usted descabezado un sueñecito —exclamó—, porque hace más de una hora que llegó usted, y en tanto tiempo no le he oído rebullir. Yo pensaba: «Eso es que don Juan se ha dormido...»

Halderg repuso gravemente, sin moverse ni quitar los ojos del espejo donde Carmen, con su cabecita puntiaguda y blanca y su cuerpecillo enjuto, vestido de negro, aparecía retratada:

—Me da usted miedo.

—¿Miedo yo, don Juan?

—Sí.

—¿Por qué?

—Parece usted una bruja.

La vieja tornó a reír, y en el cristal su nariz cyranesca, tajante y corva como un pico, proyectó sobre la fealdad de la boca una sombra. Halderg gritó imperioso, frotándose las manos:

—Dispénseme usted, pero... francamente, me da usted miedo: hágame usted el favor de irse...

Ella desapareció humilde, fantástica, sobre el silencio de sus zapatos de satín.

Otra vez, lentamente, con esa facilidad gozosa que tienen los solitarios para la evocación, el barón de Nhorres se inmergía en sus recuerdos.

—Adelina no viene—murmuró.

Y tras aquel pensamiento otros llegaron atraillados.

Una pregunta le quemó la frente:

—¿Habrà muerto el niño?...

Cerró los ojos, fijando toda su atención en sí mismo, como cazando el musiteo de un presentimiento. Nada vió ni oyó; la conciencia callaba; sin duda el niño, aunque gravemente enfermo, vivía aún.

Honorato iba a cumplir dos años: era una criatura exangüe, esquelética, roída por una denutrición misteriosa; los reconstituyentes no le aprovechaban; sus intestinos, de los que parecía haber huído el amor a la vida, no asimilaban; el corazón latía débilmente; poco a poco, las entrañas iban secándose, reduciéndose; una mancha rosácea, originada por un defecto en la circulación, cubría la longitud de su espina dorsal; la piel amarillenta se arrugaba sobre las carnes flácidas, desjugadas, colgantes y como desprendidas de sus huesos; en la cabeza, demasiado grande, el rostro flaco, de pómulos hundidos, desfigurado hasta lo repugnante por un prognatismo simiesco, se eclipsaba bajo la exageración hidrocefala del frontal.

Aquel niño que, al parecer, nació saludable, enfermó repentinamente y sin causa determinada; los médicos no pudieron atajar el daño; paulatinamente, como mordido por una ponzoña interior, Honorato iba momificándose, encogiéndose; el caudal de su sangre disminuía; tenía los labios blancos; sus ojos claros se emborraban en la lividez mortal del semblante; el vientre formaba una concavidad bajo la macabra armazón de las costillas.

Ante la visión de aquella agonía inexplicable, Juan Enrique Halderg, que nunca se atrevía a llamar al marido de Adelina por su nombre, murmuró:

—«El otro» le mata; ¡ya lo sabía yo!...

Desde mucho antes de nacer, Honorato fué el obstáculo que torció todo el porvenir del barón de Nhorres. Su nacimiento trajo consigo un crimen; su estrella era roja; cuando le bautizaron, Halderg sufrió una alucinación terrible; expuesto estuvo a desmayarse; le había parecido que en la pila bendita no había más que sangre.

Las relaciones de Adelina con el barón de Nhorres habían ido devanándose pacíficamente, hasta que la joven conoció los primeros síntomas de su embarazo; éste le aterró. ¿Qué hacer? ¿Cómo justificar su preñez ante el marido impotente? ¿Cómo disimularla?... Consultó el caso con Halderg.

—¿Qué hacemos?

Lo peligroso de la situación sugirió al inglés una idea criminal:

—Matar al niño—dijo—es lo más sencillo.

Ella le miraba espantada, e instintivamente se cubrió el vientre con ambas manos, como para defender la aurora de aquella vida. Juan Enrique agregó:

—Lo que te propongo no es extraordinario; lo hacen muchas, muchísimas madres, especialmente en Francia... Seguro estoy de que si las mujeres diesen a luz todos los hijos que conciben, la Humanidad ya no cabría en el mundo.

Horrorizada y furiosa, Adelina Vera protestó:

—¡Ese nunca!—dijo—¡nunca!... Prefiero matar a Alberto o contárselo todo...

Pensaron en la fuga; mas esto tampoco les era posible: Alberto Riaza, celoso y sanguinario, les perseguiría implacable hasta alcanzarles. Y Adelina tembló, creyendo ver suspendidos sobre los suyos los ojos negros, buidos como puñales, del médico. La situación era grave; estaban en un callejón sin salida. ¿Cómo escapar de él?...

Solapadamente, con andar ondulante y callado, la idea del crimen floreció en sus espíritus. De una parte la vehemente salacidad de su mutua pasión, de otra su odio a Riaza, incubaron el torvo designio. El médico, viejo, desconfiado, impotente y cruel, merecía morir. Este propósito, al principio, se ofrecía vagaroso, inconsistente; los dos amantes hablaban de él prolijamente, como para habituarse a su horror, pero no se trazaban ningún plan; la acción no seguía al pensamiento; su esfuerzo se diluía en palabras. Aquellas conversaciones, sin embargo, no eran totalmente baldías; bajo la hojarasca de las frases, resbalando entre la urdimbre de propósitos diversos, la idea homicida persistía: lentamente iba avanzando, trasminando sigilosa y elástica, como una serpiente. Su marcha empezó siendo tan astuta, que ni Adelina ni Juan Enrique la advirtieron; era un vaho que no llegaba a sus conciencias; pero, entretanto, continuaba taimada-

mento su marcha invasora, agarrándose bien a sus almas, embebiéndolas, y cuando se presentó a sus espíritus, hizo modestamente, para no asustarles. Ellos la sentían crecer, vislumbraban su fuerza, su sugestión fatal, pero ya no podían rechazarla: no aceptarían su consejo, mas lo escuchaban complacidos; les halagaba; era una especie de voluptuosidad subidísima, de hondo y extravagante espasmo carnal, producido por el maridaje del amor y la muerte, de canción sirena que les hablaba de una nueva vida...

Trancurrieron varios meses; a espaldas de la conciencia tolerante, el odio planeaba su obra que, según se perfilaba y crecía, por un miraje de la costumbre parecía más justificada y pequeña. De pronto la idea homicida explotó, se puso en pie, avasalladora, tonante, irresistible. Cediendo a su imperio, Adelina y el barón de Nhorres, aunque horrorizados de sí mismos, juraron por su amor y también por aquel hijo que no podía nacer mientras viviese Ríaza, la muerte del médico. Para afirmar su juramento, se abrazaron; estaban lívidos. Ella echó leña a la hoguera de su rencor, evocando las torturas que su marido la infligió durante dos años: golpeada, vejada, desposeída de su femenil dignidad, vulnerada en su carne y en su espíritu, sometida a todas las abyecciones que puede imaginar la lujuria execrable de un impotente enloquecido por el furor de volver a ser hombre, el Destino la otorgaba el derecho de rehabilitarse por la fuerza y de extremar su venganza hasta el crimen.

Los largos ojos verdes bañados en llanto, mordiéndose las manos de dolor bajo el recuerdo de aquellas rocas trágicas, en que con la llegada de Alberto su alcoba parecía convertirse en una pesadilla

de manicomio, Adelina Vera repetía balbuciente:

—¡Oh, si yo te contase!... ¡Si yo te contase!...

Muy pálido, sofoquinado por un crispamiento de celos, y a la vez curioso de oír algo epiléctico, desenfrenado y monstruoso, Halderg contestaba:

—Habla, di...

—No me atrevo...

—Sí, habla... ¿Qué quería ese hombre?... ¡Cuéntamelol...

Ella, al fin, empezaba a confesarse, ¡y con cuánto empacho!.. La vergüenza de tales oprobios encendía sus mejillas, ahogaba su voz; desfallecida su voluntad, dejaba de hablar. El barón de Nhorres la apremiaba imperioso:

—Sigue... sigue... ¿Y después?...

Adelina comenzaba de nuevo, añadiendo detalles; y otra vez sus fuerzas descaecían y necesitaba interrumpirse para cobrar alientos y volver a empezar.

--Si todas las infamias de Sodoma caben en el espacio de una noche — decía — ¡calcula lo que habré sufrido con ese hombre maldito en el espacio de tres años!...

Habló de escenas grotescas y tristes, absurdas como muecas de aquelarre; de complacencias sabias que Alberto Riaza la exigía para remediar, siquiera momentáneamente, la glacial atonía de su virilidad; de palabras cabalísticas, «avatares» brujos contra la impotencia. Durante los primeros momentos, Alberto exponía sus deseos humilde y razonadamente; estaba enfermo y merecía perdón. Ella, de pie, ceñida, los brazos cruzados sobre el pecho, el busto erguido y rígido en un gesto de paciencia orgullosa, le oía sin mirarle. El impetraba:

—Sé complaciente; tú, si quisieras, podrías salvarme; mi mal es nervioso...

Todos los días inventaba una caricia, un cuadro lascivo, que abrasaban su imaginación y le llevaban jadeante al cuarto de Adelina. Aquellas escenas eran de vesania. A intervalos largos, en el hondo silencio que rodeaba al Sanatorio, vibraban los gritos de los enfermos, locos o idiotas, recluidos en las celdas para incurables. Poco a poco Alberto Rianza iba exaltándose; él amaba a su esposa y ella tenía obligación de ayudarle a ser feliz.

—Desnúdate—ordenaba.

—¿Para qué?

—Porque yo lo quiero: desnúdate.

Su perversa imaginación se acaloraba, temblaban sus manos ñosas y flacas, sus ojos se desorbitaban frenéticos llamando al deseo que no venía. La lujuria, genio de la especie, flagelaba su carne vanamente. Furioso, exigía de Adelina actitudes y frases especiales:

—Levanta los brazos... echa la cabeza hacia atrás... así... así... ¡No tanto!... Ahora di tres veces: «Mi alma... mi alma... mi alma...»

Su abatimiento físico, o acaso su misma preocupación de que nunca recobraría a Adelina, le inutilizaban; entonces, como si ella fuese la responsable única de su desgracia, su pasión tornábase sádica y brutal.

—¡Miserable!—gritaba—¡miserable!... estás burlándote de mí...

Ella protestaba:

—Si no me burlo... ¡no me burlo!...

—Sí; mi dolor te hace reír y he de matarte.

Arremetía contra ella y la perseguía por la habita-

ción, loco, desgarrando a tirones sus ropas, hasta desnudarla completamente. Cuando la alcanzaba la ceñía por el talle, la golpeaba en la nuca, la derribaba al suelo. Ella, tendida boca abajo, la cara entre las manos, permanecía inerte, sudorosa, medio desvanecida de terror bajo las rodillas del sátiro. Riaza, entonces, la azotaba frenético, la pellizcaba los senos, o bien con un bisturí la pinchaba las nalgas y los flancos, succionando después ávidamente las heridas... Todo esto, sin llegar a producirle el espasmo carnal, inspirábale una voluptuosidad vampiresca, recóndita y muy dulce. Apagada aquella crisis de epilepsia, el miserable se incorporaba tambaleándose, se dejaba caer extenuado en un sillón. Arrepentido de su villana acción, balbuceaba:

—Perdóname, Adelina; perdóname... Esta vez será la última; yo te lo juro; perdóname.

Concluía echándose a llorar... Pero sus juramentos eran vancs; pasadas cuatro o cinco noches volvía al cuarto de la joven, vibrante, los ojos desorbitados, lívido de lujuria, como si fuese a una misa negra; castañeteaban sus dientes blancos, su barba pintiaguda temblaba sobre el mento convulso; estaba repugnante; parecía un poseso.

Cierta noche Adelina Vera, encerrada en su dormitorio, se negó a recibirle. Desde la obscuridad del pasillo, Alberto Riaza murmuraba:

--Abre.

Y su voz, en aquellos momentos satánicos, era fascinante, irresistible; no parecía suya. Adelina repuso:

—No te abro; vete.

Confirmó él su orden, y reiteró ella su negativa.

Confiaba en la solidez de la puerta, cerrada con

llave y por un pestillo bastante fuerte. Para mayor seguridad, ella misma apoyó un hombro contra los batientes, dispuesta a resistir. Hubo un silencio: a través de la madera la joven creía percibir en su rostro la mirada del médico; un effluvio hipnótico, caliente como una llama, que debilitaba su voluntad. Tuvo miedo... La puerta, obligada desde fuera por una energía sobrehumana, comenzó a crujir; sus hojas se combaban, gimieron sus goznes; Adelina, rechazada hacia atrás, vaciló. Al fin la cerradura y el pestillo saltaron con un ruido bronco, semejante a un tiro. Rianza, epiléptico, tenía la fuerza de veinte hombres. La víctima quiso huir, abalanzarse a la ventana y pedir socorro, mas el médico no la dió tiempo, y asobar-cándola rudamente, la sofaldó y comenzó a azotarla; los dedos rígidos, duros, de su mano crispada implacable como una disciplina, acardenalaban sañudos la carne blanca; la epidermis, de suavidades séricas, se veteaban de rojo, Adelina rompió a llorar; imp'orante como una niña, repetir:

—Ya es bastante, Alberto... ya es bastante...

Rianza parecía no oír y continuó flagelándola; el terrible sádico no se cansaba; por momentos aquella tortura le producía un regocijo sanguinario mayor. Enloquecida, más que por el dolor por la prolongación del sacrificio, la mártir empezó a gritar; pero en el silencio que rodeaba el Sanatorio, sus lamentos, mezclados a los alaridos de los enfermos, carecían de importancia. La violencia de la actitud en que estaba, con la cabeza más baja que el resto del cuerpo, agolpó su sangre a la garganta; su voz iba enronqueciéndose, apagándose. Concluyó por quedarse afónica, y su llanto debilitado, fué como un estertor. Alberto Rianza, in-

fatigable, las mandíbulas cerradas convulsivamente, siguió castigándola. De pronto, por efecto de una descarga nerviosa, las fuerzas le abandonaron y soltó a su víctima, que cayó al suelo. Aquella noche no hubo caricias. La bárbara flagelación había durado una hora justa.

Estas escenas de voluptuosidad sanguinaria persistieron durante más de un año. Luego el sadismo de Rianza comenzó a variar, espiritualizándose hasta transformarse en una especie de locura mística. Su impotencia incurable, su seguridad de que jamás podría adueñarse de aquella mujer a quien había deseado ardientemente, y al mismo tiempo ciertos resabios de la educación religiosa que recibió en su infancia, fueron causa de que su antiguo amor se trocase en implacable aborrecimiento. La absoluta fidelidad de Adelina ya no bastaba a sosegarle; sus antiguos celos se hiperestesiaban, convirtiéndose en mortal ojeriza, aquel cuerpo tan hermoso, tan apetecible, tan joven, separado de él a perpetuidad por la ruina de su virilidad, le inspiraba aversión. Alberto Rianza detestó a Adelina por reflexión, razonadamente; en amor, como en todo, los intereses de la especie y los del individuo son rivales: lo que a éste le arruina, beneficia a la otra; la castidad es un egoísmo; el casto se olvida de la humanidad y es fuerte; el amor, en cambio, es una filantropía: el que ama, debilitándose, se olvida de sí mismo. Entonces comprendió por qué la mujer expulsada del Templo está maldita; la mujer es la aliada del Diablo; ella simboliza el lujo, la ambición, el libertinaje, la lascivia que extenua a los hombres y les oculta el camino de la redención. Rianza consultó textos, y los autores místicos corroboraron su misoginismo.

mo. La mujer, carnosa, sanguínea, niega con las alegrías de su vientre fecundo a Jesús, desangrado y casto. La Iglesia, al proclamar la virginidad de María, pretende horrar el pecado de su maternidad; la Virgen reniega de la Madre y la vence. ¡Maldita la entraña deliciosa destinada a recibir el semen del hombre; malditos también los senos, fuentes de impurezas donde los niños maman, con la leche, la curiosidad de vivir..!

De Oriente a Occidente, según las civilizaciones siguieron la marcha del sol, el imperio de la hembra traza una línea descendente. En la India varias veces milenaria, de los Vedas, las mujeres de Trita machacaban con una piedra sagrada cierta planta afrodisíaca cuyo jugo amarillo, llamado Soma, infundía vigor a los animales y a las plantas, y concedió a los dioses la inmortalidad.

En Fenicia Salambó llora inconsolable en el equinoccio de otoño, y su llanto copiosísimo, convertido en lluvia, empapa la tierra y la fecunda. Ante el tabernáculo revestido de oro, cual hecho de sol, el fenicio adora en una esmeralda gigante, verde como las florestas y como el mar, y que tiene la forma de los órganos femeninos de la generación a la diosa que perpetúa el rito de la vida.

En Grecia, la feliz, la retozona, la eterna, que sembraba trigo sobre las tumbas de sus muertos para demostrar que la vida no concluye nunca, los sacerdotes de Ceres celebraban a media noche una misa orgiástica a la cual las mujeres asistían desnudas y con las frentes ceñidas de mirtos y de pámpanos. Allí también nacieron las fiestas lupercales y el culto fálico, el más goloso, el más expresivo de los misterios de Eleu-

sis. «Sin mi mediación—decía el dios prepotente—, sin bajar yo a la Tierra, no habría amor posible y se extinguiría la vida. Sin amor se acabarían la humanidad, los animales, las plantas. Sin mí, el mundo quedaría despoblado y a oscuras...»

Pero en Occidente, la mujer elevada al altar por las religiones antiguas deja de ser sacerdotisa; la Iglesia la maldice, los obispos arrojan sobre la impura un torrente de agua bendita; la virtud se avergüenza del amor y se refugia en la esterilidad del convento; Eva, pisando la cabeza de la serpiente, pisotea también a sus hijas...

Alberto Riaza pensó que la Iglesia tenía razón, y su forzada castidad muduse en intransigente y fiero misoginismo. Semejante a los artistas fracasados que aborrecen la gloria cuando se convencen de que no pueden obtenerla, Riaza, en su impotencia, abominó de Adelina. Aquella mujer era la causa única de su desgracia; por lo mismo debía vengarse de ella, someter su belleza satánica a feroces torturas, matarla... A partir de este momento, su imaginación tenebrosa comenzó a perfilar los detalles de un martirio refinado, inaudito y definitivo.

Al fin creyó hallarlo.

Una tarde sorprendióse Adelina de ver que en su alcoba, y por orden de Riaza, un albañil estuviese sujetando al soldado tres argollas de hierro pequeñas, como de cinco centímetros de diámetro cada una. Aquellas argollas fijaban los vértices de un triángulo equilátero perfecto. La joven, pensativa y miedosa, reflexionaba:

—¿Para qué servirán?

Conociendo su preocupación, el albañil exclamó:

Por lo visto, usted no adivina para lo que es esto; yo, tampoco. Don Alberto me ha recomendado mucho que queden bien puestas; no sé más...

Llegó la noche; en el silencio los alaridos de los dementes resonaban amedrentadores. Adelina, llena de pavor, veló hasta muy tarde. En el reloj que decoraba el frontispicio del Sanatorio sonaron las doce, la una... Entonces, creyendo que su marido ya no iría a visitarla, se acostó. Momentos después apareció Alberto; iba lívido, más lívido que nunca y con los pies descalzos; parecía sonámbulo: atada alrededor de la cintura traía una cuerda, y en las manos una fusta corta y vibrante. Se aproximó al lecho:

—Vengo—dijo—a martirizarte; te odio; yo, mientras tú vivas, no puedo vivir...

Ella se incorporó humilde, y cruzando las manos sobre el pecho, trató de encalmar a la fiera.

—Alberto... por piedad... ¿qué daño te hice yo?... ¿Por qué me maltratas así?... Echame de tu lado, si no me quieres; mis padres me recogerán...

El replicaba:

—Eso deseas tú, irte... ¡Oh! Pero no te irás... no te dejo. Necesito acabar contigo; ya no son tus besos, sino tu vida, lo que quiero. Tú eres el mal, tú eres la locura, tú eres el abismo; cuando yo te mate, habré matado al Diablo en ti y recobraré la salud.

Hacia tiempo que aquellas escenas sádicas habían perdido todo su antiguo carácter erótico; Riaza ya no ansiaba la posesión de Adelina; su misticismo sólo quería el exterminio de la hembra, chupar la sangre de su cuerpo flagelado, ver la muerte en la congoja de sus ojos inmovilizados por el dolor.

—Levántate—dijo.

Sus pupilas iracundas se enrojecían. Ella repuso:

--¿Para qué?

--Para castigarte. Estos días me siento peor; tu cómplice, el Diablo, no me deja dormir y quiero escarmentarle.

Rápidamente iba creciendo su excitación; temblaban sus manos; una mueca asesina descubría sus dientes castañeteantes bajo los labios glaciales y lívidos; sus músculos adquirían el vigor sobrehumano de la epilepsia. Hasta que la crisis pavorosa y vitanda se produjo. Riaza entonces cogió a Adelina por el pelo, y a rastras la sacó del lecho; sin hablar comenzó a magullarla el vientre y los muslos a puntapiés: ella, inclinada y vencida hacia adelante por el dolor de sus cabellos, no resistía. Alberto, de un tirón, la despojó de su camisa, y viéndola desnuda y tan bella, su furia arreció: las carnes turgentes de la mujer son una de las sonrisas más astutas del Diablo; una ola de odios subió a sus sienes. Apagó la luz; en la obscuridad del dormitorio apareció el rectángulo blanco de la ventana, bañada en luna. Riaza empuñó la fusta, cada uno de cuyos golpes breves, sibilantes, parecía tatuar sobre los lomos de la víctima una línea roja. Ella yacía en el suelo, inmóvil como una estatua derribada de su pedestal. La luna, la vieja Hécate, terrible y pálida, que ha visto bailar a los muertos y preside en los campos la desfloración de las vírgenes, alumbraba el martirio.

De pronto el médico soltó la fusta; sonreía; el último momento del suplicio que tan sabiamente había preparado iba a llegar; su alma cruel se esponjaba de gozo. Trabó a Adelina por los brazos arrastrándola hacia donde estaban las argollas. Ella lloraba, em -

vorecida por el enigma de aquel nuevo tormento.

—Otro día —murmuraba la infeliz—, otro día... no puedo más...

Pero él, inflexible:

—No—replicó—, hoy, ahora... he de martirizarte hasta que mueras.

Dócilmente, privada de voluntad por el castigo, Adelina se puso de rodillas y con el cuerpo curvado hacia adelante sobre aquel misterioso triángulo de tortura que dibujaban las argollas. Despacio, como artista que se complace en su obra, Alberto Riaza desciñóse la cuerda, de recio y flexible cáñamo, que a prevención llevaba alrededor de la cintura, y cortó-la en tres pedazos: con el más largo sujetó el cuello y las manos de su víctima a una de las argollas, y los otros dos le sirvieron para ligarla estrechamente a las argollas restantes, pasándoselos por encima de las corvas. Merced a este ardid diabólico, la mártir quedaba sujeta al suelo y privada de todo movimiento, con las mórbidas caderas en alto, bien abiertos los muslos, los erectos senos colgantes y crecidos por la atracción de la gravedad.

Hecho esto, el sacrificador dióse a bailar una danza histérica, delirante, alrededor de su víctima; sus brazos se retorcián con espasmos sabáticos.

—Maldita—baluceaba—, maldita; ya te tengo... ya no te escaparás... Ahora es cuando vas a morir...

Y seguía bailando ágilmente, veloz, infatigable retorciéndose en la penumbra argentina de la habitación silenciosa, llena de luna. Era una visión de aquelarre, una mueca de locura, terrible y grotesca.

Después empuñó la fusta y comenzó a azotar a Adelina; menudeaban los golpes, y eran éstos tan

rápidos y seguidos que formaban un rumor de agua-cero; ensortijados arabescos violáceos y azules macularon la carne castigada; la sangre brotó. A los vagidos desgarradores que el tormento arrancaba a la suplicada, respondían irónicos los del idiota encerrado en su celda, al otro extremo del manicomio. La voz de Adelina iba extinguiéndose; el terror de morir estrangulaba su garganta; no podía moverse, como si sus muñecas y sus rodillas hubiesen echado raíces; sintióse desfallecer, cerrábanse sus ojos; empapó su frente un mador de agonía; la sangre de sus heridas corríale por los flancos como un sudor mortal.

Riaza, convertido en vampiro, se había hincado de rodillas y comenzó a chupar aquel líquido rojo, todavía caliente, cuyo acre sabor le enajenaba como aquel terrible brebaje llamado timpanón con que los brujos medievales desencadenaban la locura de la misa negra. Pero esto no satisfacía su crueldad, y a cada momento sus mandíbulas se crispaban y la caricia de la succión terminaba en mordisco. Experimentó una nueva aberración, una crisis de antropofagia. Fuera de sí, cual si la flagelación no fuese suplicio bastante, acometió a la joven a dentelladas: atarazóla las caderas, las espaldas, y deslizándose bajo su vientre comenzó a morderla los senos; la sangre manaba abundante de los pezones destrizados. Ella, sacudida por aquel inesperado dolor, prorrumpió en espantosos alaridos; su cuerpo se crispó en una torsión indescriptible; ginieron las argollas bajo el esfuerzo titánico que las piernas y los brazos de la víctima realizaron para recobrar su libertad; pero las cuerdas, sabiamente atadas, resistieron; y el vampiro pudo seguir rumiando aquellos pechos hinchados y colgantes como

ubres caprinas. Finalmente, el monstruo, animado por la idea de exterminar en su víctima los órganos de la fecundidad, se incorporó tigresco y gateando fué a colocarse tras ella. La tragedia de la dulce Ashera, despedazada por Molok, iba a repetirse. Sus manos, crispadas y endurecidas por la epilepsia, se hincaron sobre las nalgas de la mártir, separándolas, como para desgarrarlas; y, rápido, avanzado las mandíbulas en un gesto prógnata de fiera, hundió la cabeza entre los muslos y la mordió en el sexo profundamente. Allá dentro, en la entraña sagrada que perpetúa la vida, los dientes del vampiro rechinaron gozosos. Todo su cuerpo protervo ardía.

En aquel momento, la misma barbarie del suplicio devolvió repentinamente al verdugo su virilidad; su carne abyecta de inquisidor despertó; fué un frenesí pánico, una convulsión de infierno. Entonces se levantó del suelo y afianzándose a las nalgas de la sacrificada, realizó entre ellas un ayuntamiento desgarrador y abominable. Adelina Vera no se quejó: había perdido el conocimiento...

Cuando la joven terminaba de referir a su amante una de aquellas escenas diabólicas, Juan Enrique Halderg estaba pajizo, anhelante, cual si acabase de trepar por un largo y empinado camino. Una emoción sanguinaria le dominaba.

—¡Canalla!—repetía—, ¡canalla!... Ese degenerado no merece vivir; hay que matarle.

Y ella, pensando en el horror de su historia y en el hijo que llevaban sus entrañas, contestaba como un eco lúgubre:

—Sí; hay que matarle.

Empezaron a urdir su crimen.

Con objeto de poder ir al Sanatorio cuantas veces quisiera sin despertar la celosa suspicacia del médico, el barón de Nhorres se fingió neurasténico. Alberto Riaza le interrogó y reconoció minuciosamente. Aquel primer examen fué laborioso; duró más de una hora. Realmente, Juan Enrique Halderg no estaba sano; él mismo, un poco sorprendido, lo comprendió así.

—¿Por qué no me sostiene usted la mirada?—le preguntó Riaza.

El barón de Nhorres repuso bajando los párpados:

—No puedo..

—Vamos, sea usted valiente; anímese usted.

Se adivinaba en el médico la fuerza tiránica de un carácter extraordinario que, aunque vivía obscuramente, hubiese podido llegar a ser mucho. Trató Halderg de abrir los ojos y, mal de su grado, tornó a cerrarlos, hipnotizado. ¿Cómo no había Adelina de rendirse a la mirada demoníaca de aquel hombre?... Y entonces fué cuando, por primera vez, comprendió toda su esclavitud y midió su tortura. Alberto Riaza aseguró a Halderg que su desequilibrio carecía de importancia, le prescribió un plan más higiénico que terapéutico, y le regaló una medicina, dividida en veinte papelillos, que debía de tomar de seis en seis horas y que el barón de Nhorres, apenas salió del Sanatorio, tiró a la calle.

Fiel a la línea de conducta que se había impuesto, Juan Enrique continuó asistiendo a la consulta de Riaza dos veces por semana. Sin causa aparente, su dolencia parecía haberse agravado. El médico le aconsejó tomar duchas.

—Si quiere usted—dijo—puede recibirlas aquí. Tengo un gabinete hidroterápico excelente.

Halderg aceptó, y todos las mañanas, durante nueve días, un coche le llevó al Sanatorio. Así, poco a poco, la costumbre de verse con frecuencia iba poniendo lazos de amistad entre los dos hombres. Alberto Riaza, especialmente, llegó a sentir por el inglés afecto cordial. Era el médico un individuo fibroso y de mediana estatura; tenía la frente calva y bombeada, los ojos negrísimos, hoscos y grandes, la nariz aguileña; una barba puntiaguda alargaba el semblante flaco y cetrino. Hablaba poco y siempre discretamente; su voz clara, firme, en la que jamás había la inflexión dulce de una pregunta, transparentaba el vigor rectilíneo de la voluntad. Oyéndole, Juan Enrique Halderg se admiraba de cómo aquel hombre, aparentemente caballeresco y equilibrado, fuese en la intimidad tan miserable.

Adelina había entrado en el cuarto mes de embarazo; la situación de los amantes se agravaba por momentos. Era indispensable deshacerse de Riaza; pero ¿cómo le matarían?... Las tragedias que, con su hermosura novelesca, seducen desde lejos a los imaginativos, al acercarse les horripilan y les vuelven hacia la virtud. A todas horas, Juan Enrique rumiaba el mismo pensamiento:

«Hay que matar a ese hombre.»

Pero, ¿quién?... ¿Sería él? ¿Sería Adelina? ¿Serían los dos?... Y al pensar en esto el porvenir se le representaba como algo entintado, semejante a una tiniebla sin fin, sobre la cual, muy lejos, la idea del crimen parecía una gota de lacre rojo. Entretanto y de tarde en tarde, Adelina Vera le hablaba de sus secretas torturas.

—Ahora—decía—Alberto parece más apaciguado, pero no acaba de renunciar a mí. Anoche mismo...

Se interrumpía. Halderg, desesperado, la interrogaba con los ojos. Ella exclamaba, sollozante:

—No me obligues a hablar; ¿para qué? Ya conoces su manía. Está loco y yo creo que voy a volverme loca también...

—¿Por qué no lo dejas? ¿Por qué no huímos?

—No puedo dejarle; ¿no sabes que no puedo, que me falta valor?

El, recordando la mirada hipnotizadora del médico, concluía:

—¡Es verdad!...

De este modo, ahondando en su propio dolor, los dos, tácitamente, se ratificaban en su juramento de asesinarle.

Como otros años, a mediados de Junio, el matrimonio Riaza se trasladó a una finca de su propiedad situada a orillas del mar, cerca de Vigo.

—Si piensa usted pasar el verano en Madrid y necesitase usted de mis servicios—dijo Riaza a Halderg—aquí, al frente de mi Sanatorio, queda un profesor de toda mi confianza.

Juan Enrique agradeció la advertencia.

—Aún no sé lo que haré—repuso—; pero si salgo de Madrid, le ofrezco a usted una visita.

Bruscamente, la idea del crimen había llenado su ánimo; temblaba. Alberto Riaza le miró de un modo extraño y no contestó. Hablando, llegaron a la puerta de la clínica; allí se detuvieron.

—Salud, señor barón.

Juan Enrique contestó:

—Salud; hasta muy pronto.

Inclinóse cortés; Alberto Riaza, por distracción sin duda, no le dió la mano.

Halderg, que no había podido despedirse de Adolina, vivió cinco o seis días de horrible inquietud.

«No me escribe—pensaba—; ¿qué sucederá?...

A la semana siguiente recibió una carta de ella, escrita con lápiz y en caracteres grandes, desesperados, casi ininteligibles. Decía:

«No sufro más, no puedo sufrir más. Si no vienes, me mato. Anoche, otra vez...»

La carta, discretamente, como en previsión de alguna futura complicación judicial, no estaba firmada. Olía a crimen.

Juan Enrique Halderg ya no vaciló. Aquella misma tarde, sin otro equipaje que un traje interior metido en un maletín de mano, subió al expreso de Galicia. La noche siguiente la pasó en Vigo, en una fonda inmediata a la estación del ferrocarril. Cenó parcamente y se acostó temprano, pero lo fué imposible dormir. A cada momento se ofrecía a su espíritu la misma afirmación:

«Hay que matar a ese hombre, pero en seguida...»

Y como la voluntad vacilase cobarde, la conciencia agregaba:

«Si no es a eso, entonces, ¿a qué has venido?...

Trató de coordinar un plan. ¿Desafiar a Riaza?... Imposible; ¿con qué pretexto?... Además, no era verosímil que el médico, ajeno seguramente al manejo de las armas, aceptase un desafío en condiciones graves. Halderg pensó que acaso fuese mejor escribir a Riaza diciéndole que estaba enfermo y rogándole que fuese a visitarle; y una vez allí, cerrar la habitación y noblemente arrancarle la vida. Pero este recurso también le pareció disparatado, porque no hallaría modo de negar su crimen y le prenderían como a un asesino vulgar.

«¡Ah!—pensaba Halderg—, si yo tuviese la fortuna de tropezarme con ese hombre en el campo, en un paraje solitario... ¡Eso sería lo mejor!...»

Las primeras claridades matutinas sorprendieron a Juan Enrique despierto. A esa hora, convencido de que no lograría trazarse un plan discreto, se levantó, vistiéndose rápidamente y salió a la calle. El tiempo era hermoso: el sol reía en los caballetes de los tejados. Buscó un coche.

—¿Conoce usted la quinta de don Alberto Riaza?...

El cochero repuso:

—Sí, señor.

—¿Qué tardaremos en llegar?

—Dos horas, poco más o menos; porque advierto al señor que en estos días ha llovido mucho y los caminos están muy malos.

El barón de Nhorres consultó su reloj. Eran las seis.

«A las ocho estoy allí—pensó—, es buena hora, porque en el campo se madruga».

Añadió en voz alta:

—Vamos, pues.

Pero el auriga tuvo un ademán de desconfianza.

—Ese señor Riaza es médico de locos, ¿verdad?... El señor, sin duda, va a visitarle porque está enfermo...

La sospecha de su interlocutor hizo sonreír a Halderg.

—No pase usted cuidado—repuso—; yo, afortunadamente, no soy cliente del señor Riaza; soy un amigo...

—¡Ah!... Muy bien, muy bien...

Momentos después el coche salía de la ciudad y ro-

daba diligente por un pintoresco camino que ondulaba tendido a lo largo de la playa, ante el panorama esplendoroso del mar, inmenso y azul.

Tumbado en el fondo del vehículo, ajeno al paisaje, el barón de Nhorres pugnaba estérilmente por urdir un crimen. ¿Cómo le recibiría el médico? ¿Hallaría en la cordialidad de su acogida fácil pretexto para volver a visitarle; o, por el contrario, sería ésta descortés y agría, en cuyo caso, nada improbable, tendría que accechar a Riaza y cazarle en el campo como a fiera?... Y discurriendo en esto, pensaba también en Adelina y en aquellos cuadros vitandos de manicomio que ella le había contado. ¿Qué nueva desesperación dictó a Adelina los renglones trágicos de su carta? ¿Habría sido descubierto su embarazo, o era que el médico, aventajándose a sí mismo, había burlado y agudizado sus torturas hasta lo irresistible?...

Cuando el coche se detenía ante la entrada de la tapia alegre, recién revocada de azul, que circundaba la quinta de Riaza, éste y su mujer, vestidos con trajes blancos de mañana, abrían la puerta del jardín. El barón de Nhorres descendió del vehículo prestamente y acudió al encuentro del matrimonio. En aquel momento crítico despertó en Juan Enrique esa extraordinaria facultad que, para representar las comedias de la vida, poseen todos los hombres. Su saludo fué ingenuo, envolvente, cordialísimo; parecía encantado de verles; había llegado a Vigo la víspera, por la noche, y su primer cuidado fué ir a visitarles. Su afectuosidad, sin embargo, no obtuvo correspondencia; Alberto Riaza le recibió fríamente, rozando apenas con la punta de sus dedos la mano que Halderg le ofrecía abierta en un gesto magistral de noble y sincera sim-

patia. El saludo de Adelina, rígida y lívida, bajo su sombrero «pamela», también fué glacial.

Riaza dijo:

— Si quiere usted descansar un momento, volveremos a casa.

— No, muchas gracias, no estoy fatigado; acabo de levantarme... ¡Al contrario!

— Entonces...

Y el médico se interrumpió al mismo tiempo que sus labios apuntaban un sonrisa, como invitando a Halderg a la despedida. Juan Enrique sufrió en las mejillas toda la desairada insolidez de su situación. ¿Qué hacer? Riaza agregó, casi hostil:

— Lo siento mucho, señor barón; pero nosotros por las mañanas, apenas bebemos nuestro desayuno, tenemos la costumbre de ir a pasear un ratito a la playa. Así, pues...

Era necesario marcharse. Adelina, disimuladamente, clavó en su amante una mirada desesperada, agudísima, como un grito de socorro. El barón de Nhorres se sintió animado. Impávido, dispuesto a afrontar la humillación de una negativa, repuso:

— Pues, si ustedes me lo permiten, les acompañaré; el coche me esperará.

No había modo de excusarse: Riaza asintió con la cabeza.

— Como usted guste.

Echaron a andar, acercándose a la costa, por toda aquella parte muy alta y fragosa. Adelina caminaba delante. El médico inició una conversación trivial.

— ¿Conocía usted Galicia?

— No, señor.

— ¡Ah!...

—Pero, por lo poco que he visto, me parece una región muy hermosa.

—En efecto, es bellísima. Yo, soy de aquí...

Continuaron hablando desabridamente y a intervalos largos, como si realmente las hermosuras bravías del paisaje embabiesen toda su atención. Juan Enrique pensaba:

«He hecho bien en quedarme, porque este hombre me odia...»

Y le estremecía un sentimiento arcano de rencor y de miedo, causado por la convicción de que la hora del crimen ya estaba muy cerca. Caminaban por un terreno pedregoso, sembrado de pinos y de cardos gigantes, que subía en áspera pendiente hacia el límite de la costa. La ascensión era fatigosa. Adelina avanzaba despacio, apoyándose sobre el fino bastón niquelado de una sombrilla roja; bajo el traje ceñido, su cuerpo flagelado, mancillado por todas las groserías de la lascivia y de la ferocidad humanas, tenía una ondulación lánguida y triste.

Habían dominado la cima del monte, cortado a tajo sobre el mar. Al pie del acantilado, entre rocas vestidas de musgo, semejantes a esmeraldas enormes, las olas, empujadas por el viento, se estrellaban tableteando con fragor horrísono. Bajo la magnificencia deslumbradora del sol, la tierra, el cielo y el mar componían sobre la lontananza un paisaje soberbio. Halderg miró a su alrededor, y otra vez sus ojos y los de Adelina Vera se encontraron, mezclándose en el mismo pensamiento. Riaza debía morir; lo habían jurado. Instintivamente, el barón de Nhorres, como buscando la complicidad de la Naturaleza, se acercó al abismo; sus pies, calzados con zapatos de charol, tenían un ca-

minar inquieto; en la fresca claridad mañanera, su cuerpo flexible, vestido de muletón blanco, dibujaba una silueta olegante y cosmopolita.

A la izquierda, a una distancia circuncirea de medio kilómetro, el monte retrocedía tierra adentro, dejando una cinta de playa sobre cuya arena yacían tumbadas, componiendo una especie de aduar, varias barcas pesqueras. Al lado opuesto y detrás, el terreno se hinchaba en ondulaciones rocosas y abruptas; enfrente, como pantalla destinada a recoger las claridades diurnas, el horizonte colgaba su milagro azul. Bandadas de gaviotas cruzaban el espacio. Adelina se había sentado sobre una piedra, dando cara al océano; los dos hombres, en pie junto al borde del acantilado, observaban el panorama. Las olas, sopladas por el viento, irisadas de verde y de añil, empenachadas de blanco, cabalgaban hacia la costa, amenazándola con aquel poderío soberano que parecen recibir desde abajo como una savia telúrica, y al cabo la embestian furibundas, deshaciéndose luego en espumas hirvientes, La voz milenaria del mar llenaba el firmamento.

Halderg exclamó:

— Esto es muy hermoso.

Y Riaza repuso distraído:

— Sí, muy hermoso.

El barón de Nhorres sentía llegar la catástrofe y, como antes, simultáneamente, experimentaba pavor y alegría; una alegría torva y ancestral. Estaban solos. Señalando con un gesto al abismo, interrogó:

— ¿Es muy hondo aquí el mar?

— No — contestó Riaza —, dos metros a lo sumo.

— ¿Nada más?

— Nada más. Vea usted...

Aproximóse al precipio sin desconfianza; abajo, a una distancia de ocho o diez metros, las olas convulsas iban y volvían sobre un lecho de rocas blancas, limadas por el trajín eterno del agua. El médico agregó, extendiendo un brazo:

—La profundidad temible empieza un poco más allá, en aquella línea oscura...

No concluyó la frase; un empujón violentísimo que recibió en la espalda le despeñó al abismo. Halderg miró a Adelina; la joven, livida, con lividez de muerta, se había levantado.

—¡Sabe nadar!—gritó.—¡Sabe nadar!...

Inclinados sobre el borde del tajo, observaron la tragedia. Riaza había tenido la fortuna de caer sobre una ola, que, librándole de estrellarse contra las rocas, después de arrastrarle hacia el mar, en una especie de terrible succión, le devolvía ileso a la playa. El médico nadaba vigorosamente. Un instante Juan Enrique y su cómplice permanecieron estáticos, mudos de terror ante aquel hombre que parecía regresar a ellos desde la otra vida. Las manos crispadas de Riaza tocaban ya al acantilado y trataban de agarrarse a él, cuando una ola, cogiéndole por la cintura, le arrebató de nuevo hacia el mar; pero, transcurrido un instante, el náufrago, animado por el frenesí de vivir, se acercaba otra vez.

De pronto Halderg empezó a correr de un sitio a otro, cogiendo piedras, que luego tiraba con todas sus fuerzas a la cabeza del médico; dos de ellas dieron en el blanco. Fué una escena horrible; sobre el gran fondo cerúleo de las olas, obscurecidas en aquella parte por la sombra del acantilado, el náufrago levantaba su cabeza pálida, manchada de sangre; sus brazos con-

vulsos azotaban el agua desesperadamente; en el livor de su mano derecha brillaba una lanzadera, formada por un topacio enorme, y aquella piedra, color de sol, ardía como una pupila. Aniquilado por su propia crueldad, o hipnotizado acaso por los ojos de su víctima, el barón de Nhorres permanecía inerte; Riaza iba a salvarse y él no podía impedirlo.

Adelina Vera empezó a gritar:

—¡Mátale..., mátale!...

Halderg la miro estúpido, desfallecido, y no se movió. Ella entonces, poseída de repentina furia, comenzó a lapidar al médico; el odio acumulado en su alma durante tantos años de dolor, estallaba entonces; todas sus pedradas eran certeras, terribles, como dirigidas por la fe que tenía en la justicia de su venganza. Al cabo cogió una piedra grande, tan grande, que dos hombres no hubiesen podido moverla, y, levantándola con ambas manos, la dejó caer casi a plomo sobre la cabeza de Riaza; el golpe resonó lúgubramente en las concavidades del acantilado; fué mortal. Extenuada por el esfuerzo realizado, Adelina Vera se desvaneció. Halderg corrió hacia ella y trató de reanimarla.

—Adelina—repetía—, Adelina... ¡vámonos!... Pronto... pronto...

En seguida volvió al borde del precipicio; era necesario borrar los rastros del crimen, sincerarse ante la opinión maldiciente, hallar la impunidad. Medio metro bajo las ondas cristalinas, el cuerpo de Riaza, vuelto de espaldas al sol, mostrando su nuca rota a pedradas, balanceábase trágico, acusador; unas olas le alejaban de la playa, otras le traían; había que quitarle de allí.

Inmediatamente Juan Enrique se arrojó al agua y, nadador excelente, aplicóse a remolcar el cadáver mar

adentro. La dureza de la resaca dificultaba la operación; el cuerpo del ahogado pesaba mucho y por momentos iba pesando más. Halderg, combatido de frente por las olas, que el viento azuzaba contra la costa, se sentía arrollado; su respiración tornábase anhelante; en tan bárbaro y extraño cuerpo a cuerpo, el muerto le sofocaba y le vencía. Al fin pudo empujarle hasta el límite de aquel lecho de rocas que servían de cimiento al monte; allí el color obscuro del agua señalaba la profundidad pavorosa del abismo y el oleaje era más manso. De pronto, el cadáver de Alberto Riaza, apresado por una brusca y lejana atracción telúrica, giró sobre sí mismo de atrás hacia adelante, y de cabeza, describiendo una elipse icaria de indescriptible horror, hundióse en lo arcano. Halderg le vió pasar y, como para cerciorarse del camino que seguía, involuntariamente, nadó tras él; el muerto descendía rápidamente; la albura de su traje pintaba un borroncillo gris, cada vez más pequeño: desapareció...

Juan Enrique ganó la playa y trepando, felino, por las sinuosidades del acantilado, volvió al lado de Adelina, que seguía desmayada. Después, a medio kilómetro de allí, encontró a varios pescadores; todos conocían al médico, unos personalmente, otros de vista. Halderg les refirió una historia muy verosímil: su amigo Riaza había tenido la desgracia de caer al mar, recibiendo en la nuca un golpe terrible, que le privó de conocimiento; él trató de salvarle, pero no pudo. La elegancia de sus ademanes, su acento extranjero, el aspecto de su traje, roto por las peñas y empapado en agua, corroboraban la exactitud de sus palabras y el heroísmo de su sacrificio. Aquellas bue-

nas gentes, familiarizadas con las tragedias del mar, creyeron a Halderg y le ayudaron a transportar a Adelina Vera a su casa; nadie malició la verdad de lo ocurrido; cumpliéronse las formalidades legales; no había testigos; las declaraciones de la viuda ratificaron puntualmente todo lo dicho por Halderg; el crimen quedó impune.

Para evitar sospechas, el barón de Nhorres regresó a Madrid; de tarde en tarde, Adelina le escribía cartas afectuosas, prudentes, que, de extraviarse, no pudiesen comprometerles. En ellas la viuda le hablaba de su soledad, de sus melancolías, y le aseguraba que nunca olvidaría el valor con que expuso su vida por salvar la de Alberto. Timidamente y como por vanagloria, el barón de Nhorres dejaba que sus amigos del Casino las leyesen...

Transcurrieron los meses de Julio y de Agosto. A mediados de Septiembre, Adelina Vera escribió a Halderg diciéndole que a la entrada de la ría de Vigo, junto al muelle de Cangas, el mar había arrojado el cuerpo de un hombre.

«El cadáver—añadía—, horriblemente mordido por los peces, no ha podido ser identificado; más que un cadáver, es un esqueleto. Pero yo le he reconocido, porque conserva en la mano derecha aquella lanzadera formada por un topacio hermosísimo, del que probablemente usted se acordará. El cadáver está en el Depósito. Si piensa usted concurrir al entierro, dígame.»

A esta carta, el barón de Nhorres contestó con un telefonema urgente, que decía:

«Quiero verle. Salgo hoy mismo expreso.»

Juan Enrique Halderg, efectivamente, muy correc-

to, muy pálido, dentro de la severidad de su levita negra, asistió a la inhumación y presidió el duelo. Ya en el cementerio, al borde de la fosa, los enterradores, según costumbre, abrieron el ataúd y levantaron el cendal que cubría al muerto. Era éste una especie de momia verdinegra, horriblemente tumefacta. Halderg, lívido, pensaba:

«¿Cómo has podido volver a mí?...»

Los enterradores esgrimieron sus palas, y sobre la tapa del féretro cayeron, pavorosos, los primeros puñados de tierra. Alberto Riaza desaparecía, tornaba a la eternidad; era la segunda vez que el barón de Nhorres le veía marcharse...

Al mes siguiente, y a instancias de la viuda, que quería dar pruebas ostensibles de su dolor, los restos del médico fueron trasladados a Madrid y a la sacramento de San Martín, donde la familia Riaza tenía un panteón.

Los reiterados estremecimientos de terror provocados por el recuerdo de aquellas siniestras memorias, volvieron a Juan Enrique Halderg a la realidad presente. Miró en torno suyo y el aspecto vulgar de aquel gabinete le serenó. Eran las seis: continuaba lloviendo. Cogió unas tenazas y con ellas removió los leños de la chimenea, callados y como dormidos bajo la ceniza; brotaron algunas llamas. De pronto tuvo miedo; algo invisible rozaba su epidermis.

—Ese hombre maldito,—murmuró—ha salido de la tierra como antes salió del mar y está conmigo.

Pensó en Adelina, que no venía. También pensó en su padre, y a su memoria acudieron aquellas palabras sibilinas de despedida que le hicieron llorar tantas veces:

«Tengo el presentimiento de que algo sobrenatural nos ha separado y de que no hemos de volver a vernos.»

¿Sería cierto? ¿Acaso palpita a nuestro alrededor y sobre nosotros otra vida en la que, como todo se sabe, nada queda impune?

El barón de Nhorres repitió en alta voz y bajando la cabeza, como reconociendo la autoridad de los hechos cumplidos:

«Sí, ya lo sé. Algo sobrenatural nos ha separado y no volveré a verle, No me deja «el otro»...

Ayuntamiento de Madrid

II

El niño, acostado en el amplio lecho matrimonial, los flacos bracitos abandonados sobre el embozo de las mantas, los labios y los ojos herméticamente cerrados, parecía dormir. A intervalos, por la lividez sérica de su frente, deslizábase rápido un temblor de músculos; vibraban las cejas, arqueándose unas veces como asustadas, arrugándose otras en un fruncimiento hostil.

Adelina Vera pensó:

«Está soñando...»

Y salió de la alcoba de puntillas. Cerró cuidadosamente los cortinajes que cubrían la puerta. Las primeras sombras del crepúsculo iban poblando el gabinete de melancolias vesperales; la joven oprimió la llavecita de la luz eléctrica y los cuatro globos de cristal blanco, suspendidos del techo, junto a los ángulos de la habitación, se iluminaron. Los muebles eran de terciopelo obscuro, arcaicos y cómodos. Colgado de la pared, sobre la chimenea, aparecía un retrato, al óleo, de Alberto Rianza; grave, vestido de negro, los brazos rígidos a lo largo del cuerpo, en una actitud reflexiva y marcial; la cabeza un poco inclinada hacia adelante, exaltaba la pomposidad marfileña

de la frente calva; la barba puntiaguda y el lazo de la corbata se borraban en una mancha negra; bajo el doble arco de las cejas hirsutas y frondosas, los ojos grandes, muy abiertos, tenían un mirar rectilíneo, inflexible. El pintor había triunfado en aquel retrato, obra meritísima que conservaba todo el vigor voluntario del original. Encima de la chimenea había un reloj de bronce, regalo de Halderg. Señalaba las cinco. Era un precioso objeto de arte, que recorbaba el espanto del tiempo. Ocupaba la esfera la concavidad de una roca, cuyo vacío resonante fortalecía el latir monorrítmico del segundero; arriba, echada de bruces sobre la peña, como asomándose al borde de una sima, una eféba desnuda, el rostro asombrado y dolorido, escuchaba el enigma mortal de las horas.

Adelina cerró las maderas del balcón y cogió un libro. Aquella tarde también la esperaba Juan Enrique allá, en su entresuelito de la calle de Mesonero Romanos, pero estaba cierta de no acudir a la cita. Aguardaba al médico. Angel, durante las últimas veinticuatro horas, había empeorado visiblemente. La joven procuró leer, pero su atención vagaba indócil; la lectura nada decía a su espíritu. Pensó:

«¿Y si viniese Halderg?...»

Dejó el libro y fué a sentarse ante una mesita escritorio. En un pliego de papel rojo escribió:

«Imposible venir. Fontana vendrá de un momento a otro. Te espero; procura llegar aquí antes de las ocho.»

En seguida cerró el sobre y apoyó un timbre. Apareció Dolores:

—¿Llamaba usted?

—Sí; esta carta para don Juan. Llévela a la calle

Mesonero Romanos. Si él, por casualidad, no estuviese allí, me la devuelves.

—Bien, señorita..,

Salió de la habitación desciñéndose el delantal, significando su interés hacia su ama con aquella solicitud diligente que ponía en cumplir sus órdenes.

Adelina volvió a sentarse y trató de reanudar la interrumpida lectura; empeño inútil; su pensamiento no estaba allí. Más de dos años eran transcurridos desde el asesinato de Riaza; durante este tiempo, la joven, sobreponiéndose valerosamente a sus remordimientos, había sufrido poco. Su alma, endurecida por los martirios a que el médico la sometiera, parecía aletargarse en ese embotamiento sensitivo que sucede a los dolores muy grandes; únicamente experimentaba una emoción de quietud, de silencio, que prolongaba la duración de los días, cual si entonces las horas de su vida se deslizasen con más parsimonia que antes. Apenas viuda, y por consejo de Halderg, Adelina Vera vendió el Sanatorio en ciento cincuenta mil pesetas a un médico amigo de Riaza, y en treinta mil duros su finca de Vigo a un portugués que quería instalar en ella una fábrica de lonas; cuyas cantidades, invertidas después en papel del Estado, la reeditaron lo necesario para vivir honorablemente. Hecho esto, Adelina, que había conservado todos sus muebles, se instaló con dos criadas en un piso segundo de la calle de Cañizares, frente a la histórica parroquia de San Sebastián. Allí nació Angel. Para evitar murmuraciones, el barón de Nhorres sólo iba a verla de tarde en tarde, y siempre de día. También recibía otras visitas, muy pocas. Aquella nueva vida no trajo a la joven el regocijo que ella esperaba; no estaba triste, y, sin embargo, apenas

reía; era libre y casi no utilizaba su libertad; diríase que había recobrado el dominio de sí misma demasiado tarde, cuando su voluntad quebrantada ya no podía sentir la voz vagabunda, voz de independencia y aventura, de las puertas abiertas. Reiteradas veces Juan Enrique la aconsejó vender sus muebles para seguirle con su hijo en un largo viaje. Visitarían Roma, París, Londres; irían a Oriente, y más adelante, para legitimar su amor, podían casarse. El proyecto era discreto y seductor. Pero, aun deseando vivamente realizarlo, Adelina Vera, sin saber por qué, iba aplazándolo de un mes a otro. No conseguía arrancarse de allí; su voluntad, débil, fracasaba contra los obstáculos más pequeños. Conteníanla, de una parte, la salud delicada del niño; de otra, una repugnancia absurda a malbaratar sus muebles. El pasado la envolvía, se agarraba a sus pies, era más fuerte que el porvenir. En realidad, no podía moverse. La joven murmuró:

—¡Si yo lograra irme!...

En el silencio crujió un mueble; los cortinajes que vestían la puerta de la alcoba temblaron. Rápidamente, con la rapidez nerviosa del miedo, Adelina Vera volvió la cabeza.

—¡Ah, eres tú, Riri!—exclamó.

El gato se aproximó ronroneando. Era grande, negro, de un negro lustroso; su cuerpo ondulante avanzaba por la alfombra sin ruido. Después, de un brinco, trepó al regazo de su ama, y sus ojos fríos, redondos y amarillos cual monedas de oro, se hincaron en ella. Adelina empezó a acariciarle, como para conjurar algún maleficio.

—¡El pobre Riri!—decía—, que ha venido a salu-

dar a su amita porque lo dejaron solo y tenía miedo...

Y su mano blanca y larga, constelada de sortijas, resbalaba por el lomo aterciopelado y elástico del animal. Riri callaba. De pronto saltó y fué a instalarse sobre el respaldo de un sillón, la cola recogida pulcramente, las manos juntas, la mirada impasible. El gato es el hermano del silencio, el solo actor que domina el gesto de la meditación y de la reserva, el único animal cuyos ojos diabólicos y levantadas orejas parecen espiar, en la quietud de las habitaciones solitarias, las visiones y las calladas voces de la otra vida. Durante la Edad Media, el gato, invocado por las hechiceras, fué odiado; era el brujo, el espíritu malféfico que espiaba la hora del sabbat acurrucado entre las cenizas del hogar. En Oriente también le temían; los persas dijeron: «Que Dios no bendiga jamás a los gatos...»

Halderg detestaba a Riri. ¿Por qué?... Adelina nunca lo supo; Juan Enrique no había querido decirselo; pero en aquel momento ella misma experimentaba un desasosiego inexplicable, una especie de efluvio hipnótico que calofriaba su piel.

Ante ella, Riri, inmóvil, con su cabeza cuadrada y pensativa, parecía un signo de interrogación. Creeríase que acechaba algo. ¿En qué piensan los gatos? ¿Qué revelaciones llegan a sus cuerpos, cargados de electricidad, desde ese mundo que los supersticiosos sienten latir en torno de la vida vulgar? ¿Qué ideas cruzan, como vibraciones telepáticas, por el glauco cristal de sus pupilas redondas?...

Nada hay tan misterioso, tan triste, como un gato en un crepúsculo. Poco a poco, la inquietud de Adelina se convertía en pavor; sintió erizarse el vello fini-

simo que aterciopelaba sus mejillas; pensó que Riri, mirándola tan fijamente desde su reposo de esfinge, como exigiéndola una confesión, conocía la muerte de Rianza. Tuvo miedo, un miedo agresivo, y cogiendo el libro que tenía sobre las rodillas, lo arrojó violentamente contra el animal. Riri esquivó el golpe y, silencioso, desapareció bajo un mueble...

El ruido que produjo el libro al caer despertó al niño; Angel empezó a llorar; solicita la madre acudió:

—¡No llores, bebé; no llores!... Yo estoy aquí precioso... ¿Qué quiere mi hijo?...

El niño, lívido, con el livor de la tragedia, los bracitos convulsos recogidos sobre el pecho, miraba hacia un rincón del dormitorio, y sus pupilas azules se llenaban de espanto. Adelina, instintivamente, miró también. Para tranquilizarse, empezó a decir en alta voz:

—No es nada, hijo mío, no es nada. ¡Pobrecito!... Será el gato. ¡Pícaro Riril... Nene..., ¿tú tienes miedo de Riri?...

Le besó las manos, la frente. Angel ardía.

—Este bebé—añadió—tiene calentura.

De pronto, el niño lanzó un grito, retorcióse su cuerpo bajo las mantas en un espasmo de terror y sus ojos giraron lentamente de izquierda a derecha, como espionando la marcha de alguna visión espectral. Adelina siguió la mirada de la criatura.

—¿Ves algo, mi bien?—balbució—; ¿ves algo?...

Nada, ni aun la más leve sombra, temblaba sobre la blancura impoluta de las paredes estucadas. Los ojos del niño se habían detenido en la puerta del gabinete; luego, insensiblemente, fueron apaciguándose; cerrábanse sus párpados, y cuando los abría, como receloso, siempre era para mirar al mismo sitio.

Con la llegada de Dolores experimentó Adelina Vera un gran alivio.

—¿Entregaste la carta?—preguntó.

—No, señorita.

—¿Por qué?

—Porque cuando yo llegué, ya don Juan se había marchado.

—¿Y Carmen?

—Tampoco estaba. Subí al piso y me cansé de llamar. Al salir, vi a la portera, que me dijo: «Hace más de un cuarto de hora que se han ido los dos.»

Adelina recobró su carta, que dejó en el gabinete, sobre la chimenea, detrás del reloj. Eran cerca de las ocho.

—Bien — dijo —; quédate aquí, por si el niño despierta. Emilia me dará de cenar.

Aquella tarde, como otras, el barón de Nhorres había esperado a Adelina inútilmente. A las siete y media se marchó al hotel Británico, donde vivía. Al llegar, preguntó si había alguna carta para él, y como le contestasen negativamente, su mal humor aumentó. Aburrido, fué al salón de lectura, ojeó los periódicos, tocó el piano. Después escribió una carta a don Carlos Fontana, su médico, rogándole que fuese a verle en seguida, porque se sentía enfermo, cenó frugalmente y se acostó temprano.

A media noche, una sensación de frío le despertó. Extendió un brazo y buscó en la pared la llave de la luz eléctrica. La habitación se iluminó.

—Juraría — murmuró Halderg — que estaba soñando.

Pensó que no había visto a Adelina, y esta idea torcedora le hizo suspirar. Miró en torno suyo: vió sus

ropas colocadas ordenadamente sobre una silla, sus libros, sus baúles; también se acordó de que la víspera su padre le había escrito, y todas estas emociones pequeñas y vulgares le confortaron y ayudaron a recobrar la posesión de sí mismo. Encendió un cigarro. Por su espíritu resbaló este propósito egoísta y cruel.

«Cuando el niño muera, «el otro» se dará por contento y me dejará en paz.»

Y luego.

«Mañana, por la tarde, veré a Adelina.»

Apagó la luz y volvió a dormirse. Con la llegada del sueño, los hilos hechiceros de la pesadilla se reapretaron. Otra vez sintió en su espalda el contacto de un cuerpo muerto, frío, completamente rígido, que se estrechaba contra él como buscando el calor de su vida. Halderg pensaba:

«¿Quién será?...»

La extraña presión continuaba anhelante, invasora; huyendo de ella, deslizándose poco a poco sobre la blandura tibia de los colchones, Juan Enrique llegó al borde del lecho. Allí se detuvo instintivamente, temiendo caer al suelo. Transcurrido un momento, la glacial alucinación se repitió, poseyéndole de cabeza a pies, helando su carne, penetrándole hasta las entrañas. Armándose de valor, volvió la cabeza para ver. Era una muerta: lívida, rubia, con el semblante inmóvil y los ojos cerrados. Halderg la conoció viva cuatro años antes, en un café de Montmartre. Humilde y medroso el barón de Nhorres, murmuró:

«¿Marta... eres tú?...»

Ella, silenciosa, misteriosamente, sin que ningún movimiento descompusiese su rigidez fatal, se acercaba a él: Halderg sintió el contacto de aquellos senos

opulentos y fríos que se aplastaban contra su espalda, y en su nuca el roce, sin aliento, de unos labios exánimes. Asomándose a su historia, Juan Enrique pensó:

«Fuí ingrato para ella y no supe amarla bastante; por eso ahora me busca...»

Y transcurrió un instante:

«¿Cómo pudo encontrarme?...»

Sintió luego que los brazos de la finada ceñían su cintura, y que sus manos yertas, descendiendo lascivas por el vientre, le asían ganosas de precipitarle en aquel espasmo dulce y solitario, cuya esterilidad maldijeron las Sagradas Escrituras. Halderg no se defendió; su mismo miedo exaltaba y sazónaba su placer; Marta le dominaba, acariciándole sabiamente; era aquella una voluptuosidad nueva, masoquista, de sabor incomparable y regalado.

La intensidad carnal de tan extravagante alucinación bastó a desvanecer la pesadilla. El barón de Nhorres, ya completamente despierto, se incorporó en el lecho. Estaba fatigado y jadeante. Tuvo vergüenza de sí mismo. La leyenda de los súcubos, espíritus hembras que acuden desde la otra vida a turbar el sueño de los adolescentes, acababa de repetirse en él.

—Estoy enfermo—exclamó—; necesito duchas, distracciones, paseos largos... Fontana me prescribirá un régimen.

Ya acostado, pensó en Marta, una buena muchacha romántica y sensual; la conoció en París, y, según le dijeron, se había suicidado arrojándose al Sena al salir de un baile, una noche de luna. Tardó en dormirse. A la mañana siguiente despertó triste, acongojado

por extraña pena. Eran las diez. Inmediatamente pidió que le preparasen su baño, cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién?—preguntó.

Una voz humilde, voz de criado, que sonaba junto a la cerradura, repuso:

—Don Juan: hay aquí un caballero que desea verle a usted.

—Adelante.

Apareció Fontana. Era un hombre de estatura mediana y grueso. Sus piernas cortas, que se esparrancaban al andar, columpiaban un vientre orondo. Representaba cincuenta años. Exornaban su rostro, desbigotado y rollizo, dos hermosas patillas blancas. Tenía la voz fuerte. Su aspecto, confiado y alegre, inspiraba amistad.

—Anoche, cuando volví a mi casa—dijo—, encontré su carta. ¿Qué le sucede a usted? Veamos.

Asió a Juan Enrique de un brazo y, tirando de él familiarmente, le llevó hasta el balcón. El barón de Nhorres temblaba de frío; sus ojos claros, débiles, de noctánbulo, se contraían doloridos, castigados por la recia intensidad de la luz diurna. Empezó a toser; su caja torácica llenóse de extraños silbidos; bajo la piel macilenta, las costillas trepidaban estremecidas por la tos. Fontana sacó un estetoscopio y le auscultó espaciosamente. Después le examinó la lengua y los párpados; le pulsó.

—Está usted muy débil—exclamó—; necesita usted pasear mucho y comer mejor.

—No puedo andar.

—¿Por qué?

—Me canso.

—No importa; así se acostará usted temprano.

—Además, no tengo apetito.

—Me es igual; coma usted sin ganas. Hay que imponerse a la enfermedad, dominarla. ¿No me ve usted a mí?... Yo, cuando estoy enfermo, me curo «porque sí», porque quiero curarme. Las medicinas, cuando no se tiene fe en ellas, pierden la mitad, por lo menos, de su eficacia terapéutica.

Halderg le interrumpió:

—Usted habla así, don Carlos, porque está sano; usted no lucha con su cuerpo como yo con el mío.

—¡Peor para usted!

—Ya lo sé.

—Crea usted que la vida, en su esencia más alta, se reduce al deseo de vivir; y que, por lo mismo, la salud no es más que un optimismo de la voluntad.

Don Carlos se instaló en un diván, de espaldas al balcón; cruzó una pierna sobre otra; encendió un cigarro puro.

—Concluya usted de vestirse—dijo—; entretanto charlaremos. Hoy, yo, afortunadamente, no tengo prisa.

Juan Enrique, el busto inclinado sobre el lavabo, comenzó a chapuzarse; el agua caía por sus manos y su cuello dentro de la palangana, con un ruido fresco y alegre; en aquella actitud todas sus vértebras dorsales se dibujaban claramente; podían contarse. Luego, de pie ante el espejo de un armario, mientras se anudaba el lazo de la corbata, el barón de Nhorres, ya más animado, comenzó a explicar las inquietudes de su salud. Estaba cierto de que su dolencia era más imaginativa que real. Su enfermedad, si alguna padecía, se llamaba miedo. Era una emoción rara que qui-

taba a su sueño su profundidad dulce y reparadora, y le obligaba en la calle, a cada momento, a mirar hacia atrás. Todo le asustaba. En los hechos más triviales, su imaginación veía una coincidencia, un presagio. Algo inexplicable le envolvía, de noche especialmente; entonces los muebles, las puertas, los espejos, todo adquiría una vida extraña y parecía hablarle.

—Asimila usted poco—replicó Fontana—, y temo que esa denutrición degenerare en algo grave... ¿Ha sufrido usted alucinaciones?

—No, señor.

—¿No ha creído usted oír voces? ¿No ha visto usted fantasmas?

—No, nunca.

Había palidecido y se acercó al médico.

—Sospecho lo que quiere usted decirme—murmuró—; yo, todavía no he visto ni oído nada; pero eso no destruye mi convicción de que a mi alrededor palpita algo metafísico. Mis pupilas no tienen la acuidad necesaria para verlo; mi aparato auditivo es tan torpe, que no lo oye; sin embargo, mi epidermis «lo siente»: lo siento en la nuca y en las mejillas y algunas veces en las manos. Es un envolvimiento, un nimbo.

Carlos Fontana quería registrar el espíritu de su interlocutor, y repuso:

—Y ese «algo» a que usted se refiere, ¿qué es?... ¿Un muerto, quizás?

—Sí.

—¿Amigo o adversario?

—Adversario implacable.

—¿Ah?

El barón de Nhorres fué a sentarse en el diván donde estaba instalado Fontana, y apoyando sus manos sobre las rodillas del médico:

—Voy a confiarle a usted—dijo—este secreto sagrado para mí: Adelina Vera y yo tenemos amores.

Fontana sonrió ligeramente, con la ufanía vanidosa del hombre que ve realizada una sospecha. Exclamó:

—Lo presumía.

—Es una historia—continuó Halderg — antigua... ¡muy antigüal... y trágica... Mas, ¿para qué descender a detalles?... Lo importante es que Adelina enviudó, y que el alma celosa de su marido nos persigue ahora implacable. Por eso el niño no se cura.

Fontana, malicioso, lanzó contra el barón de Nhorres una pregunta terminante:

—¿Angel es hijo de usted?

Juan Enrique enrojeció; volvió a palidecer:

—Sí—dijo—, es hijo mío.

—¿Le consta a usted?

—Sí.

—¿Cómo tanta seguridad tratándose de una mujer casada?

—Porque su marido estaba enfermo; era impotente...

—Basta.

Hubo una pausa. Carlos Fontana examinaba atentamente al inglés, a quien sofocaba la intensa emoción de sus recuerdos. Cuando Juan Enrique Halderg, pasado un rudo ataque de tos, pareció tranquilizarse, el médico continuó:

—Según lo que acaba usted de decirme, usted cree que su hijo está enfermo de «mal de ojo».

—Exactamente.

—Y que es el difunto quien, para vengarse de su viuda y de usted, va matándole poco a poco...

—Sí, señor; es «el otro»...

Fontana se echó a reír.

—Permitame usted, querido Halderg, que tome el lance a broma. Yo, como casi todos los médicos, soy materialista. Para mí, el alma es una secreción cerebral, un producto orgánico, como la bilis. Mi teoría será todo lo triste, todo lo desoladora que usted quiera, pero es la única sancionada por la ciencia. Renuncie usted a esas fantasmagorías que le atormentan y que son impropias de un hombre culto. Detrás de esta vida, amigo Halderg, no hay nada, si no es la evolución ciega de la materia que se pudre en la huesa para luego transformarse en aire, en lluvia, en planta. Cuando el corazón se para y la sangre se enfría y detiene en las arterias, el pensamiento se apaga en el gran sueño y todo ha concluido.

El barón de Nhorres se encogió de hombros:

—No discutamos, doctor.

—¿Por qué no?

—Sería perder el tiempo: usted tiene su opinión, yo tengo la mía... y, tras mucho argumentar, segurísimo estoy de que cada cual, vencido o victorioso, guardaría la suya.

Pero el espíritu inteligente y desequilibrado de Halderg interesaba al médico.

—No importa — exclamó —, hablemos; de algún modo hemos de pasar el rato.

Aquella invitación fué inútil; el barón de Nhorres, llevado por sus pensamientos, se apercibía a una confesión general.

—Yo afirmo — dijo — la persistencia de la conciencia

después de la muerte, pero sin llegar a creer en la inmortalidad. ¿Halla usted contradictorios estos dos términos?... A mi juicio, no lo son, y procuraré explicarme: es una teoría extravagante, completamente mía, que no he leído en ninguna parte.

Se interrumpió unos instantes, allegando ideas, y prosiguió:

—Acepto que el cerebro, según la clásica afirmación del biólogo alemán, segregue el pensamiento como el riñón segrega la orina. No obstante, juzgo innecesario detenerme a exponer las diferencias que separan los elementos físico y moral del hombre. Entre ambos hay un abismo: la sangre produce ideas, es cierto, mas no por ello hemos de creer que una idea es lo mismo que una gota de sangre. Esto sentado, diré que hay dos muertes: una, la del cuerpo, la orgánica, aquella que ustedes, los médicos, certifican, la que se inhuma; y otra, la del alma... porque las almas también mueren... pero más tarde. Según mi criterio, el espíritu humano es una especie de evaporación material, una sutilización material, un perfume, llamémosle así, de los nervios; pero tan transparente, que es invisible; tan liviano, que es impalpable; tan eterificado y abstracto, que no hubo hasta hoy manera de ponderarlo ni de sujetarlo a medida. Esta entelequia, nacida en las entrañas y producto de la acción combinada de todas las glándulas y de todos los jugos orgánicos, medra y se robustece con el cuerpo y tiene exactamente las mismas proporciones del vaso donde late encerrada, siendo éste, con relación a ella, como un traje de carne. Esta primera afirmación de mi teoría no es gratuita: usted conoce los últimos milagros de la fotografía en maderas; por ella sabemos que los árboles

dejan pintado su perfil, silueta invisible a simple vista, sobre la pared donde, bajo el sol y en el transcurso de muchos años, su sombra se proyectaba diariamente; así como los antiguos grabados en acero aparecen reproducidos con limpidez perfecta sobre la transparencia, al parecer inmaculada, del cristal que los cubre. Todo lo cual, al probar que de lo material pueden derivarse imágenes materiales también, pero tan vagarosas que escapan a nuestra perspicacia sensitiva, corroboran mi opinión de que el alma es un verdadero retrato del cuerpo donde habita. Recuerde usted que antes dije que el espíritu es «un producto» físico, como la bilis, como la sangre... no «un principio» de vida; en la muerte, por tanto, la ausencia del alma es el «resultado», nunca la «causa o motivo», de aquélla. ¿Comprende usted?

Fontana hizo un gesto afirmativo. El barón de Nhores continuó:

—Consumado el fallecimiento del cuerpo, su alma aun puede subsistir quince, veinte, cuarenta años o más... separada de aquél. Es como el aroma que esparció en una habitación un ramo de flores, como la vibración sonora que deja tras sí una cuerda al romperse. En esta segunda vida de nuestra conciencia, las almas adquieren una acuidad sobrehumana que las permite vislumbrar el porvenir y conocer nuestros pensamientos más ocultos. Allí se reúnen, conversan unas con otras, se aconsejan, discuten, se separan... También gozan de una movilidad extraordinaria, semejante a la de las ondas hertzianas, que las permite recorrer en pocos segundos distancias enormes. Esta nueva existencia, aunque infinitamente sutil, se halla también sujeta a las leyes del tiempo y de la evolución

universal. Como los cuerpos, las almas que dejaron su envoltura carnal se transforman, envejecen y mueren. Usted sabe mejor que yo el por qué los cadáveres de los niños se pudren antes que los de los adultos; es un fenómeno que debemos referir a lo que los biólogos llaman «la persistencia de la forma». Por lo mismo, las almas infantiles duran, después de la muerte, mucho menos que las almas adultas, y carecen también del vigor necesario para llegar a nosotros e impresionarnos, y ello explica que, aun acordándonos mucho de los niños que hemos visto morir, sus espíritus, que acaso ambulen a nuestro alrededor, no nos produzcan sobresalto ninguno.

Halderg había sacado de una cajita de plata un tabaco halano, que encendió lentamente. Fontana, seducido por aquel discurso tan quimerista en el fondo y de apariencias, sin embargo, tan lógicas y bien razonadas, exclamó:

—Siga usted.

—¿Le interesa a usted mi teoría?

—Mucho.

Halderg continuó:

—Esas almas flotan en el aire, viven en la intimidad de las personas que les son queridas u odiadas, oyen nuestras conversaciones, se instalan en nuestros muebles, nos ayudan o nos combaten en nuestras empresas. Pero, sujetas como se hallan al tiempo, poco a poco van decayendo, perdiendo energías, emborronándose como se deshace bajo la tierra la escultura carnal de los cadáveres, como palidecen en sus marcos los retratos mordidos por la luz; así van ellas enmudeciendo, aquietándose, reduciéndose, alquitarándose más y más, dentro de su metafísica pureza, hasta di-

solverse definitiva e irreparablemente en el Gran Todo. De aquí que los espíritus que más nos inquietan y sobrecogen son los de las personas que acaban de morir, porque todavía no se han debilitado y tienen prisa de comunicarse con nosotros.

El barón de Nhorres prosiguió desarrollando su sistema filosófico. Para él, la región de lo invisible es inmensa; allí coexisten las almas rencorosas y protervas, y las dulces y sin mancha, y las de los niños que nacieron muertos; espíritus informes, blancos como sudarios. También habitan ese mundo lo que los diccionarios satánicos llaman «larvas». Las larvas no son seres conscientes y acabados, sino embriones de seres; restos de existencias inconcluidas, migajas o rebañaduras de pensamientos, añicos de voluntades fracasadas, maldiciones, apetitos obscenos. Sus formas se multiplican hasta lo infinito, y todas pertenecen al dominio de la teratología; ésta tiene una cabeza humana, aquélla parece una araña y todas se retuercen nerviosamente y flexibles como gusanos. Son los gérmenes vitandos del orgullo, de la avaricia, de la salacidad, de la pereza, del egoísmo, del odio. Satán, mordido eternamente por la hoguera de los instintos peores, es el símbolo de la pavorosa suma o reunión de todas las larvas, hermanas de la muerte. Ellas viven en el hedor acedo de los orines corrompidos, en la sangre menstrual, en el pus de las llagas, en los terribles laberintos del cáncer, en el sudor de las enfermedades contagiosas; ellas hilan el sueño letárgico de la morfina y componen las alucinaciones policromas del opio; ellas perturban el reposo del casto y sugieren a la calumnia sus más tenebrosas invenciones, y atizan rencores, y abren las ventanas para que por ellas pe-

netre el soplo de aire frío que ha de herirnos mortalmente en los pulmones, y dan acierto homicida a los disparos de las armas de fuego. Las larvas adoran la destrucción: sobre los cadáveres ellas danzan contentas y arracimadas, componiendo plumeros siniestros. Su labor ominosa no se interrumpe nunca; pero de noche, en el silencio, parecen latir más cerca de nosotros. Generalmente nos son hostiles; Paracelso dormía con una espada para defenderse de las larvas...

Fontana, tendido indolentemente en el diván, se acariciaba sus magníficas patillas blancas; alegraba su rostro rollizo una sonrisa de ironía. Mortificado, Juan Enrique exclamó:

—¿Le parece a usted absurdo lo que he dicho?

Hubo un silencio. Gravemente, como poniendo en cada palabra toda su autoridad de hombre de ciencia, Carlos Fontana exclamó:

—Yo le aconsejo, querido Halderg, que deseche esas imaginaciones que indudablemente le atormentan mucho, y de no corregirse pueden ser motivo de una verdadera perturbación mental. De acuerdo los dos en que esa fuerza llamada alma sea «un producto» de nuestra vida orgánica: por lo mismo, no dude usted de que acaba con ella: la materia y la fuerza son principios inseparables; una materia cuyos átomos perdiesen su fuerza de cohesión, se disgregaría hasta lo infinito y llegaría al aniquilamiento total; de otra parte, una fuerza aislada, pura, no sería tal fuerza, porque su metafísica inconsistencia la prohibiría ejercitarse sobre nada, la reduciría a la inacción; en una palabra, no sería tal fuerza...

El barón de Nhorres interrumpió a su interlocutor con un gesto negativo, lleno de vehemencia.

—No me ha comprendido usted bien, doctor—exclamó—; yo afirmo la materialidad del espíritu y acepto, por consiguiente, su destrucción y su muerte. Yo creo que siguiendo los vaivenes sin guarismo de la evolución universal y milenaria del cosmos, la piedra puede utilizarse hasta convertirse en alma, y las almas, a su vez, morir, esto es, perder su virtud consciente y tornar a ser tierra. Las religiones aceptan una vida después de la actual. Yo, no: para mí sólo hay una vida..., pero dividida en dos fases: visible la una, invisible la otra, aunque inseparables. Y esa segunda existencia late en nosotros desde que nacemos, como la atracción en la piedra imán.

Irreductible en su criterio de filósofo experimental, Carlos Fontana preguntó:

—¿Pero usted ha recibido alguna revelación de ese otro mundo?

Apломadamente, Juan Enrique Halderg repuso:

—Sí, señor: he tenido presentimientos; ahora mismo siento a mi alrededor la presión de algo vivo...

—De algo muerto, querrá usted decir.

—No... de algo que vivió mi vida y sigue viviendo, aunque yo no lo aperciba. ¿Vemos acaso pasar la ráfaga de viento que hincha un cortinaje o arrebatada del suelo un papel?... No; y, sin embargo, no podemos negar que la ráfaga de aire ha pasado. El humo existe y nuestras manos no lo sienten; lo sienten los ojos. Pero también hay humos, vapores, que los ojos no alcanzan a ver; por ejemplo: nuestro propio aliento, fácilmente perceptible en invierno, es invisible en verano. ¿Y qué me dirá usted de esos millones de corpúsculos que flotan en la atmósfera de nuestras habitaciones, y únicamente alcan-

zamos a distinguir cuando penetra en ellas un rayo de sol?... ¿Vamos a negar su existencia porque ésta sea tan liviana que no roce nuestra sensibilidad?... A todos, antes de salir a la calle, se nos ha ocurrido pensar: «Luego haré esto». O bien: «Cuando me vaya de aquí, le diré a mi criado...», etc. Después nos distraemos, nuestros propósitos se desvanecen de manera que, aun existiendo, la conciencia no los oye, y al marcharnos, de pronto, sentimos un desasosiego indefinible: «Yo tenía que hacer algo... que decir algo...» pensamos, y no sabemos lo que es. El recuerdo ha perdido su nombre, pero persiste allí, nos inquieta, nos ronda, nos atrae desde lejos vagamente. He aquí la explicación que puedo darle a usted de la emoción que me producen las almas de los muertos.

Era mediodía. Carlos Fontana se levantó:

—Amigo Halderg —dijo—, declaro que me ha hecho usted pasar un rato agradable. Es usted un extravagante que habla muy bien... ¡y que acaso tenga razón!... ¿Por qué no?... Entretanto y para sosegar un poco esa hiperestesia, no deje usted de observar puntualmente el plan que le he trazado.

—¿Cree usted que me tranquilizaré?

—Sí.

—¡Oh, si supiera usted cuánto sufro! De noche, sobre todo... En la soledad, según el mundo objetivo disminuye a mi alrededor, mi conciencia se exalta. Siento «al otro»... lo siento... su odio me envuelve. Recuerdo su cara... algunas veces me parece que voy a verle... Mi memoria, además, se debilita de un modo alarmante; contados son los días en que no pierdo algo: dinero, pañuelos, llaves... diríase que un duende

registra mis bolsillos. ¡Ah! Yo le aseguro a usted que mi cerebro está muy quebrantado...

Refirió su ensueño de la vispera.

—Anoche—dijo—, una muchacha que conocí en París y murió hace años, se ha acostado conmigo... ¿Usted cree en los súcubos?...

Fontana, indiferente y risueño, se dirigió a la puerta:

—¡Déjese usted de bobadas!—exclamó—y no descuide ni los fosfatos ni las duchas; para combatir con éxito a los espíritus no hay como el agua fría...

Juan Enrique Halderg acompañó al médico hasta la escalera; en seguida volvió a su habitación, cogió su gabán, cepilló cuidadosamente su sombrero. «Ahora almorzaré—reflexionaba—y más tarde iré a casa de Adelina.» También pensó en Fontana; sus labios tuvieron un mohín despectivo. «Es un pobre hombre completamente vulgar—dijo—; tiene la vulgaridad de sentimientos que produce la salud.» Continuó hablando alto, como si alguien le oyese. Abrió la puerta para marcharse. Se acordó «del otro»...

—Hasta luego—murmuró.

Salió al pasillo; iba lívido, aterrado por la presencia de aquel muerto que dejaba en su habitación. Dos criadas que le vieron pasar, clavaron en él miradas burlonas.

—¡Me parece—exclamó una de ellas—que ese pobre inglés no anda bueno de la cabeza!...

El barón de Nhorres bajó al comedor del hotel y se sentó a almorzar. El aspecto de la sala, con sus hileras de mesitas blancas cubiertas de vajilla, y sus largas ventanas llenas de sol, reanimó su espíritu. Los entremeses estaban muy buenos. Un mozo acababa de

servirle una sopa de cangrejos exquisita. Halderg preguntó:

—¿Hace buen día?

—Regular; amaneció lloviendo...

—Lo siento. ¿Vino el correo?

—Sí, señor; pero no traje nada para usted.

—Déme usted *Le Journal*.

Siguió comiendo mientras leía. Almorzó bien. A los postres le entregaron una carta. Juan Enrique conocía la letra; era de Adelina. Decía:

«Hoy tampoco podré salir; el niño no mejora; estoy aburridísima. Ven a verme, de cuatro a cinco; a esa hora espero a Fontana y quiero que hables con él detenidamente acerca de nuestro hijo. Besos.»

Halderg pensó: «¿Por qué no me diría Fontana que esta tarde iba a casa de Adelina?» Apuró a largos sorbos su café, que se había quedado frío, y encendió un cigarro habano. Entró en el comedor el intérprete del hotel: era un viejo seco y alto, a quien la costumbre de recibir amablemente a todo el mundo había encorvado un poco hacia adelante, lo que daba a su frac cierta distinción.

—Buenos días, señor Halderg.

—Buenos días...

El intérprete se acercó:

—Tome usted—dijo.

Y recogió la carta de Adelina, que estaba en el suelo.

—¿Ah?... ¡Muchas gracias!—exclamó Halderg—; no la había visto...

El intérprete miró a todas partes; sin duda buscaba a alguien. Después, ceremoniosamente, saludó y se fué. Juan Enrique cogió la carta y se la guardó en un

bolsillo interior. Se acordó «del otro», pero esta vez sin miedo, porque los vapores analépticos del almuerzo le tornaban despreocupado y optimista. Tuvo una sonrisita cinica. «Si esta tarde—pensó—te dispones a acompañarme a casa de Adelina, vas a divertirme...»

Desde el hotel Británico, Juan Enrique Halderg fué al Casino. En la escalera saludó a un francés amigo suyo.

—¿Dónde va usted, señor Meunier?

—A dormir.

—¡Diablol ¿A estas horas? ¿Dónde ha pasado usted la noche?

—Aquí, jugando. ¡Y qué mala suerte he tenido! ¡He perdido doce mil francos!

Meunier estaba furioso, y su cólera era tan grande, que inspiraba risa.

—No se desespere usted—exclamó Halderg de buen humor—; un hombre elegante no debe apurarse por nada.

Meunier sonrió, tratando de recobrar su aplomo. El barón de Nhorres prosiguió:

—¿Terminó ya la partida?

—No.

—Pues vamos a probar fortuna; acompáñeme usted.

Llegaron a la sala de juego; alrededor de la mesa había quince o veinte personas; Halderg pidió fichas por valor de cinco mil pesetas, y fué a colocarse de pie junto al banquero. Apuntó cien duros a una sota de bastos y salió la contraria. Jugó otra vez y volvió a perder. Las dos jugadas siguientes le fueron propicias.

—¿Gana usted algo?—le preguntó Meunier en voz baja.

—Nada; acabo de recobrar lo que habla perdido.

—Entonces, vámonos.

—¿Por qué?...

Meunier, que era, como todos los jugadores, un poco supersticioso, repuso sonriendo:

—Porque, a la larga, perderá usted. Lo he visto: ha entrado usted en la sala con el pie izquierdo.

Halderg se encogió de hombros.

—Yo no creo en eso—dijo—; es más: hace algunos años, hallándome en Roma, me puse a jugar bajo la *jettatura* de un día trece, y gané quince mil liras.

Meunier exclamó:

—Pues le deseo a usted buena suerte. Yo me marcho; no veo; me caigo de sueño.

Y se fué. Su gesto habla sido protector y noble, como el del hombre que honradamente aconseja a otro lo que estima bueno. Juan Enrique, sin entusiasmo, continuó jugando; una pereza indefinible le sujetaba allí; su propósito, no obstante, de marcharse pronto, le tenia de pie, rígido, correcto y glacial, dentro de su gabán de pieles; en el óvalo de su semblante pálido y lampiño, el redondo cristal del monóculo brillaba como una pupila quimérica. Eran las cuatro. Halderg sintió la impaciencia con que Adelina Vera estaría aguardándole. Se aconsejó mentalmente: «Si pierdo estos veinte duros, no juego más». La suerte le era hostil; la contraria estaba en puerta. El banquero continuaba su tarea, imparable; habian encendido las luces; sobre el perímetro verde de la mesa, los naipes, desde donde la fortuna sonríe o maldice a sus devotos, se alineaban tentadores y cabalísticos. El barón de Nhorres dió media vuelta; ya iba a irse y se detuvo. Apuntó otros veinte duros a un rey, y se los

ganaron. Llevaba perdidas mil trescientas pesetas. Repentinamente sus músculos vibraron de codicia. Un cuatro de espadas colocado enfrente de un caballo de oros, le decía que la suerte era suya. Halderg sintió pasar la fortuna; jamás tuvo de lo que iba a suceder una visión tan inmediata, tan franca, tan precisa; fué como si alguien se lo hubiese susurrado al oído. Varios jugadores apuntaron al caballo, pues las figuras, en los lances de azar, tienen muchos partidarios. Sobresaltado, con una villana emoción de avaricia nueva en él, Juan Enrique exclamó:

—Al cuatro de espadas, cinco mil pesetas.

La importancia de la cantidad arriesgada llamó la atención de los circunstantes; todos, incluso el banquero, miraron a Halderg, y en los ojos había desconfianza; sin duda el inglés acababa de tener una corazónada. Juan Enrique estaba tan seguro de ganar, que experimentó una especie de remordimiento; jugar así cuando se ha leído en lo porvenir, es una incorrección. Solemne, como un sacerdote, el banquero exclamó:

—Juego...

Y descubrió la puerta del monte: luego, pausadamente, los naipes fueron cayendo unos tras otros sobre la mesa. Pasaron muchos y la zozobra anhelante de los jugadores se convertía en fatiga. De pronto el banquero no pudo reprimir un leve estremecimiento de júbilo.

—El caballo.. —dijo.

Halderg tardó algunos instantes en cerciorarse de que había perdido. Salió de la sala. Mientras bajaba la escalera del Casino, su conciencia se rehizó. Pensó:

«El otro me ha engañado, no cabe duda...»

Oyó que se reían cerca de él y volvió la cabeza. A su lado caminaban dos mozalbetes. Halderg, furioso, les increpó ásperamente, sujetándoles por las solapas.

—¿Están ustedes burlándose de mí?—gritó.

Los interpelados, sorprendidos, retrocedieron medrosos, balbuceando disculpas:

—Dispense usted, caballero; nosotros no nos hemos burlado de nadie... íbamos hablando... ni siquiera habíamos reparado en usted...

Su acento era sincero. Juan Enrique les volvió la espalda y prosiguió su ruta; sus ideas se embrollaban su conciencia se poblaba de sombras, temblaban sus manos; era una especie de epilepsia interior.

«Es «el otro»—murmuraba—, «el otro», que se ríe porque me ha engañado...»

Trató de cruzar la calle de Sevilla y un automóvil le cerró el paso; lo vió cuando ya lo tenía tan cerca que recibiera en las mejillas la ráfaga de aire levantada por la marcha del vehículo. Asustado, trató de retroceder y vió que los caballos de un landó se le echaban encima. Comprendió entonces que la muerte le cercaba; aquella era una especie de trampa; sintió en la nuca un aletazo de lo sobrenatural; era «el otro» quien le había colocado allí y desencadenaba contra él tantos peligros. Delirante, iba a precipitarse bajo las ruedas del automóvil, cuando un militar que estaba a su lado, trabándole reciamente por un brazo, le salvó. Al llegar a la acera opuesta, el barón de Nhorres echó a correr; el temor de no poder llegar a casa de Adelina le aterraba.

«El muerto—pensaba—no quiere que la vea...»

Siguió por la calle del Príncipe, atravesó la plaza

de Santa Ana y subió por la calle de San Sebastián hacia la de Cañizares. Sentíase perseguido y a cada instante volvía la cabeza; la agitación del terror sufrido perduraba; temía que alguien, a quemarropa, le disparase un tiro, o que algún balcón se desplomase sobre su cabeza. Cuando llegó al portal de la casa de Adelina, su congoja era tan grande, que apenas podía hablar.

Emilia y Dolores le recibieron.

—¿Está usted enfermo, don Juan?

El barón de Nhorres, pajizo, jadeante, con el lazo de la corbata deshecho y las botas de charol manchadas de barro, daba la sensación lamentable de un hombre que va huyendo. Halderg procuró dominar su turbación.

—No...—dijo—; pero vengo cansado; me fatiga la escalera. ¿Y la señorita?

—Con el niño, como siempre. El pobrecito sigue mal. Estamos esperando al médico. Ahora, cuando usted llamó, creíamos que era él. Pase usted. .

Juan Enrique encontró a Adelina en el gabinete, leyendo. Al verle, la joven se levantó con un gesto de impaciencia.

—¡Por fin!

Le abrazó fervorosamente, con el ahinco de la mujer que ha sufrido mucho y necesita reparo y consuelo. Dolores y Emilia, discretas, se habían retirado. Adelina preguntó:

—¿Por qué no has venido antes? Son más de las cinco.

Juan Enrique se desplomó en una butaca; temblaba sus manos, dentro de los guantes, estaban yertas.

—No he podido—balbuceó.

—¿Por qué?

—Luego te lo diré.. espera..

Ella se había arrodillado delante de él, enlazándole a la cintura sus brazos amantes y echando así sobre sus rodillas el calor de su seno opulento. En aquella actitud refinadamente femenina, de amor y rendimiento, y bajo la riqueza de una bata color malva con encajes blancos, las caderas de la joven se hinchaban voluptuosas. Juan Enrique, dulcemente, besó sus cabellos.

—Estoy muy enfermo, Adelina mía —murmuró.

—¿Qué tienes?

Tras una pausa, los ojos extraviados, como si hablase consigo mismo:

—No sé lo que tengo; únicamente sé que estoy enfermo .. muy enfermo... y que voy a vivir muy poco.

Después, con una voz débil en la que había reproche y dolor, prosiguió:

—Ayer estuve esperándote toda la tarde..

—Lo supuse; no pude salir; el niño estuvo muy malito.

—¿Por qué no me escribiste?

—Te escribí.

—No ..

—¡Sil... Pero cuando Dolores llevó mi carta, tú ya te habías ido.

El barón de Nhorres denegaba con la cabeza suavemente.

—No—dijo—, tú no me has escrito.

La joven se levantó, gallarda y vehemente, segura de su amor.

—Toma la carta...

Acercóse a la chimenea y miró detrás del reloj.

Juan Enrique siguió aquel movimiento con los ojos. Ella hizo un mohín de contrariedad; él preguntó:

—¿Está?

—No. Me extraña, porque la dejé aquí, con propósito de dártela. La habrá cogido Dolores.

Y añadió violentamente, como para arrancar del espíritu de Halderg toda idea de duda:

—¡Ten la seguridad de que te he escrito!

Sin mirarla, Juan Enrique afirmó con la cabeza.

—Te creo, pero ya verás cómo la carta no aparece.

—¿Por qué?

—Porque no; yo sé que no aparece.

La impertinencia de esta afirmación tan rotunda irritó a la joven

—¿Por qué hablas así?... Mi carta quiero que la leas. Soy capaz de revolver toda la casa hasta dar con ella.

Apoyó un timbre. Después volvió a la chimenea y continuó buscando. Dolores se presentó:

—¿Llamaba usted?

—Sí. ¿Qué te dí yo ayer para don Juan?

—Una carta.

—Cuenta lo que sucedió.

Puntualmente la camarera refirió lo ocurrido. El barón de Nhorres, cruzado de brazos en una actitud de resignación y de fatiga, escuchaba sin mirar a las dos mujeres, en pie delante de él. Adelina Vera interrogó a Dolores:

—Cuando me devolviste la carta, ¿tú recuerdas dónde la puse?

—Encima de la chimenea.

—Detrás del reloj, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Pues no está. ¿Tú la has cogido?

—No.

—Acuérdate bien.

—No, señora. ¿Cómo quiere usted que dude?... Y es raro, porque aquí nadie entra.

—Vamos a buscarla—exclamó Adelina colérica ; yo, si no aparece, no me acuesto esta noche.

Registraron la chimenea, los jugueteros; miraron debajo de las sillas, removieron estatuas y jarrones, sacaron toda la ropa que ordenadamente colocada había sobre los entrepapeños del armario de luna. A cada momento, asombradas, ama y criada repetían:

—¡Es raro!...

Dolores preguntó:

—¿No la dejaría usted en la alcoba, sobre la mesilla de noche?

Adelina estaba cierta de que no era allí, sino en la chimenea, donde puso la carta. No obstante, asintió:

—Tal vez; veamos..

Las dos mujeres penetraron en el dormitorio de puntillas, para no despertar al niño. En el silencio, Juan Enrique percibía el frufroteo sigiloso de sus faldas y el liviano crujir de sus corsés, martirizados por las violentas actitudes de los cuerpos, arrastrándose encorvados sobre la alfombra. Transcurrido un buen rato, reaparecieron despeinadas, febriles, los ojos abri-llantados por la fatiga y el despecho de su inútil pesquisa. Dolores se marchó. Adelina Vera aún continuó buscando de un lado a otro, sacudiendo los cortinajes, lanzando a lo largo de las paredes y por detrás de los muebles miradas penetrantes. Levantó algunos cuadros...

—Parece cosa de brujería—murmuraba.

Juan Enrique Halderg exclamó:

—¿Ver?... ¡No te canses más!

Ella volvió a arrodillarse a los pies de Halderg, amorosa y un poquito humillada.

—Pero tú crees que yo te he escrito, ¿verdad?

—Sí, lo creo. ¡Pobre Adelina mía! ¿Cómo voy a dudar de ti?...

Hubo un silencio. La joven agregó, con ese acento dulce de los niños que, después de llorar por una falta que les han reprendido, prometen enmendarse:

—Yo te aseguro que mi carta ha de aparecer; estará por ahí..., no sé... Yo la buscaré mañana.

—Es inútil—repuso Halderg sombrío—; tu carta se perdió para siempre.

—¿Por qué?

—Porque alguien se la ha llevado.

Adelina se estrechó contra él, miedosa.

—Calla—balbució—, calla... Siempre estás pensando en lo mismo.

Instintivamente sus ojos se dirigieron hacia el retrato de Alberto Rianza, cuya cabeza pálida surgía fascinante de la profundidad fuliginosa del lienzo. Juan Enrique Halderg sorprendió aquella mirada, y señalando al retrato con un gesto:

—¡Tú lo has dicho!—exclamó—. Acabas de adivinarlo, ¿verdad?... Lo has adivinado como yo. ¡Ese es quien la tiene!...

Callaron unos instantes. Vencido aquel primer estremecimiento pusilánime, el carácter animoso de Adelina Vera reaccionó optimista.

—¿Para qué preocuparnos tanto de los muertos?—dijo—. Yo, a no ser por ti, no me acordaría de ellos. No creo en su poder...

—Ya creerás.

—¡Quia! ¿Cómo, si nunca lo he sentido?

—Ya lo sentirás más adelante..., yo también he vivido muchos años sin conocer su imperio..., y ahora, en cambio... Para oír la voz de los finados es indispensable hallarse como yo, un poco enfermo de los nervios; la diabetes y la tisis son también dos hilos conductores excelentes de lo sobrenatural. Los temperamentos saludables como el tuyo, por lo mismo que están muy por dentro de la vida, no perciben de la muerte el rondar susurrante y continuo. Yo te envidio, pero recelo que tu tranquilidad no durará mucho. El día en que, por efecto de un accidente cualquiera, experimentes el influjo de lo invisible, la paz huirá de tu alma, y cuantos esfuerzos hagas para recobrarla serán baldíos. El abismo te atraerá, te dominará, ocupará tu espíritu, y a despecho de tu voluntad, irás a caer en él.

Como siempre que hablaba de esto, los ojos de Juan Enrique Halderg brillaban raramente y sus ademanes eran vehementes y amplios, como los de un iluminado.

—Todo lo que tú juzgas vulgar, a mí me parece misterioso. ¿Un ejemplo? Este: ahora mismo nos rodea aquí un silencio absoluto, ¿verdad?... Si alguien nos preguntase: «¿Oyen ustedes algo?..» Nosotros contestaríamos sin vacilar: «No oímos nada.» Hay en nuestra respuesta una contradicción evidente: afirmamos «no oír nada», o lo que es igual: «oímos el silencio...» Y oír el silencio es un absurdo físico, porque no puede haber audición donde no existe vibración sonora. Sin embargo, nosotros oímos que no oímos, es decir, oímos lo que no es. El silencio, por tanto, es negación, es muerte... ¿Comprendes ahora cómo es verdad que

la muerte se oye?... Bastará para ello que cesen, durante algunos segundos, los mil ruidos heteróclitos con que nos aturde la vida.

Adelina Vera hizo un gesto afirmativo; permanecía inmóvil, con el recogimiento del niño que escucha un cuento de hadas. El barón de Nhorres prosiguió:

—En el silencio, que es negación de todo sonido, como en la obscuridad, que es supresión de todo color, es donde llega mejor a nosotros la emoción de lo invisible. Lo misterioso nos rodea: yo lo siento en la carta que se pierde, en el mueble que cruje, en el canto de los gallos a uedra noche..., en la fijeza con que los gatos miran hacia un sitio donde no hay nada. Los cuerpos inanimados tienen una máscara sin muecas, cuya expresión los temperamentos nerviosos traen muy bien. Esas rayas, huellas de pensamientos, que vemos en los estucos de las alcobas donde dormimos por primera vez, junto a la cabecera de nuestra cama, cuentan enigmas inhallables de insomnios y quizá de agonias. Yo, que no suelo tener miedo a los hombres, declaro que los espejos, los cortinajes y las puertas me asustan. Las puertas, sobre todo, poseen una elocuencia terrible. Entre ellas y nosotros hay complicaciones casi inteligentes: ellas nos acogen en las habitaciones amigas donde queremos entrar; ellas se cierran detrás de nosotros, aislándonos, abrigándonos, defendiéndonos de los peligros de la calle. Las puertas siempre son misteriosas, porque pueden ocultarnos una sorpresa, una gran alegría, un peligro tal vez... En el silencio de la noche, las puertas gimen. ¿Qué dicen? ¿Quién las mueve? ¿Qué quieren de nosotros?... ¿No lo observaste? Los niños, que parecen conservar remembranzas inconscientes de una vida anterior, des-

confían de ellas y por nada serían capaces de pasar solos y en la penumbra del crepúsculo, ante una puerta cerrada; temen que se abra de pronto... Las puertas son tristes. ¿Por qué? Acaso porque, más que de vida, nos hablan de ausencia y de muerte. Alguien muy querido viene a visitarnos; le abrazamos, le besamos, somos felices teniéndole cerca de nosotros; pero ¿no es cierto que a esta alegría va mezclado el recuerdo torcedor de que, más tarde, las puertas de nuestra casa habrán de cerrarse una a una tras él? Nace un niño: no «entró» por ninguna parte; está allí sobre el pecho de su madre, embelesándonos con el milagro de su alma nueva. Los muertos, por el contrario, se van, se los llevan; los muertos «salen...» Las puertas me asustan, y así no me sorprende que haya tantos enfermos de ese terror a las habitaciones cerradas, que los alienistas llaman claustrofobia. Una puerta que se abre es un abrazo; una puerta que se cierra, un adiós o un puntapié; lo mejor y lo más malo entra por ellas. ¡Oh Cuántas veces, al instalarme en una casa he pensado, examinando sus puertas: «¿Serán éstas las últimas por donde he de pasar?...»

Aún habló largo rato, y bajo el encanto animador de su palabra, los muebles que decoraban el gabinete parecían contentos.

Oyeron llorar a Angel, y Adelina corrió hacia la alcoba. Halderg la siguió. El niño, huido en la amplitud blanca y mullida del lecho, tenía los ojos cerrados; parecía dormir. La joven susurró al oído de Halderg:

— Estaría soñando ..

El barón de Nhorres asintió con la cabeza. Volvieron al gabinete de puntillas. Adelina preguntó:

— ¿Cómo le encuentras?

— El inglés se encogió de hombros:

— Ya sabes mi opinión.

— ¿Crees que nuestro hijo morirá?...

— Sí.

A ella se le arrasaron los ojos en lágrimas. Juan Enrique añadió:

— Y morirá fatalmente, porque ése... — y señaló al retrato — no quiere dejarle vivir.

Se sentó displicente y encendió un cigarrillo.

— Fontana — dijo — no ha venido.

— No; me extraña.

— ¿Ves?

— ¿Qué?... ¡Se le habrá olvidado!... O acaso venga más tarde...

Iban a dar las siete.

— No — afirmó Juan Enrique —, no vendrá; «el otro» le ha quitado de la memoria el propósito que, sin duda, tenía de venir esta tarde.

Refirió su entrevista de aquella mañana con el médico. También habló de su ensueño con Marta. Adelina Vera pareció muy sorprendida.

— ¡Es raro! — exclamó —. Yo, anoche, también he soñado con un muerto... es decir, no sé si era un muerto...

Se echó a reír y rectificó:

— Debías de ser tú.

Juan Enrique, llevado de un interés que no podía disimular, interrogó:

— ¿No le viste la cara?

— No.

— Pero ¿estás cierta de que era un hombre?

— Sí.

— ¿Por qué?

La joven, muy contenta, empezó a reír a carcajadas:

—Cuando yo te lo digo—repetía maliciosa—, cuando yo te lo digo...

Halderg comprendió, y por sus ojos, repentinamente, resbaló una impresión absurda de vergüenza y de celos.

—¡Ah, ya entiendo!—exclamó—; se trata de un incubo, de un espíritu macho...

Ella reía siempre, reprimiendo los borbollones gorgjeantes de su hilaridad con un pañuelo, para no hacer ruido.

—De que soñé con un macho—exclamó impúdica—no puedo dudar; y debías de ser tú, porque yo me acosté pensando en ti. Tardé en dormirme. Luego sentí a mi alrededor una sensación muy dulce, una languidez inefable, muy rara. Entreabrí los párpados; me pareció ver sobre mí una sombra oscura, pero no puedo precisar si tenía o no forma humana. Recuerdo que pregunté: «¿Eres tú?» Quien fuera no contestó, y yo cerré los ojos, segura de que estaba contigo. En aquel momento comprendí que soñaba; pero el ensueño era tan exquisito, que procuré seguir en él. El fantasma me abrazaba, me besaba; cogiéndome por la cintura, me oprimía contra sí, y su cuerpo... o lo que fuese... y su aliento, eran tibios... El mismo placer que me produjeron aquellas caricias, me despertó.

Juan Enrique, las piernas extendidas y cruzadas la una sobre la otra, las manos en los bolsillos, el cigarrillo humeante entre los labios, escuchaba atento.

Adelina Vera concluyó:

—Mi sueño explica el tuyo; esa Marta, con quien tú has creído dormir anoche, era yo... ¿No te parece?

Halderg hizo un signo negativo.

—¿No?—agregó ella.

—No.

Adelina bromeaba, y con sus donaires trató de suavizar el mal humor de Juan Enrique.

—¿Crees que tu amada de anoche era Marta?—dijo.

—Sí—repuso el barón de Nhorres—, como creo que el espíritu que anoche te poseyó no era el mío.

—¿El de quién, entonces?

—El de ése...

Y miró al retrato de Riaza. Adelina, desvergonzada y risueña, se encogió de hombros:

—Imposible—exclamó—; era demasiado cariñoso... y demasiado activo... ¿me comprendes?

La hilaridad y despreocupación, un tanto irreverentes, de la joven, molestaron a Halderg. Adelina, con sus largos ojos de ajeno y su cuerpo ondulante y ampuloso, estaba adorable. El barón de Nhorres la miró atentamente, con una mirada perforante, en la que había envidia y deseo.

—Eres bella y eres dura de corazón — exclamó —; en verdad te digo que con esas dos cualidades tienes mucho adelantado para ser dichosa.

Un nuevo llanto de Angel interrumpió la conversación. Adelina y Juan Enrique pasaron al dormitorio, tranquilo y alegre, con la alegría inmaculada de su lecho blanco y de sus paredes de estaco. El niño se había incorporado y extendía sus bracitos desnudos, color de cera, hacia un ángulo de la alcoba. La joven comenzó a besarle:

—Angelito... mi vida... ¿qué tienes?... ¡Ricol... ¿Por qué te asustas tú?...

El chiquillo hizo un movimiento brusco para zafarse de los brazos maternos y continuar mirando. Un terror inenarrable crispaba sus mancs y ensanchaba sus pupilas azules. Sus labios se torcieron; cesó de llorar...

—Déjale—murmuró Halderg.

Adelina trató inútilmente de acostar al niño; convulsionado por el miedo, Angelito tenía la fuerza de un hombre. La joven le acarició la frente.

—Tiene la piel ardiendo—dijo—; está delirando.

El barón de Nhorres cogió a Adelina por un brazo, obligándola a separarse del lecho.

—Déjale—repitió—, es que ve algo... allí...

La visión debía de hallarse al extremo opuesto de la habitación, junto a un armario de luna.

—¿Distingues tú algo?—balbuceó Halderg.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco; espera...

Los dos, en pie, cogidos de las manos, los rostros cubiertos de mortal palidez, los cuerpos inclinados hacia adelante, como si se asomasen a un abismo, miraban en la dirección señalada por los ojos del enfermito. La luz eléctrica que ardía en el comedio del techo, dentro de un globo de cristal blanco, anegaba la estancia en la serenidad impoluta de su resplandor. Sobre el estuco no se esbozaba ninguna sombra. El barón de Nhorres susurró descorazonado:

—No veo nada... nada...

Bruscamente el niño lanzó un grito, y desplomándose en el lecho, se cubrió la cabeza con la sábana; bajo las mantas, su cuerpecillo esquelético temblaba con el estremecimiento de la epilepsia. Adelina se abalanzó a él, le destapó y, medio desnudo, según es-

taba, le abrigó entre sus brazos. Angel, los ojos desorbitados, la boca desquijarada por una mueca espasmódica, ofrecía síntomas de asfixia, cual si algo pesase sobre su garganta. Halderg, el ceño amenazador, las mandíbulas apretadas convulsivamente, los puños crispados, observaba la escena.

—Le ahoga—murmuraba—, le ahoga... y yo nada puedo hacer porque no le veo...

Angel, sin embargo, empezaba a tranquilizarse; el colapso decrecía; un sudor copioso humedeció su cuerpo, temblequeante aún por la pavorosa emoción sufrida. Adelina Vera ya no quiso separarse de él, y arropándole en un mantón, le llevó al gabinete. Allí se sentó. Eran las ocho. Juan Enrique dijo que se marchaba a cenar. Ella preguntó:

—¿Volverás luego?

—Como tú quieras.

—Sí, ven, aunque sólo sea un ratito. Las noches sin ti me parecen horriblemente largas.

Cuando el barón de Nhorres trasponía el zaguán de su hotel, un camarero se le acercó para decirle que el correo le había llevado una carta.

—Arriba, sobre la chimenea del gabinete—añadió—la encontrará usted. ¿Quiere el señor que vaya por ella?

Halderg iba a contestar negativamente, pero recordó la impresión desagradable de frío que experimentaba siempre que entraba en su cuarto; el muerto estaría esperándole, pero esta vez quedaba chasqueado. Repuso, mientras se dirigía al comedor:

—Sí, hágame el favor de traérmela...

La carta era de su padre; según costumbre, el anciano le llamaba y le reiteraba aquel presentimiento,

cada vez más firme, que tenía de no volver a verle. Juan Enrique se quedó muy triste y apenas pudo catar bocado. «Mi padre no es supersticioso—pensaba—, y cuando habla así, sus razones tendrá...» Acordóse también de aquellos torvos envolvimientos que los hechiceros medioevales ejercían sobre las personas de quienes eran enemigas, y preguntóse con angustia si no llegaría hasta Londres, y para daño de su padre, la influencia del muerto.

Regresó pronto a casa de Adelina, a quien encontró de sobremesa todavía; Dolores y Emilia estaban en la alcoba con Angel.

—En cuanto te fuiste—dijo la joven—el niño cogió el sueño y no lo ha dejado aún.

El comedor era espacioso, y la severidad negra de los cortinajes y la solidez pesada de los muebles, todos antiguos y macizos, tenían una riqueza suntuaria; sobre el grave paramento de los muros, tapizados de cretona color nogal, el mármol pulido y la límpida cristalería de los aparadores brillaban a la luz. En la amplitud oscura de la estancia, y bajo el optimismo de las lamparillas eléctricas que lucían entre los artísticos escarolados de una araña de bronce, la mesa, cubierta por un mantel blanquísimo, pintaba una gran mancha alegre.

Halderg se sentó en un sillón; estaba fatigadísimo; había recibido en el agitado transcurso de aquel día muchas emociones y algunas muy fuertes. Empezó a hablar lentamente y con los ojos cerrados: refirió su encuentro con Meunier, su mala fortuna en el juego y cómo estuvo en peligro inminente de ser atropellado por un automóvil al ir a cruzar la calle de Sevilla. Se expresaba tranquilamente y con cierta ironía.

—Créeme—añadió—que si hoy no he muerto a manos «del otro» no fué por culpa suya...

Adelina Vera le escuchaba atentamente; ella no participaba de aquellos temores supersticiosos; Juan Enrique era un neurasténico, un desequilibrado en quien la tisis, que heredó de su madre, comenzaba a realizar estragos evidentes. Dentro del sillón de gutapercha donde estaba instalado, el barón de Nhorres, con sus manos descarnadas, su busto deprimido y de hombros angulosos, su semblante rasurado y lívido, sus orejas exangües y sus grandes pupilas brillantes y azules de visionario, brindaba al observador todos los síntomas de una agcñía fatal, tranquila y elegante. Aquel hombre que, sin abrir los ojos, continuaba hablando de influencias metafísicas y extrañas, volvió a la memoria de Adelina los vitandos recuerdos de sus primeros años de matrimonio, allá en el Sanatorio de la Guindalera, bajo la férula ominosa de Rianza; y la voz plañidera de aquel imbécil que llenaba, de noche, con sus gritos, el silencio del manicomio, vibró en su cerebro otra vez. Juan Enrique también daría en idiota o en loco; y cuando esto sucediese, y si para entonces, como era probable, su hijo había muerto, ¿qué sería de ella? El vacío de su porvenir la calofrió: ¡qué horas tan siniestras de soledad y de recuerdos la esperaban!... Tuvo miedo, aquel miedo a lo sobrenatural que acongojaba a Halderg. Para rechazarlo, empezó a hablar.

—Juan Enrique—dijo—, mañana por la tarde debíamos reuicirnos en nuestro pisito, en nuestro nido... ¿quieres?... Espero poder ir; el niño estará mejor...

Se había levantado, y enlazando sus antebrazos des-

nudos al cuello de Halderg, le dió pausadamente en las mejillas y sobre los labios muchos besos callados y ardorosos. Entre los encajes de su bata color malva, aparecía la blanca morbidez perfumada de la garganta. Juan Enrique acarició aquella carne, por amor de la cual, sus manos, en una hora trágica, se mancharon de sangre. Pareció reanimarse.

—Sí—exclamó—, mañana, a las cuatro, como siempre, te espero allí...

—Mi vida...

El temor de que Dolores o Emilia reaparesiesen inopinadamente, les contenía. Halderg, sin embargo, más impaciente, quiso llevar a Adelina hacia un diván. Lagotero, con su voz más dulce, trató de convencerla de que debían aprovechar aquel breve instante de felicidad. Pero ella le detuvo delicadamente:

—No—dijo—aquí no..., no podría..., el niño está enfermito... ¡y está tan cerca!...

Juan Enrique se resignó; tendría paciencia. A media noche Halderg cogió su sombrero para marcharse; la joven le acompañó hasta el recibimiento. Allí, mientras se besaban, ratificáronse en su cita del día siguiente.

—¿Entonces... mañana?

—Sí.

—A las cuatro.

—A las cuatro en punto.

Halderg salió a la escalera y Adelina cerró la puerta quedamente. En seguida fué a la alcoba; Angel continuaba dormido. Dolores se levantó y, de puntillas, acercóse a su ama.

—¿Se marchó ya don Juan?

—Sí.

—¿Se llevó la llave del portal?...

—Para que tú no tuvieses que bajar a abrirle.

Emilia se había dormido profundamente y empezaba a roncar. Adelina la llamó; iba a despertar al niño.

—Vete a tu cuarto—dijo.

Como otras veces, la joven abrió las hojas de madera del balcón para saludar a Halderg, quien siempre, desde la acera de enfrente, la decía adiós. Transcurrieron algunos momentos. Adelina pensó: «Tarda mucho en salir...» Aún esperó otro minuto. Alarmada, y sin querer separarse de su observatorio, llamó a Dolores con la mano. Después, en voz casi imperceptible:

—¿Has oído abrir la puerta del zaguán?—preguntó.

—No, señora.

—Es raro...

—¿No ha salido todavía don Juan?

—No...

Las dos mujeres se abrazaron, empavorecidas repentinamente por el presentimiento de algo anormal, y continuaron mirando a la calle. Pausa. Luego dijo Dolores:

—Se habrá ido ya y usted no le ha visto...

—Imposible; él nunca se marcha sin saludarme...

De repente exclamó:

—¿Le habrá dado un síncope?...

Seguida de Dolores, Adelina Vera corrió hacia el recibimiento y abrió la puerta de la escalera. Salió al rellano.

—¡Juan!—gritó—, ¡Juan!...

Su voz, en la que había un trémolo de pavor, vibró

impetuosa en la oscuridad resonante, llena de tinieblas, de la escalera.

Dolores balbuceaba:

—¿No está?... ¿No está?...

Adelina Vera repitió:

—¡Juan, Juan!...

Y, como convencida de que Halderg estaba allí, descendió algunos peldaños. Aún le llamó otras dos veces. A su porfiado requerimiento, la voz del barón de Nhorres, voz desfallecida, voz de agonía, respondió al fin:

—Adelina..., ven..., ven...

Una tras otra, las dos mujeres, a oscuras, se precipitaron escaleras abajo. Adelina Vera iba delante. Ya en el portal, de pie sobre el último peldaño y apoyado contra el muro, vislumbró la silueta de Halderg. Adelina le palpó las manos; estaban yertas.

—¿Qué es?—gritó—. ¿Qué te ha sucedido?...

Se volvió hacia Dolores:

—¿Tienes cerillas?

—No, señora. . voy por ellas.

Iba a subir, pero Juan Enrique dijo, con un gesto, que él tenía fósforos.

—¿Dónde?

—Aquí...

Adelina, azorada, no le comprendía bien. El murmuró:

—Aquí están... en el bolsillo izquierdo... sácalos tú, mi vida... yo no puedo...

Balbuceaba; parecía idiotizado y como agarrotado por el miedo. La joven, al fin, halló la caja de las cerillas y hubo luz. Iluminado por la claridad temblorosa del fósforo, el barón de Nhorres, lívido, blan-

co, más blanco que la nieve, con los labios contralidos por una mueca de espanto y las encías sin color, parecía un cadáver. Adelina Vera repitió:

—¿Qué ha sido eso?...

—Nada... «el otro»... apenas cerraste la puerta, me envolvió... me envolvió... ¡y de qué manera!... no quería dejarme salir...

La joven sintió que el vello de sus mejillas se erizaba.

—Pero, ¿tú le has visto?— exclamó.

—No—repuso Halderg, a quien la luz reanimaba— no le he visto... pero le he sentido... ¡Oh, qué horrible! ¡Qué horrible!...

Dolores, asustada, se acercó a Adelina:

—¿Qué dice?—murmuró disimuladamente.—¿Qué tiene?... ¿Usted le entiende?... Don Juan está malo...

A la luz tenue de las cerillas que la joven iba encendiendo, aquellas tres figuras pálidas, con palidez hipocrática, sobre el fondo negro de la escalera, componían un grupo extravagante de pesadilla.

—Sí—repuso Adelina—, está enfermo...

Y dirigiéndose a Halderg:

—Sube—le dijo—y descansas.

—No.

—Sí, sube y bebas un vaso de agua... eso te calmará...

Pero Juan Enrique denegaba con toda la violencia de su terror.

—No, no—repetía—; quiero marcharme, quiero marcharme cuanto antes...

—Luego... o mañana... te vas; puedes pasar la noche arriba...

—No, no; quiero irme ahora; ¡no me dejes solo... no

me dejes!... Corre, ábreme la puerta.. pronto... ¡pronto!..

Señalando al suelo, añadió:

—Ahí está la llave... se me había caído...

Fué preciso complacerle. Dolores recogió la llave y se dirigió a la puerta del zaguán. El barón de Nhorres temblaba como azogado, apoyándose al andar sobre un brazo de Adelina.

—Pronto—insistía—; quiero irme... irme...

Adelina repuso:

—Así, apenas puedes andar; Dolores te acompañará; ¿quieres?

Pero él no comprendía.

—No, no —volvió a decir—; quiero irme..

Juan Enrique Halderg salió del zaguán sin volver la cabeza, como quien huye. Dolores cerró la puerta con doble vuelta de llave. Estaban a oscuras.

—¿Tiene usted ahí los fósforos?—preguntó.

—Sí.

Adelina Vera encendió una cerilla. Sus manos estaban heladas; el miedo entumecía sus dedos. Las dos mujeres, poseídas de inexplicable pavor, estrechándose una contra otra, subieron la escalera temblando.

Ayuntamiento de Madrid

III

Bajo la luz de la farola plantada en el centro del irregular perímetro de la plaza del Angel, y subido en un coche descubierto, un prestidigitador vestido de negro y con un gorro turco sobre la frondosa maraña de sus cabellos largos y lustrosos, requería la atención de los transeuntes agitando furiosamente una campanilla.

—¡Señores!—decía—, ¡señores! ¡Voy a empezar!...

Su figura delgada y gesticuladora, moviéndose en la enorme tiniebla de la noche y ante la claridad blanca de unas lamparillas eléctricas tendidas sobre la capota del vehículo, daba a la plaza un aspecto pintoresco de feria. El tintineo apremiante de la campanilla desgarraba el silencio.

—¡Señores!—repetía el charlatán—, ¡señores!... ¡Voy a empezar en seguida!...

A su lado, acurrucada sobre el asiento delantero, una mujer joven, metida dentro de un traje ridículo y teatral, los ojos vendados con un pañuelo, permanecía inmóvil y su nerviosa quietud de pitonisa era atractiva. Sobre el pescante, el cochero dormitaba aburrido. El caballo, cubierto por una manta, estiraba el cuello. Alrededor del coche iba formándose un grupo

abigarrado y nutrido de curiosos, gente plebeya en su mayoría; abundaban los mantones, las capas de ardientes embozos, los sombreros de fieltro blando, las bufandas campesinas de colores vivos campeando sobre la tosquedad holgachona de los trajes de pana. En el ambiente frío de todos aquellos cuerpos, al apretujarse unos contra otros, experimentaban un agradable calorillo, al que iba ligando cierto placer sexual.

En aquel momento, el prestidigitador cogía con los dedos índice y pulgar de sus manos delgadas un pañuelo blanco, que luego agitaba a la vista del público.

—¿Está limpio, verdad?—decía—; en él no hay nada... o, por lo menos, parece que no hay nada... ¡Muy bien!

Tras una pausa expectante continuó:

—Ahora le hago un nudo aquí... otro aquí... ato ambas puntas... ¿Ven ustedes?... Parece un gorro... ¿no es cierto? Parece un gorro... ¡un gorro! . . ¿Eh? Pues ustedes, lo mismo que yo, estábamos equivocados; el pañuelo no estaba vacío; tiene algo... ¿a ver?... Sí, sí... tiene algo... aquí está... Vean ustedes: un conejito de Indias...

Hubo risas y rumores de aprobación en la concurrencia. Aquel hombre, realmente, trabajaba muy bien. La curiosidad y la satisfacción estrechó las filas de los espectadores; los que estaban más próximos al coche avanzaron un paso. El prestidigitador abrió un cajón, verdadera arca de hechicería y embrujamiento que tenía a sus pies, y en él metió al pobre animal, aterido de frío y blanco como el lino. Después cogió una baraja:

—Aquí tienen ustedes el tres de copas y el caballo de bastos...

Adelina y Juan Enrique Halderg, que habían pasado la tarde en su entresuelito de la calle Mesonero Romanos, cruzaban a la sazón la plaza del Angel. La figura eljuta y clownesca del charlatán, con su levita negra y su gorro turco, les interesó.

—¿Quieres oírle?—preguntó Juan Enrique.

—Bueno...

Cogidos del brazo y pausadamente, con parsimonia aristocrática, se acercaron al grupo. Adelina Vera, alta y lívida bajo su gran sombrero blanco y en la llamativa magnificencia de su abrigo de terciopelo violeta, tenía un aspecto prócer y exótico. El prestidigitador les cogió con una mirada.

—Antes de revelar a ustedes los misterios profundos del hipnotismo y de la transmisión del pensamiento—decía—, y mientras acude más público, haré unos cuantos juegos de naipes verdaderamente sorprendentes. Yo invito a los señores a fijarse bien en este modesto dos de espadas.

Hablaba moviendo mucho la cabeza a un lado y a otro, y su voz estridente y el dejo afrancesado de su pronunciación tenían un agradable sabor cómico.

—¿Te divierten los prestidigitadores?—preguntó el barón de Nhorres.

—A mí, mucho.

—¡Oh! Y a mí me encantan...

La aguda curiosidad de Juan Enrique disimilaba una especie de miedo pueril. Según él, hay en esos hombres, quizá algo grotescos, que rompen un paraguas a la vista del público y luego lo devuelven intacto, y saben sacar del fondo de un sombrero de copa una tortilla humeante y un puñado de flores o de cintas, capacidades sobrenaturales, poderes teúrgicos, que les



hacen inquietantes y temibles. Sacerdotes del misterio, príncipes de lo raro, concededores de todos los ladinos resortes de la dislocación y de la sorpresa, el manto en que se embozan es de capricho y maravilla. Sus ojos registran profundidades que nadie sospecha, sus dedos agilísimos saben manejar los objetos de un modo nuevo y darles sonoridades y colores imprevistos, cual si la materia guardase para ellos cualidades especiales. Un buen prestidigitador puede, a su antojo, asustarnos, asombrarnos, hacernos reír; el hada Sorpresa le ayuda; ante él los profanos, que ignoran cómo puede arancarse del respaldo de una silla una nota musical, o quemar una corbata para convertirla en monedas de oro, se sienten pequeños, imbéciles y como a merced suya. Evidentemente, la prestidigitación es un arte, un verdadero arte, para el cual se requieren facultades especialísimas. No basta conocer el secreto de un juego de manos; es necesario, además, hacerlo sin esfuerzo, maravillosamente, de modo tal que nadie vislumbre su origen. En esto interviene directamente el espíritu, el ingenio, la personalidad fuerte y extravagante del prestidigitador; es algo que va unido a su temperamento; algo exotérico que no se adquiere, sino que nace con el individuo y proviene de la anatomía, más o menos delicada, de su red nerviosa.

El charlatán decía que aquella señora que estaba en el coche con los ojos vendados tenía la capacidad de adivinar el pensamiento.

—Me bastará — agregó — darla aquí, sobre la frente, algunos pases magnéticos para infundirla el dón brujo de la visión a distancia.

Sus manos se deslizaban alrededor del medium, que permanecía inmóvil, realizando sobre él una especie

de envolvimiento hipnótico. Después bajó del coche. Entre la multitud vulgar de boinas y sombreros, su gorro rojo y puntiagudo, semejante a un pimiento, iba de un lado a otro. El grupo de curiosos oscilaba inquieto. A cada momento vibraba la voz estridente y gangosa del charlatán, que preguntaba:

—¿Qué tengo en la mano?

Sin vacilar, el medium respondía:

—Un pañuelo.

—¿De qué color?

—Blanco.

—¿Tiene alguna cenefa?

—Sí.

—¿De qué color?

—Azul.

—¿A quién me dirijo en este momento?

—A una señora.

—¿Qué hace esta señora?

—Reirse.

Era cierto, y la contestación ingenua y categórica del medium suscitó una explosión de hilaridad. Abriéndose paso por entre los espectadores, el hierofante se acercó a Juan Enrique.

—¿El señor desea comprobar la verdad de mis experimentos?

El barón de Nhorres le entregó una moneda de cinco pesetas. El charlatán gritó, sin mirar al coche:

—¿Con quién hablo ahora?

Hubo una pausa; el medium movía la cabeza con angustia, como si no hallase la respuesta. El hipnotizador repitió su pregunta, marcando mucho las palabras, poniendo en cada una de ellas una gran voluntad.

—Fíjate bien: ¿con quién hablo ahora?...

En el silencio, aleteando, bruja, sobre aquel enjambre de cabezas curiosas, iluminadas por las lamparillas eléctricas del coche, vibró la respuesta del medium:

—Con un hombre.

—¿Es joven?

—Sí.

—¿Es español?

—No.

—¿Qué me ha dado?

—Un duro.

El prestidigitador interrogó al barón de Nhorres:

—¿Desea usted que le adivine algo más?

—No, señor.

—Servidor de usted...

Iba a devolverle el duro. Halderg repuso:

—Para usted.

Muy ufano, el charlatán gritó, dirigiéndose a medium:

—¡Responde tú por mí!...

—Muchas gracias.

Mientras el público reía, Adelina Vera y Juan Enrique se alejaron hacia la calle de San Sebastián. Ambos iban preocupados; había, efectivamente, en aquellos vulgarísimos fenómenos de hipnotismo, algo diabólico. ¿Cómo lo que un cerebro piensa o recuerda puede transmitirse instantáneamente a otro cerebro?.. El hipnotizador, colocado entre el sujeto pensante y agente y el medium pasivo, era una especie de hilo conductor o de trampolín de la idea. Adelina tembló y un calofrío grinoso corrió por su espalda. ¡Oh! ¡Si ella o Juan Enrique, involuntariamente, hubiesen descubierto el enigma, el gran enigma sangriento de

sus vidas! ¡Si el muerto les hubiera impulsado a hablar!..

Volvió a estremecerse. Halderg murmuró:

—No pienses más...

—¿En qué?

—En eso... en que yo mismo voy pensando...

Callaron, y mientras Juan Enrique acompañaba a Adelina a su casa, el recuerdo del escamoteador, con su cuerpo delgado y su cabeza melnuda, semejante a un plumero, volvía a sus espíritus: era un tipo satánico, cuyas habilidades delirantes, como ventanas abiertas sobre un jardín de misterio, parecían demostrar que todo cuanto nos rodea, aun lo más trivial y sabido, esconde un prodigio.

Aquellos carnavales no trajeron para los dos amantes ninguna distracción. Adelina, que merced a su complexión sanguínea y robusta, había logrado conservar hasta entonces el dominio de sí misma, comenzaba a sentirse invadida por los temores supersticiosos de Halderg. Poco a poco, por grados insensibles, lo natural y razonado disminuía a su alrededor, y lo inexplicable medraba, llenando las habitaciones de su casa de emociones extrañas. Una mirada de Riri, el quejido de una puerta, el soplo del viento que hinchaba una cortina o arrebatava un papel de encima de una mesa, el gotear de la fuente en el silencio de la cocina, el latir de los relojes, la misma quietud de los muebles, especialmente la de los sillones con sus brazos abiertos, producían en ella zacudimientos de pavor. Trató de examinar la índole de aquel nuevo estado de ánimo y se convenció de que no reflejaba ningún remordimiento. Dentro de su alma el odio mortal a Riaza permanecía firme, erecto, resplandeciente y

purificador como una llama. Si, por obra del tiempo, aquel aborrecimiento hubiese disminuído, la habría bastado recordar las noches malditas del Sanatorio y ver las cicatrices profundas, indelebles, que en sus pechos dejaron los dientes del médico, para sentir otra vez el rencor homicida y las energías sobrehumanas con que años antes machacó la cabeza de Riaza. No se arrepentía de lo hecho; aquel hombre estaba bien muerto; su asesinato fué una justicia. La inquietud, por tanto, que ahora experimentaba Adelira no provenía de ella misma: era algo exterior, objetivo, que se anunciaba erizando el vello de su piel con un roce frío.

Esta emoción se precisaba en el gabinete, bajo la mirada del gran retrato de Alberto Riaza, colocado sobre la chimenea: aquella cabeza con su frente brillante y bombeada, sus ojos profundos, su nariz aguilena, su boca de labios succionadores y crueles y su barba puntiaguda, raleante sobre la demacración biliosa del rostro, continuaba tiranizando a la viuda, Adelina no podía resistir su imperio: siempre que entraba en la habitación, bajaba los párpados para no verla.

Diseminados por el resto de la casa, había varios retratos de Riaza, fotografías vulgares descoloridas por el tiempo, pero que repetían con exactitud pasmosa el semblante largo y aborrecido del sátiro. Una de ellas estaba sobre el piano, otra sujeta entre el marco y la luna del espejo del comedor. La joven quiso romper todos aquellos retratos que parecían mirarla y ejercer una vigilancia de amo sobre los muebles. Pero, sin saber por qué, no lo hizo y limitóse a guardarlos en un armario. El recuerdo, sin embargo, de los sitios

que ocuparon las fotografías la obsesionaba: en el espejo, sobre el piano, faltaba algo. Diríase que los retratos, con ese lenguaje elocuente de las cosas mudas, pedían volver a su sitio. Adelina, después de varios días, concluyó por colocarlos donde estaban.

Esta insistente emoción de miedo se trocaba, durante las horas de sueño, en alucinación erótica. Raras eran las noches en que la joven no experimentaba la dulce congoja de la suprema voluptuosidad. Apenas dormida, una laxitud sedante y gozosa iba invadiéndola, aflojaba sus articulaciones, rozaba su boca y sus flancos. Al principio, Adelina necesitaba despertar para comprender que había soñado; pero muy pronto la insistencia porfiada de las mismas imágenes suscitó en ella un estado raro de bicerebralismo, merced al cual, aun sabiendo que soñaba, no dejaba por ello de disfrutar del regalado embaimiento del sueño. Tendida pecho arriba, la cabeza echada hacia atrás, las piernas abiertas y en flexión, como Dánae cuando recibió en su encierro la visita de Júpiter, la joven presentía la llegada del íncubo. Y había en su voluntad como un deseo categórico de que viniese. La alucinación comenzaba por ser un envolvimiento, una especie de gran caricia tibia que resbalaba por su cuerpo, cosquilleándola al mismo tiempo el cuello y los pies, el vientre y la espalda. Entornando los párpados, y a pesar de las tinieblas del dormitorio, la poseída veía cernerse sobre ella, y muy cerca, una sombra amorfa y oscura. Cerrando luego los ojos, la alucinación iba precisándose: sus labios recibían el roce de un aliento cálido, y algo blando, acariciador como una mano, resbalaba a lo largo de sus caderas hasta deslizarse bajo las nalgas; no podía moverse;

diríase que aquella sombra se estrechaba contra ella, agarrotando sus brazos, modelándose sobre su garganta, aplastándose contra su pecho suspirante, deslizándose violadora entre sus muslos. Y luego, inmediatamente, llegaba la posesión; ayuntamiento impaciente, aniquilador, brutal como el logro de un deseo vehementemente contenido. Convulsionada hasta la epilepsia, la joven despertaba; miraba a su alrededor con más asombro que miedo; nadie; a su lado, en el mismo lecho, Angel dormía tranquilo. Adelina murmuraba:

«He soñado...»

Y cambiando de actitud, volvía a dormirse. Transcurridos algunos momentos, el incubo, que parecía acecharla faunesco desde algún rincón de la alcoba, se acercaba de nuevo, flotaba sobre la cama como un vapor, tornaba a inquietarla. Ella, poco a poco, obedeciendo a un instinto sexual, se disponía a recibirle, moviendo la cabeza primero, un brazo y una pierna después, hasta recobrar la actitud supina. Aquellos estremecimientos sigilosos sacudían a medias la modorra de su conciencia, lo suficiente para revelarla lo que iba a suceder.

«Ya está aquí», pensaba.

Y dócilmente, como a un dueño insaciable, a quien no es posible contradecir, volvía a entregarse. Hubo noches en que el incubo la poseyó cuatro y cinco veces.

Como estas violaciones envolvían algo ofensivo para Juan Enrique, Adelina no habló de ellas. Halderg, por el contrario, no había vuelto a recibir la visita de Marta.

—Si es cierto que su alma me buscó aquella noche—decía—, debió de encontrarme muy enamorado de ti y se marchó ofendida.

La joven, preocupada, respondía:

—¿Pero tú crees que las almas de los muertos vuelven a nosotros?

Y Halderg, con una seguridad de iluminado, replicaba:

—No lo dudes. ¡Oh! Yo las siento; yo, por ejemplo, podría decirte cuándo «el otro» se acerca a mí y cuándo se va; no me engañe: el frío de su presencia lo noto en la piel.

La repetición cotidiana de la misma emoción iba predisponiendo los nervios de Adelina a recibir la visita del incubo. Cada vez lo sentía más pronto y con mayor intensidad; la noche en que el espíritu lujurioso no se presentaba, la joven, al despertar, experimentaba un desabrimiento que parecía una decepción. Aquellas bodas absurdas duraron mucho tiempo; Adelina, recordando las explicaciones que daba Halderg de los sueños eróticos, pensaba que era Alberto Riaza quien la poseía, y esta idea, lejos de asustarla, fué para ella como un effluvio pacificador. ¿Tendría razón Juan Enrique? ¿Sería cierto que el espíritu del médico, aquel hombre torvo que a pesar de sus crueldades la había deseado con todo ese furor cerebral que es el infierno de los impotentes, ahora, al otro lado de la tumba, continuaba amándola?...

Los efectos debilitantes de una vida sedentaria, el poco dormir y las zozobras que la causaban la salud cada vez más insegura y quebradiza de Angel, habían enflaquecido a Adelina y determinado en ella un estado de exaltación malsana. No tenía apetito y experimentaba accesos frecuentes de disnea. Rápidamente, según menguaba su vigor muscular, toda su vida acudía y se reconcentraba en el cerebro. Su alma ardien-

te se asemeja a la locura. Sus oídos habían adquirido una acuidad extraordinaria y dolorosa. Bajo sus cabellos rubios, peinados sin coquetería hacia atrás, su frente parecía más grande; los labios entreabiertos, como contraídos por un gesto de sed febril, estaban casi blancos; en el óvalo exangüe del rostro, los ojos verdes, inmovilizados por una expresión de asombro, eran más grandes.

Al barón de Nhorres llegó a preocuparle aquel cambio.

—Estás enferma—decía—; debías hacer ejercicio es lo que Fontana me ha recomendado. ¿Quieres que todas las mañanas salgamos a dar por el campo un buen paseo?...

Ella contestaba evasivamente, y como ambos se hallaban aquejados del mismo mal, sus palabras derrotaban fácilmente los propósitos optimistas de Halderg.

—Mi padecimiento—decía Adelina—no es físico, reconoce un origen más hondo; estoy enferma de miedo. Has vencido. Yo, que tanto me había burlado de tus supersticiones, sufro ahora más que tú. .

Y luego, desmayadamente, suspiraba:

—¡No podemos unirnos del todo, Juan! ¡No podemos!... ¡«El otro» no se ha ido!...

Taciturno, humillado bajo el empuje incontrastable de las fuerzas brutales, el barón de Nhorres bajaba la cabeza. De día en día, Adelina Vera se sentía peor, más inapetente y más insomne. Al fin, asustada de su postración, decidióse a confesar a Halderg algo de aquellas visiones de erotismo que turbaban sus noches; pero contenida por un invencible pudor sexual, no dijo la frecuencia enloquecedora con que tan extra-

vagantes posesiones se producían, ni el extremado regocijo y sabroso quebranto que la causaban; antes de ellas desabridamente y como con asco.

--¿Por qué no le explicas todo eso al médico?—preguntó Halderg.

Ella se ruborizó; ninguna mujer recatada puede descubrir a un extraño intimidades de aquella índole. Preferible era que él mismo hablase con Fontana: entre hombres, estos asuntos sexuales se arreglan en seguida. Juan Enrique prometió hacerlo así.

Contra lo que el barón de Nhorres esperaba, sus explicaciones, llenas de ambagiosidades misteriosas, no sorprendieron al médico. Carlos Fontana aseguró que aquellas alucinaciones eróticas eran un caso vulgarísimo de ninfomanía, o acaso la exaltación lujuriente producida por un poco de herpetismo vaginal. Ante la cara, al mismo tiempo asombrada y desdeñosa del inglés, el médico, saludable y rollizo, no pudo abstenerse de reír:

—Todo eso — exclamó — que usted cree obra del difunto esposo de esa señora, se remedia con unas cuantas embrocaciones de pomada alcanforada. ¡Ni más ni menos!... Y, luego, en cuanto llegue Junio, se marchan ustedes a un puerto de mar. Tanto ella como usted están enfermos de los nervios, tienen ustedes perturbada la sensibilidad afectiva, y para equilibrar el espíritu, nada mejor que tres o cuatro meses de vida salvaje.

Aunque escéptico en cuestiones de ciencia y dominado por el miedo a lo sobrenatural, el barón de Nhorres, experimentaba, oyendo al médico, un gran alivio; las sombras que le rondaban se desvanecían. Fontana, positivista y alegre, le efervorizaba, le pro-

ducía el efecto de un buen rayo de sol. Pero después, apenas regresaba a casa de Adelina, sus temores, derrotados momentáneamente, volvían a cercarle, clavándose alrededor de sus sienes. Halderg los sentía acercarse: se ahogaba, y aquella congoja la sufría en la garganta y sobre el pecho; era cual si una mano invisible, la mano de un espectro, le apretase el corazón. Por su parte, Adelina Vera ya no le consolaba como antes; ella también aceptaba la presencia real de los muertos; los terrores supersticiosos de Halderg la habían contaminado.

Algunas veces, bajo la mirada taladrante del retrato de Riaza, el miedo de Juan Enrique se mudaba en cólera.

—Ese hombre—decía—triunfa; fíjate en que poco a poco todo cuanto nos rodea parece animarse y sernos adverso. ¡Dos años hace que nos envuelve! ¡Maldito! El es quien aniquila a nuestro hijo y quien, a la larga, concluirá con nosotros.

En estos raptos de desesperación, Halderg echaba de menos que los vivos no dispusieran de recursos para defenderse de los finados.

—No les vemos—exclamaba—, y aunque les viésemos y cogiésemos un cuchillo o un revólver para asesinarles, nuestras armas, demasiado groseras, no podrían desgarrar su carne impalpable...

Hablando de esto, torturado por la presencia constante «del otro», la idea del suicidio se ofrecía vagamente a su ánimo; mas no como una liberación, sino como un medio seguro de venganza.

—Si yo muriese—decía—, mi alma se encontraría con la suya. ., y entonces, te juro que volvería a matarte.

Para sustraerse en lo posible al influjo aojador del médico, el barón de Nhorres propuso a Adelina sacar del gabinete el retrato de Riaza: lo llevarían a la guardilla. Halderg razonó su deseo. Dijo que el mal de ojo es una fascinación y que las pupilas de un retrato pueden servir de vehículo a tan grave daño.

—¿Quién nos dice—agregó—que el retrato de ese hombre no tenga la virtud envolvente de aquellas figulinas de cera que los brujos medioevales construían para llevar más fácilmente su odio hasta la persona que querían perjudicar?

Halderg no dudaba que Alberto Riaza hubiese sido en vida un hechicero, fabricante de poderosos bebedizos. Fué un tipo extraño, diabólico, que no sudaba nunca, cual si la sequedad de su alma se hubiera transmitido a su piel.

—¿No recuerdas sus ojos?—continuaba Halderg—; aquel hombre no sabía llorar; su mirar era seco: tenía la mirada de los antiguos posesos, quienes, según opinión de los inquisidores, sólo podían verter tres lágrimas con el ojo derecho.

Aunque cohibida por cierta inexplicable repugnancia, Adelina accedió a que el retrato de Alberto Riaza fuese trasladado a la guardilla. Ella misma lo descolgó para que se lo llevase Dolores. Luego, ante el largo trozo de pared que el lienzo ausente dejó vacío, los amantes experimentaron un raro malestar.

—Lo echamos de menos—dijo él—porque estamos acostumbrados a verlo ahí, no por otra causa.

Y afirmó:

—Mañana llenaremos ese hueco con otro cuadro, y nos quedaremos tranquilos.

Al día siguiente, en efecto, adquirió en un bazar un

lienzo de gran tamaño, con marco dorado: era un paisaje de mérito escaso, pero vistoso, con un cielo de añil purísimo, y sobre una lontananza muy luminosa y verdecida, un grupo de casitas muy blancas. Pero, a pesar de aquel temerario derramamiento de colores, el recuerdo del retrato de Riaza, asomando macilento sobre el hollín del fondo, subsistía obsesionador. Allí estaba, con su cabeza de Greco, su frontal lívido y enorme, sus mejillas flacas, su barba canosa y puntiaguda. Tenía toda la fuerza expresiva de un cadáver. Halderg pensaba: «¿Qué hará ahora en la guardilla?...»

Y, más de una vez, mirando a Adelina, adivinó que la joven, descolorida y callada, meditaba en lo mismo. ¡Oh! Por nada hubiese sido él capaz, como antes, de bajar las escaleras de aquella casa de noche. Transcurrieron varios días y la inquietud de los amantes aumentaba estúpidamente en vez de disminuir. Su sobresalto llegó a convertirse en tormento. La mujer habló primero; era la más débil y se rindió antes:

—¿Quieres que volvamos el retrato a su sitio?..

Oyéndola, Juan Enrique Halderg experimentó una especie de alivio:

—Yo—repuso—también lo echo de menos.

Adelina agregó:

—El paisaje, que es muy bonito, podemos llevarlo al comedor, o dejarlo en la sala...

—Sí... como gustos...

Transigia, porque esta condescendencia significaba una tregua entre ellos y el muerto. Pero en seguida se arrepintió; su docilidad embozaba una cobardía. Era preciso combatir al enemigo, sofocar su recuerdo, expulsarle de allí.

—Se me ocurre algo mejor—dijo.

—¿Qué?

—Vender el retrato.

Ella vacilaba, temiendo oír luego la voz regañona del remordimiento, Además, y este detalle importantísimo el barón de Nhorres lo ignoraba, Adelina, desde que recibía las visitas del incubo, sentía apagarse gradualmente su odio al difunto, cual si éste fuese reconquistándola con la depurada voluptuosidad de aquellos furiosos ayuntamientos.

Halderg insistió:

—Sí—decía—, yo estoy cierto de que no teniendo el retrato, aquí nuestras zozobras cesarán.

También esta vez la opinión de Juan Enrique prevaleció. Aquella misma tarde Dolores fué en busca de un ropavejero, quien se llevó el cuadro por treinta pesetas. No quiso pagarlo mejor, y aseguró que, si daba tanto, era por estimar el marco, moderno y de buen gusto. Cuando el baratillero se hubo marchado, Juan Enrique preguntó:

—¿Qué hacemos con este dinero?

Adelina Vera se encogió de hombros:

—Tú sabrás...

—Yo, no lo quiero.

—Yo, tampoco.

Aquel dinero abrasaba sus manos; pertenecía al médico; era lo que aún quedaba de él allí. Resolvieron entonces salir a la calle y dárselo al primer pordiosero que encontrasen. El objetó:

—No; mejor será hacer muchas limosnas, y de este modo el dinero quedará más repartido...

Así lo hicieron: las treinta pesetas, cambiadas escrupulosamente en monedas de a cinco céntimos, fueron distribuidas, a través de Madrid, entre seiscien-

tos pobres. Y, según lo hacían, experimentaban un inefable contentamiento, cual si sintiesen diluirse entre sus manos, con aquellas limosnas, la personalidad del difunto. En esta operación invirtieron varias noches, y cuando entregaron la última moneda se hallaron más tranquilos. En el sitio que ocupó el retrato de Alberto Riaza, el paisaje comprado por Helder triunfaba con la esplendidez abigarrada de sus colores intemperantes y chillones. Ya, aunque fuesen débiles y quisieran recobrar el retrato del médico, no podrían; el ropavejero se lo llevó y nadie sabía adónde; quizás lo habría roto y puesto en su marco otro lienzo mejor. Aquello fué como una conflagración de elementos vivos para destruir el poder, sigiloso, pero seguro, del finado.

En el transcurso de tantos meses, lo mismo Adelina que Juan Enrique se habían acostumbrado a considerar la muerte de Angel como algo desgarrador, pero inevitable. De día en día, efectivamente, el niño se mostraba más postrado y anémico; semejante a las frutas que, según van secándose, se encogen y arrugan, así el enfermito iba reduciéndose; su cuerpecillo miserable, con sus flacas piernas en flexión y sus bracitos doblados sobre el pecho esquelético, tenía un perfil de araña; el cuello era tan débil, que no podía sostener el peso de la cabeza voluminosa, humedecida constantemente por un mador febril; su carita avellanada, donde temblaban los labios sin color y languidecía tristemente la luz de los grandes ojos azules, iba cubriéndose de pequeñas arrugas. Cuando Helder y Adelina trazaban proyectos de veraneo, la joven, meditando en su hijo, se alegraba; pero apenas despuntaba en ella la alegría de una esperanza, cuando la

realidad, que sólo hablaba de muerte, la volvía al dolor. ¡No; no había para qué componer planes risueños! Angel no vería nunca el mar...

Muchas tardes, Adelina recibía la visita de las señoritas de Oruño, dos hermanas solteras que habitaban en el piso tercero de la misma casa. Eran huérfanas de un comandante, y vivían solas y como atrincheradas tras una castidad implacable, en la que, probablemente, las tentaciones de la juventud no mordieron. Recatadas por educación y por temperamento, la costumbre consolidó en ellas ese miedo al hombre que, como legado ancestral, va perpetuándose de madres a hijas; nadie las visitaba; cuando salían a la calle, siempre iban juntas y vestidas sencillamente, pertenecían al número de esas señoritas devotas y vulgares en cuyos balcones todos los años, la misma tarde del Domingo de Ramos, aparece colgada una palma nueva; sus vidas ordenadas, transparentes, parecían de cristal.

Las dos mujeres repartíanse equitativamente las faenas de su casa, y unas veces era Matilde quien, con los despeinados cabellos sobre la frente y al aire los robustos antebrazos, sacudía las alfombras en el balcón; otras era Ana Teresa la que, subida en una escalera, desempolvaba las habitaciones y fregaba los cristales. Nunca reñían; tampoco se las oía cantar. Los sábados eran los días que ambas hermanas destinaban a lavar su ropa: camisas sencillas, pantalones sin lazos ni encajes, de una ordinariez casta y desabrida, que luego tendían a secar en el patio. El viento, hinchando aquellas ropas, las daba pomposidades grotescas.

Un pañuelo que, arrebatado por el aire, fué a caer

sobre el alféizar de una de las ventanas del cuarto de Adelina, sirvió de pretexto para que ésta y las señoras de Oruña se conociesen. Una gran simpatía, fortalecida por visitas discretas y algunos de esos pequeños favores que las vecinas saben hacerse de balcón a balcón, unió muy pronto a las tres mujeres. Al principio, la regularidad de aquellos mutuos visiteos fué absoluta: unas veces era Adelina quien, llevando a Angel en brazos, subía a acompañar un rato a sus nuevas amigas; otras, eran éstas las que bajaban a saludar a la viuda de Riaza. Después, cuando el niño se agravó, y como ya entre ambas familias había confianza, Matilde y Ana Teresa fueron las primeras en oponerse a que Adelina saliera de su casa.

—Entre nosotras—decían—no debe haber etiquetas. ¡No faltaba más! El niño está enfermo y usted no puede separarse de él. Así, pues, seremos nosotras quienes, cada tres o cuatro días, y con muchísimo gusto, iremos a hacerla a usted un ratito de tertulia.

Las dos hermanas estaban seguras de que Juan Enrique Halderg era amante de Adelina. Esta certidumbre, al pronto, alarmó un poco su virtud; el pecado, aunque visto de lejos, las horripilaba; además, el hombre que sin estar casado con una mujer tiene comercio carnal con ella, aparecía en sus imaginaciones como un libertino capaz de los peores descomedimientos. El barón de Nhorres había sido presentado a ellas por Adelina como un íntimo amigo de su esposo. El aire distraído y triste de Halderg y la británica corrección de sus ademanes sosegaron las inquietudes de las doncellonas, especialmente las de Matilde, que era impresionable. Para mayor edificación y compostura, Adelina y Juan Enrique, delante de personas

extrañas, no se tuteaban nunca. Pacífica los sus escrúpulos, las señoritas de Oruña sintieron aumentar su cariño a la viuda, en cuya soledad hallaban, caritativas, cierta disculpa para su pecado. Mientras Matilde y Adelina hablaban, Ana Teresa, que era muy aficionada a labores, bordaba en su bastidor o componía encajes de bolillos junto al balcón del gabinete. Aquellas tertulias se formaban a primera hora de la tarde. Angel dormía, amodorrado, bajo la fiebre. Su madre, fortalecida por la compañía de las dos hermanas, experimentaba un bienestar reparador; sus miedos supersticiosos disminuían; «el otro» se eclipsaba; sus nervios, tranquilizados, perdían su acuidad dolorosa. La conversación de las tres mujeres era vulgar, de una trivialidad inocente y pacificadora. Matilde y Ana Teresa no iban al teatro casi nunca. Adelina tampoco.

—Nosotras — decía Matilde —, como necesitamos madrugar para arreglar nuestra casa, nos recogemos temprano. A las diez ya estamos en la cama.

Adelina también se acostaba pronto; así cuidaba mejor de su hijo; ¿qué iba a hacer?... Mientras Angel no mejorase, no había tranquilidad para ella. Hablaba despacio y con ese acento desilusionado que hay en la conversación de las personas que siempre estuvieron enfermas. El livor de sus mejillas y la profundidad de sus ojos, nimbados por la gran sombra violeta del insomnio, corroboraban la melancolía de sus palabras. Las dos hermanas la escuchaban atentamente, pasándose, en su inocencia, de que pudiera estar tan triste la mujer que tenía un amante.

Después llegaba Halderg, amable siempre, pero callado y como distraído. El barón de Nhorres las saludaba cordial, alegrándose sinceramente de encontrar-

las allí. «Mientras no se vayan—pensaba—«el otro no viene...» Se instalaba en un sillón, una pierna cruzada sobre otra, como para lucir bajo sus pantalones anchos, pulcramente doblados, la elegancia de sus botas de charol; al quitarse los guantes aparecían sus manos, delgadas, frías y blancas, de una blancura exangüe; la luz brillantaba sus cabellos rubios, alisados esmeradamente por el cepillo y el cosmético; el cristal redondo del monóculo refulgía como el ojo de un ave nocturna sobre el rostro afeitado y sin color. Aquel tipo exótico, a la vez afable y glacial, preocupaba a las señoritas de Oruño, quienes, a pesar de su virginal timidez, no sabían privarse de examinarle disimuladamente. La tertulia de los cuatro aún duraba quince o veinte minutos; luego, las dos hermanas, temerosas de estorbar, se marchaban discretas, y apenas se iban cuando los amantes volvían a sentir la presencia «del otro»; diríase que no había salido de la habitación y que ahora, al verles solos, se acercaba a ellos, les tocaba los hombros, les ponía una mano viscosa y horrible sobre la nuca. Y en el acto también, con el silencio, la casa adquiría resonancias inesperadas, y los muebles, los retratos, las puertas, el reloj, el espejo... cobraban una fuerza de expresión implacable y sobrenatural.

Aquella tarde, Adelina Vera, en persona, subió al piso tercero para decir a las señoritas de Oruño que la hiciesen el favor de bajar en seguida, porque el niño se había agravado repentinamente. Despeinadas y a medio vestir, llenas de amistoso interés, Ana Teresa y Matilde acudieron al llamamiento. Dolores había salido en busca de Halderg y del médico. Adelina lloraba sin consuelo; ante la agonía de Angel, su cora-

zón maternal se destrozaba. A ratos, su dolor se convertía en agradecimiento hacia sus buenas amigas.

—¿Cómo pagarlas el socorro que me dan?—sollozaba—. ¡Vivo tan solal... ¡Oh! Ahora, sin ustedes, ¿qué sería de mí?...

Las señoritas de Oruña, altas, decorativas, embarcadas por las grasas apacibles de la castidad, trataron de consolarla, estrechándola contra sus senos rollizos.

—Eso no será nada—repetían—, nada; ya sabe usted lo que son los niños: tan pronto buenos y sanos, tan pronto enfermos...

Sobre la blancura de la almohada, el rostro lacio de Angel amarilleaba tristemente; a ratos quedábase inmóvil, los párpados herméticos, el pecho sacudido por un jadeo sonoro y anhelante, la boca torcida siniestramente de dolor; otras veces, como presa de repentina locura, se erguía sobre el lecho, y sus ojos azules, descoloridos por el terror, parecían blancos. Lanzaba gritos extraños; sus bracitos descarnados torcíanse epilépticos.

Las tres mujeres redeaban al enfermito, y si alguna de ellas acertaba a colocarse en su línea visual, el niño ladeaba la cabeza, como para seguir mirando a un punto distante de la habitación.

—A este pobrecito—exclamó Ana Teresa— debe de dolerle el estómago.

Matilde le besaba.

—¿Qué te duele a ti, ángel?... ¿Es el pecho?... ¿Es el vientre?...

Ana Teresa, que había observado la fijeza que tenían los ojos de Angel, dijo:

-- Este niño parece que ve algo...

Matilde miró a Adelina; la joven estaba fría, blanca, más blanca que los muertos.

—Si—repuso balbuciente—, ve algo... yo no sé el qué... pero ve algo... y lo que ve está allí...

Las señoritas de Oruño se estremecieron; sobre sus hombros acababa de deslizarse un terror que erizó el vello de su piel. Las tres mujeres avizoraron la dirección que seguían las miradas del niño; éstas, como siempre, fueron desde el armario a la puerta del gabinete; allí se detuvieron espantadas, brillantes; después la luz de sus pupilas se apagó, cerró los párpados y volvió a acostarse, silencioso, extenuado por la emoción sufrida, los labios blancos y temblantes; sus cabellos rubios se adherían sobre las sienes, bañadas en sudor. Recobradas de su asombro, las señoritas de Oruño trataron de explicar aquellos gestos de Angel, que, sin duda por el estado de excitación nerviosa en que todas se hallaban, las había emocionado tan fuertemente. A porfía, las dos hermanas repetían cuanto oyeron decir a propósito de las alucinaciones aterradoras de la fiebre.

—No es que el enfermo vea nada—decía Matilde—; es que cree ver...

Ana Teresa aportó a la cuestión un caso práctico:

—¿Te acuerdas, hermana, de Pepita González?...

Y luego, dirigiéndose a Adelina:

—Esa pobre señorita estuvo enferma de calenturas infecciosas, y sufría alucinaciones, porque gritaba y se tapaba los ojos. Miedo daba oirla.

Ana Teresa y Matilde continuaron hablando en voz baja, ufanas de sentir que aquel discreteo devolvía a sus espíritus la ecuanimidad. Adelina Vera las escuchaba indiferente; aquellas dos pobres mujeres rolli-

zas, saludables, cuya castidad atrofiaba los nervios, no podían percibir ese calofrío hipnótico que es la voz sin sonido de los muertos; para esto era indispensable tener, como ella, las mejillas pálidas y las ojeras y los párpados de color violeta. ¿Qué sabían las señoritas de Oruña?... El llamado por los psicólogos «problema crítico del conocimiento» no se resuelve así, según ellas lo hacían, de una palotada. La realidad puede ser, efectivamente, como las personas sanas la creen; pero, ¿y si no lo fuese?... Y esta duda es tan defendible, que ha servido de base a toda una escuela filosófica de largo y lucido historial. Los terrores de la vesania, ¿se producen fuera del sujeto o nacen en él y son cual espuma o floración malsana de su cerebro? ¿Es que para los anormales, para los morfímanos, para los epilépticos, para todos los millones de siervos que tiene la locura, no hay también un mundo objetivo, perfectamente real, pero que los anormales, por efecto del mismo equilibrio de sus nervios, no pueden sentir?...

Juan Enrique Halderg y el médico llegaron casi al mismo tiempo. El barón de Nhorres venía fatigadísimo y tuvo que sentarse. Adelina le sirvió un vaso de agua. Hubo un silencio. Halderg, Adelina y las señoritas de Oruña se habían sentado en semicírculo a un lado de la cama. Carlos Fontana, con su semblante carrillado, imparable y alegre, dentro de sus patillas blancas, se acercó al enfermito; le pulsó, le auscultó aplicándole su estetoscopio sobre distintas partes del pecho, y luego, despertándole, le reconoció la lengua y los párpados. Un momento, ante el silencio de los circunstantes, pareció reflexionar; después se encogió de hombros. El niño había vuelto a cerrar los ojos; en aquel instante su respiración era tranquila; su cabecita

exangüe parecía diluirse en la blancura insolente de las almohadas.

—¿Cómo le encuentra usted, doctor?—preguntó el barón.

—Lo mismo.

—¿Cree usted que al fin, el mal cederá?

Fontana hizo un gesto ambiguo, que en aquellas circunstancias equivalía a un mal presagio:

—Nada sé—dijo al fin—; a esta edad, la vida de los niños parece pender de un cabello.

Las señoritas de Oruña refirieron el miedo que sufrieron cuando, momentos antes, Angel, los bracitos convulsos y los ojos desorbitados, miraba hacia el armario, como si allí hubiese un espectro. Distraída, hablando consigo misma, Adelina murmuró:

—¡Y acaso viese algo!

Ana Teresa se estremeció:

—¡Señoral...; no nos asuste usted más; no diga usted eso...

—¿Por qué no?... ¡Quién sabe!

—Pero, ¿usted cree en fantasmas?

—Yo, todavía, ni creo ni dejo de creer; vacilo... Lo que sí afirmo es que, desde hace algún tiempo, siento a mi alrededor la presencia de algo sobrehumano.

Halderg, gravemente, añadió mirando a Fontana:

—También lo siento yo.

Bajo la luz suspendida en el centro de la habitación, junto al techo, y sobre la bruñida albura de las paredes estucadas, las cabezas de las tres mujeres y de los dos hombres se escorzaban con perfiles seguros. Hablaban quedamente, sin gestos, y todos miraban al enfermito, como si de aquella alma, que tan cerca es-

taba ya de la muerte, hubiesen de recibir alguna inesperada revelación.

Halderg había comenzado a desarrollar una teoría extravagante. Fontana le escuchaba risueño; decididamente, el barón de Nhorres era un original.

—La vida, durante la infancia—decía Juan Enrique—, es tan frágil, porque los niños acaban de salir de la tierra, y ésta les reclama, y poco a poco les atrae y acaba por llevárseles.

Alegó en apoyo de su tesis razones extrañas: la tierra, la gran retorta donde se elabora el milagro de la renovación de las especies, ejerce sobre todo sér vivo una acción centripeta, y subsiste en nuestra carne un recuerdo inconsciente de esa atracción; por esto, cuando el hombre tiene sueño o está cansado o sufre uno de esos terribles dolores morales que le quitan el deseo de vivir, siente la necesidad exclusivamente material de echarse, de acostarse en el suelo, de volver a su madre. Buena parte del temor que nos inspira la muerte debemos achacarlo al recuerdo, subconsciente también, de lo que en existencias anteriores hemos sufrido. Por lo mismo quizás los niños, cuya memoria orgánica posee más nociones de la metamorfosis por que su carne ha pasado, temen a la muerte y a lo sobrenatural más que los viejos; para éstos, la muerte es una regresión al Gran Todo, una devolución que hacen a la tierra de la materia que ésta les dió en préstamo, y ellos, durante sesenta o más años, usufructuaron.

Hablaba taciturno y sibilino; las señoritas de Oruña, aunque no le comprendían, le miraban asombradas, con la curiosidad que inspira al supersticioso el viejo libro de magia hallado casualmente en un archi-

vo polvoriento y que está seguro de que nadie ha leído.

—La creación — concluyó Halderg — no necesita «pedir prestado», como todos los seres finitos hacen, sino que vive de sí misma, formando un círculo. Las moléculas, los hombres, los astros, lo microscópico como lo más grande, son movimientos parciales, latidos o fracciones de un solo movimiento universal, en el cual todo está preestablecido *ab aeterno*.

Fontana le interrumpió:

—Usted es fatalista.

—Sí, señor; fatalista acérrimo.

—¿Para usted, entonces, la ciencia de nosotros, los médicos, verbigracia, es inútil?...

—Muchas veces, sí; otras veces, no; según...

El recuerdo vigilante de Riaza, siempre presente en su memoria, volvía a dominarle, y agregó:

—En el caso actual, por ejemplo, y que la sinceridad de mis palabras no le ofenda, creo, doctor, que los esfuerzos de usted por salvar a ese niño serán baldíos: Angel morirá.

—Mi deber—repuso Fontana—es defender su vida por todos los medios, y... ¡quién sabe!...

—No se haga usted ilusiones—interrumpió Halderg sombrío—; cuantos recursos emplee usted para rescatar esa existencia, fracasarán. Hay un alma que tiene empeño en quitarle ese hijo a su madre, y lo conseguirá; ¡no lo dude usted!... Creo que en otra ocasión hemos hablado de esto...

Carlos Fontana hizo un gesto afirmativo:

—Pues ya ve usted—agregó Halder—que no me había equivocado; el muerto continúa su obra.

Por las mejillas de Adelina las lágrimas corrían

silenciosas, pintando dos hilos brillantes. Matilde y Ana Teresa se dirigían miradas interrogantes y pasadas; aquel diálogo, incomprensible para ellas, ofrecía a sus pobres almas vulgares, ignorantes del dolor, un misterio enorme.

—Usted mismo—prosiguió el barón de Nhorres—no ha sabido explicarnos la enfermedad que consume al niño...

—Sí—objetó Fontana—; se lo he dicho a usted; está enfermo de raquitismo.

—¡Oh!... Eso no es decir nada; hay que concretar. ¿Está raquitico?... Bien. Pero ahora yo pregunto: ¿Cómo explica usted que una criatura que nació robusta y alegre enferme de raquitismo?... Usted le ha reconocido varias veces y no ha hallado en su fisiología nada anormal. ¿Padece alguna lesión cardíaca?

—No.

—¿Y en los pulmones?

—Tampoco.

—¿Y en el estómago?

—Tampoco...

—¿Ve usted?... Los órganos capitales de la vida están intactos, y, sin embargo, el enfermito se muere. ¿No percibe usted en toda esto la voz de un misterio?... ¡Ah, yo sí!... Se trata de un caso de «mala sombra» o de *jettatura*; lo que nosotros llamaríamos una sugestión: los muertos pueden sugestionar a los vivos.

Al marcharse Fontana, Adelina salió a despedirle al recibimiento; la joven lloraba inconsolable.

—Yo me vuelvo loca, doctor...

—Paciencia, hija mía; tenga usted un poco de paciencia; ¿qué vamos a hacer?

—¿Oree usted que el niño vivirá?

En voz muy baja, y subrayando sus palabras con un lento ademán negativo de cabeza, el médico repuso:

—No, señora.

—¿No tiene usted esperanza?

—Ninguna. Puede vivir ocho días, dos. . Hasta ahí, nada más, alcanza mi corto saber.

Para no turbar el sueño de Angel, las señoritas de Oruño y Halderg se habían trasladado al gabinete. Cuando llegó Adelina, Ana Teresa, emocionada por las palabras del barón, hablaba del miedo que la infundían las habitaciones oscuras. Ella, de noche sobre todos no era capaz de ir sola a la cocina ni aunque la ofreciesen un buen regalo.

Matilde añadió:

—Yo soy lo mismo que mi hermana. Nueve años hace que vivimos en esta casa: ¿quieren ustedes creer que todavía no he visto la guardilla? Me parece que voy a encontrarme allí con un fantasma... ¡qué sé yo!...

Estas reflexiones triviales irritaron el humor de Halderg.

—Únicamente la plebe analfabeta—exclamó— puede creer que las almas anden escondidas por los desvanes o en los retretes. ¿De dónde sacaron usted, ridiculez tamaña? ¿En qué se fundan para decir que el espíritu de quien fué en vida orgulloso caballero, guste, después de muerto, de habitar en una cocina?... No, no hay tal: las almas andan a nuestro alrededor, en la calle, en las casas, en el teatro; ahora mismo, es indudable que hay aquí una... ¡una, cuando menos!... Sólo que las almas no pueden hacer nada extraordinario, nada anormal, para advertirnos de su presencia, pues en la Naturaleza todo se halla sujeto a leyes inexora-

bles; y como sus actos van ligados a la ordinariéz de los fenómenos físicos, nosotros, ¡torpes!, no las sentimos.

El barón de Nhorres, alucinado por aquellas ideas que de continuo obsesionaban su pensamiento, comenzó a devanar una rara cosmogonía, a trozos atea, a ratos panteísta.

—El universo infinito es una especie de monstruo que se devora a sí mismo, una a modo de corriente circular, de fuerza inmanente, que, cuando parece que va a concluir, empieza otra vez. Afirmar que la Muerte se coloca al pie del lecho de los agonizantes, es una superstición grosera; a la Muerte no se la ve, como tampoco puede verse a la Vida, porque tanto aquélla como ésta son fases de la misma vibración, aspectos, o mejor dicho, nombres de ese movimiento que, por regir así la arquitectura de los átomos como las revoluciones astrales, aparece diluido en todas las cosas y constituye su esencia misma. .

Esforzarse en descubrir el principio de la creación es perder el tiempo y exponerse a trabar relaciones de amistad con la locura. El cosmos existe, es un hecho, y nuestra razón debe imponerse a la intemperante curiosidad humana y detenerse ahí, como el químico para poder operar se detiene en el átomo. En cuanto al rumbo seguido por el universo en el transcurso milenario de su gestación, Juan Enrique Halderg lo veía marchar pintando una trayectoria constante, rectilínea, hacia la absoluta perfección.

Para el barón de Nhorres, las ideas capitales de Materia, Espacio y Tiempo pueden reducirse a la de Movimiento, porque el Movimiento es Fuerza y todo es Fuerza. Sin fuerza no habría espacio, porque

éste es el palenque o gimnasio donde aquélla se prueba y ejercita; ni habría tiempo, que es derivación ininterrumpida de cosas que tan pronto informan lo futuro como llegan a nosotros y son presente, como resbalan hacia atrás y se convierten en pretérito, sin que ni el porvenir se canse de fabricar siglos y más siglos ni el pasado, glotón, deje de consumirlos bonitamente; ni habría tampoco materia, porque ésta se disolvería y pulverizaría hasta lo infinito, no bien cesase la fuerza coercitiva que mantiene unidos a los átomos. Y la fuerza, en fin, es movimiento, porque si no fuese agente, no sería tal fuerza. La creación, por tanto, es algo enorme que no puede pintarse ni reducirse a palabras; una paradoja ilimitada, vertiginosa, infernal, tiznada por todas las negruras de la noche, ilumina la por todos los fulgores de la luz, convulsionada por todas las inagotables energías telúricas del agua y del fuego, desgarrada por todos los vaivenes de la gravitación planetaria.

En el laboratorio cósmico nada se pierde y todo es, simultáneamente, efecto y origen de todo; de suerte que si un granito de arena, por ejemplo, se eterizase hasta llegar al absoluto aniquilamiento, nuestro mundo pesaría menos, lo que acarrearía indefectiblemente un cataclismo sideral. A semejanza del hombre, donde una impresión cualquiera, un olor, verbigracia, repercute en toda su psiquis, así en la naturaleza todo se halla concatenado, de suerte que si lográsemos perseguir la serie de mutaciones por que pasa un movimiento, veríamos cómo un rayo de sol se convierte en piedra y cómo un trozo de basalto se trueca en ovario o en cerebro, y cómo la trepidación del tren que se hunde bajo el túnel puede contribuir a que florez-

can las amapolas que enrojecen la cresta del monte.

En esta revolución incesante, la materia va sutilizándose, burilándose, perfeccionándose a sí misma. Limitando su explicación a la Tierra, el barón de Nhorres afirmó que las fuerzas, ciegas al principio de su creación, que la mueven, van tornándose poco a poco conscientes. Como en el transcurso de los siglos toda la materia ha vivido muchas veces la vida de los seres orgánicos, de suerte que no hay árbol que no haya sido piedra ni piedra que no haya sido animal o planta, poco a poco la materia va siendo más manejable, más inteligente. Por esto se progresa. Así, en la época ancestral, un Edison quizá no hubiera hallado en la materia esa docilidad, casi consciente, que permite hablar a los fonógrafos, y el aire, poco educado aún, se hubiese negado a servir de vehículo a las ondas hertzianas. Los sabios trabajan de año en año con mayor facilidad, según la Tierra va ofreciéndoles menor resistencia, y avanzando la Naturaleza por este camino de perfección, llegará un momento en que todo sienta, en que todo vibre de un modo racional, en que los linderos que hoy separan la materia del espíritu se borren, porque aquélla se habrá mejorado hasta ser supremo entendimiento, y la Tierra se convertirá entonces en cerebro, y el planeta, todo el planeta, será como una idea pura flotando en el espacio.

Esta teoría cosmogónica, aplicada al hombre, produce el determinismo, sistema filosófico cuyas raíces primeras pueden hallarse en las más antiguas teogonías. El *Libro de los muertos*, del Egipto milenario y contemplativo, habla de los finados llevados al suplicio, de un morir sin fin por el demonio Auai, cuyo nombre onomatopéyico recuerda los gritos del supli-

cio. A la vida presente, enseña la filosofía india, tornan sin cesar los actos realizados en una existencia anterior. Lo mismo ocurre en la tragedia griega, donde todo es fatal. Un proverbio israelita dice que cuando un hombre come uvas verdes, sus hijos nacen con los dientes podridos...

Por medio de esta memoria inconsciente que guarda el hombre de remotas encarnaciones, explicaba Juan Enrique Halderg la lógica secreta de esos movimientos, absurdos al parecer, que los psicólogos llaman instintivos.

—La simpatía, verbigracia—continuó el barón de Nhorres—, suele ser el resultado o cociente de una existencia anterior. Pondré por ejemplo: algo de la carne que hoy integra nuestro cuerpo formó parte, ochenta o más años atrás, de un cuerpo cualquiera: un árbol, supongamos. Ese árbol, tronchado por un huracán, cayó entre el barro, murió, sus raíces se pudrieron, lentamente sus moléculas se disgregaron: unas volvieron a la tierra, allí mismo; otras quedaron flotando en el aire y, arrastradas por el viento, volaron muy lejos. ¿Por qué esas moléculas, que un tiempo estuvieron regadas por la misma savia, no habían de conservar la noción consciente de que vivieron juntas?... Y he aquí cómo mucho después, en la circulación eternal de la vida, algunas de esas partículas materiales vuelven a tropezarse hallándose repartidas en los cuerpos de un hombre y de una mujer, a quienes la casualidad acaba de reunir, y bruscamente él se enamora de ella y ella de él, con una violencia que nada parece justificar...

Razones análogas inducían al barón de Nhorres a buscar el origen de esos odios irrazonados que sepa-

ran a las personas en hechos acaecidos a su materia en existencias anteriores. Un lobo devoró a una oveja, un hacha cortó el tronco de un árbol. Han transcurrido diez siglos, durante los cuales, todos aquellos cuerpos experimentaron varias metamorfosis: los cadáveres fueron reducidos a polvo, la humedad mordió y disgregó el acero, la madera se deshizo. Y todo aquello parecía perdido, hasta que más tarde, la vida, que rebusca incesantemente en los depósitos inexhaustos del planeta elementos para los seres que tienen en formación, recoge aquella materia inerte, sopla sobre ella el don excelso del pensamiento, y las moléculas que compusieron a la oveja y al lobo, al hacha y al árbol, vuelven a encontrarse formando parte de dos hombres que desde el primer momento, y sin saber cómo, se aborrecen. Y es porque aquellas partículas, que un tiempo fueron enemigas, se acuerdan del dolor que se causaron.

—Por todo esto, la Humanidad es, de siglo en siglo, más buena y se halla más inclinada al amor—concluyó Halderg—, pues la carne que pudrió tierra y vuelve a nacer, guarda la noción de sus antiguos defectos, y con ella la costumbre de amar. Por lo mismo también, de una generación a otra la sensibilidad humana va equilatándose y disponiéndose mejor para percibir «la voz de las cosas».

Ante las señoritas de Oruño, que ya se habían levantado para marcharse, el barón de Nhorres declamó con voz campanuda y ademán absorto las palabras agoreras de Mæterlinck:

—«Amanecerá, quizá, un día, y muchos datos anuncian que se acerca, en que nuestras almas podrán comunicarse sin auxilio de nuestros sentidos...»

Ana Teresa y Matilde se despidieron de Adelina hasta después de cenar.

—Mientras el niño no mejore—decían—, nosotras acompañaremos a usted el mayor tiempo posible.

Tanta solicitud bañó en lágrimas de agradecimiento los ojos de la madre, y bajo la humedad del llanto, sus pupilas, de color ajeno, adquirieron una nueva hermosura brillante y extraña.

—Muchas gracias —repetía—, muchas gracias...

—No tiene usted nada, absolutamente nada que agradecernos. Ayudarnos los unos a los otros es una obligación. Ya sabe usted que puede disponer de nosotras incondicionalmente.

Las señoritas de Oruño subieron las escaleras de su cuarto contentas y un poco asustadas.

—Ella —murmuró Matilde— es agradable; pero ¿y él?

Ana Teresa repuso:

—A él nunca le hablamos visto así, ¿verdad?... ¡Qué disparates ha dicho!... Yo no le he entendido ni una palabra...

—Ni yo.

—Es un hombre que da miedo.

Las señoritas de Oruño, decorativas y sencillas, se llevaban la impresión de que Adelina era muy buena, y que el barón de Nhorres, a pesar de su aire correcto y glacial, estaba loco.

Los días sucesivos fueron de terribles zozobras y de espanto para Adelina. Angel empeoraba por momentos; de hora en hora se le veía disminuir, consumirse, palidecer más y más dentro de su blancura cadavérica. Las alucinaciones que hasta entonces le torturaban parecían haber cesado; sus ojos azules mi-

raban idiotas, con una serenidad sin expresión. Cuando su madre le ofrecía el pecho, el enfermito volvía la cara a otro lado, y había en sus labios, terrosos, una mueca de asco. No tenía hambre ni sueño; no lloraba, tampoco reía, como si la muerte hubiese puesto ya en la tersura de su semblante su gravedad de esfinge. Únicamente a intervalos largos lanzaba un grito breve, agudísimo, cual si algo se desgarrase en sus entrañas; luego tornaba a quedar tranquilo.

Desde que Angel estaba enfermo, su madre siempre dormía con luz. En el silencio de la casa, Riri, insomne, iba y venía mayando lúgubrementemente; las criadas estaban asustadas. Una noche, Adelina despertó para amamantar al niño; mientras éste mamaba, la joven se quedó dormida. Apenas cerró los párpados, corrió por su carne una emoción de inefable voluptuosidad; como otras veces, se sintió besada, oprimida, acariciada en las partes de su cuerpo más íntimas; algo obscuro, de contornos indefinibles, se cernía sobre el lecho. La poseída, suspirante, a la vez aterrada y gozosa, se rendía al espasmo sexual.

De pronto experimentó en el pezón que succionaba el niño un dolor vivísimo, que la despertó.

—No me muerdas, hijo mío— balbuceó Adelina, medio dormida aún—; ¿por qué muerdes a mamá?...

Abnegada, sufrida, con ese deseo de sacrificio de que sólo las madres son capaces, la joven volvió a brindar al niño su pecho, turgente, blanco, veteado por las líneas azules de las venas.

—Anda, toma...

Angel la miraba de un modo singular. Ella insistió:

—Toma... hijo mío; ¿no quieres? ¿No tienes ganas?...

Y luego, como continuase mirándola con aquella expresión de reproche y de cólera, nueva en él, la joven, para desagraviarle, empezó a besarle mientras agotaba el mimoso y disparatado vocabulario de diminutivos del amor maternal.

—Vidita mía, chiquirritito mío... ¿Quieres tú mordirme?... ¿Sí? Pues muerde... muérdeme tú, pajarito mío, corazoncito de su madre... Toma, alegría de mi alma; toma la teta; la teta... la tetita de oro, es para mi niño...

Pero sus esfuerzos fueron inútiles; cada vez que, levantándose el pecho con una mano, procuraba introducir el pezón en la boca de Angel, éste, con un gesto de invencible repugnancia, echaba hacia atrás la cabeza. Adelina tuvo miedo; acababa de recibir el estremecimiento de una adivinación.

—No es él—pensó—, no es él quien me ha mordido...

Al día siguiente, por la mañana, se presentó Halderg; maravillóse Adelina de verle tan madrugador; el barón de Nhorres tenía cara de no haber dormido; dejóse caer sobre un diván; tan preocupado y deshecho estaba, que ni siquiera se acordó de preguntar por su hijo. Adelina, en pie delante de él, le espiaba con una curiosidad toda amor:

—¿Qué tienes?—decía—. ¿Qué te sucede?... Habla...

Violentemente, haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, Halderg exclamó:

—¡Yo no puedo vivir así, Adelina!...

Y, tras una pausa:

—Yo no puedo vivir mientras que el retrato de Rianza no vuelva a esta casa.

La joven bajó los ojos, significando con aquel gesto

discreto que Juan Enrique tenía razón. El barón de N horres prosiguió:

—¿Tú me comprendes?... ¿Entiendes mi tormento?

—Sí.

—¡Ah!... ¡Lo entiendes!...

Dió un grito de nerviosa alegría y, casi de un brinco, se puso de pie. Ella repuso:

—Sí... no necesitas decirme nada...

—Tú has pensado en esto también, ¿verdad?

—Muchas veces...

—¡Oh, gracias, adorada mía! ¡Cuánto bien me haces hablándome así!... Vergüenza me daba confesarte esta debilidad... esta cobardía... porque yo lo comprendo: esto es una cobardía. ¡Pero si supieras cuánto he sufrido!...

Adelina le interrumpió:

—Pues ¿y yo?...

Llorando como niños se abrazaron. Sí, ella había sufrido tanto o más que él, sólo que no quiso decirselo para no atormentarle. Apenas el chamarilero se llevó el retrato, cuando comenzó para ellos aquel fiero suplicio. Continuamente pensaban: «¿Lo habrán roto? ¿Lo habrán vendido? ¿Dónde estará? Es preciso traerlo...» El retrato, desde lejos, les poseía, les envolvía, les dominaba; y, sin verlo, continuaban representándose en su imaginación, con su barba puntiaguda y sus ojos brujos, irresistibles bajo la frente calva, prominente y enorme. Adelina Vera concluyó:

—Además, yo creo que, desde que lo vendimos, nuestro niño está peor.

Era, por tanto, indispensable recobrar el retrato de Ríaza; el muerto lo ordenaba así; pero, ¿dónde hallarlo?... Según hablaban, el propósito de buscarlo se afir-

maba en sus espíritus. ¿Cómo no se decidieron a ello antes?... Ahora, sólo con pensarlo, sentían que sus remordimientos se encalmaban.

Halderg tuvo una resolución temeraria.

—Tomaré un coche—dijo— y registraré todo Madrid; es indispensable que ese retrato maldito aparezca hoy mismo.

Miró su reloj.

—Son las once; a las dos de la tarde puedo estar de vuelta.

Salió a pasos desatentados y gesticulando. Adelina entró en la alcoba y abrazó a Angel; sentíase aliviada, contenta.

—Ahora, en cuanto papá vuelva con una cosa que ha ido a buscar—decía—, te pondrás mejor..

Era la primera vez que, después de mucho tiempo, disfrutaba algunos momentos de verdadera serenidad. No tenía miedo, como si «el otro», flotando invisible en la diafanidad del aire, la felicitase por su buena acción.

Al salir a la calle, el barón de Nhorres subió al primer coche que encontró. Había dado orden al cochero de llevarle a cuantas prenderías, buenas o malas, conociese. Fiel a esta consigna, el auriga recorrió todos los baratillos de las calles de Atocha, Toledo, Cava Baja, Estudios, y luego de asomarse a otras situadas en callejones vecinos de la plaza de la Cebada, se aventuró a descender por la histórica cuesta del Rastro hacia la ronda de Valencia. El caballo iba al paso, y cada tres o cuatro portales se detenía ante un comercio sórdido, obscuro, mitad librería, mitad depósito de muebles viejos. Halderg concluyó por seguir su peregrinación a pie, caminando por la acera, al lado

del coche, que oscilaba pesadamente sobre el piso pendiente y mal empedrado. A derecha e izquierda se multiplicaban los sucios baratillos, adonde la miseria o el robo acarrearán los despojos lamentables de los hogares deshechos. El barón de Nhorres, con su tipo exótico, atraía la curiosidad de los ropavejeros y cosquilleaba en su codicia; sus botas de charol y su monóculo, brillando inquisitivo sobre su rostro afeitado, les deslumbraba. Algunos se atrevían a interpelarle:

—¿El señor desea algo?... Tengo varios cuadros de mérito, armas antiguas, porcelanas finas, azulejos, mosaicos...

Halderg no les dejaba continuar; él buscaba retratos, retratos modernos... aunque fuesen de mezquino valor. La modestia de sus pretensiones desconcertaba a sus interlocutores; el buen negocio que habían ventado se desvanecía. Mohinos, replicaban:

—¿Retratos?... Sí, pase usted. Aquí hay algunos.

El barón de Nhorres, tan meticuloso en su manera de vestir, tan aficionado a la limpieza y a los buenos olores, experimentaba al aventurarse bajo la lobreguez húmeda de aquellas covachas una repugnancia invencible. Rígido, con los pantalones doblados y las manos metidas en los bolsillos de su gabán claro, casi blanco, apenas se atrevía a moverse. Hacinadas a su alrededor y sobre su cabeza, pendientes del techo envigado, aparecían sillas viejas de estilos distintos, cómodas desvencijadas por el uso y el tiempo, armas mohosas; y más adentro armarios de empañadas lunas, mesas, estantes ratonados, montones de libros, ropas harapientas, cuadros, objetos de cocina, rollos de esteras... todo magullado, abandonado, polvoriento, roído por las polillas.

A la primera ojeada, el barón de Nhorres comprendía que el retrato de Riaza no estaba allí. Era como un presentimiento. Inutilmente el chamarilero procuraba retenerle. Halderg daba media vuelta.

—No se canse usted—decía—; no tiene usted lo que yo busco.

Así, de prendería en prendería, recorrió todo el Rastro y llegó a la ronda de Valencia. Eran cerca de las dos de la tarde; el caballo, fatigadísimo, resoplaba humillando el cuello, cubierto de sudor. El cochero suplicó a Halderg que le despidiese.

—Ya ve usted—dijo—cómo está el caballo; apenas puede andar.

Juan Enrique pagó al cochero y continuó su camino a pie. ¿Dónde ir? Desde que se levantó no había probado bocado y, sin embargo, no tenía apetito; hallábase rendido, desorientado. Pensó cesar en su empeño y volver a casa de Adelina; pero recordó las inquietudes crueles de aquellos días, y esto le reanimó. Lucharía hasta que fuese de noche o hasta que sus piernas se negasen a sostenerle.

Pasaba un coche, y Halderg le detuvo. Informó al auriga de cuantos baratillos había visitado.

—Exceptuando éstos—añadió—, lléveme usted a todos los que conozca.

A buen paso, porque las tardes de febrero mueren pronto, recorrieron varias prenderías del barrio de Chamberí, todas malsanas y lóbregas, como entristecidas por la miseria. A ratos, Juan Enrique sentía desfallecer la valerosa esperanza que le empujaba; sus pesquisas iban a ser estériles. Pero, apenas pensaba en esto, cuando sus ánimos reverdecían: el retrato volvería a él, como dos años antes el cadáver del médico,

sepultado en el mar, tornó a la playa. No era el muerto hombre que perdiese ni una sola batalla.

Anocheceía velozmente, y el cochero se detuvo en la Glorieta de Quevedo para encender los faroles del vehículo. Halderg le interrogó:

—¿Dónde iremos ahora?

—Donde usted diga.

—¿No conoce usted ninguna otra prendería por aquí cerca?

—No, señor.

—Recuerde usted bien...

Habían recorrido varias situadas en los paseos de Santa Engracia y la Habana, y otras cuatro o cinco diseminadas en la gran longitud de la calle de Bravo Murillo. El cochero no sabía de más. De pronto exclamó:

—En las calles de Jacometrezo y de Tudescos hay muchas tiendas de muebles viejos. ¿Las ha visto usted?

—No.

—Pues lo que no encuentre usted ahí —repuso el cochero, que ya tenía ganas de descansar—, no lo halla usted en ninguna parte.

Arreó el caballo, y por la calle de San Bernardo arribaron a la plaza de Santo Domingo. Esta vez, el éxodo terminó pronto. Al llegar al sitio donde las viejas calles de Tudescos y Jacometrezo confluyen, Halderg experimentó una adivinación que derramó por sus entrañas una sensación de frío. Mandó detener el coche y echó pie a tierra ágilmente. A su izquierda vió una prendería y a ella se dirigió. Una voz muy honda, un poco irónica, le decía: «Ahí está». Allí estaba, en efecto, el terrible retrato, los taladrantes ojos fijos en la

puerta por donde el barón de Nhorres acababa de entrar. Juan Enrique lo vió en seguida; desde lo alto de la vieja cómoda donde lo colocaron, parecía esperarle; su frente, calva y pálida, brillaba en la penumbra como si ella convergiese toda la escasa luz de la tienda.

Halderg empezó a llamar:

—¡Amo... amol..

Impaciente, sin miedo ya a ensuciarse, comenzó a golpear sobre una mesa con su diestra enguantada. Detrás de un montón de muebles apareció un hombre en mangas de cami a, el gesto soñoliento y malhumorado:

—¿Qué se ofrece?

Juan Enrique replicó imperativo:

—¿Cuánto vale ese retrato?

—¿Cuál?...

—Ese.

El chamarilero paseó sobre su interlocutor una mirada experta. Animóse de pronto:

—Doscientas pesetas—dijo.

—Démelo usted.

Mientras sacaba el dinero, el prendero le examinó atónito. Era indudable que acababa de realizar un buen negocio, pero seguramente hubiese podido hacerlo mejor, y esto le entristecía.

—¿Dónde he de enviarle el cuadro?—preguntó.

—A ninguna parte; en el coche puede ir muy bien.

Capaz hubiera sido, por no separarse de él, de llevarlo por las calles a cuestas. Juan Enrique gritó al cochero:

—¡A la calle de Cañizares, número tres! ¡Pronto!...

A cada momento, incapaz de reprimir la agitación de sus nervios, se asomaba por las ventanillas para mirar el cuadro, que iba en el pescante.

«También esta vez, y por la situación en que vamos colocados el uno con respecto al otro—pensaba Juan Enrique—, camino detrás de él; parece que me arrastra...»

Y luego, al advertir que muchos transeuntes curiosos volvían la cabeza para mirarlo, añadió:

«¡Si supiesen que a ese hombre, que ven retratado ahí, le he asesinado yo!...»

Halderg encontró a Adelina con las señoritas de Oruña.

—¡Aquí está el retrato!—exclamó.

Su gesto triunfal sorprendió a las dos hermanas. El retrato de Riaza produjo en Adelina una emoción indefinible; su primer movimiento fué de repulsión; luego experimentó cierta alegría, y sucesivamente, semejante a un péndulo, su alma fué del odio al perdón y del perdón al odio, hasta serenarse al fin en un sentimiento humilde, acongojador, de supersticioso respeto.

—¡Qué fortuna hemos tenido!—murmuró—. Está intacto, ¿verdad?

—Intacto.

—Más vale así... más vale así...

Lo miraba devotamente, sin atreverse a tocarlo, como se mira un amuleto. Las señoritas de Oruña continuaban admirándose de que Adelina olvidase a su hijo por aquel retrato. La joven comprendió lo que sus amigas pensaban y trató de justificarse.

—Es de mi esposo—dijo.

Matilde repuso:

—¡Ah, no sabía!... ¿No estaba antes aquí?

—Sí.

—¡Bien decía yo! Nosotras teníamos una idea...

—Perfectamente: lo habíamos enviado a casa de un retocador... y ayer nos dijeron que ese retocador iba a marcharse...

Se embrollaba y guardó silencio. Allá dentro, Angel comenzó a llorar; Adelina y las señoritas de Oruño corrieron al dormitorio.

Halderg gritó a las mujeres:

—Ahora voy yo.

Cogió el cuadro, y trabajosamente, alebrándose bajo los paños que abrigaban las puertas, llegó al gabinete. No quiso que nadie le ayudase; quería hacerlo todo por sí mismo. Púsose de puntillas y descolgó aquel lienzo, de colores chillones, con que inútilmente había tratado de llenar el hueco que «el otro» ocupó sobre la chimenea. Victorioso, el retrato de Riaza volvió a su sitio.

«Te debía—pensó Halder—esta rehabilitación».

Y había para él, en todo este trabajo, como un acatamiento consolador hacia el muerto.

En aquel instante, Angel lanzó un grito estridente que extendió por las venas de su padre un frío mortal. El barón de Nhorres quedóse suspenso, la cabeza vuelta hacia atrás, la boca y los ojos muy abiertos, esperando. Hubo un silencio, uno de esos breves silencios con que la pequeñez humana responde a los golpes abrumadores, irreparables, que reparte la muerte. Inmóvil, lívido, yerto, el barón de Nhorres percibía todos los latidos de aquel silencio. Repentinamente, al otro lado de la cortina que separaba al gabinete de la alcoba, Adelina y las señoritas de Oruño comenzaron a llorar. Fué un trueno de dolor. Sobre el huracán de lamentaciones, la voz de la madre sobresalía desgarradora:

—¡Hijo mio!... ¡Hijo de mi alma!... ¡Ángel de mi alma!... ¡Ya no te veré nunca!...

Una puerta se abrió con estrépito; del fondo de la casa, las criadas llegaban asustadas, y sus lamentos fueron como un río de pena que bruscamente llegase a reforzar el caudal de aquel mar de dolor. Halderg acudió también. Adelina, de bruces sobre el cuerpo del niño, lloraba desesperada, con desesperación convulsiva; Dolores, Emilia y las señoritas de Oruña, unas de hinojos y despeinadas como plañideras, otras en pie, componían alrededor del lecho un grupo trágico. El barón de Nhorres, cruzado de brazos, las manos crispadas y ahincadas fieramente sobre sus bíceps, contemplaba la escena con los ojos secos. En la palidez de su rostro afeitado, el cristal del monóculo brillaba como una pupila colérica. En aquellos momentos supremos no comprendía el dolor de haber perdido su hijo; un odio, un odio infinito, capaz de llenar una eternidad, anegaba su alma. Pensaba en Riaza; aquella muerte era obra suya; el miserable sabía vengarse. ¡Ah! ¡Si él pudiese matarle otra vez!...

Adelina Vera se había incorporado, y al ver a su amante, corrió a echarse en sus brazos; estaba trastornada; su pena se imponía a los miramientos de su honestidad. Un rato permaneció muda la sollozante cabeza apoyada sobre el pecho de Halderg.

De súbito, el mismo pensamiento que torturaba a Juan Enrique cruzó su frente, marcándosela como un latigazo de fuego. A los dos, para comprenderse, les bastó mirarse a los ojos.

—Es él, ¿verdad? —murmuró.

—Sí.

—¿Lo ha matado él?

—Sí, el vampiro.

—¿Tú lo sabes, eh?... ¿Estás seguro?

Sombrio, murmurando apenas las palabras por entre sus dientes apretados, el barón de Nhorres afirmó:

—Tan cierto estoy como de que yo mismo he de morir.

Las señoritas de Oruño, un poco lastimadas en su puritano recato de doncellas, escuchaban aquel diálogo incongruente, pareciéndolas que ningún dolor, por grande que fuese, autorizaba a tanto. Transcurridos aquellos primeros instantes de debilidad, Adelina Vera se rehizo; en su alma, como en la de Halderg, el odio a Riaza se imponía a su desolación y la aliviaba; era preciso ser fuerte y mostrarse impasible, para que «el otro», que indudablemente andaba por allí, no se riese de ellos.

En el dormitorio, convertido en capilla ardiente, lucieron cuatro cirios toda la noche. Matilde y su hermana, serviciales y caritativas, no quisieron marcharse, y ellas vistieron al niño y ordenaron los preparativos del entierro: el ataúd sería de cinc; seis caballos, con tremolantes y ostentosos penachos, irían enganchados al coche mortuario... El cuerpo de Angel, ya dentro de su caja, fué colocado sobre una mesa y bajo una sábana de flores. Todo era blanco allí: las paredes estucadas de la alcoba, el féretro, la corona de rosas ceñida a la frente del cadáver; componían la pesadilla de una blancura sin fin, sobre la que temblaba la luz amarillenta de los cirios.

A media noche, Adelina, vencida por la jaqueca, tuvo que acostarse; las señoritas de Oruño, aunque poco acostumbradas a trasnochar, resistieron al sueño hasta muy tarde; pero, al fin, cediendo a las instan-

cias de Halderg, se retiraron al gabinete, donde, medio acostadas sobre un diván, se quedaron dormidas; las criadas, dóciles a la preocupación tan arraigada en el pueblo de velar a los muertos, tampoco quisieron separarse de allí, y dormitaban por los rincones, sentadas en el suelo. Únicamente Halderg permanecía inaccesible al cansancio. Ya de madrugada sintió un poco de frío, pero este malestar no era de sueño; una fortísima excitación interior le mantenía alerta; sus párpados, enrojecidos por el insomnio, apenas pestañeaban. Sus ojos, fijos en el cadáver de Angel, parecían empeñados en leer el misterio de su quietud. ¡Qué blanco estaba! ¡Ni una gota de sangre quedó bajo aquella carne fría, más fría que la nieve y que el mármol! Se la había llevado toda el vampiro que asesinó al niño morciéndole en el corazón.

A la mañana siguiente fué el sepelio. Por la calle de Alcalá, a través de la alegría bulliciosa y azul de un domingo lleno de sol, la carroza mortuoria, arrastrada por el lucido equipo de sus seis caballos, pintaba una gran mancha blanca. Tras ella, en un coche, iba Halderg.

Con el sombrero en la mano, triste, abatidísimo, pero elegante siempre, el barón de Nhorres asistió a la inhumación del cadáver, que parecía irse siguiendo aquel mismo camino por donde años atrás se fué «el otro»...

Al salir del cementerio, Halderg despidió el coche y emprendió a pie el regreso a Madrid. Quería desentumecerse, restablecer por medio de aquel ejercicio físico el equilibrio de sus ideas. Pensaba en Ríaza. ¿Qué habría hecho el alma implacable del médico con la del niño?... Seguramente, no bien Angel expiró, «el

otro», que estaría acechándole, se precipitaría sobre su espíritu inocente, fruto de adulterio, y entre sus manos y a mordiscos lo destrozaría. ¡Y con cuánto gusto!... Después de asesinar el cuerpo, asesinar el alma; crimen sobre crimen...

Halderg miró a su alrededor, al espacio azul, al aire incoloro, donde flotan los muertos; allí estaría Rianza... Juan Enrique se detuvo para apostrofarle, retándole:

—¡Canalla... miserable! — repetía—. ¿Por qué no me buscas? ¡Cobardel! ¿No sabes que necesito vengarme de ti?...

Sus puños se crisparon iracundos, rechinaron sus dientes; capaz hubiera sido de suicidarse para encontrarse con su enemigo nuevamente y matarle otra vez. Sus ojos se llenaron de sangre, lo vió todo rojo; fué un segundo...

Afortunadamente, el barón de Nhorres iba desarmado.

IV

Desde que Angel murió, ni Adelina Vera ni Juan Enrique Halderg habían querido volver al entresuelito de la calle Mesonero Romanos; así, de común acuerdo, el barón de Nhorres despidió la casa y vendió los muebles. Tanto ella como él estaban tristes. Su amor era el mismo, pero no sentían la necesidad glotona de poseerse; la pérdida del niño marcó para ambos una orientación hacia la castidad; hallábanse un poco separados; la convicción de que algo maravilloso les perseguía y de que no tendrían sucesión, helaba su carne y producía remordimientos: ¿para qué engendrar hijos que, apenas naciesen, habían de morir?... Las exhortaciones de Carlos Fontana, asegurando que la joven podía ser cuna de descendencia numerosa y lucida, fueron estériles. Adelina opinaba lo contrario: su vientre estaba maldito; «el otro», mordiéndole las entrañas, había destrozado en ella la raíz de la vida. Y aunque el milagro de la fecundación se operase, ¿acaso el alma de Riaza no estaba alerta siempre para asesinar aquellos hijos?...

Lo mismo opinaba Halderg: era inútil luchar; desde lo invisible, el muerto les vencía; por momentos sentíase más apocado, menos espontáneo y dueño de

si mismo, cual si su voluntad fuese agarrotándose poco a poco entre las mallas de un embrujamiento crueloso, envolvente, aprisionador como una tela de araña. Desde muy joven, el barón de Nhorres fué un contemplativo inclinado a oír la voz de las cosas. Todo tenía para él una elocuencia, un gesto: en los cuartos de los hoteles adonde llegaba, sus maletas, colocadas en un rincón, parecían preguntarle: «¿Cuándo nos vamos?...» Por las noches, bajo el silencio, el crujir de un mueble, el gotear isócrono de una fuente, la trepidación de cristales producida por una ráfaga de aire, todos esos ruidos levisimos que anuncian la labor— labor de años, de siglos—con que el tiempo va agrietando los muros, le daban la sensación de que la tierra era algo vivo, contráctil como un músculo, consciente tal vez. En el campo, esta emoción se acentuaba: los caminos, alejándose hacia el horizonte, repetían el ademán expresivo y orientador de un dedo índice; cada flor tenía una melancolía o una risa, cada árbol un gesto; los olivos eran tristes; las encinas le animaban con su aspecto de fuerza; los cipreses, erguidos y desdeñosos ante la desolación de los cementerios, parecíanle filósofos estoicos; las montañas, con sus ecos diferentes, eran como monstruos milenarios y enormes, dotados de voz propia.

La tisis, que roía la delicada constitución de Halderg, hizo que esta emoción se trocase, de plácida y artística, en penetrante y dolerosa. Sus nervios, al hiperestesiarse, tornáronle pesimista; en su ánimo la idea de la muerte prevaleció; la Naturaleza ya no le parecía la misma; la noche tuvo para su alma acobardada más fuerza que el sol.

La muerte de Angel afirmó definitivamente esta

malsana disposición; en sus habitaciones del hotel Británico, como en la casa de Adelina, el barón de Nhorres sentía triunfar la influencia enemiga «del otro»; no podía desecharla, era algo semejante a esa tristeza que flota en las antesalas de los médicos, y es como el perfume de cuantos dolores pasaron por allí. Juan Enrique Halderg llegó a familiarizarse con el difunto; le sentía y ya no se asustaba; era un enemigo que, por haber perdido su envoltura material, no podía herirle. Lo que sí le desesperaba era la sugestión que Riaza ejercitaba sobre su voluntad, el imperio con que le obligaba a mantenerse separado carnalmente de Adelina y rodeado de todos aquellos viejos muebles que le pertenecieron y él aborrecía.

Fué un domingo por la tarde; Juan Enrique y Adelina estaban en el gabinete; las criadas, Dolores y Emilia, habían salido; la conversación de los amantes se deslizaba lánguida, fraternal, bajo la mirada zahorí del retrato de Riaza; aquel retrato que parecía oír y que Halderg se asombraba neciamente de hallar a todas horas con los ojos abiertos.

De pronto el barón de Nhorres sintió el fastidio, el horrible fastidio de su castidad. ¿Por qué vivir así? ¿Cómo Adelina, tan bella, tan apetecible, con sus undosos cabellos de oro y sus ojos de ajeno, no decía nada a sus sentidos? Era preciso reaccionar, sobreponerse a la melancolía, sacudir aquel marasmo estúpido. En tal situación y momento, las miradas de la joven y las suyas se encontraron. Halderg murmuró:

—¿Quieres?...

Su acento humilde, apasionado, acariciador como un beso, tenía la dulzura de los madrigales. Adelina sonrió, y al levantarse, por su cuerpo, esbelto, carno-

so, de arquitectura impecable, corrió una ondulación sensual. Subintraron los dos amantes en la alcoba y, sin desnudarse, tendiéronse sobre el lecho, el uno al lado del otro. Con las bocas unidas se dieron afanosamente muchos besos, y, sin dejar de besarse, arrulláronse con regaladas palabras de amor.

—Adelina mía... mi vida... alegría de mi alma... compañera de mi alma... calor de mis huesos...

Pero aquella pasión sincera, vehemente, era puramente cerebral; el apetito dormía. Juan Enrique, poco a poco, deslizó una mano bajo las ropas de la amada y sus dedos exploradores palparon, entre lazos y odorantes encajes, turgencias magníficas. El deseo, sin embargo, no llegaba; ¿por qué?... Halderg comprendió que su tibieza sorprendía a Adelina, y acaso, también, la mortificaba. Tuvo vergüenza de sí mismo, comenzaron sus mejillas a enrojecerse, su corazón palpitó violentamente; una sensación repentina de ahogo le obligó a incorporarse. Ella, asustada, le interpeló:

—¿Qué tienes?

—No sé... aquí... no puedo tragar...

Se desnudó la garganta arrancándose el cuello de la camisa con brusquedad rabiosa. Acostóse otra vez. Su impotencia no se corregía. Adelina Vera le miró cruel.

—No me quieres—dijo.

—Sí.

—No, no me quieres...

—Sí te quiero... más que nunca te quiero... a pedazos me arrancaría el corazón por tí... pero ya ves... no sé, no puede...

Su semblante adquirió una expresión deplorable; ideas extrañas trastornaron su cerebro; le parecía que

no estaba allí, que Adelina no era Adelina... Recordó desairados lances de galanes a quienes un exceso de amorosa ilusión o un miedo villano a ser sorprendidos desarmó y redujo a bochornosa pasividad entre los brazos de la mujer deseada; pero su situación era otra muy distinta, porque ni allí había padre hidalgo o marido celoso de quienes guardarse, ni tampoco su emoción era tan fuerte y desusada que paralizase su viril energía.

De pronto pensó que, sobre aquel mismo colchón, des meses antes Angel había muerto. Esta idea, que bien podía envolver una explicación, le consoló.

—No me atrevo—dijo—; en esta cama no me atrevo; ven...

Fueron a sentarse en un diván; allí renovaron sus caricias; las manos suaves y experimentadas de Adelina Vera tuvieron piedad del amante desvalido; pero su lasciva diligencia fracasó; en Juan Enrique, nervioso, avergonzado, empavorecido, la carne no despertaba. El barón de Nhorres, en su humillación, se daba a los diablos.

—Perdóname—decía—; no sé qué me sucede; me ahogo.

Se puso de pie; su corazón, efectivamente, latía con violencia tal, que la sangre le sofocaba. Adelina le observaba asombrada, un poco cohibida quizás por ese sentimiento peculiar a todo artista que exhibe una obra, y que tan parecido es a la emoción, llena del deseo de agradar, de la mujer que se desnuda ante el hombre amado.

—¿Qué tienes?—repitió.

El murmuraba, fuera de sí, convulso, retorciéndose las manos:

—Nada, nada... no sé... ¡Oh!... ¡Qué suplicio!... Si no creyese que esta aberración era pasajera, me daba un tiro hoy mismo.

Ella, asustada, trató de distraerle:

—Vámonos al gabinete.

—¿Para qué?

—A charlar; ven.... hazme caso a mí; eso pasará; procura serenarte...

Pero Juan Enrique, furioso de sentir en su interior un deseo que aquella estúpida atonía le incapacitaba de satisfacer, negábase a claudicar definitivamente.

—No me dejes así— balbuceaba—; te lo ruego... ¡por piedad!... Ten un poquito más de paciencia... ¡yo te lo suplico! ¿Es que te aburro?

Piadosa y maternal, Adelina Vera le consoló.

—No—decía—, no... yo, sólo con estar a tu lado y verte tranquilo, soy feliz.

Pero en lo más inconfesable y recatado de su alma experimentaba una gran tristeza. Aquello también era obra «del otro», quien apelaba a todos los medios para separarla de su amante: por lo mismo desconfiaba mucho de que la debilidad sexual de Juan Enrique Halderg tuviese cura.

Volvieron al lecho, donde el barón de Nhorres, inútilmente, repitió sus caricias. Estaba jadeante, sudoroso, fatigado, cual si hubiese recorrido todos los trances de una aniquiladora noche de amor.

—Desnúdate—imploró.

—¿Para qué?...

Adelina era ingenua; Halderg la miró de hito en hito, ofendido; su cólera, sin embargo, era injusta: las palabras de la joven no envolvían ninguna burla; la razón de su pregunta era evidente, saltaba a la

vista. El había dicho: «Desnúdate»; y ella contestaba: «¿Para qué? ..»; significando así que los esfuerzos de ambos, en aquella ocasión al menos, serían vanos. Pero Juan Enrique no desistió de su empeño; aún tenía esperanzas de triunfar; lo que el tacto no pudo lograr, acaso lo obtuviesen las emociones de la vista.

Obediente, Adelina Vera se desnudó; lo hizo negligentemente, yendo de un lado a otro de la habitación, deteniéndose ante el espejo, dando realce precioso a todos los detalles, como convencida de lo mucho que acrecienta su belleza la mujer que sabe desnudarse poco a poco.

La bata de seda malva, el corsé de color pálido, los pantalones blancos como el lino y adornados de lazos sedosos y encajes prolijos, habían quedado colocados ordenadamente sobre el respaldo de un sillón, semejantes a pétalos de una enorme flor que oliese a violetas y a carne femenina, limpia y joven. Desde el lecho, medio incorporado, Juan Enrique la espiaba atento y palpitante. Adelina Vera preguntó:

—¿La camisa también?

—También.

Estaba desesperado, como jugador perdidoso que todo lo arriesga a una carta. Lentamente, con el mohín de un pudor que resiste, la joven dejó que su camisa resbalase desde sus hombros a la cintura y de allí al suelo, deslizándose fácilmente unas veces, deteniéndose otras a lo largo de las depresiones o de las exuberancias del cuerpo ondulante y triunfal. Se aproximó a la cama; sus senos eréctiles temblaban en la amplitud blanca del tórax; tras ella, sobre el espejo del armario, sus lomos y sus nalgas rosadas repetían un soberbio concertante sensual. Su gesto pau-

sado tenía la gravedad de la sacerdotisa que va a cumplir un rito solemne; sus ojos verdes irradiaban fulgores extraños; por la alfombra sus pies descalzos caminaban sin ruido, con silencio de fantasma, y al hacerlo, parecía que con ellos avanzaba la vida; todo el dormitorio, envuelto ya en las medias tintas vesperales, olía a mujer.

Tendida al lado de Halderg, los brazos cruzados bajo la nuca, las piernas juntas, la joven esperó. Pero tampoco esta vez el apetito del hombre despertaba. La vista fracasaba, como había fracasado el tacto. Recurrió entonces el barón de Nhorres al recuerdo, que de todos los afrodisiacos conocidos, la memoria, maestra excelsa en el arte de zurcir imágenes y exagerar perfecciones, es quizás el más fuerte. Así, mientras evocaba las torturas sufridas por aquel cuerpo bajo la tiranía execrable de Riaza, iba cubriéndolo de besos, deteniéndose particularmente sobre las cicatrices que dejaron el bisturí y los dientes del sádico, cual si quisiera llevarse en los labios todo el veneno que en ellas dejó «el otro». Esto era poner su misericordia al servicio de su lujuria, merced a una sutil y laberíntica asociación de emociones. Todo, sin embargo, fué estéril; la virilidad de Halderg no resultó. Desesperado, el barón de Nhorres hubo de rendirse ante aquel derrumbamiento total.

Al día siguiente, Juan Enrique, a quien la idea de su impotencia no había dejado dormir, intentó nuevamente la posesión de Adelina. Para disfrutar de mayor libertad y sosiego despidió a las criadas, recomendándolas que no volviesen hasta la hora de cenar. Los amantes pasaron la tarde acostados, tristes, muy tristes, mientras se besaban, esperando inútilmente la

erección fecundadora grata a Venus. Y el ansiado momento no llegaba; Halderg se reconocía vencido; el solo recuerdo de la derrota sufrida la víspera, bastaba a desarmarle. Adelina tuvo piedad de él.

—Cuando más te preocupe la idea de no tenerme— dijo—, será peor. No puedes, porque crees que «no puedes». Distráete, piensa en otra cosa...

Trató de llevar la conversación por nuevos rumbos; habló de las señoritas de Oruño, ridiculizándolas amablemente, con ironía ligera y sin enconos, y refirió las peripecias de una detención realizada por la policía en aquella misma casa la noche antes. Los ladrones, refugiados en la guardilla, trataron de salir al tejado; eran dos: uno de ellos, viéndose perdido, sacó un revólver y disparó sobre los guardias; afortunadamente no hirió a ninguno. El único perjudicado en la refriega fué el sereno, que perdió su farol. La nota cómica del drama la dieron las señoritas de Oruño, quienes, al oír el tiro, salieron a la escalera desmelenadas y a medio vestir y dando gritos...

El barón de Nhorres oía a la joven sin comprenderla; su pensamiento no estaba allí; la obsesión que se afianzaba a sus sienes era demasiado recia para que la desvaneciese aquella conversación vulgar. En el reloj del gabinete sonaron las cinco.

—Hace una hora que estamos acostados—dijo Halderg.

Se incorporó en el lecho, volvió a echarse, cambiando de actitud a cada momento. Adelina callaba, comprendiendo que su diligencia por distraerle era vana. Él preguntó:

—¿Estaba Riaza así?

—Lo mismo...

Tardó en responder, y lo hizo suspirando, molesta por aquella remembranza odiosa. Agregó:

— Por eso me pegaba; quería poseerme, y como no lo conseguía, se volvía loco.

Halderg insistió:

— ¿Y tú?

— ¿Qué?...

— Tú... ¿le acariciabas?... ¿Procurabas consolarle?

— Al principio, sí... después, no, porque le odiaba.

¿No sabes que le odiaba?

Y, al decir esto, el rencor, un inmarcesible y depurado rencor de muchos años, irisó de puntitos blancos el ancho cristal verde de sus pupilas. ¡Sí, Halderg lo sabía; aquel odio mortal lo habían vivido los dos!... Pero, en tal momento, ante la catástrofe de su virilidad difunta, las palabras de la joven tenían para él una significación y un misterio nuevos. Hasta allí Alberto Riaza, misógino y flagelador, habíale parecido un monstruo absurdo y grotesco. Ahora, aunque vagamente, empezaba a comprenderle; el infierno de los impotentes es horrible: desear ardientemente a una mujer, reconocer su belleza, tenerla a merced suya y no gozarla, es, sin duda, el peor de los suplicios; ¿cómo Dante, al escribir su trilogía inmortal, olvidó aquel tormento?... Por primera vez el barón de Nhores se asomaba, cual a una sima, a la tragedia que ennegreció los últimos años del médico. A imagen y semejanza de la tierra, donde todos los elementos positivos y negativos de la vida batallan revueltos, la mujer es, simultáneamente, una terrible máquina—terrible porque es hermosa—de generación y destrucción. Para que el hombre no tuviese miedo de su hembra, la Naturaleza le dió el deseo... Y cuando ese de-

seo, único sentimiento humano que no teme a la muerte, quiere satisfacer y no lo consigue, ¿de qué crímenes, de qué abominaciones, de qué infernales y disparatados extravíos no será capaz?... Un coito es la confluencia de dos ríos de sangre, la fusión de dos razas, porque en el instante del abrazo sagrado, el hombre y la mujer van impulsados, amén por su mutua inclinación carnal, por la voz de todos sus antecesores, que les utilizan como instrumentos para eternizar su nombre. Ese apetito, dentellada triunfal con que la Vida rechaza a la Muerte, es capaz de todo... ¡de todo!... hasta de convertirse en odio y destruir lo mismo que apetece. Riaza, martirizando a Adelina, parodió la leyenda de Salomé, convulsionándose de lujuria sobre la cabeza bella y exánime de Iokanaan...

Halderg, mudo, desfigurado el rostro bajo una mueca feroz, pensó que él también, por adueñarse de Adelina y dar vado al furor cerebral de posesión que le devoraba, sería capaz de todo. ¿Cómo lograrla? ¿Cómo estaba tan lejos de ella hallándose tan cerca? Adelina, inmóvil y desnuda, el vientre goyesco, terso y enjuto, los senos vibrantes, los undosos cabellos rubios destrenzados sobre la albura carnosa de los brazos recogidos orientalescamente bajo la nuca, observaba a Halderg, curiosa, compadecida, viendo crecer por segundos la ola de su dolor. Como el gato que juega con un ratón, así Juan Enrique nerviosamente, a manotazos, comenzó a echarla de un lado a otro de la cama, poniéndola en actitudes diferentes, rebuscando aún el medio de apoderarse de aquel cuerpo inaccesible. Súbitamente, el curso de sus ideas cambió; emociones sádicas le acometieron; las cicatrices que rompían la tersura blanca de aquella carne, le hablaren el lengua-

je esotérico de las lujurias dolorosas. ¿Por qué no imitar el ejemplo de Alberto Rianza?... Recordó la historia de aquellas tres argollas sobre las cuales el médico ató a la Deseada una noche. ¡Ah, si él pudiese!... Una fiebre desconocida le invadía. Hizo que Adelina se pudiese de rodillas, la cabeza hundida en la blandura de las almohadas, y, como la vispera, comenzó a besarla, mientras pensaba: «Esto mismo hacía el otro». Luego, inadvertidamente, la mordió. Ella se estremeció; ¿fué de voluptuosidad, fué de dolor? Su cintura se deprimía, sus caderas se enarcaban, ofreciéndose esclavas al apetito del macho remiso. Halderg volvió a morderla. Ella murmuró:

—Me haces daño.

Entonces él, de hinojos según estaba, la asobarcó con el brazo izquierdo, al mismo tiempo que su otra mano la sacudía bulliciosas nalgadas. Ella repitió levantando la voz:

—¡Me haces daño!...

Tornó él a morderla, y esta vez sus dientes dejaron en la nieve de la epidermis una gota de sangre. Adelina lanzó un grito y un movimiento rebelde la incorporó; estaba colérica, transfigurada, parecía una amazona.

—¿Qué es eso?—rugió—. ¿Vas a empezar como «el otro»?...

Halderg replicó:

—¡Déjamel... Eres mía... Te quiero... ¡Déjame!...

—No, eso no; nunca.

Había brincado al suelo y miraba a su amante fieramente, como dispuesta a acometerle. Diana cazadora hubiese admirado su gesto. Prosiguió:

—«Al otro» se lo permitía porque me dominaba; pero tú no me dominas, a ti no te temo...

Hablando así le mostraba sus manos, aquellas manos que descargaron sobre la nuca del médico un golpe mortal. Su valentía paralizó el deseo naciente de Juan Enrique; el desdichado sintió miedo; luego tuvo vergüenza de sí mismo: era un miserable.

—Perdóname— balbuceó.

Ella le observaba de hito en hito, estudiándole. El repitió:

—Perdóname...

Y después:

—¿Me perdonas?... Contesta...

—Sí.

Viéndole tranquilo, volvió al lecho. El barón de Nhorres permanecía quieto, con esa quietud que imponen a las actitudes del hombre los dolores supremos. Adelina le dió un beso en el cuello:

—Te perdono; acuéstate...

Le compadecía. El continuaba absorto, mudo. De pronto, su voluntad y su corrección fría le abandonaron, y su pena desesperada estalló en sollozos:

—«El otro»— balbuceaba—, «el otro» es más fuerte que yo... ¡Ay, Adelina!... ¡Adelina de mi alma!... ¡Qué pena! Ese hombre quiere separarnos y lo conseguirá. Ya nunca volverás a ser mía; ¡nunca... nunca!

Sentado en la cama, el rostro sobre las rodillas y ciñéndose las piernas con los brazos, en la actitud que adoptaba para morir el hombre ancestral, el barón de Nhorres lloraba como un niño. Su desesperación era tan legítima, tan honda, tan irreparable, que Adelina Vera no se atrevía a hablar. Luego, bruscamente, Juan Enrique Halderg pareció serenarse. Como otras veces, el odio tenía piedad de él y le consolaba. Era necesario vengarse de Rianza matando su alma, aun-

que para ello él antes hubiese de morir. Sí; había que asesinarle nuevamente, y aquella venganza sabrosísima, digna de un dios helénico, bien valía una vida.

Transcurrido un momento, Adelina preguntó:

—¿Quieres que nos levantemos?

—Buena...

—Lo digo porque las criadas ya no tardarán en volver.

—Tienes razón; no me acordaba de ellas...

Se dieron un beso, un beso fraternal, y comenzaron a vestirse, silenciosos, cada cual por su lado, sin mirarse apenas, como avergonzados el uno del otro.

A pesar de lo ocurrido, Halderg no renunció a la reconquista y posesión de Adelina, aunque sin resultado; el recuerdo de su atonía le inutilizaba, y los esfuerzos que su voluntad hacía para recobrarle, agotaban su vigor nervioso y causábanle en la nuca una sensación de calor y a lo largo de la espalda dolores rápidos, desgarradores, como quemaduras. Esta debilidad acució también la ya exagerada hiperestesia de sus sentidos; empezó a sufrir alucinaciones visuales, y para sus oídos, capaces de rastrear la marcha imperceptible de las arañas, la casa fué llenándose de resonancias nuevas. A cada momento, un calofrío magnético erizaba el vello de su epidermis; aterrado, volvía la cabeza para mirar a su alrededor; palpitábele el corazón; algo le rozaba; la obsesión «del otro» llegó a ser una alucinación constante de su piel.

—Cada día lo siento más cerca—exclamaba Halderg—; diríase que me busca, que me estrecha... que quiere reñir conmigo...

Otra tarde, hallándose los dos amantes acostados, el barón de Nhorres se incorporó de súbito en el lecho.

La brusquedad de su movimiento despertó a Adelina. Juan Enrique murmuró:

—No te asustes.

Ella miraba a un lado y otro:

—¿Qué sucede? ¿Han llamado a la puerta?...

Halderg hizo un gesto negativo.

Como la claridad del dormitorio era escasa, Juan Enrique oprimió la llave de la luz eléctrica; la habitación con la bruñida tersura de sus paredes estucadas, se vistió de blanco. Los ojos de Halderg y toda la expresión de su rostro convergían al sitio ocupado por el armario de luna. Adelina se acordó de su hijo, que en sus horas de fiebre y de espanto también miraba hacia allí, y tuvo miedo.

Halderg repitió:

—No te asustes.

Parecía tranquilo, mas no lo estaba, y si procuraba dominarse, era por evitar a la joven una emoción demasiado fuerte. Luego dijo:

—Mira...

Y extendió un brazo; ella siguió aquel movimiento, poniendo en sus pupilas toda la energía perceptiva de su alma. Callaba.

—¿No ves nada—preguntó él.

—No.

—Fíjate...

Hubo otro silencio. Instintivamente, como apercibiéndose a rechazar una agresión, el barón de Nhorres se había levantado; ella le imitó sin apartar los ojos del sitio que aquél miraba con tanto ahinco. Era la primera vez que Juan Enrique experimentaba una alucinación visual, y la novedad del lance sobrecogía a la joven. Los dos amantes, a medio vestir y abraza-

dos, demudados los semblantes por el terror a lo sobrenatural, componían un grupo quimérico, extravagante, un poco pueril.

Halderg agregó:

—Y ahora, ¿le ves?

—No.

—¿Es posible? ¡Mirale! Está allí sentado...

Señalaba a una silla, que la joven juzgaba vacía.

Halderg continuó:

—No se mueve; parece que nos mira... Ahora se levanta...

Adelina, abrazada al cuello del inglés, empezó a temblar; sus dientes castañeteaban. Tenía miedo, un miedo indecible, penetrante, que llegaba a su huesos. Se sentía sola, indefensa, a merced de fuerzas raras y peligrosas. ¿Estaría loco Halderg?... El barón de Nhorres, sin embargo, dentro de lo extraordinario de sus afirmaciones, parecía discurrir acordadamente. A Riaza no le distinguía bien. Estaba cierto de que era él, porque aquella sombra tenía las proporciones, el ritmo y las actitudes del muerto, mas no acababa de verla de modo limpio y terminante; diríase que entre ella y él había un cristal empañado. Acaso, con auxilio de una lupa hubiera podido fijarla mejor; así, a simple vista, era algo incoherente, neblinoso, tenue, como la sombra que proyectase sobre la blancura del estuco el humo de un cigarro.

—No lo dudes—prosiguió—; ese hombre está ahí, y seguramente nos habla, nos amenaza, sólo que nosotros no le oímos. Su espectro, que yo no había visto hasta ahora, es lo que aterraba a nuestro hijo...

Aquella alucinación persistió largo rato. Los amantes habían concluido de vestirse y pasaron al gabinete-

te. A cada instante, los ojos de Juan Enrique Halderg se dirigían a un punto. Adelina, que espiaba sus movimientos, le preguntaba:

—¿Le ves ahora?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Sentado en el diván.

Sus palabras tenían un aplomo terrible, fascinador. Adelina apoyó sus manos sobre los hombros de Halderg y comenzó a mirarle fijamente a los ojos con la miedosa esperanza de ver retratados en ellos al fantasma. Dentro de las pupilas grandes y claras del inglés aparecía una reducción microscópica, admirable por su limpieza y pequeñez, de la habitación donde se hallaban; Adelina reconoció algunos muebles. Pero la sombra «del otro» no estaba allí.

—No la veo—dijo.

—Yo, en cambio—repuso Halderg—, la veo en tus ojos.

Ella se estremeció:

—¿Estás cierto?

—Sí.

Pausadamente hizola retroceder hasta la ventana, para examinarla mejor bajo la luz.

—Aquí está—repitió—; la distingo perfectamente: es una manchita blanca.

—¿Y cómo—interrumpió Adelina— reflejándose esa sombra en mis pupilas, yo no la veo?

El barón de Nhorres dió la explicación científica, breve y precisa, del fenómeno:

—Ne te extrañe—dijo—; es que la fotografía llega adonde no alcanza el telescopio, y así, son muchos los cuerpos celestes que los astrónomos retrataron bas-

tante antes de verlos, y sin más que dirigir el objetivo de una buena máquina fotográfica hacia el lugar del espacio donde, según sus cálculos, el planeta o cometa previsto debía encontrarse. ¿Comprendes ahora?... El ojo humano es, simultáneamente, un telescopio y un aparato de fotografía, en el cual las imágenes pueden pintarse, aun cuando no lleguen a ser visibles, como ahora sucede; porque esa imagen que recoge el cristal carece de la intensidad necesaria para que los nervios la transmitan a los tálamos ópticos, donde había de convertirse en sensación.

Gradualmente, la excitación histérica del barón de Nhorres iba apaciguándose; bebió un vaso de agua con azúcar, lo que contribuyó a serenarle. Al cabo, declaró que «el otro» debía de haberse marchado.

—Y si no se ha ido, me es igual, porque yo no le veo.

Noches después, la joven experimentaba en sueños una alucinación semejante. ¿Era que Alberto Rianza iba acercándose a Adelina, o era, simplemente, que ésta, por obra de la exaltación creciente de sus nervios, estaba mejor apercibida y dispuesta para sentirle?... Lo cierto fué que aquel fantasma oscuro, nebuloso, vibrante de insaciable y refinada salacidad, que la joven, entreabriendo los párpados, veía cernerse sobre su lecho y envolverla luego en un abrazo de sombras, cobró de pronto las proporciones y la expresión de un cuerpo humano. Adelina Vera, que se había acostado muy fatigada y estaba segura de dormir profundamente, se preguntaba, como otras veces lo hizo, si no estaría soñando. Este vulgar fenómeno de bicerebralismo subsistió algunos momentos, pero luego se apagó, vencido por la intensidad de la alucina-

ción, penetrante y regalada. El incubo misterioso, entretanto, iba definiéndose, hasta que sus facciones se precisaron. Era Riaza; el Riaza viejo, vesánico; el Riaza de los años terribles, con su frente enorme, bombeada y amarillenta, sus ojos buídos y negrísimos de inquisidor, su barba canosa y raleante sobre la demacración angulosa de las mejillas... Adelina experimentó un pavor infinito; unos segundos su corazón cesó de latir; pensó que el médico, cuya alma lograba, al fin, volver desde la otra vida, como antaño su cuerpo, sepultado en el mar, había sabido regresar a la tierra, iba a vengarse de ella estrangulándola entre sus manos de fantasma. La joven, a poder, hubiese gritado, pero el miedo inmovilizaba su lengua. Al mismo tiempo tuvo la adivinación de que Riaza, enamorado de ella siempre, devorado por un deseo que no satisfizo en vida y, por lo mismo quizás, perduraba más allá del crimen y de la muerte, no la lastimaría; lo que la produjo astuto y recóndito alivio. Instantáneamente, con ese razonar lógico y absurdo a la vez de los ensueños, Adelina dejó de odiar a Riaza, para temerle; o, acaso, recelando que el alma inquisitiva del médico pudiese ahondar en la suya y conocer sus sentimientos, supo disfrazar aquel odio bajo la congoja real que tan extraordinario trance la producía. Palabras embaucadoras y humildes de disculpa cruzaron su espíritu.

«Yo te he amado mucho—penso, dirigiéndose mentalmente a la sombra—, y te hubiera amado más si hubieses sido menos cruel conmigo...»

«El otro», silencioso, la abrazaba, se aplastaba contra ella, sumergiéndola en una especie de vaho tibio. Ella se sentía besada, registrada, frotada por unas

maros duchas y conquistadoras, y lentamente, la conciencia de que era apestecida iba devolviéndola ese imperio infinito, cetro del mundo, que la lujuria del hombre confirió a la mujer. Entonces, sin mover los labios, en la seguridad de que su alma y la del finado se comunicaban directamente, empezó a referirle balbuciente, con la voluptuosidad femenina del llanto, cuánto había sufrido.

«Si tú me hubieses tratado como ahora—pensaba—, yo hubiera sido feliz. ¿Por qué me pegabas? ¿Por qué me tenías desnuda y encerrada días y días?... Decías que yo te daba la locura, que el Diablo era mi aliado... ¿De dónde sacaste eso?... Y es que tú me odiabas. ¿Verdad, Alberto?... ¿Por qué ese odio?... ¿Acaso era yo la causante de tu debilidad?..»

La sombra, callada, sobajeadora, infatigable, vibrante, cual si toda ella fuese una trepidación de lujuria, iba apesándola entre las mallas de una caricia litúrgica, solemne y pausada. Sucesivamente, la oven sentía los labios del incubo en su espalda, a lo largo de su vientre, sobre la pequeñez pueril de sus piecitos rosados, y aquellos rozamientos eran de una extremada sabiduría. El espíritu, mañosamente, la colocaba en actitudes distintas, para mejor frotarla y ugirla con sus besos; no se fatigaba; diríase que todo su empeño se reducía a rehabilitarse ante la mujer que amó y a indemnizarla con largueza de cuanto la hizo sufrir. Adelina se abandonaba, y al cabo fué suya, con una voluptuosidad masoquista que el miedo al finado sazonó y exageró deliciosamente.

La joven despertó; estaba sola; ya no tenía pavor al contrario: sentíase aliviada, tranquila, cual si algo misterioso que hasta entonces la fué hostil la hubiese

perdonado y acogido bajo su protección omnipotente. Miró a su alrededor; unos hilillos de luz que se filtraban por los batientes de madera del balcón la dijeron que empezaba a clarear.

A la mañana siguiente, Adelina Vera, contemplando el retrato de Riaza, colgado sobre la chimenea del gabinete, pensó si sería aquel mismo retrato, que no el espíritu del muerto, el que la noche antes la retozó en su lecho. Sea lo que fuere, se hallaba bien, con una serenidad espiritual enteramente nueva para ella. A Juan Enrique, que, según costumbre, fué a visitarla por la tarde, nada le dijo de lo ocurrido. Esta reserva la trajo otra sensación, también rara y dulce: tenía ganas de reír; pensó que alguien, a su lado, la felicitaba por aquella discreción y se la agradecía. Esperó con impaciencia la hora de acostarse; su carne se des-perezaba sensual. ¿Iría Riaza a verla?...

Halderg notó la inquietud de la joven y quiso conocer la causa:

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Te sientes mal?

—No.

—Haces poco ejercicio. ¿Quieres que luego, después de cenar, demos un paseo?

—No; esta noche, no ..

—¿Por qué?

—Déjame. Estoy fatigada; prefiero dormir...

Había en la brevedad de sus respuestas una acritud indefinible, que tampoco pasó inadvertida a la perspicacia del barón. Juan Enrique experimentó un dolor vivísimo; se sentía humillado. ¿Por qué Adelina le hablaba así? ¿Era que, hallándole a todas horas taci-

turno y desganado para el amor, empezaba a dejar de amarle?... En el semblante pálido, más pálido y más ojeroso que nunca, de la joven, había una alegría nueva, desvergonzada, que desconcertaba a Halderg. ¿De dónde provenía aquella expresión?...

Ya con el sombrero y el gabán puestos, el barón de Nhorres se acercó a Adelina y la abrazó estrechamente:

—¿Me quieres?— dijo.

Ella repuso:

—Siempre.

—¿Dejarás de quererme algún día?

—No.

Halderg la miró de hito en hito; al formular su pregunta había creído advertir en el cuerpo de la amada un estremecimiento, cual si a lo largo de él hubiese corrido un temblor de protesta. Después, tímidamente, inició una caricia. Ella le rechazó con suavidad:

—¿Para qué?— murmuró—. Tú estás malo; yo también... Seamos juiciosos. Ya sabes que, por ahora al menos, sólo debemos querernos como hermanos...

Adelina Vera tenía razón negándose a las caricias varas de su amante. Juan Enrique estaba enfermo, inútil. «Para qué entonces?...» Halderg sintió la justicia, toda la justicia escueta y cruel de aquella interrogación que parecía un reproche, y esto acabó de helar su carne.

—¡Dices bien!— repitió—. ¿Para qué molestarte?...

La besó en la frente, despidiéndose de ella hasta el siguiente día, y se fué. «La he perdido», pensaba. Cuando llegó a la calle tuvo que limpiar con su pañuelo el cristal de su monóculo, mojado de lágrimas.

Al otro día, el barón de Nhorres madrugó para ver

a Carlos Fontana, a quien explicó detalladamente los caracteres de su nueva dolencia.

—Sobre los muchos males que ya pesaban sobre mí—dijo—, hay que añadir ahora la desesperación y la humillación de mi virilidad perdida. ¿Qué cree usted que debo hacer?

Preguntóle Fontana si atribuía su decaimiento a alguna causa física. Halderg contestó negativamente: él jamás había observado en sí ningún síntoma de impotencia; su enfermedad carecía de antecedentes: era repentina, fulminante. Una tarde, en uno de esos momentos sentimentales en que, sin razón, las mujeres se ofrecen al hombre más bonitas que nunca, trató de adueñarse de Adelina y no pudo; desde entonces, cuantos esfuerzos hizo para recobrarla fracasaron.

Juan Enrique se oprimía las manos; olvidaba su corrección.

—¡Y si no la quisiera!—exclamó—, o si me resignase a quererla de un modo fraternal... ¡Pero si la deseo con toda mi alma!

—¿Hace mucho tiempo que está usted así?

—Va para tres meses.

—¿Y no ha tratado usted de sobreponerse a esa atonía, que evidentemente no es grave, buscando otra mujer?

—Sí, señor.

—¿Y qué?

—Nada...

Fontana sonrió; la negativa de Halderg era de una gravedad cómica. El barón de Nhorres recordó al médico que el marido de Adelina, en sus últimos años, había sido aquejado del mismo mal.

—Ya he pensado en ello—repuso Fontana—, por-

que esa comunidad de sensaciones en dos hombres jóvenes y enamorados de la misma mujer, merece tenerse en cuenta. En la historia, larguísima por cierto, de las aberraciones eróticas, se registran casos de mujeres extrañas, dotadas, sin duda, de un poder de fascinación especial, que sugestionaban a sus amantes hasta aniquilar en ellos toda espontaneidad voluntaria. Diríase que les embrujaban. Unas veces parecían sacerdotisas de algún rito cruel, y ordenaban: «Mata a Fulano»; y el hombre, como un autómatas, llegaba al crimen. Otras, parecían vampiresas: «Ámame»—decían. Y aquel mismo hombre las poesía hasta extenuarse...

Fontana concluyó humorista:

—¡Qué mundo éste! Tropezó usted con una piedra y se rompe usted una bota .. y no pasa más; tropieza usted con una mujer, y se rompe usted el alma. Considerando esto, tentado estoy de decir que los místicos tienen razón.

Carlos Fontana seguía creyendo que la dolencia de Halderg era imaginaria, una aberración sexual nacida exclusivamente de una preocupación. El barón de Nhorres no podía ser macho, porque padecía la obsesión de no serlo.

— Y para derrotar esa atonía—terminó Fontana—, que ahora es insignificante, pero que puede llegar a revestir caracteres de verdadera gravedad, nada mejor que las duchas y el ejercicio físico, con un poquito de higiene espiritual: distracciones, amistades ajenas, un viaje al extranjero...

Juan Enrique, sonriendo amargamente, hacía con la cabeza signos dubitativos.

—¿Qué quiere decir eso?—interrogó Fontana.

—Que no puedo.

—¿El qué?

—Que no puedo irme...

—¿Por qué?

—Porque no soy libre; yo siento que no soy libre.

El médico, acostumbrado a la brusquedad expeditiva de los hospitales, tuvo un ademán violento.

—¿Va usted a resultarme también -gritó—un enfermo de la voluntad?

—Tal vez...

Y con cierto empacho, Halderg agregó:

—Ya sé que usted no acepta mis teorías; de esto hemos hablado varias veces.. Sin embargo, doctor, hay que rendirse a la autoridad de los hechos cumplidos... ¿no es eso?... Usted que es un empirista fr-ribundo, no puede negar la autoridad de los hechos... Pues bien: la experiencia me ha demostrado que yo no soy libre .. y no soy libre porque «el otro»... ya sabe usted a quién me refiero, «el otro», el marido de Adelina, no me deja.

Fontana clavó una mirada clínica, penetrante, registradora, en los ojos azules de Halderg:

—¿Todavía estamos ahí?—exclamó.

—¡Todavía!... ¡Siempre!...

Avergonzado de su debilidad, refirió lo que con el retrato de Riaza le había sucedido.

—Después de venderlo—dijo—hube de buscarlo de tienda en tienda, y a no hallarlo, creo que me hubiera vuelto loco. ¡Ah, doctor! Usted, por lo visto, ignora lo que es eso: cuando los muertos nos ordenan algo, hay que obedecerles.

Y como Fontana hiciese una mueca de desdén, agregó:

—Repito que a nuestro al rededor no ocurre nada

descomedido ni sobrenatural, sino que, con arreglo a mi teoría, la existencia finita de las almas, después de la muerte es un fenómeno que la química y la fisiología del porvenir explicarán, y es, desde luego, tan vulgar como la vida orgánica. A nuestro alrededor ocurren continuamente fenómenos imperceptibles: el mismo ininterrumpido crecimiento de nuestros propios hijos, verbigracia. ¿Vamos, pues, a decir que fuera de lo que los ojos humanos alcanzan a ver, no hay nada?... Más de una vez fui testigo de cómo en una habitación cerrada, es decir, en una habitación donde no era posible la brusca irrupción de una ráfaga de aire, un retrato caía de pronto al suelo, o la llave de la luz eléctrica giraba sobre sí misma con un golpecito seco y las lamparillas se iluminaban. Y usted dirá que fué una trepidación de las paredes y el calor, que dilata los cuerpos, las causas que derribaron el retrato y encendieron las luces. Explicaciones ambas, indudablemente, muy admisibles, pero a las que yo me atrevo a oponer las siguientes preguntas: «¿Oyó usted trepidar los muros?..» No. «¿Vió usted la dilatación producida por el calor en el mecanismo metálico de la llave eléctrica?...» Tampoco. Pues, entonces, permítame usted creer que el autor de esos dos fenómenos pudo ser un espíritu.

Aun habló largo rato, batallando inútilmente contra el criterio experimental del médico. Fontana no creía en almas ni en sugerencias de otra vida, ni en envolvimientos brujos de ninguna clase. Su magnífica salud y su pestorejo sanguíneo y carnoso le hacían invulnerable. Cuando Juan Enrique Halderg salió de la consulta, llevaba la convicción desgarradora de que para su mal no había remedio.

A esta seguridad cruellísima el barón de Nhorres no tardó en añadir la certidumbre de que Adelina, por grados insensibles y pausados, iba separándose de él. La joven había dejado de hablarle de sus pesadillas eróticas; cuando él la interrogaba acerca de esto, ella, pálida, emperrezada y alegre, con esa abulia feliz de la voluptuosidad, respondía evasivamente: sin duda no quería mentir; tampoco juzgaba oportuno lastimarle con la verdad... ¿Por qué?... En todo esto, Halderg presentía la mano diligente «del otro»; algo teratológico, inexplicable, que fatalmente había de serle adverso.

Sus presunciones no eran infundadas.

En aquellos últimos días, el incubo que gozaba de Adelina Vera había cobrado sobre el ánimo de la viuda preponderancia extraordinaria. Ella, al principio, se rendía a él sin gusto, humildemente, por miedo a enojarle; mas luego este mismo temor mudóse en simpatía y agrado carnal, y poco a poco convirtiéndose en voluptuosidad apremiante y vivísima. El espíritu de aquel Alberto Riaza, cetrino... enjuto, terco, con la terquedad indomable del alma casteilana, iba venciendo a Halderg y arrojándole insensiblemente, hora a hora, del corazón de la Deseada. Adelina que se había casado enamorada de Riaza, aunque después hubiese llegado a odiarle mortalmente, sentía renacer en sus profundos el viejo cariño, aroma de poesía, de los primeros tiempos. A este recuerdo delicado iba unida la sugestión pavorosa que Riaza, en su cualidad de finado, la producía, y de la fusión de ambos sentimientos nació un amor nuevo. Las mujeres, para querer mucho a un hombre, necesitan admirarle; lo requiere así la debilidad de su sexo, conformado de

madres a hijas para la esclavitud; y esa admiración lleva aparejada consigo siempre un poco de temor, porque también implica superioridad, capacidad de llegar adonde no alcanza el vulgo.

De sopetón, Adelina Vera se hallaba unida, cautivada, recobrada por el alma del muerto; alma insaciable, eternamente ardiente como un fuego vestal. Riaza era más fuerte que Halderg. Por esto tal vez, nada más que por esto, ella le rindió pleitesía. Fué un sentimiento bastardo, una claudicación traicionera, semejante a la que mueve a los criminales a descubrir el nombre de sus cómplices a la justicia, con lo cual procuran ponerse bajo su protección y sincerarse.

La idea supersticiosa de que el alma de Alberto Riaza, conocedora ya de todos los secretos de la vida y de la muerte, así podía defenderla de cualquier peligro como causarla males y terrores supremos, producía en Adelina desmayos masoquistas de quintaesenciada exquisitez. «El otro», sin hablarla, con sólo la penetrante elocuencia de sus ojos, la reconquistaba. Sin necesidad de palabras, sus almas conversaban.

Ella decía:

«Yo te he odiado; es cierto que una mañana mis manos, desesperadas, levantaron una piedra, una piedra enorme, con la que te machaqué la frente... ¡Perdóname!... Yo entonces estaba loca... ¡loca!... y te aborrecía porque no comprendía tu deseo de poseerme, tu deseo inútil... Ahora que te veo al otro lado de la vida, conozco tu suplicio de amarme y de no poder hacerme tuya... ¡Perdóname!... El delito del que mata en propia defensa, jamás fué muy grave...»

Y él:

«Sí, te perdono, y a mi vez te invito a olvidar el

daño que injustamente te hice: yo amargué tu juventud, yo llené de tinieblas tu vida, que pudo ser hermosa. Te debo, pues, una reparación; para ti, mujer amadisima, serán todas las vehemencias, todos los cuidados de mi alma. Pero también te ordeno separarte de Juan Enrique; a él le detesto, para él no habrá perdón. Tú has de verlo. Si tu hijo murió, fué porque también era hijo suyo. Yo le maté. Todo lo que él ame morirá poco a poco; nada le librá de mi rencor infinito. Además, ese hombre no volverá a poseerte nunca; yo no le dejo; quiero que sufra así, como yo, el tormento de amarte...»

Las noches de Adelina, entretanto, eran un vértigo inexhausto de pasión, un Eldorado de deleite sin término. Palpada, besuqueada, poseída una vez y otra en actitudes diferentes, la joven sentía crecer por momentos el imperio dulcísimo que la sombra de Riaza ejercía sobre ella. Aquellos ayuntamientos salvajes, de una intensidad epiléptica y sobrehumana, la desmazaban y rendían. La sombra, al abrazarla, la rodeaba completamente en una evaporación tibia, cual si una boca enorme, húmeda y sabia, cubriese a la vez todo su cuerpo. El vibrante cordaje de sus nervios se convulsionaba. Eran aquellas las alegrías de Príamo y de Lesbos unidas. Jamás Juan Enrique Halderg la había gozado así. Esta situación continuó agravándose. Fuese un estrabismo del instinto erótico, como decía Fontana, o fuese, efectivamente, la obra de un incubo, como afirmaba Halderg, lo cierto era que en Adelina se repetía la leyenda de las antiguas brujas amadas del Diablo, acudiendo hipnotizadas, los lascivos flancos temblantes de deseo, a la locura orgiástica del Satat. Riaza, insaciable, ya no se limi-

taba a visitar a la joven por las noches, sino que también la forzaba de día, en el comedor, en el gabinete, en el cuarto de baño, no bien la hallaba sola. Adelina, sin verle ni oírle, le sentía llegar y no experimentaba miedo alguno. El incubo la abrazaba y llegaba a su carne cual si traspasase sus vestidos. Ella dócilmente se entregaba, apoyándose contra la pared o echándose de bruces sobre el respaldo de algún sillón, las caderas pomposas, arqueadas voluptuosamente para mejor prestarse a la caricia.

Al barón de Nhorres, que la espiaba celosamente, le asustaban estas anomalías. Al revés de antes, Adelina se mostraba tranquila, dueña de sí; a ratos se la oía cantar. ¿A qué podía obedecer aquel cambio? ¿No sería todo ello obra de alguna nueva y procelosa maquinación «del otro»?...

Seguro de que lo maravilloso sólo por artes extraordinarias y teúrgicas puede combatirse, y convencido de que en andanzas tales la ciencia de Fontana era inútil, el barón de Nhorres, aunque desalentado, decidió visitar a cierta individuo, mitad adivino, mitad brujo, de quien personas que obtuvieron el oro de sus revelaciones le habían hablado con gran encomio y reverencia.

Vivía el nigromante en una de las últimas casas de la calle de Santa Isabel, muy cerca del histórico arco por donde antiguamente se comunicaba el Colegio de San Carlos, pesadilla de los estudiantes de Medicina, con la mole gigantesca, vetusta y renegrida del Hospital Provincial.

El brujo se llamaba Rodríguez. Encontróse Halderg ante un hombre sexagenario, alto y delgado, con una cabeza apostólica, dulce, inteligente, cubierta de ca-

bellos luengos y blancos. El barón de Nhorres expuso el objeto de su visita, mientras su interlocutor le examinaba atento:

—Muy bien—dijo—; entre usted.

El cuartito que habitaba Rodríguez era interior, con dos ventanas a un patizuelo obscuro, húmedo, en donde sonaba el gotear de una fuente. Como la tarde iba muy vencida y había poca luz, Rodríguez encendió un quinqué con pie de porcelana y pantalla blanca, que colocó sobre una cómoda. El nigromante invitó a Halderg a tomar asiento. Las paredes mal enca-ladas, el suelo de ladrillos, las sillas de enea, los cromos baratos colgados aquí y allá, sin orden, en la extensión polvorienta de los muros, la tristeza de un viejo espejo roto y ensuciado por las moscas, todo acusaba una miseria extremada.

El barón de Nhorres permanecía en pie por miedo a mancharse, y casi arrepentido de haberse molestado en ir hasta allí. Sus nervios irritables se enfurecían. Verdaderamente era estúpido el que hombres que decían hallarse en posesión de lo maravilloso viviesen de aquel modo. Al cabo se sentó, correspondiendo a una segunda invitación del nigromante.

—Usted me dirá—exclamó Halderg—el precio de la consulta que deseo celebrar con usted.

Los ojos taimados de Rodríguez examinaron a su interlocutor, deslizándose rápidos desde la elegancia de sus botas de charol a la perla que adornaba el lazo de su corbata; allí se detuvieron un momento...

—Cinco pesetas—repuso.

—Tómelas usted.

—Gracias...

Para granjearse la confianza de su cliente, el brujo

comenzó a exponer sus merecimientos. Aunque vivía pobremente, ganaba mucho, pues gozaba la confianza de muchas señoras y caballeros principales. La esfinge es invencible, y lo sobrenatural, tarde o temprano, se impone a la ciencia.

—Cuando los hombres se convencen de que los médicos no pueden nada o pueden muy poco—añadió enfático—, recurren a mí.

El, ciertamente, no era un pozo de sabiduría; pero, ¿qué importaba esto?... En casos tales, lo esencial era el don de adivinación, la capacidad magnética de bucear en las conciencias, de saber lo que en un plazo, más o menos cercano, va a ocurrir. Su semblante expresivo cubrióse de inesperada gravedad; se transfiguraba.

—Ahora mismo—dijo—mi alma empieza a sentir lo que pasa en la de usted.

Rodríguez comenzó a alabarse discretamente: todos los misterios de la alquimia le eran familiares: él conocía el secreto de aquel célebre filtro de amor que consumía al rey Carlos VII, y el ardid de que la famosa hechicera inglesa Hulgoath se valía para leer el porvenir de las personas en el poso de sus orines, y la virtud téurgica de aquella terrible gelatina que las brujas medioevales preparaban con las carnes de los niños que asesinaban antes de ser bautizados, mordiéndoles el corazón o traspasándoles la cabeza de arriba abajo con un alfiler. También habló de las oraciones que corrigen la fragilidad humana y evitan las epidemias; de las propiedades medicinales de aquellas cataplasmas que los antiguos preparaban con entrañas de serpientes, y de la virtud curativa de las piedras preciosas, especialmente de la esmeralda; de los

encantamientos producidos por las semillas del helecho; del raro enigma de las habas introducidas en los ojos, en los oídos y debajo de la cola de un gato negro, al que se haya matado un sábado por la noche, a la primera campanada de las doce; y de la eficacia que la piedra imán, así como la sangre de las tórtolas, de las perdices y de otros animales lascivos, tienen para conciliar a los amantes separados. Cada una de estas rectas requiere oraciones y gestos mágicos especiales. Habló luego de las maravillas de la brizomanía, y de las notas musicales que curan el veneno de la tarántula y del conjuro para no ser herido por las armas de fuego, y de los funestos presagios que se desprenden de la rama de laurel que, arrojada al fuego, arde sin ruido; y de los maleficios de la luz astral, y de la gran fuerza teúrgica del gallo, ave misteriosa y cabalística cuyo canto ahuyenta los malos espíritus familiares de la noche, y que pone en secreto un huevecillo del cual, a las tres lunas justas, nace una serpiente cuya mirada es mortal...

Concluyó:

—Reconozco que muchas de esas curas que el vulgo juzga milagrosas, son fenómenos corrientes de sugestión, o, mejor dicho, de autosugestión. Pero también afirmo, porque la experiencia me lo ha demostrado así, que existe un mundo brujo cuya influencia, buena o adversa, sobre nosotros, es formidable.

El barón de Nhorres, más dominado por sus propias creencias que por las palabras del nigromante, comenzó a explicar la extraordinaria situación en que se hallaba. El estaba enamorado de una mujer...

Rodríguez le interrumpió:

—¿Casada?

—No; viuda.

—Muy bien: ¿y ella, no le corresponde a usted?

—Sí, creo que sí...

Y se detenía vacilante, dolorido, recordando la indiferencia con que Adelina le hablaba algunas veces. Al cabo, rectificó:

—Sin duda me quiere—dijo—, pero hay alguien que me disputa su amor.

—¡Ya!... ¿Algún amigo de usted?

—No, señor; mi rival no existe.

—¿Cómo?

—Se trata de un muerto.

Aunque avezado a recorrer el largo catálogo de disparates que engendraron la ignorancia y la superstición, había tal excentricidad en las palabras de Halderg, que el adivino no pudo disimular un gesto de sorpresa. Llevóse una mano a la boca; sus cejas, blancas y frondosas, se arquearon.

Juan Enrique continuó excitadísimo, con un alboroto que, estremeciéndole, arrancaba al cristal de su monóculo titilaciones brillantes:

—Ese muerto es, precisamente, el marido de la señora de quien yo estoy enamorado.

Hubo una pausa solemne, elocuente, con una elocuencia monstruosa de manicomio. Los dos hombres, mirándose a los ojos ahincadamente, parecían reflexionar. El sobresalto supersticioso del barón Nhorres era contagioso; el mismo Rodríguez, que no creía en nada, experimentó su poder. Pasó por su rostro afeitado una inquietud:

—¿Está usted cierto—dijo—de que se trata del marido?

—Sí, señor; segurísimo.

—¿Por qué?
Halderg tembló; levantóse, volvió a zentarse. No contestó.

—¿Se lo ha dicho a usted ella?—insistió el nigromante.

—No.

—¿Entonces, cómo lo sabe usted?

—Porque... le he visto.

—¿Ah?

—Sí, le he visto. . como le vec a usted ahora.

Prodújose otro largo silencio; en el recogimiento mal alumbrado y sonoro de la estancia se oía latir un reloj. Rodríguez preguntó:

—¿Y qué desea usted de mí?

—Quiero—repuso Halderg—que me ponga usted en relaciones con el espíritu de ese hombre; pero de modo que yo pueda hablar con él.

—Sí, sí...

—Oírle.

—Comprendo...

—Convencerle de que debe renunciar a esa mujer, a quien hizo desgraciada... y que ahora es mía, y puede ser feliz conmigo, si él nos deja...

Juan Enrique iba enfureciéndose; el ritmo de sus ademanes se descomponía; perdió toda prudencia.

—¡Si yo pudiese matarle!—murmuró—. ¡Ah!... ¡Si yo pudiese matarle!...

A este momento de exaltación sucedió un decaimiento profundo, una especie de letargo mental: las manos del barón se abrían como fatigadas; sus ojos se cerraban; tuvo un golpe de tos que le llenó la boca de sangre. Bebió un vaso de agua. Tardó algunos minu-

tos en recobrase. Cuando le vió tranquilo, Rodríguez reanudó la conversación:

—Yo conozco—dijo—una fórmula infalible para evocar a los muertos. Yo se la enseñaré a usted y usted la realizará en su casa, porque es bastante complicada y exige mucho tiempo.

Bajó la cabeza y entornó los párpados, como recogiendo en sí mismo. De pronto exclamó:

—¿Cómo murió ese hombre?

Halderg palideció; enfriáronse sus labios; su cara, de la que toda la sangre se había retirado, parecía una hostia:

—Ese hombre—dijo—murió asesinado.

Hubiera querido callar y no pudo, cual si dentro de su boca la lengua se moviese indiscretamente y contra su voluntad. El brujo preguntó:

—¿De una puñalada tal vez?

—No: de una pedrada. Tengo entendido que le asesinó una mujer.

El instinto de conservación le dió ánimos para mentir un poco. Después suspiró como extenuado.

—Es igual—repuso Rodríguez—; para invocar su espíritu haga usted lo siguiente: coja usted un arma cualquiera, un cuchillo, por ejemplo, y trace usted con él, sobre el piso de una habitación, un círculo grande, y dentro de ese círculo, una cruz. En medio clavará usted el cuchillo.

—¿Nada más?

—Espere usted: dos cirios, que cuidará usted de renovar cada veinticuatro horas, lucirán durante nueve días, y en ese tiempo no hablará usted con nadie. Al noveno día dejará usted abierta la ventana de la habitación. Arrodillado dentro del círculo, con la ca-

beza descubierta y vuelto hacia el Oriente, pronunciará usted treinta Padrenuestros, treinta Avemarias, treinta Credos y los salmos. Todo esto antes de que salga el sol...

—¿Y después?

—Esperará usted la llegada del espíritu. Cuando se presente, lo que no puede dejar de ocurrir, habla usted con él. Para despedirle, habrá usted de decirle: «Vuelve en paz al sitio adonde estás destinado hasta que yo te llame.» Y luego: «Que la paz sea contigo...»

—¿Nada más?

—Nada más. Es decir... según prescribe el ritual de los magos, si el día en que esto sucediese fuera miércoles, después que el espíritu invocado se marche deberá usted arrojar por la ventana un pelo de gato.

—Muy bien.

La conferencia había terminado y Halderg se despidió del brujo. Aquel pelo de gato, lanzado al espacio, le preocupaba: ¿qué virtud teúrgica tienen los gatos? ¿Qué relaciones puede haber entre ellos y los muertos?... Y, mientras andaba, pensaba en Riri, hurraño y cabalístico, que jamás se dejaba acariciar por él, y cuyos ojos fosforescentes parecían llenos de presagios fatales.

La fórmula, las oraciones y las frases enigmáticas que el nigromante le había recomendado como infalibles, le parecían tan triviales y desligadas de toda lógica, que ni un momento admitió su eficacia. A este descrédito contribuía la mala impresión que la sucia pobreza y lamentable traza de Rodríguez le habían causado. Mas luego reflexionó que algo valadero debe

de existir en el fondo de todas esas supersticiones que se perpetúan a través de los siglos, y a la que tantos pueblos rindieron temerosa pleitesía y devoción «Nada hay cierto con certeza inconcusa —pensaba Halderg—; nada tampoco, hay completamente falso...» Y, en último término, ya que el remedio dado por el brujo para evocar a los muertos era tan sencillo, ¿por qué no ensayarlo?... Lo único que le molestaba, por lo ridícula, era la parte teatral de la ceremonia; aquel cuchillo hincado en el suelo, aquel círculo dentro del cual había él de ponerse a rezar de rodillas, aquellos cirios encendidos durante un novenario y, sobre todo, aquellos nueve días en que, según prescripción del rito diabólico, no podía él hablar con nadie. ¿Y si, después de tantas mojigangas y sacrificios, el espíritu «del otro» no comparecía a la cita?... Sumido en estas disparatadas vacilaciones, el barón de Nhorres perdió dos semanas, Adelina, que también le observaba, advertía en él la frialdad de su preocupación. Sentados frente a frente, los amantes pasaban muchas tardes sin hablarse apenas; algo raro, indefinible, perfectamente ajeno a sus voluntades, iba separándose poco a poco.

Finaba el mes de Mayo. Una noche, Juan Enrique Halderg regresó al hotel Británico, bajo el malestar de un presentimiento triste. Estaba inquieto; sentía en todas las articulaciones un desmadejamiento supremo; sus brazos colgaban lacios a lo largo del cuerpo; apenas podía andar. Su aire caído llamó la atención del intérprete, a quien el barón de Nhorres encontró en la escalera.

—¿Está usted enfermo, don Juan?

—No.

—¡Ah, más vale así! Me había parecido...

Halderg le miró melancólico, con la expresión apagada de un abatimiento mortal.

—Es... no sé... Tengo la seguridad de que muy pronto ha de sucederme una gran desgracia.

Apenas llegó a su cuarto, se acostó y apagó la luz. Su extrenada fatiga le ayudó a conciliar el sueño. Quedósa dormido profundamente. De súbito una voz desconocida murmuró en su oído:

«Tu padre ha muerto.»

Al mismo tiempo vislumbró a Riaza sentado en un sillón, a los pies de la cama. Su actitud era reflexiva; le observaba: tenía las manos cruzadas y una pierna sobre otra. Parecía muy triste. El primer impulso de Halderg fué de cólera; a poder, hubiérase precipitado sobre su enemigo. Pero en seguida tuvo miedo, un horrible miedo glacial: todo su pobre cuerpo enfermo comenzó a tiritar; el maderamen del lecho crujía.

Quedamente, la voz siniestra repitió:

«Tu padre ha muerto.»

El barón de Nhorres sentía en el corazón un dolor gudo y sobre el pecho la gravedad sofocadora de la pesadilla. Creía ahogarse, sucumbir, bajo la mirada inalterable de Riaza. Sus labios blancos, convulsionados por la asfixia, se movían, separándose, uniéndose, como si paladeasen la muerte. Estremecido por tan terrible angustia, Juan Enrique Halderg, lentamente, iba recobrándose; su conciencia renacía; la sentía él llegar.

«Estoy soñando» —pensaba.

Despertó al fin. La sombra de Riaza había desaparecido. El barón de Nhorres miraba en torno suyo, comprendiendo que la presencia de todos aquellos ob-

jetos familiares le ayudaban a readquirir la posesión de sí mismo. Desde luego le sorprendió el que la luz eléctrica colocada sobre la mesilla de noche estuviese ardiendo.

—Yo juraría—murmuró a media voz, para oírse— que la dejé apagada.

En aquel momento, el reloj del gabinete cantó las dos. Y sucesivamente, todos los relojes del hotel, cual centinelas que espíasen la marcha del tiempo repitieron la misma hora. Era como un grito de «alerta» que corriese de unos a otros.

Halderg pensó:

«Es muy tarde. ¡Si pudiera dormirme!...»

Durmióse, en efecto, y a poco su respiración sonaba apacible, con carraspeo isócrono, en la quietud de la habitación. Le despertó el camarero que todas las mañanas le servía el desayuno. Un gran cherro de sol, alegre, refulgente, como un lingote de oro, atravesaba el gabinete y llegaba hasta el comedío de la alcoba. El barón de Nhorres preguntó:

—¿Qué hora es?

—Van a dar las once. El señor, ¿desayunará en la cama?

—No; déjelo usted ahí fuera. Así me levantaré antes.

—Como usted guste.

El camarero se marchó. Halderg tenía la seguridad de sentirse bien y de haber dormido profundamente durante ocho o nueve horas. Sin embargo, estaba fatigado, triste; la inexplicable desazón de la víspera volvía a poseerle.

«Yo necesitaba marcharme de España—suspiró— hace tiempo, mucho tiempo, que debí hacerlo.»

Se acordó de su padre. ¡Pobre viejo de su alma! ¿Por qué no iba a verle? ¡Les quedaba a los dos tan poco tiempo de estar juntos!... También pensó en Adelina y sintió hacia ella un rencor extraño; aquella mujer, tan amada y tan funesta, le separaba de su padre y era el origen de todos sus dolores.

«Sí yo no volviese a ver a mi padre - pensó Halderg—. Adelina tendría la culpa.»

El recuerdo de su pesadilla de aquella noche le estremeció. Los sueños, muchas veces, son fenómenos telepáticos en los que hay que creer.

—Sí, debo irme—exclamó el inglés levantando la voz—; pero, pronto... muy pronto... muy pronto...

Y miraba a su alrededor, como despidiéndose de todo aquello. El aspecto de sus baúles, colocados en un ángulo de la habitación, le entristeció. Parecían decirle: «Nosotros también viajaríamos, pero no nos iremos; y no nos iremos... porque tú no te vas...»

El barón de Nhorres repitió alucinado:

«Sí, nos iremos.»

Y ellos, melancólicos:

«No, te equivocas: tú no te vas...»

Llamaron a la puerta. Desnudo, cual si algo sobrenatural le saliese al encuentro, Juan Enrique Halderg solivióse en el lecho.

—¿Quién?—exclamó.

—Respondieron:

—Un telegrama.

—Venga... pronto...

Sus manos flacas, delirantes, convulsas, rompieron la neta del papel. Dió un grito; el telegrama venía de Londres. Decía:

«Su padre falleció esta madrugada a las dos menos cinco.»

Firmaba el parte «Fleischter»; un criado, sin duda...

Largo rato el barón de Nhorres estuvo anonadado, idiotizado, de bruces sobre el lecho, cual si una mano todopoderosa y asesina, la mano «del otro», le tuviese cogido por la nuca. Alberto Riaza, matando primero al hijo y luego al padre de su enemigo, proseguía triunfalmente su obra destructora. ¿Cómo atajarle en aquella labor ominosa? Halderg se reconocía vencido, destrozado, bajo el poder de esas fuerzas brujas que viven más allá de lo humano y contra las cuales, por lo mismo, nada puede hacerse. Ni siquiera le restaba el consuelo femenino de las lágrimas; más que el dolor, lo que hería y requemaba su corazón, era el odio, el anhelo frenético de vengarse. Pero, ¿por qué medio?... Como un precito, el barón de Nhorres se mordía las manos.

Gran parte del día la pasó así, revolcándose en su lecho como sobre una heguera de desesperación. No pudo probar bocado. Momentos antes de cenar, se vistió y salió a la calle. Iba a casa de Adelina. El apagamiento de su mirada y de su voz, la lividez eucarística de su rostro, sorprendieron a la joven. ¿Ocurría algo nuevo? ¿Se hallaba enfermo? Ella y las señoritas de Oruño habían estado aguardándole toda la tarde.

—Yo--agregó deseaba escribirle. Anoche Riri ha mayado mucho; parecía endemoniado; le llamé a mi cama y no quiso venir. Yo pensaba: «¿Qué dice? ¿Me presagiará alguna desgracia?...»

Riri, efectivamente, parecía tener la sensibilidad

extraordinaria del presentimiento. Halderg recordó que, meses atrás, la víspera de morir Angel, Riri había atronado la casa con el horror cabalístico de sus maullidos. En aquel momento el gato salía de la alcoba y clavó en Juan Enrique la expresión punzante y fiscal de sus pupilas amarillentas. El barón de Nhorres miró a otro lado. No hablarle; aunque Adelia siguiera preguntándole, él sabría callar; no la diría nada del horrible telegrama ni de lo que pensaba hacer. ¿Para qué?... En las grandes crisis de la vida del hombre, las pobres mujeres, sentimentales y lloronas, estorban casi siempre. El estaba decidido a huir, y huiría: esto era lo mejor, acaso lo único, que podía hacer.

El barón de Nhorres había teleografiado a Londres pidiendo detalles, por correo, de la muerte de su padre. Mientras éstos llegaban, Halderg iba arreglando su equipaje, y procuraba mantenerse alejado lo más posible de Adolina. Con este objeto se levantaba a mediodía, y después de almorzar, emprendía largas excursiones por los alrededores Madrid. El cansancio físico que ejercicio tan desusado le producía, aliviaba su espíritu y le permitía dormir sosegadamente. En casa de Adolina sólo se presentaba un momento, media hora antes de cenar, con el rostro fatigado y huraño y las botas cubiertas de polvo.

Este método de vida lo mantuvo Halderg más de una semana, y como siempre iba solo y el trayecto que recorría era el mismo, acabó por familiarizarse hasta con los detalles más insignificantes del camino: conocía todas las perspectivas, los ventorros donde despachaban mejor vino, la forma caprichosa de algunos árboles, los remansos del río Manzanares donde

sollan reunirse mayor número de lavanderas, la voz de las campanas que, al tramontar el sol, volteaban en las espadañas de los conventos. Muchos perros, que al principio le ladraban, luego, amistados con él se le acercaban moviendo la cola.

En el dilatado transcurso de aquellos paseos, el barón de Nhorres, poco seguro aún de sí mismo, procuraba robustecer el odio que, de tarde en tarde y como a ráfagas, sentía contra Adelina. Aquella mujer indirectamente, había descoyuntado su porvenir: por ella tenía abandonada su hacienda y sufrió el dolor de ver morir a su hijo; por ella no pudo abrazar a su padre, por ella estaba neurasténico y enfermo del pecho; por Adelina, en fin, fué criminal y pesaba sobre él la maldición constante, inexorable, «del otro»... ¡Sí, había que huir!... Pero pronto y en secreto, para que la mujer amada y fatal no le robase también, con sus lágrimas, la probable felicidad de ser libre.

Al fin, como las noticias pedidas a Londres no llegasen, Juan Enrique Halder decidió marchar sin esperarlas. Su inquietud creciente, sus anhelos, de día en día más exacerbados, de fuga, le mantenían en un estado patológico de vigilia.

Una mañana, el barón de Nhorres, después de cerrar su equipaje, ordenó que éste fuese llevado a la estación del Norte. A la hora de almorzar, entró en el despacho del hotel para liquidar sus cuentas. Conforme el momento del viaje iba acercándose, Juan Enrique sentía germinar en su ánimo una desconocida alegría. Su plan estaba bien trazado: primero iría a París, desde allí al Havre y luego a Londres. ¡Ah, si su padre viviese, qué bonita excursión!... Realmente, disponiendo de dinero y no teniendo negocios ni aten-

ciones que obliguen al hombre a residir en un punto determinado, nada más fácil que viajar. ¿Pero en qué estuvo pensando que no realizó antes lo que ahora le parecía tan llano y hacedero? ..

Al salir del hotel Británico fué al Despacho Central que la Compañía de ferrocarriles del Norte tiene establecido en la Puerta del Sol. Allí compró un billete de primera clase para Hendaya. ¿Dónde pasar el resto de la tarde?... Eran las tres, y el expreso salía a las ocho menos minutos: tenía, de consiguiente, por delante, cerca de cinco horas para aburrirse. Hacía calor; ni un soplo de aire rizaba los toldos que sombreaban la fachada de los comercios; al otro lado de la Puerta del Sol, el chorro de una manga de riego, bruñida por la luz, se tendía como un floretazo dado al espacio azul.

Fué a sacar su pañuelo y advirtió que no lo tenía; registróse los bolsillos uno a uno, y tampoco encontró las llaves de su equipaje, lo que le produjo contrariedad fortísima.

«Melas he dejado en la taquilla de los billetes» -- pensó.

Regresó al despacho y trató de informarse; nadie las había visto; sus pesquisas fueron inútiles; ¡pasaba por allí tanta gente!... Hubo de resignarse. En una tienda de objetos artísticos compró un bastón, un precioso bambú con puño de oro; pagó por él ciento veinticinco pesetas. Después fué a un salón de limpiabotas; allí, mientras le servían, cogió un periódico y se distrajo con su lectura. Al marcharse, lo dobló cuidadosamente para guardárselo; uno de los empleados del salón le interpeló sonriendo:

—Caballero, dispense usted; se lleva usted el periódico...

—¡Diantrel... ¡Es verdad! ..

Salió. Al llegar a la esquina de la calle de la Montera echó de menos el bambú que acababa de comprar. Se indignó y dió una patada en el suelo:

—He perdido la voluntad—murmuró—y estoy perdiendo la memoria; ¿iré a quedarme imbécil?...

Regreso al salón de limpiabotas precipitadamente:

—¿Han recogido ustedes un bastón, con puño de oro, que acabo de dejar olvidado aquí?...

Los empleados del establecimiento se miraron entre sí, interrogantes:

—No, señor—dijo uno.

—¿Cómo?

—Nosotros no hemos visto nada...

El barón de Nhorres apretó los puños; iba a soltar la rienda a su colera... pero se contuvo; no quería disputas; la cuestión podía terminar a golpes y temía que le detuviesen. ¡Bah! Total, veinticinco duros perdidos...

Dió media vuelta, elegante y despreciativa, y se marchó. ¿Dónde refugiarse?... Se sentía aturdido. ¿«Iré a perder el juicio...—pensaba—, o será que «el otro» está jugando conmigo?...»

Poco a poco, sin embargo, sus nervios se pacificaban. Un muchacho se acercó a venderle un décimo de lotería:

—Cómprelo usted, caballero; es el premio mayor...

—¡No, no!...

Halderg entró en el café Colonial y pidió un *bock*. Hallábase contento, con ganas de moverse y de reir, cual si repentinamente le hubiesen aligerado de un peso interior. Encendió un cigarro habano y hojeó varios periódicos franceses; su lectura corroboró su

bienestar; aquellas hojas de papel le traían recuerdos amables, ecos cosmopolitas que desentumecían sus antiguas aficiones de trotatierras, un poco enmohecidas por la quietud de la vida española. Estaba impaciente; a cada momento sus ojos se dirigían al reloj, cuya esfera redonda blanqueaba en la penumbra fresca del café, sobre el mostrador; parecía que aquella tarde el tiempo caminaba más despacio que nunca. Pidió otro *bock*. A pesar de los esfuerzos de voluntad que hacía para serenarse, su impaciencia iba en aumento; resuelto ya a marcharse, se ahogaba en el reposo; varias veces se levantó para irse y otras tantas, discretamente, volvió a sentarse; todos sus nervios vibraban; le era imposible guardar durante dos minutos seguidos la misma actitud. Cuando no pudo contenerse más, salió a la calle; iban a dar las cinco.

«¡Aún he de esperar tres horas!...--pensó--; y si fuese a casa de Adelina?..»

Comprendió entonces que era esto, el deseo de ver a Adelina, lo que le traía tan desazonado y fuera de sí. Pero contra esta debilidad, hija del amor y de la costumbre, la razón protestó briosamente. ¿No temía caer de nuevo bajo la esfera de atracción «del otro»?... La nueva ufanía que en momentos tales disfrutaba, ¿no sería buena prueba de que Riaza, satisfecho de que su enemigo se marchase, le dejaba ir en paz?... ¿Para qué irritarle otra vez? ¿No había sufrido ya bastante?... Además, en las mujeres suelen producirse fenómenos extraordinarios de adivinación. Adelina Vera, inconscientemente, obedeciendo a un presentimiento repentino, podía tener el capricho de registrarle los bolsillos, y si encontraba el billete del ferrocarril, ¿qué iba a decirle? ¿Cómo justificar su traición? Y,

sobre todo, ¿cómo dejarla, si ella, suplicante, anegada en lágrimas, despedazada de dolor, se abrazaba a sus rodillas?... Halderg se estremeció cual si hubiese estado a punto de caer en un pozo. ¡No, no iría!... Antes era capaz de pedir en el Juzgado de guardia que, para defenderle de sí mismo, le encerrasen en un calabozo hasta quince minutos antes de salir el tren. Esta extravagancia le tranquilizó. Empezó a sonreír.

«Yo diría que era un enfermo de la voluntad; pero, ¿y si me tomaban por loco?...»

Acabó de serenarle el recuerdo humillante, irónico, de su impotencia. ¿Para qué ver a Adelina? La joven, sin duda, iba perdiéndole cariño y era natural que así sucediese: un amante que no puede amar vale muy poco. El barón de Nhorres continuó andando por las calles sin rumbo. Aquel último pensamiento, tan mortificante para su orgullo sexual, había removido en sus profundos un légamo negro de dolor. Se sentía ridículo. Verdaderamente, la ruina de su virilidad desenlazaba el drama de su amor de un modo bien triste.

Ambulando distraídamente, en un estado casi inconsciente de sonambulismo, Juan Enrique Halderg dió a Madrid una vuelta completa. Cuando regresó a la Puerta del Sol eran más de las siete. Había logrado sustraerse a la atracción de Adelina y estaba contento de sí mismo. Ahora sólo le restaba despedirse de ella con una carta. ¡Ah, las cartas! Si llegaran a reunirse todas las lágrimas de mujer que han hecho derramar esas cartas infames donde los amantes traidores se despiden, podría formarse un mar amargo que ahogaría la tierra...

El barón de Norres entró en la recadería *Madrid Postal*, y escribió:

«Mi padre ha muerto, como lo acredita el telegrama adjunto. Esto me obliga a regresar a Londres inmediatamente. Perdóname si no voy a despedirme de ti; no tendré tiempo. Además, ¿para qué? Yo creo que así, diciéndote «adiós» desde lejos, la pena de separarnos ha de parecernos menor.»

Le pareció haber dicho bastante y se detuvo. Releyó la misiva y la juzgó desabrida, seca. Repentinamente, una ola sentimental le conturbó. ¿Era posible que de aquella pasión, regada con sangre, transcurridas algunas horas, no quedase nada? Sus ojos se aguaron. Aun añadió romántico:

«Segura debes estar de que te quise mucho: por lo mismo, si con el tiempo llegaras a curarte de mi amor y fueses feliz entre los brazos de otro hombre, procura acordarte de mí de cuando en cuando.»

Firmó y se acercó al despacho:

—¿Llevarán esta carta en seguida?

—Sí, señor.

—Es aquí cerca: calle de Cañizares...

—Muy bien; antes de diez minutos quedará entregada.

—Perfectamente.

Pagó el importe del servicio, y agitadísimo, como quien escapa, salió a la calle. Un coche pasaba; Halderg lo detuvo:

—¡Estación del Norte!—gritó al cochero—. ¡A escape!

Cerró la portezuela violentamente y respiró; hasta entonces, que se hallaba un poco separado del suelo, no le pareció estar completamente libre de sí mismo.

Adelina Vera iba a sentarse a cenar, cuando recibió la carta de Halderg. Desesperada, transida de pena,

la joven rompió a llorar; sus lamentos atronaron el comedor. Dolores y Emilia, los ojos llenos también de lágrimas, la acudieron solícitas, con esa necesidad humilde de sacrificio, que sólo sienten los inferiores. Preguntaban:

—¿Está enfermo don Juan?

—No repuso Adelina—, no está enfermo; es que se ha ido... se ha ido de Madrid... me deja. . ¡Ay! ¡Ya no le veré nunca!... ¡Nunca!...

Y la historria terrible de aquel amor pasaba y repasaba por su memoria, trastornándola, obligándola a abrir torpemente los escondrijos más sagrados de su conciencia a la curiosidad voraz de la servidumbre. No quiso ceuar; únicamente mucho después y a instancias de las dos muchachas, que a porfía trataban de consolarla, volvió a la mesa y probó algunas cucharadas de sopa.

—Ahora no puedo comer—repetía—; dejame: me haría daño.

En otra época, la ingratitud de Halderg hubiese sido para Adelina un golpe mortal; pero en aquellas circunstancias su pena hallábase edulcorada por una suave y prudente resignación. Su desesperación duró media hora apenas; luego fué apagándose, desliéndose bajo una lluvia de sabias reflexiones sedantes cual una voz de ingratitud; sus ojos se secaban; los suspiros iban apagándose en su garganta. ¿Para qué atormentarse de aquel modo si el mal estaba ya hecho y no tenía remedio?... Su alivio era tan sincero, tan rápido, que ella misma se admiró de hallarse tan conforme.

Salió del comedor, y cuando llegó al gabinete experimentó ante el retrato de Alberto Rianza un bienestar inesperado y confortador. «El otro» la miraba

amablemente; parecía decirle: «No te desespere. Estoy yo aquí...» Sus ojos, en aquel momento, eran bondadosos y estaban como mojados en la luz de una ternura infinita. Adelina Vera sintióse conmovida, recobrada por el muerto. Volvía a pertenecerle en cuerpo y alma. Hincóse de rodillas y comenzó a rezarle una oración profana y vehemente, salida de lo más hondo de su corazón.

«No me abandones—murmuraba—; ya ves que estoy sola... que él me ha dejado; ya ves, también, que no le quiero... y que no tengo a nadie más que a ti...»

Así permaneció largo rato. Cuando se levantó, Riri ronroneaba a su lado y la miraba como significando hallarse al corriente de lo sucedido. La joven estaba tranquila; era la primera vez que en aquella casa triste, llena de muebles antiguos cargados para ella de tantos recuerdos malos, no tenía miedo. Iban a ser las doce: la hora sabática.

«Me acostaré» —murmuró.

Las criadas ya se habían recogido, y Adelina, poseída de una lujuria delirante, pensaba en el muerto, que luego, en su alcoba, iría a visitarla. En aquel momento, el timbre de la puerta de la escalera vibró largamente. ¿Habían llamado? La joven tembló.

—¡No es posible!—dijo.

Casi inmediatamente volvieron a llamar. Adelina fue a abrir. En el rellano de la escalera, débilmente alumbrada por el farol del sereno, estaba Halderg. Ella gritó:

—¡Tú!!...

—Yo, sí...

No se atrevió a subir solo, y el sereno le había acompañado. Estaba lamentable y caricaturesco, con

sus botas empolvadas, el traje en desorden, el sombrero derribado sobre la nuca, marchito el rostro, los ojos sin luz, el cuerpo desvaído, lacio, sin ritmo, como oscilando en un ademán de inenarrable cansancio y agotamiento. Cuando la joven cerró la puerta, Juan Enrique Halderg se echó a llorar: lloraba de vergüenza, de dolor.

—¡Perdóname!—baluceaba—; ¡perdóname!... Soy un miserable...

Sí, era un pobre hombre, un pobre diablo, sin voluntad y enfermo. Adelina se acercó a él y, compasiva, le abrazó tiernamente, con una ternura en la que ya no había amor.

—Serénate—dijo—, y ahora me contarás.

Él prosiguió:

—Perdóname: he querido marcharme y... no he podido. ¡No he podido!... No me ha dejado «el otro»!...

Adelina le interrumpió:

—Calla; aquí no debemos hablar; nos oirían las muchachas. Ven...

Cogióle de la mano, como a un niño, y le llevó al gabinete. Ante el retrato de Rianza, el barón de Nhores bajó un poco la cabeza, con el movimiento de quien, instintivamente, trata de esquivar un golpe. Refirió a Adelina lo sucedido, sin omitir detalle. Ya no dudaba de que, durante toda aquella tarde, el muerto había estado jugando con él. Cuando llegó a la estación iba animado, febril, como quien siente que va a librarse de un grave peligro. Inmediatamente facturó su equipaje y pasó al andén. El expreso de Francia ya estaba formado; su vista le produjo una emoción indefinible, una especie de miedo. No obstante, se dirigió a él, buscando un vagón de primera clase. Cuan-

do lo halló, sus zozobras aumentaron; dióse a temblar; faltaban ya pocos minutos para la salida del tren. Sobre una diabla de ruedas chirriantes, juntamente con otros baúles, vió pasar su equipaje, que unos mozos subieron al furgón de cola. Trató entonces de abrir una portezuela del coche que tenía delante y no pudo; sus dedos no le obebecían; tuvo que soltar el picaporte. Así permaneció unos instantes, idiota y boquiabierto, incapacitado de moverse: diríase que unas ligaduras invisibles le sujetaban las manos y los pies. Un empleado que corría a lo largo del convoy, cerrando portezuelas, le preguntó: «¿Va usted a subir?... El no contestó, no se atrevió; le detuvo el temor de replicar afirmativamente y de no poder moverse después. Los vagones iban llenándose de viajeros que llegaban tarde, jadeantes, sudorosos, bajo el peso de sus sombrereras y sus maletas. Y él, entretanto, quieto, rígido, como atado al suelo. De pronto, ante sus ojos estupefactos, el tren comenzó a rodar, lentamente al principio, luego más de prisa, y la rauda sucesión de sus ventanillas iluminadas le produjo una especie de deslumbramiento. Cuando recobró la posesión de sí mismo, el expreso había salido de agujas, y el farol colgado a la zaga del último furgón parecía mirarle como una pupila irónica congestionada por la risa...

—Yo me hubiera pasado la noche en la estación— prosiguió Halderg— o andando por las calles... Pero la misma voluntad, sin duda, que minutos antes me prohibió subir al tren, me cogió por un brazo y a remolque me trajo aquí. A ratos, al pasar por ciertas bocacalles, echaba yo a correr y me sentía libre; pero, inmediatamente, «el otro» me alcanzaba y tiraba de mí. Yo le resistía agarrándome a las paredes, a los hierros

de las ventanas; eran verdaderos combates a brazo partido. Esta lucha ha durado desde las ocho de la noche hasta este momento.

¡Cuatro horas..., cuatro horas luchando cuerpo a cuerpo con un muerto!... ¡En verdad que no era fácil imaginar nada más horrible!

Halderg concluyó:

—¡Soy un miserable!... ¡No merezco vivir!...

Como atacado de un repentino síncope, echó el cuerpo hacia atrás, en el sillón, y durante algunos minutos estúvose inmóvil, los brazos colgantes, la cabeza ladeada, las piernas extendidas y flácidas. Lacio, macilento, las ropas manchadas de polvo y de cal, el barrón de Nhorres estaba ridículo. Adelina le miraba curiosa, con esa curiosidad sin admiración que a las mujeres, devotas de la fuerza y del valor, inspiran los vencidos. Recordó las palabras terribles de Riaza: «Para él no habrá perdón. Tú has de verlo...» El muerto, efectivamente, cumplía lo ofrecido: era todo un hombre... Y la joven experimentó un bienestar egoísta al comprender que su belleza, eternamente deseada, la ponía bajo la protección de aquella sombra implacable y urente. Se reconocía amparada, defendida. ¡Ah, por nada hubiese vuelto a los brazos de Halderg, impotente, acobardado, definitivamente grotesco!...

El barrón de Nhorres empezó a despavilarse. Abrió los ojos. Todo su pobre cuerpo esquelético temblaba, tenía fiebre; sus dientes castañeteaban bajo los labios blancos.

—¡Qué frío!— murmuró—¡qué frío!...

Ella repuso intencionada:

—¿Quieres marcharte?

—¡¡Ahorall

—Te lo pregunto...

¡Oh, no, jamás! Le aterraba la idea de bajar la escalera, donde acaso estuviera esperándole «el otro» .. Juan Enrique miró en torno suyo con desaliento; no podía más: se hallaba desautorizado, perdido, ante la mujer que Alberto Riaza y él se disputaron hasta más allá de la muerte. La ruina de su virilidad contribuía a ridiculizarle.

—¿Me despides de tu casa?—murmuró.

Ella fué cruel:

—No, no te despido. Pero creo que... no debes acostarte conmigo. ¿No te parece?

Hablándole así, miraba de reojo al retrato, como significando: «Ya ves que él no quiere...»

El barón de Nhorres comprendió la intención amarga de aquella mirada. Adelina no quería ofender al muerto; empezaba a respetarle, quizás a quererle; entonces, como en la época ancestral, la mujer estaba siempre del lado del más fuerte. Juan Enrique depuso todo orgullo:

—Si me das una manta—dijo—, aquí mismo, entre estas dos butacas, puedo pasar la noche.

—Como gustes...

Trájole, efectivamente, una manta de viaje, recia y amplia, con la que él se envolvió. Después pasó a la alcoba. El gabinete quedó a oscuras, sin otra luz que la muy escasa que recibía del dormitorio: en aquella penumbra, la gran frente pálida de Riaza amarilleaba como una cabeza espectral. Adelina se había acostado; bajo las opulencias macizas de su cuerpo, el lecho crujía.

La joven exclamó:

—Hasta mañana.

—Sí, hasta mañana...—repuso Halderg.

Ella apagó la luz; todo desapareció en una oscuridad tupidísima, impenetrable. Hubo un largo silencio. Juan Enrique no tenía sueño; esperaba algo: ¿dónde estaría «el otro»...? Llamó tímidamente:

—Adelina..., Adelina...

Ella no respondió: a poco la oyó suspirar, rebullirse, con rebullos de entrega y deleite... Era «el otro», sin duda, que la poseía.

El barón de Nhorres, impotente, derrotado, ridículo, lloró amargamente.

Después de aquella derrota, Juan Enrique Halderg sólo quiso huir: retirarse, desaparecer, ser inofensivo, para que por obra de su insignificancia y pequeñez «el otro» le desdeseñase, le olvidase, y con el olvido llegase también para él una tregua, y más adelante, quizás, un indulto. Era algo de esa atrición o arrepentimiento del pecado por miedo al castigo, que explican los místicos. Aterraba el poder inexorable de aquella sombra tenaz, valiente y astuta, que en el duro combate de dos años que empeñado tenía con su enemigo no malogró ninguna escaramuza. Todo en casa de su viuda continuaba según él lo dejó al morir; él la gobernaba: los muebles ocupaban su lugar de siempre; los viejos cortinajes, un poco descoloridos por la luz, flotando a impulsos del aire sobre el vano de las puertas, parecían conservar aún la huella de sus manos; las fotografías suyas que Adelina guardó en un baúl, volvieron a ser colocadas donde él las puso; el retrato vendido por Halderg a un chamarilero, recobró su sitio. Diríase que el espíritu insomne de Riaza, dotado de un extraordinario vigor coercitivo, velaba sobre su hogar, defendiéndolo avaramente, oponiéndose a toda clase de resquebrajaduras o des-

membraciones, de modo que ni aun la más leve hilacha se perdiese.

En esto, cabalmente, residía su imperio, la fuerza del envolvimiento o hechizo en que el barón de Nhores se reconocía preso. Pero ello, con ser mucho, no bastaba a satisfacer la sed vengativa del difunto. No contento con matar al hijo y al padre de su rival, Alberto Riaza meditaba crueldades nuevas; Halderg lo presentía: era algo truculento, oscuro, que aleteaba a alrededor y gradualmente iba acercándose. Su vida comenzaba a ser un absurdo, una contradicción enloquecedora: no podía separarse de Adelina; tampoco podía hacerla suya; lejos de ella, el deseo de verla le abrasaba; sobre el lecho de la adorada, en cambio, su carne histérica tiritaba de frío; Ixión, amarrado a la rueda de serpientes de su suplicio, no debió de sufrir más que él.

La cobarde intentona de fuga realizada por Juan Enrique había contribuido a separar a los amantes: Adelina ya no quería a Halderg; únicamente sentía hacia él ese interés compasivo, un tanto desdeñoso, que suelen inspirar los caídos. Y, por lo mismo, según iba despreciándole, se acercaba a Riaza, triunfador y prepotente, quien, luego de derrotar a su enemigo, le volvía encadenado de pies y manos, cual botín de guerra, a los pies de la amada, para que ésta, por sus bellos ojos, se convenciese de su flaqueza y vencimiento y tuviera vergüenza de él.

Juan Enrique Halderg y Adelina conclayeron por tratarse como hermanos; en la joven, esta evolución sentimental fué rápida: él la besaba raras veces, y si lo hacía era en la frente, paternalmente, con una castidad de humillación y dolor infinitos; ella le trataba

como a amigo, y no se desnudaba delante de él. Muchas tardes paseaban en coche por El Retiro o la Moncloa, riente y frondosa bajo las primeras caricias vernaes. Junto a la joven, bella y arrogante cual una heroína de Corneille, el barón de Nhorres, livido, flaco, con sus orejas amarillentas y su tórax de hombros angulosos roído por la tisis, parecía un agonizante. Algunas noches iban al teatro acompañados de las señoritas de Oruña. Adelina quería llevarlas consigo, para luego, cuando volviese a su casa, no subir sola la escalera. Halderg, compraba un palco segundo, discreto, donde la modestia y vulgar empaque de las dos hermanas no fuese muy visible. Durante la representación permanecía de pie, destacando su figura del fondo obscuro del antepalco, luciendo su monóculo brillante sobre la tristeza sin sangre del rostro afeitado. Después acompañaba a las tres mujeres hasta la calle de Cañizares, y allí, ante la puerta del zaguán obscuro donde presentía que «el otro» esperaba dispuesto a cerrarle el paso, se despedía de ellas.

Iba a cumplirse el tercer aniversario del asesinato de Riaza, y el advenimiento de aquella fecha proterva, cargada de magnetismos ominosos y cabalísticos, acongojaba a Halderg. ¿Qué nueva sorpresa le prepararía el muerto? ¿Dónde esconderse de modo que «el otro» no le hallase?... Con esta angustia, el barón de Nhorres vivió varios días. Finalmente, no sabiendo qué hacer, tomó parecer de Adelina.

—Yo querría —dijo— que esa noche la pasásemos juntos...

Calló; estaba avergonzado de su transgresión y cobardía, y cada palabra era como un golpe infamante aplicado a sus mejillas de hombre. Pero lo que sus

labios no dijeron, lo expresaban, por modo elocuente, el livor de su rostro, el quebrantamiento de su voz desmayada, casi imperceptible; el nervioso temblequeo de sus manos enteleridas, el miedo infinito—miedo de superstición—pintado en el cristal de sus pupilas azules. Otra vez Adelina Vera tuvo piedad de él. Repuso:

—Por mi parte... Pero, ¿dónde la pasaremos?
¿Aquí?

El la interrumpió vehementemente; su vehemencia era la del espanto:

—¡No! ¡Aquí, no! ¡Nunca!...

Ella, prosiguió tranquila, con la ecuanimidad que da la fuerza:

—Eso, precisamente, iba a decirte: que aquí no podía ser.

Y, al replicarle, sus palabras adquirieron ese acento de impertinente autoridad que tienen las mujeres para despedir a un importuno cuando hay hombres en casa. Juan Enrique prosiguió angustiado:

—Iremos a mi hotel... o adonde tú quieras... Lo esencial es que no nos separemos.

Viéndola tan serena, ya no dudaba de que Alberto Riaza, para reconquistarla más pronto, la hubiese perdonado. Tuvo celos, rabia, dolor, ese dolor agresivo, hecho de humillación y de cólera, que sienten los niños bajo el yugo del padre o maestro que les maltrata. Ella repuso:

—Bueno; yo te contestaré.

—¿Cuándo?

—Mañana, si puedo...

El barón de Nhorres comprendió. Sus sospechas acababan de ser ratificadas.

—¿Necesitas consultarlo con alguien?—dijo.

—Sí.

La intervención de Riaza en todos sus asuntos era tan inevitable y frecuente, que ya no sorprendía a los amantes, cual si hubiese dejado de ser maravillosa. Invocándola, Adelina acababa de infligir a Juan Enrique un grave bochorno; el barón de Nhorres, sin embargo, no protestó; le habían vencido y aceptaba sumisamente su papel de siervo. ¿Por qué no? ¿Acaso «el otro», no era el amo de todos?...

Transcurrieron dos días más; Juan Enrique estaba furioso, afligido, sujeto a esa horrible desorientación que inutiliza todas las fuerzas activas de los enfermos de la voluntad. Vela acercarse el peligro y no sabía evitarlo. ¿Por qué Adelina no le daba una contestación categórica? Evidentemente el muerto estaba divirtiéndose de él.

La víspera del terrible aniversario, Adelina Vera dió al barón de Nhorres la tan anhelada respuesta.

—¿Vendrás mañana por la tarde?—preguntó.

—Sí.

—Conformes: pues ya lo sabes; estoy a tu disposición; haremos lo que tú quieras...

«¡Lo que quieras!...» Aquello, realmente no era decir nada, puesto que Halderg no sabía adónde ir. El barón de Nhorres, sumido en un estado de hiperestesia vigilativa que le prohibía todo descanso, pasó una noche horrible. Se acostaba, se levantaba, volvía al lecho. Para tranquilizarse se chapuzó la cabeza en agua fría, y no lo consiguió. A cada momento se preguntaba: «¿Qué será de mí...?» No obstante, el difunto no le mortificaba directamente, como otras veces; al menos, él no le sentía.

«Debe de estar con ella» —pensaba.

Al día siguiente, temprano, fué a casa de Adelina. Eran poco más de las nueve. La joven acababa de levantarse: estaba pálida, muy pálida, pero en sus ojos grandes y profundos, un poco espantados, de sonámbula, no había tristeza. Sus cabellos rubios, no peinados aún, caían desordenados sobre el semblante blanco, de una blancura mate y aterciopelada. Una sedosa bata de crespón ondulaba graciosamente alrededor del cuerpo elástico y carnoso, ligeramente vestido, del que emanaba ese vaho cálido, afrodisiaco—olcr de limpia intimidad—que tienen al salir de la cama las mujeres.

Adelina empuñaba una escoba. Dolores y Emilia pasaban en aquel instante por el recibimiento arrastrando un sofá. Las dos llevaban las cabezas cubiertas con pañuelos, para resguardar sus cabellos del polvo, y reían como colegialas. La cara estupefacta y descolorida de Halderg redobló su hilaridad:

—Buenos días, don Juan—exclamaron—; en mala hora llega usted.

Adelina Vera afirmó:

—Sí, llegas en muy mala hora, porque vamos a desesterar el gabinete y la alcoba, y si hubiese tiempo, desesteraríamos también la sala.

El barón de Nhorres tuvo un gesto de contrariedad cómica. A él, tan pulcro, tan celoso de la corrección y afeite de su persona, la idea de mancharse de polvo le crispaba los nervios. Dolores exclamó jovialmente:

—¡Como no se esconda usted bien, va usted a salir de aquí hecho un molinero.

Las dos muchachas se marcharon riendo, empujándose, burlándose del inglés con los ojos. Evidente-

mente, «el señor barón», cada día más amarillo y escuálido, estaba quedándose muy feo.

Adelina condujo a Halderg al comedor:

—Si quieres, puedes esperarme aquí.

Juan Enrique, receloso, cohibido, miraba a su alrededor, como si tuviese miedo a quedarse solo. Por las ventanas penetraba una oleada insolente de sol; esto le fortaleció.

—Bien—repuso—; te espero. ¿Tardarás mucho?

—No; como ésas me ayudan, antes de dos horas habré concluido.

El se acercó a Adelina y la estrechó las manos; temblaba; su andar era inseguro; estaba acobardado:

—Yo deseaba...

—Habla más alto—exclamó.

Se interrumpió bruscamente, cual si le asustase la gravedad de lo que iba a decir. Ella no le oyó.

—¿Te enfadas?

—No...

—Sí... sí te enfadas... lo conozco. .

Se ruborizaba; parecía un niño; en sus ojos claros había una vaguedad de locura. Adelina repuso:

—No, tonto, no me enfado; es que no te he oído; ¡hablas tan bajito!...

—Decía—continuó Halderg—que deseaba almorzar contigo.

Ello sonrió bondadosa:

—Muy bien—exclamó—; con mucho gusto; ¿por qué no?...

En el corredor resonó la voz de Dolores, que pedía órdenes:

—¡Señorita! ¿Por dónde empezamos?

Adelina se despidió de Halderg:

—¿Oyes?... Me llaman. Hasta luego.

—Adiós...

Se instaló en un diván, bajo el sol, porque tenía frío, y esperó. Trató de leer un periódico; no lo consiguió; su espíritu, fatigado por tantas noches de insomnio, carecía de atención. Cerró los ojos. A su memoria, porfiadamente, el pasado volvía. Tres años antes, un día como aquél... Sacó su reloj; las diez y media. «A esta misma hora—pensó—Adelina y «el otro» salían de su hotel y luego, todos, nos dirigimos al mar.» Su memoria carnal, fuertemente excitada, le traía, con impoluta precisión y limpieza, las emociones de aquella jornada terrible: su piel sentía el abrazo fresco y cosquilleante de la brisa, y sus oídos recogían el rumor grandioso de las olas rompiéndose en la playa, y sus ojos tornaban a bañarse en el glacis soberbio del paisaje verde y azul, reverberante bajo la inmensidad luminosa del sol... Adelina vestía de blanco, y al andar se apoyaba sobre el frágil bastón niquelado de una sombrilla roja. Iba delante, como para enseñarle a su amado el camino del crimen, al mismo tiempo de fascinarle con el anadeo lascivo de su cuerpo bello y medio desnudo, lleno entonces de pasión hacia él. Llegaron a la cima del acantilado; la joven se había sentado sobre una piedra, y en el nimbo violeta de las ojeras y de los párpados, las pupilas de ajeno brillaban cabalísticas, con un poder mortal. Era imposible resistir a su imperio; los dos hombres se acercaron al tajo...

Aterrado por aquella imagen de su evocación, el barón de Nhorres lanzó un grito, que le volvió a la realidad. Hallóse en el comedor, instalado cómodamente ante la saludable alegría de las dos ventanas

inundadas de sol. Cerca de allí resonaban la voz de Adelina, que dictaba órdenes, y las risas de sus sirvientes, y el ruido con que los muebles eran empujados de un lado a otro.

Halderg volvió a cerrar los ojos...

Riaza había caído al mar y él le arrojaba piedras, de las cuales unas le herían y otras no... Y, entretanto, el médico, lívido, la frente ensangrentada, luchaba contra la resaca valerosamente, abriendo los brazos como si quisiera estrechar entre ellos a la playa, la playa caliente, llena de sol, donde estaba la vida. De pronto, a él le faltaron las fuerzas y permaneció inmóvil, trémulo, ante la inmensidad azul. La amada le gritó: «¡Mátale... mátale!...» Pero él estaba inútil, anonadado; su víctima iba a salvarse...; y entonces fué ella, Adelina, quien le hendió el cráneo con una piedra que dos hombres vigorosos no hubiesen podido mover. Después su lucha sobre el agua, aquel bárbaro cuerpo a cuerpo con el cadáver, empeñado en no separarse de la tierra; y, finalmente, el viaje que, sin saber por qué, emprendió detrás del muerto, cuando éste, como deglutido por el abismo, derivó hacia la región de las aguas hondas, eternamente negras y tranquilas...

A partir de tal fecha, la labor del muerto para destrozarse a su rival y reconquistar el corazón de Adelina, formaba una línea recta, pujante, irresistible, de infinitos puntos. Riaza había maniobrado hábilmente, y todos los combates librados en el transcurso de aquellos tres años, fueron para él otras tantas victorias. Apenas su cuerpo volvió a la tierra, el poder taumatúrgico de su alma comenzó a sentirse. No descansaba. Al principio debió de sufrir horrorosamente,

viendo cómo los dos amantes gozaban de su pasión y de la inmunidad de su crimen. Pero después, y a fuerza de girar en torno de ellos, consiguió magnetizarles de modo que sus nervios se hiperestetiesen lo necesario para sentirle. Quien primero se percató de su existencia fué Halderg, al que la tisis y cierta propensión innata a lo maravilloso, ponían en circunstancias excepcionales de acuidad perceptiva; luego ella. Y apenas le sintieron, empezaron a temerle. Pocos meses bastaron a Riaza para dominar aquellos dos seres, llamados a moverse bajo sus manos invisibles como polichinelas de un teatrillo guñol. En la misma casa de Adelina, y entre los viejos muebles donde años atrás el médico se sentó tantas veces, el «envolvimiento», que Riaza meditaba era más fácil; así no permitió que se desprendiesen de ninguno. Su imperio aterrador creció rápidamente, ayudado por el medio; los espejos, los retratos, los divanes, que parecían guardar aún la huella de su cuerpo, eran otros tantos elementos de que se valía para hipnotizar a sus enemigos. El, acompañando a Halderg por las calles y esperándole de noche en sus habitaciones del hotel Británico, mantenía su ánimo en un estado enloquecedor de constante depresión y congoja; él le turbaba en la sala de juego del Casino, obligándole a perder cantidades cuantiosas; él transtornaba su memoria; él le horrorizó saliéndole al encuentro en la escalera de la casa de Adelina, con lo que le impidió volver allí de roche; él, preocupándole, le redujo a la impotencia; él, en fin, volvió a ocupar su puesto en el lecho de la viuda, sobre cuyo cuerpo renovó los ritos lúbricos de las sacerdotisas de Lesbos y de Sibaris. Pero, como colofón de esta historia extraña, había una pregunta:

«¿Por qué Rianza, que detuvo a su rival en el preciso momento de ir éste a subir al expreso de Francia, no quería que Juan Enrique Halderg y Adelina Vera se separasen?...»

El barón de Nhorres abrió los ojos y se incorporó; le parecía despertar; miró su reloj: eran más de las doce.

«Efectivamente—pensó—, me he dormido.»

Levantóse y salió del comedor al pasillo. Emilia y Dolores se acercaban cubiertas de polvo, los antebrazos desnudos, las mejillas encendidas por el trabajo: estaban alegres, con ese bienestar que produce el ejercicio físico en los temperamentos robustos. Juan Enrique las interpeló:

—¿Terminaron ustedes?

—Sí, señor; todo quedó hecho.

—¿Y la señorita?

—Concluyendo de vestirse. Ahora vendrá.

Halderg encendió un cigarrillo y volvió al comedor. Para distraerse cogió un periódico que empezó a leer en pie, junto a una ventana. Su cuerpo delgado, vestido de gris, se recortaba con perfil elegante bajo el sol. Momentos después apareció Adelina: llevaba un traje de craspón negro, estilo Imperio, cuya falda estrecha y larga se ceñía a las opulencias de las caderas y las dibujaba; sus cabellos, partidos simétricamente sobre la frente y recogidos atrás, aniñaban su rostro, dándole una expresión indefinible de dulzura y conventual recogimiento. En sus manos nacarinas, embellecidas por la caricia reciente del agua fría, brillaban sus sortijas.

— Por hoy dijo — no se trabaja más. Perdona que te haya hecho esperar tanto. ¿Quieres que almorcemos?...

—Cuando gustes.

Sentáronse a la mesa, el uno al lado del otro, en la cálida evaporación luminosa del comedor soleado y ante la alegría de las copas de cristal, refulgiendo diamantinas sobre la nitidez del mantel. Hablaron poco. A cada momento Juan Enrique se distraía y miraba al espacio. Adelina, obsequiándole, le volvía a la realidad.

—Toma otra anchoa; ¿no te gustan?...

Y luego:

—El vino está muy fresco: ¿no quieres más?...

A los postres, Riri, que era goloso, se instaló en un vértice de la mesa, chañarrinando con la negrura sérica de su cuerpo la albura reverberante del mantel; y entonces la mesa, cuadrangular y blanca, recordó esas tarjetas que tienen un ángulo manchado de luto.

El café y algunas copitas de coñag reanimaron a Halderg, infundiéndole cierto optimismo. Sentía calor. Pareciéndole que había allí demasiado sol, se levantó para bajar los transparentes de las ventanas. Una penumbra refrescante, grata a los ojos, invadió el comedor: sobre el perímetro terso y blanco de los transparentes, temblaban paisajes italianos, de una sencillez primitiva, en los que un bergartín, rompiendo las aguas de un mar violeta, se dirigía hacia un peñasco azul. Ello, sin duda, sugirió al bienestar de Halderg el deseo de ver campo.

—Este verano—exclamó—debíamos salir de Madrid. En la línea del Norte hay pueblos preciosos y agrestes, rodeados de pinares: Cercédilla, por ejemplo San Rafael...

La joven hizo un signo afirmativo; pero Juan Enrique, inmediatamente, rectificó; el nombre de Cerce-

dilla iba ligado a un mal recuerdo: Adelina, a poco de casarse, había estado allí con Riaza una vez...

—No —dijo—, a Cercedilla, no; ¿te parece?

Ella repuso tranquila:

—A mí me es igual un sitio u otro; lo importante es ver mucho cielo y muchos árboles.

Hablaba serenamente, con la serenidad fuerte que la infundía su convicción de hallarse indultada. Propuso:

—¿Por qué no vamos a un pueblecito costero?

A Halderg el mar lo asustaba: desde el entierro de Riaza no había vuelto a verlo. Ella continuó:

—Eso es lo mejor; así podríamos bañarnos.

El barón de Nhorres no pudo reprimir una mueca de repugnancia y de terror:

—¿Tú serías capaz de bañarte? —exclamó.

—¿Yo?... ¿Y por qué no?...

Halderg no contestó; la joven decía bien; ¿por qué no bañarse en el mar?... Ella tenía todo el valor, todo el equilibrio reflexivo que da la salud. Pero él estaba enfermo; era un lunático rodeado de terrores; a él le molestaba la idea de sumergirse en las olas, en aquellas mismas olas, tal vez, amargas y verdes, que columpiaron el cadáver «del otro». Esta conjetura le horripilaba. ¡Oh, no!... El, en el mar, no se bañaría nunca... Sin embargo, estaba dispuesto a complacer a Adelina; no quería separarse de ella. Además, lo único verdaderamente importante era salir de Madrid, descubrir horizontes, oírse: acaso aquella renovación de impresiones le devolviese la salud.

A ella, en cambio, el mar la atraía, como atrae a los criminales el sitio donde cayó su víctima. Habló de algunos pueblos gallegos, poco conocidos de los ve-

raneantes, y en donde, por lo mismo, la vida puede ser cómoda y alegre.

Juan Enrique concluyó:

—Iremos adonde tú quieras y... ¡cuanto antes mejor!

Llegaron poco después las señoritas de Oruña, a quienes Adelina obsequió con copitas de licor y café. Matilde y María Teresa, altas, embarnecidas y charlatanas, llenaron de ruido el comedor. Las dos estrenaban traje. Adelina las felicitó; sus vestidos eran muy bonitos y de última moda.

—Tienen ustedes que recomendarme a su modista—agregó—; es una verdadera artista; trabaja muy bien.

Matilde se ruborizó de gozo, y para disimular ese injustificado envanecimiento bebió un sorbo de agua. Adelina advirtió su empacho.

—Desde que ha empezado la primavera—dijo— tiene usted mejor color.

La observación era exacta y de una oportunidad cruel. Matilde sintió que sus mejillas carnosas se llenaban de sangre; ardían. Desde hacía algún tiempo ruborizábase sin motivo y a cada momento; a esto achacaba ella dos manchas rojizas, de carácter erisipeloso, que tenía a ambos lados de la nariz; era una especie de congestión de los vasitos capilares, que evidentemente la afeaba un poco.

—Es que estoy muy gruesa—repuso—; necesito adelgazar. ¿Ven ustedes?... Me he puesto colorada.

—Eso—replicó Adelina—puedo ser también nervioso.

—Tal vez...

Volvió a enrojecer. Un médico la había dicho que

todo aquello desaparecería con el matrimonio. María Teresa acudió en socorro de su hermana.

—Matilde—exclamó—se lamenta de estar gruesa; yo, entretanto, me quejo de la boca: ya me faltan dos muelas y tengo orificadas otras tres.

Lo decía jovialmente, cual si aquellas pequeñas ruinas de su belleza uo la importasen.

—Afortunadamente —añadió— ya voy para vieja y la Naturaleza es tan discreta y tan compasiva con nosotras, que, según nos quita los dientes, va quitándonos también las ganas de reir.

La ocurrencia fué muy celebrada. El barón de Nhores también reía; estaba contento: aquel bullicio, aunque vulgar, valía más que el silencio. Del general regocijo nació la idea de ir por la noche al teatro. Las señoritas de Oruña, aun agradeciendo la invitación, se resistían a aceptarla; no querían ser molestas. Pero Adelina insistió hasta convencerlas de que, yendo los cuatro juntos, ella y Halderg se divertían más.

Las dos hermanas se levantaron.

—¿Ya se marchan ustedes?

—Vamos a vestirnos.

—¿Para qué tanta prisa?

—¿Cómo prisa?... ¡Ustedes no saben lo que nosotras tardamos en arreglarnos!... No estamos peinadas. .

Eran más de las cinco y todos se sorprendieron de que la tarde hubiese transcurrido tan pronto. El miedo a quedarse solo con Adelina en la tristeza del crepúsculo que iba acercándose, sugirió a Halderg la idea de que las señaritas de Oruña cenasen allí. Adelina Vera apoyó la proposición fervorosamente:

—¡Muy bien!—exclamó—; vayan ustedes a vestirse

y vuelvan en seguida. ¡Con esa condición las dejamos marchar!

—Pero, mujer...

—¡Nada, nada; contamos con ustedes! Que no tenga yo luego que subir a traerlas por una oreja.

Matilde aun quiso resistir, pero Adelina se abrazó a ella y la dió un azote: bajo la fina tela de la falda, la carne sonó lujuriente y alegre. La solterona se avergonzó. ¿Qué diría Halderg?... María Teresa empezó a reir.

—¿Creía usted que estaba más delgada, eh?... ¡Pues si la viese usted en camisa!...

Adelina acompañó a las dos hermanas hasta el recibimiento.

—Que no tarden ustedes...

—No, no: antes de una hora hemos vuelto.

Adelina Vela regresó al comedor, por donde Halderg paseaba lentamente, los brazos a la espalda. Ella preguntó:

—¿Nos vamos al gabinete, o prefieres quedarte aquí?

—Yo creo—repuso el inglés—que aquí estamos mejor.

La joven asiuntió; ella, como Juan Enrique, optaba por permanecer en el comedor, cerca de la cocina, donde oían reir a las criadas. Así no estarían tan solos. Los dos amantes apenas hablaban, y aquel silencio les ofendía sin ellos advertirlo; terminaron por mirarse con cierta hostilidad, como si el fastidio que cada cual experimentaba proviniese del otro. Adelina Vera salió del comedor y a poco regresó con un libro, encendió la luz y se puso a leer. Riri instalóse a su lado, pulcro, recogido, sobre la blancura de la mesa

sus ojos amarillos se habían apagado en la negrura de la cabeza cuadrada; inmóvil y brillante bajo la alegría de la luz, parecía un pisapapeles. El barón de Nhorres le observaba: un pensamiento ridículo le oprimía las sienes:

«¿Por qué Riri estaba más cerca de Adelina que él?...»

Sus ideas optimistas de aquella tarde habían fracasado; buscábalas dentro de su pobre alma y no hallaba ninguna; sin duda naufragaron todas en la melancolía aciaga del crepúsculo. ¿Para qué viajar? En el campo, como en Madrid, la vida únicamente le reservaba dolor. Si algún día pudiese regresar a Londres, sería lo mismo: aquí o allá, solo o con Adelina... ¡con Adelina que ya no le amaba!... su pena era incurable; él lo sabía; a su alrededor, la tristeza formaba horizonte, y, ¿quién puede escapar del horizonte?...

Cuando fueron las siete, Adelina cerró el libro; iba a vestirse antes de que las señoritas de Oruño volvieran. Juan Enrique Halderg exclamó:

—Llévate a Riri.

—¿Para qué?

Hizo un mohín de cansancio y desdén y salió. El gato permaneció acurrucado sobre la mesa; parecía dormir, impenetrable en el misterio de su cabeza negra y sin ojos, adornada por los pabellones de sus orejas triangulares y alertas. A intervalos breves y respondiendo a ruiditos imperceptibles, resbalaban por la noche de su piel, nerviosa y ágil como una pupila, temblores brillantes. Repentinamente abrió los ojos y sus miradas fueron rectas desde el sitio donde estaba Juan Enrique hasta la puerta del comedor; brincó al suelo y salió al pasillo, caminando con su andar atigrado, largo y mudo.

«Es que ha visto pasar «al otro...»—pensó Halderg.»

Y experimentó un bienestar inefable, como si en aquel momento, efectivamente, se hubiese quedado solo; respiró mejor y hasta creyó que en el comedor había más luz. Era un regocijo semejante al que sienten los niños cuando el maestro se duerme o les vuelve la espalda.

Instantes después reapareció Adelina, ya vestida para salir, y casi al mismo tiempo llegaron Matilde y su hermana. Inmediatamente los cuatro sentáronse a la mesa. La cena fué alegre, se habló mucho, se comió de prisa. El café las mujeres lo bebieron en pie, mientras se retocaban los cabellos delante de un espejo, los brazos en alto, en una actitud violenta y graciosa que separaba sus senos, dejándolos temblar lascivos bajo la ligereza de los trajes de verano. A porfía las tres se erguían, se agachaban febriles; no sabían estarse quietas. Las pulseras y las faldas, tan pronto recogidas como abandonadas por el suelo, llenaban de rumores femeninos el comedor. Halderg dió la señal de marcha.

—Va siendo tarde—exclamó—; ¿vámonos?

—Vámonos, sí...

Salieron a la calle. Adelina y María Teresa, cogidas del brazo, iban delante; caminaban despacio, engalladas, con ese prurito de exhibición, común a todas las mujeres, aun a las más recogidas y modosas, cuando van bien vestidas. Durante los quince minutos que tardaron en llegar al teatro de Apolo, el barón de Nhorres apenas despegó los labios. Una inquietud creciente le dominaba y a cada momento miraba hacia atrás. Sin duda «el otro» estaba allí. Matilde, imagi-

nando que Halderg se aburría a su lado, no osaba hablarle, y juzgándose incapaz de distraer a un hombre de mundo se ruborizaba a cada momento. Al cabo, aventuró una tontería:

—Usted iría más contento—dijo—si fuese con Adelina; yo lo comprendo... pero mi hermana es una aturdida que no repara en detalles.

Muy grave, muy sincero, el inglés repuso:

—Se engaña usted, Matilde: así, separados, Adelina y yo vamos mucho mejor.

La insistencia con que Halderg volvía la cabeza, llegó a preocupar a la señorita de Oruña, y aunque creía incorrecto pedirle el motivo de aquel impolítico desasosiego, su curiosidad pudo más que su discreción. La pregunta, pendiente hacía rato de sus labios, brotó al fin:

—¿Es que viene siguiéndonos algún hombre?

—¿A nosotros?

—Sí.

—¿Usted ha visto algo?...

Se detuvieron. Ella, a su vez, miró hacia atrás: y como sintiese que los ojos de Halderg, dilatados por un súbito terror, se ahincaban devoradores en los suyos, tuvo miedo. Se apresuró a responder:

—No... no; nada: yo nada he visto.

Continuaron andando y aun hubieron de acelerar el paso para alcanzar a María Teresa y a Adelina, que se habían separado bastante. La brusca palidez que invadió el semblante del barón de Nhorres asustaba a Matilde; recordó las extrañas teorías de Halderg acerca de cómo viven las almas después de la muerte, y dedujo que un espíritu le preocupaba. Su ánimo sencillo y devoto se aterró: aquello, evidente-

mente, era una herejía; y para limpiarse de cualquier infernal contagio, pensó que antes de acostarse no estaría demás ablucionarse el cuerpo con agua bendita. Después, cuando llegaron a Apolo y mientras Juan Enrique compraba un palco, Matilde halló ocasión de cambiar reservadamente con su hermana algunas palabras:

—Tengo que hablarte...

Los ojos de María Teresa brillaron curiosos:

—¿Ahora?

—Luego, en casa... Este Halderg no me gusta; yo creo que está endemoniado...

Durante la representación, el malestar de Juan Enrique fué en aumento. Sabía que «el otro» estaba allí. Creía verle en los contornos, vagamente humanos, de los abrigos que Adelina y las señoritas de Oruño dejaron colgados en el antepalco, y a los que, a veces, un temblor del muro o cualquier pequeño soplo de aire parecían infundir estremecimientos vitales. Se levantaba, volvía a sentarse, se oprimía las manos, hacía visajes ridículos. Su agitación llegó a atraer la atención de algunos espectadores. El infeliz luchaba furiosamente contra sí mismo y no podía vencerse; se ahogaba; parecía que, dentro del pecho, unos dedos fríos le apretaban el corazón. Sus crispaciones iban adquiriendo vehemencias epilépticas. La puertecilla del antepalco, que había quedado entornada, al cerrarse de golpe le arrancó un grito.

Las señoritas de Oruño le interrogaron:

—¿Se siente usted mal?

—No... es que... parece que no respiro bien; hace mucho calor, ¿verdad?

Adelina le preguntó disimuladamente:

—¿Quieres que nos marchemos?

Halderg hizo un gesto negativo, desesperado. No quería irse; él sabría pelear con el muerto y resistirle hasta que cayese el telón. Entretanto pensaba:

«Si él resucitase o si yo muriese, nuestras fuerzas se equilibrarían, y él o yo acabaríamos de una vez...»

Pero este impulso de virilidad y rebeldía sólo duró un instante; inmediatamente sobrevino un agotamiento físico total, una postración moral absoluta; fué aquel mismo cansacio que experimentó tres años antes, mientras luchaba con el cadáver de Rianza, sobre las olas... No, no se defendería; ¿para qué? ¿Cómo?... Era un miserable, un inútil, que en el lecho de la mujer amada sólo sabía llorar; su enemigo, que le dejó sin hijo, sin padre y sin sexo, lo podía todo. Se había quedado inmóvil: sus brazos inertes se aflojaron a lo largo del cuerpo; inclinó la cabeza hacia adelante, sus labios se entreabrieron descoloridos; sobre el cristal turbio de los ojos los párpados, medio cerrados, colgaban inexpresivos y sin pestañeos.

Adelina Vera le arrancó de aquella somnolencia:

—¿Vámonos?

La representación había concluido y los espectadores, apretujándose en el pasillo de butacas, trazaban a lo largo del salón una línea oscura y filante.

Al salir del teatro, Halderg, intencionadamente, se aferró al brazo de Adelina:

—No te separes de mí — balbuceaba —; no me dejes...

Parecía un niño; su rostro flaco, entelerido por el miedo a lo sobrenatural, inspiraba a la vez pena y risa. Las señoritas de Oruña caminaban delante. Juan Enrique aludió a ellas con un gesto:

—Las dejamos en su casa —dijo— y luego nos vamos por ahí...

Ella estaba perpleja, fluctuando fríamente entre su egoísmo y la compasión tibia que Halderg la inspiraba. Ya no le amaba; no obstante, tenía piedad de él.

—¡Nos vamos por ahí!—repitió—; ¿y adónde?

—Adonde tú quieras.

—A mi casa no puede ser.

—Ya lo sé.

—¿Y entonces?

—Podemos ir a mi hotel.

Adelina hizo un guiño de contrariedad; aquello era incorrecto y podía llamar la atención de la servidumbre; en los hoteles de viajeros los dueños no permiten recibir de noche visitas de mujeres.

—Nadie nos verá—insistía él—; yo te lo aseguro... En fin, tú dispones, tú mandas...; lo que sí ruego es que no me dejes solo...

Prosiguió hablando febrilmente, asegurándola que estaba avergonzando de sí mismo, pero que su terror era tan grande, tan hondo, que no podía desecharlo. Como ella se mostraba reacia a complacerle, Halderg aseguró que «el otro» no la castigaría después por su piedad.

—Creo—agregó—que es él... él mismo... quien para mejor humillarme delante de ti quiere que esta noche la pase yo a tu lado.

Adelina Vera callaba, y en su mutismo, el barón de Nhorres adivinaba un asentimiento. Transigió al fin:

—Bueno—dijo—, iremos a tu hotel...

Habían llegado a su casa; las señoritas de Oruño les esperaban delante del portal. Adelina se detuvo indecisa:

—¿No suben ustedes? — preguntó Matilde sorprendida.

El barón de Nhorres se apresuró a responder:

—No... más tarde: Adelina dice que tiene ganas de cenar; iremos al café; si ustedes quieren acompañarnos...

—Muchas gracias.

—Hasta mañana...

Saludaron fríamente, chafadas por aquella despedida brusca y descortés. Tras ellas la puerta del zaguán se cerró despacio. Al cabo los dos amantes se hallaban solos ante la noche, en cuya tiniebla inmensa, propicia a los maleficios de la luz astral, «el otro» triunfaba.

—¿Y ahora?—preguntó Adelina.

—Vámonos. ¿Hay sueño?

—Sueño, precisamente, no; pero estoy fatigada; hoy he trabajado mucho; acuérdate...

—Es verdad.

—Tengo ganas de descalzarme y de quitarme el corsé.

Hubo un silencio. Adelina prosiguió:

—Hemos hecho mal en despedirnos así de Matilde y su hermana. Las pobres, seguramente, se han ofendido. Debimos invitarlas a cenar para retenerlas en nuestra compañía el mayor tiempo posible; ellas lo hubiesen agradecido mucho y nosotros habríamos estado más contentos.

Juan Enrique movió la cabeza en señal de asentimiento; Adelina discurría como mujer urbana y discreta; la culpa era de él, que desde que salieron del teatro andaba descarrilado y fuera de sí.

A lo lejos, en el desamparo de las calles desiertas, mudas, como fatigadas del torbellino de vida que du-

rante las horas diurnas pasó por ellas, resonó el clarín baratero de un gallo. Juan Enrique tembló; tuvo frío. ¿Por qué cantan de noche los gallos? ¿Qué les despierta? ¿Qué ven en la obscuridad sus ojos redondos?... Si no anuncian la salida del sol porque la aurora todavía está tejos, ¿qué significa su grito?... Recordó las palabras irónicas y mansas del Crucificado: «Pedro: te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces...» Había, pues, en el canto del ave bruja como un maleficio de traición.

Caminando lentamente, los amantes llegaron al hotel Británico precisamente cuando el criado que aquella noche estaba de imaginaria iba a cerrar el portal. Halderg, sin soltar el brazo de Adelina, con el aplomo de quien ejercita un derecho, atravesó el salencillo de lectura y comenzó a subir la escalera.

—No he querido usar el ascensor—dijo—para que reparasen menos en ti.

—Hiciste bien.

Marchaban en silencio; la alfombra que cubría los peldaños quitaba toda resonancia a sus pisadas. A la joven la preocupaba lo que el criado pudiese pensar de ella.

—De aquí saldremos antes de que rompa el día, ¿verdad?

—Sí.

—Estoy sobre ascuas; esto no lo he hecho nunca: las horas que tarde en irme de aquí van a parecerme siglos...

Estaba disgustada, irritada consigo misma por su debilidad: una vez allí le parecía estúpido dormir fuera de su casa y arrostrar tantas molestias por complacer a un hombre que ya no era su amante.

Habían llegado al segundo piso: enfrente del rellano se extendía un largo corredor sobre cuyas paredes cubiertas de papel rojo a intervalos iguales, blanqueaban varias puertas numeradas. Halderg abrió la de su cuarto:

—Entra—dijo.

Tenía miedo a pasar delante... Ella obedeció, segura de que si «el otro» les aguardaba, no había de causarle daño alguno. Halderg la siguió, cerrando tras sí. Dió luz. Adelina miraba a su alrededor, inspeccionando los detalles de aquellas dos habitaciones que el barón de Nhorres la describiera tantas veces. Recordó el espejo, los cuadros, la distribución de los muebles: el equipaje de Halderg, reclamado por éste a la aduana de Heudaya, también estaba allí, atado, como dispuesto a marchar. La joven preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que vives aquí?

—Mucho; no he cambiado nunca de hotel.

Se acercó a ella enternecido por un insólito reverdecimiento de recuerdos:

—Tu primera carta—murmuró— me la trajeron aquí.

—Es cierto.

—Y también la última, la que me escribiste desde Vigo... Ayer hizo tres años que la recibí.

Ella repitió ensimismada:

—Tres años...

Comenzó a desnudarse, sombría y perpleja. El añadió:

—¡Qué horrible carta!... Aquella carta costó una vida.

Pero, acordándose de cuánto después del asesinato de Rianza había sucedido, rectificó:

—¡Es decir! ¡Una vida!... ¡Costó más!... ¡Costó tres!...

Adelina Vera bostezó; se caía de sueño.

—Puedes acostarte en mi cama—dijo Halderg.

—¿Y tú?

Me sentaré a tu lado en un sillón.

En su acento no había reproche, ni siquiera amargura. Comprendía el sacrificio que Adelina se imponía pasando la noche allí, y se lo agradecía con toda la sinceridad de su alma. El no la molestaría; él ya no era su amante; era, sencillamente, un pobre loco que durante unas cuantas horas tiene miedo de que su enfermera le deje solo. Adelina se inclinó hacia adelante para desabotonarse las botas, pero no pudo; el corsé, demasiado apretado, se lo impedía. Su voz fué cariñosa:

—¿Quieres descalzarme?

—Con mucho gusto.

También la ayudó a quitarse el cuerpo del vestido, que era de los abrochados atrás, y sin que aquella faena le inspirase otra emoción que la alegría de hallarse acompañado, de que Adelina estuviese allí. La falda cayó al suelo.

—No me desnudo más—dijo ella—; para el tiempo que he de dormir...

Tenía razón. Pasó a la alcoba y se acostó. Halderg se sentó a los pies del lecho, embozado en una manta. Habían dejado encendida la luz del gabinete. El lo hizo adrede, porque la claridad le efervorizaba; no obstante, interrogó:

—¿Prefieres que la apague?

—Me es igual.

—¿No te molesta?

—No.

—Entonces la dejaremos así.

Continuó charlando, temiendo que Adelina se durmiese en seguida, porque ello equivalía a quedarse solo. Eran poco más de las dos; aun faltaban cerca de tres horas para que empezase a despuntar el día. Habló de las señoritas de Oruño.

—He cometido con ellas una grosería; tú les suplicarás que me perdonen...

—Sí.

—Dilas que padezco de neurastenia y que hoy me hallaba muy nervioso...

—Sí.

La joven respondía por monosílabos y sin abrir los ojos; el sueño la vencía. Hubo un silencio. Juan Enrique llamó suavemente:

—Adelina... Adelina...

Ella no contestó: se había dormido. Instantáneamente el barón de Nhorres comprendió que acababa de dejarle solo; dormir equivale a «no estar». Todo el vello de su epidermis se erizó; aquella habitación le era aciaga; allí mismo, otra noche, Rianza fué a anunciarle el fallecimiento de su padre. Algo sutil, como un soplo de viento, rozaba su piel. No veía nada, pero presentía que el muerto estaba allí y que, de un momento a otro, iba a dibujarse en cualquier ángulo de la habitación su rostro amarillento. Congestionado por el miedo, Halder se ahogaba; su corazón y sus sienes comenzaron a latir desaforadamente. Ideas absurdas le asaltaron: ¿por qué Adelina no se movía? ¿Estaba dormida o estaría muerta? Su alma ausente, que acaso en aquellos instantes peregrinaba por regiones lejanas, regresaría a su cuerpo si él la llama-

se?... No quería despertarla, pero comprendía que iba a hacerlo. Otra pregunta le decidió: ¿Y si Riaza se hubiese apoderado del alma de Adelina y no la dejase volver? En cuyo caso, los jueces y los médicos, que no entienden de espíritus, creerían que él la había asesinado. Su razón se extinguió; lívido, temblando como un enfermo de corea, empezó a llamar:

—A... de... li... na... A... de... li... na...

Jadeaba; la voz salía de su garganta, oprimida por el terror, como un susurro. Repitió:

—A... de... li... na...

Cubrióse su frente de sudor y sintió brotar por todos los poros de su cuerpo una exudación de agonía, tan abundante, que mojó sus ropas interiores; dentro de sus botas de charol sus pies se habían quedado yertos. Le pareció que Adelina no respiraba; ¡sí, estaba muerta! Su cuerpo yacía allí, pero su espíritu se lo llevó «el otro...» Aquello era un cadáver, él estaba encerrado con un cadáver. Su mismo terror le permitió gritar:

—¡Adelina!... ¡Adelina de mi alma!...

Ella abrió los ojos:

—¿Qué quieres?

El, de un brinco, se levantó, las pupilas desorbitadas, creyendo que asistía a una resurrección: en la penumbra de la estancia, sus brazos abiertos y rígidos pintaban una cruz.

—Adelina...—repitió idiotizado—; Adelina mía...

Ella replicó malhumorada:

—¿Quieres dejarme dormir?

—Es... es...

—¿Qué?

—Como no te movías... como yo te llamaba y no respondías...

—¿Pensaste que me había muerto?

—Sí.

Ella volvió a cerar los ojos:

—Cállate—murmuró—; tengo mucho sueño...

Pero apenas entornó los párpados cuando a Halderg le pareció que Adelina se iba, que la perdía otra vez. Tornó a sentirse solo...

—Oye, Adelina...

Con un movimiento de rabia, la joven se incorporó:

—¿Qué quieres?

—No te duermas...

—¿Por qué? . . ¿Qué hora es?...

Buscó su reloj:

—¿Ves?—prosiguió—; todavía no son las dos y media.

Era cierto; Juan Enrique estaba asombrado; toda su horrible pesadilla apenas había durado diez minutos. El terror sufrido, sin embargo, fué tan intenso, que aún le hacía temblar.

—No te duermas—repitió humilde —, no me dejes solo...

Ella, con ese egoísmo que inspira el sueño, empezó a reñirle. Así era imposible seguir; ¿de dónde dedujo que ella se hubiese muerto? ¿Y para decirla sandez tamaña la había despertado? Todo cuanto estaban haciendo era estúpido; si él había perdido el juicio, debía ponerse en cura. Su voz acriminadora era breve, cortante; sus ojos desamorados tenían el mirar rectilíneo y seco del rencor.

El suplicó:

—Acompáñame esta noche; nada más que esta noche... Yo te juro que no volveré a molestarte...

Y luego:

—Vámonos...

—¿A la calle otra vez?

—Sí.

—¿A estas horas? ¿Dónde vamos a meternos?...

—No sé, por ahí... pasearemos. Aquí me muero... me ahogo...

Sin hablar, Adelina Vera se levantó y comenzó a vestirse. Iba y volvía del gabinete a la alcoba buscando sus zapatos, su corsé, su falda... y él la acompañaba en todas aquellas evoluciones, como si acercándose mucho a ella se libraba mejor «del otro». Adelina callaba, taciturna, sin quitar los ojos del suelo. Cuando estuvo vestida, se dirigió a la puerta; el sueño la amodorraba; parecía sonámbula. Cogidos del brazo bajaron la escalera y salieron a la calle. En la acera, delante del hotel, estaba el sereno; Halderg le saludó. Como por ensalmo, el barón de Nhorres iba tranquilizándose; respiraba mejor; volvía a sentirse dueño de sí mismo, libre, bajo el cielo estrellado.

Por la calle de Peligros se dirigieron a un café económico que Halderg recordaba haber visto en la calle de Jacometrezo, cerca de la Red de San Luis. Allí pidieron chocolate y buñuelos, pero Adelina no quiso comer; la repugnaban la pobreza del local y la ruin condición y suciedad del público sentado alrededor de las mesas: lunias pobretonas y gárrulas, y hombres mal vestidos, con el cuello y los puños de la camisa manchados de suarda, y bajo la boina echada hacia atrás, los aladares jaques poinados sobre la frente, quitando luz y nobleza al rostro. La joven se levantó:

—Vámonos de aquí.

Volvieron a la calle y pasearon largo rato; ella, medís dormida, se apoyaba en él y cerraba los ojos; Juan Enrique miraba a su alrededor, siempre un poco inquieto, seguro de que «el otro» iba a su lado. Habían llegado a la plaza de Oriente. Adelina estaba rendida y quiso sentarse en un banco; se caía de sueño. A cada momento exclamaba rencorosa:

--Yo te juro que esto no volverá a suceder...

Pero Halderg, implacable y ridículo, dentro de la tragedia de su locura, no permitía que la joven durmiese. El no estaba cansado; el miedo le tornaba insensible. Humilde y tenaz suplicaba:

--Espera, espera un poco más, un poquito más... ya falta menos...

Siguieron andando, pasaron el Viaducto y por la Carrera de San Francisco llegaron a Puerta de Moros. Caminaban muy despacio, y con frecuencia Adelina se detenía, completamente dormida. De pronto pareció despertar, irradísima, con una cólera que poblaba sus ojos de fosforescencias imperativas:

--Yo me voy a mi casa--exclamó--; yo no espero más...

--Adelina. .

--Está dicho: no espero más. ¡basta de ridiculeces!...

Trató él de detenerla y la cogió por un brazo; forcejearon.

--No me dejes solo, te lo ruego...

--Es inútil; suéltame.

--Si me quedo solo me vuelvo loco, me pego un tiro...

--¡Déjame!...

--No, no...

La sujetaba con ambas manos, agarrándose a ella desesperado, como quien se agarra a la vida.

Capaz hubiera sido de ponerse de rodillas para convencerla de que no se fuese. ¡Todo antes que perderla! El era un náufrago que se ahogaba en la noche, semejante a un mar de tinieblas... Su terror crecía: en el transcurso de aquella última media hora, la luna se ocultó y muchas estrellas se habían apagado; por momentos, el cielo y la tierra se poblaban de sombras.

Adelina Vera fué a sentarse en el quicio de una puerta; él se lo impidió, y rogaba grotesco, con un ahinco, que así inspiraba compasión como movía a risa.

—¡No me dejes solo!... Adelina, tú ignoras lo que es esto, tú no sabes lo que yo sufro... Acompáñame, te lo ruego... en nombre de lo que más hayas querido... Afortunadamente para Halderg, pasó un coche. Juan Enrique tuvo una inspiración salvadora:

—¿Quieres que lo tomemos?

—Bueno.

La joven subió al vehículo. Halderg dijo al cochero:

—Llévenos usted al paso y por donde quiera.

El rostro del interpelado se enfoscó; creyó que le llamaban para favorecer el desenlace de una aventura galante, y no parecía dispuesto a consentir que su coche sirviese de alcoba. Iba a protestar:

—Es que...

El barón de Nhorres le atajó poniéndole en una mano diez pesetas:

—Tome usted—dijo—la mitad de la propina que he de darle. Vámonos.

El auriga no replicó; era viejo y estaba acostumbrado a todo; el dinero, sofista y embaucador, le había convencido. Lentamente el coche avanzó por la calle de Toledo abajo, hacia la Ronda de Valencia. Eran

cerca de las cuatro. Adelina, con la cabeza apoyada en un ángulo del vehículo, dormía profundamente; Halderg iba a despertarla, pero se abstuvo de hacerlo, al advertir que el coche, con sus traqueteos, parecía acompañarle y le consolaba. El cochero, además, estaba allí. Aquel viaje extraño duró mucho rato; la joven seguía dormida; empezó a roncar. A cada momento, el barón de Nhorres sacaba su pañuelo para limpiar los cristales de las ventanillas, empañados por el vaho caliente de las respiraciones. Enfrentaban la estación del Mediodía, cuando por el cielo comenzó a esparcirse un claror lechoso, indefinible aún, de aurora. Aliviado, casi feliz, Juan Enrique Halderg murmuraba:

—Está amaneciendo...

Aquí y allá, saludando la llegada del padre sol, cantaban muchos gallos, y esta vez su clarinear guerrero y sultán era optimista. Aunque dentro del coche no hacía frío, Halderg se despojó de su gabán para con él abrigar a Adelina. Mirábala con amor, con ternura, con agradecimiento infinito. Al cabo, la noche fatal iba pasando, y tras ella la sombra vengativa «del otro» se iría. Sintió a su vez en los párpados la caricia sedante del sueño, y buscó para su cabeza, sobre el hombro de Adelina, un punto de apoyo tibio y mollar. Cerró los ojos; ya no tenía miedo. Repitió:

—Está amaneciendo...

Y ante la sonrisa buena del día que llegaba, se quedó dormido.

Cuando volvió a su casa, luego de dejar a Adelina Vera en la suya, eran las ocho. Apeóse del coche, molido, soñoliento, despeinado, como si saliese de una orgía. Los criados, viéndole de aquel modo, sonrieron maliciosos, con el villano regocijo—alegría de igual-

dad y nivelación—que inspira a las gentes de escaleras abajo el hombre serio que comete una bisoñada.

Transcurrieron varios días sin que Juan Enrique Halderg viese a Adelina; hallábase más avergonzado de sí mismo que nunca; su enfermedad le postergaba; comprendía que en aquel estado no sólo le era imposible recobrar el cariño de la amada, pero ni siquiera merecer su estimación. Adelina, entretanto, se aburría; las señoritas de Oruña, ofendidas por el modo impolítico que Halderg tuvo de despedirlas la noche en que fué con ellas al teatro de Apolo, no habían vuelto a visitarla. Este aislamiento exasperaba a la joven y fortaleció su propósito de salir de Madrid en seguida. El mes de Julio iba ya muy adelantado y el bochorno de las noches madrileñas era intolerable. ¿A qué esperaba entonces? . Arregló su equipaje y vendió papel de Estado por valor de dos mil pesetas. Desde luego pensaba irse sola y sin ver a Halderg; quizás a última hora, y para no affigirle demasiado, se despidiría de él con una carta. Esto era lo mejor.

La víspera de su viaje, Adelina recibió en su lecho la visita «del otro». Como siempre, la sombra lasciva la poseyó, cubriéndola de besos, removiéndola hasta los tuétanos con sus caricias poderosas y raras. Al marcharse, Riaza ordenó a Adelina que llevase consigo a Halderg. La joven preguntó:

—¿Para qué?...

Y la sombra repuso enigmática:

—Porque es mejor...

En la obscuridad del dormitorio, Adelina veía el rostro lívido del médico: era una especie de mancha glauca, fosforescente, como el halo de resplandor lunar que los pintores místicos ciñen a las cabezas santas y

proféticas, y los dientes blanqueaban crueles sobre aquel óvalo amarillento, arrugado por una mueca que pareció una risa. Ella tuvo miedo; aquel regocijo anunciaba un desenlace. Insistió:

—¿Para qué quieres que Juan Enrique me acompañe?

Y la sombra repitió impenetrable, sibilina:

— Porque es mejor...

A la mañana siguiente, Adelina Vera despertó bajo el imperio irrevocable de ese mandato. Estaba triste; presentía el advenimiento de algo muy grande.

«¿Qué será de mí?...» — pensó. Sus ojos se llenaron de lagrimas y, sin razón, lloró copiosamente. ¿Estaría loca o habría otras mujeres sometidas, como ella, al poder de lo sobrenatural?... Llamó a Dolores y la ordenó que inmediatamente fuese en busca de Halderg.

— Dile que venga pronto.

Estas palabras sencillas le costaron un gran esfuerzo. Volvió a llorar. Tuvo frío. Algo muy secreto la decía que acababa de tender al barón de Nhorres un lazo fatal.

Cuando Juan Enrique llegó, ya Adelina se había levantado. El inglés tenía la actitud encogida y obscurante del niño que cometió una falta y recela su castigo; pero ella, con una sonrisa de especiosa cordialidad, le tranquilizó en seguida. Le había llamado para manifestarle que aquella misma tarde salía de Madrid en el expreso de Asturias.

— Lo resolví anoche — prosiguió —; así, pues, si quieres acompañarme, ya lo sabes.

El rostro macilento de Juan Enrique resplandeció de júbilo, y aquel soplo de felicidad llenó sus mejillas de sangre:

—¡Qué buena eres!— dijo—; ¡qué buena!

Adelina experimentó la comezón de un remordimiento impreciso: ¡si Halderg hubiese sabido que no le llamaba ella, que quien le llamaba era «el otro»!... El barón de Nhorres se levantó; iba a preparar su equipaje; poca cosa: dos mudas interiores, media docena de puños y cuellos, pañuelos, calcetines, algunos libros... ¡Casi nada! Cogió su sombrero; sus movimientos ágiles, seguros, tenían una elasticidad nueva; parecía otro hombre.

—Antes de veinte minutos—exclamó— estoy de vuelta.

Almorzaron juntos, y por la tarde fueron a la estación. Halderg iba muy contento. Solamente tuvo un instante de duda dolorosa minutos antes de salir el tren. ¿Y si Riaza, como la otra vez, no le dejase marchar?... Adelina le serenó con una afirmación categórica:

—Hoy—dijo—no ocurrirá nada.

Así sucedió en efecto. El viaje fué muy agradable. Ella pasó la noche durmiendo; él, en cambio, no pudo cerrar los ojos: la idea de que, al fin, había logrado salir de Madrid y acaso empezaba a ser libre, le quitaba el sueño. Hasta la madrugada permaneció asomado a una ventanilla del vagón, distrayéndose en ver las llanuras, los montes aspillerados, las cañadas tortuosas, los precipicios profundos, que iban devanándose, según el tren volaba, bajo la fría claridad lunar. Y el expreso, hundiéndose trepidante bajo las negras bóvedas de los túneles, se le representaba como una lanza en una carrera de sortijas.

A la mañana siguiente llegaron a un pueblecito asturiano que alzaba la vieja torre gótica de su iglesia

al borde de un riachuelo y enfrente del mar. Aquella noche la pasaron en un mal mesón, pues el villorrio, poco acostumbrado a recibir forasteros, no ofrecía más comodidades; y al otro día, y después de muchas visitas, recomendaciones y diligencias, consiguieron instalarse en un vetusto caserón paredaño de una tenería y tan vecino de la playa que sus sillares roqueños recibían las salpicaduras de las olas. Tanto aquel caserón como la tenería, formaban un edificio aislado, de muros espesos y sombríos, construido sobre los cimientos y utilizando las paredes de un viejo convento de frailes.

La trivialidad de la nueva arquitectura con sus tabiques delgados y sus ventanas alegres pintadas de verde, no había conseguido destruir la reciedumbre majestuosa, mística y guerrera a la vez, de la primitiva edificación. La puerta central, robliza y chapeada de hierro, alzándose al otro lado de un azarbe profundo, ofrecía una suntuosidad palatina imponente; el trozo que aún se conservaba de la escalera, era de peldaños anchos y suaves; los antiguos casilicios fueron convertidos en alacenas; las habitaciones, improvisadas bajo el arco de las galerías, tenían altísimos techos y resonancias poderosas; y en el patio donde se tendían a secar las corambres, una encina, frondosa y secular como un árbol bíblico, evocaba la silueta grave y casta de los religiosos que meditaron bajo su sombra en la tristeza infinita de no ser amados.

El barón de Nhorres alquiló la casa amueblada y con los trebejos de cocina necesarios, y tomó a su servicio dos mujeres. Estas dormían en la planta baja, donde también estaban el comedor, el cuarto destinado a los baúles y la cocina. Halderg y Adelina ocuparon

el piso principal, compuesto de un salón, dos gabinetes, un cuarto ropero y el dormitorio, hermosa habitación con dos balcones al mar: todo ello muy ventilado, espacioso y alegre, con alegría decorativa y resonante. Los muebles eran de pino pintado y las camas de hierro y muy estrechas, por lo que la dueña de la casa se creyó obligada a poner dos, que fueron colocadas en el dormitorio principal, paralelamente la una a la otra, y bien ondas y mullidas bajo sus colchas de rojo percal.

Aquella misma tarde, apenas terminados los trabajos de instalación, el barón de Nhorres volvió a sentir la presencia «del otro». Podía determinar el sitio; fué en la escalera; él subía cargado con un montón de ropa. Según costumbre, no vió ni oyó nada, pero recibió sobre la nuca y a lo largo de la espalda el calofrío magnético, de una realidad incontrovertible y terminante, que le asesoraba de que Alberto Rianza estaba allí.

En el rostro demudado de Juan Enrique leyó Adeline que algo descomunal le ocurría.

El inglés balbuceó:

—Ya está ahí.

—¿Quién?

—«El otro»...

No la sobrecogió la noticia; ella también le había sentido llegar, casi al mismo tiempo. Además, era una visita que esperaba: Rianza, utilizando los medios extraordinarios de traslación de que sin duda disponen los muertos, no podía dejar de ir a verla. El tuvo un mal presentimiento:

—Creo—dijo— que en este pueblo ha de sucedernos una desgracia.

Como sus palabras corroboraban la adivinación experimentada por Adelina el día anterior, la joven preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé—repuso Halderg pensativo—, no lo sé...

Miraba a Adelina fijamente, con voracidad, cual si sus ojos quisieran saciarse de su figura. Y repitió:

—¡No sé!... Me parece que voy a perderte... y que ha de ser muy pronto...

Llegada la noche, los dos amantes, fatigados del viaje y el tráfico de la mudanza, se acostaron temprano; pero el barón de Nhorres, despabilado por el miedo, veló hasta muy tarde. Cuando concilió el sueño amanecía y en los corrales vecinos los gallos cantaban festejando al sol, que tendía desde el otro lado del mar, sobre las olas, una lengua rutilante de plata.

El día transcurrió sin novedad. A la caída de la tarde, Adelina y Juan Enrique recorrieron la playa y fueron a conocer una gruta, donde, según la leyenda, más de un santo tuvo la llaneza de mostrarse a los hombres y platicar con ellos.

Por la noche, a hora ya muy avanzada, el barón de Nhorres despertó. Adelina se rebullía sobre la paja crujiente del jergón; temblaba el lecho. Un momento Halderg estuvo quedo y con el oído alerta, buscando el motivo de aquella inquietud, que así podía provenir de la dureza de la cama y áspero tejido de las sábanas, como de una voluptuosa alucinación o de cualquiera pesadilla inconcebible y truculenta. Por las ventanas, cuyos batientes de madera habían quedado abiertos, penetraba la claridad blanquecina, rica en misterios espectrales, de una noche estrellada y sin luna. Aquel tenue claror tendía sobre el solado una a

modo de alcatifa neblinosa, pero tan rariforme, desleída y sutil, que parecía una evaporación de luz. En aquella penumbra, que casi se confundía con la obscuridad, Juan Enrique Halderg percibía la cabeza de Adelina y sus brazos desnudos, que a intervalos se agitaban en el espacio, con movimientos que lo mismo podían ser de defensa como de caricia y agasajo. Gemían los viejos muelles del colchón y el lecho entero oscilaba con sacudimientos histéricos, cual si dos cuerpos luchasen sobre él.

A un mismo tiempo humillado y medroso, el barón de Nhorres se levantó y, descalzo y de puntillas para no asustar a la durmiente, se acercó a ella. Murmuró:

—Oye... Adelina... oye... ¿Estás soñando?...

Agachóse un poco para verla mejor. Ella, esparrancada y boca arriba, titubeaba las caderas y movía la cabeza de un lado a otro con congoja inefable. Entre los párpados entreabiertos las pupilas blanqueaban, convulsionadas por la epilepsia; sus labios jadeantes se movían, como sonriendo, bajo los besos insaciables de una boca diabólica. Enloquecido de terror y de celos, Halderg comenzó a sacudirla por un brazo:

—¡Adelina!—repetía—, ¡Adelina!... ¡Oyeme!...

Encendió una luz y continuó zarandeándola fuertemente; todo inútil; la posea no despertaba: furioso, concluyó por coger todas las mantas que la cubrían y tirarlas al suelo; y el cuerpo entonces de Adelina apareció desnudo, blanco, suspirante, exquisitamente convulso, como el de una bruja joven en el misterio lúbrico del sabat.

El barón de Nhorres se cruzó de brazos.

«¡Está soñando con «el otro»!...» —pensó.

¡Oh!... ¡Qué ocasión para recobrarla, a no hallarse él inútil!... ¿Cuándo amante ninguno pudo sorprender a la mujer deseada más propicia?... pero su carne estaba yerta y Juan Enrique sintió que sus ojos se arrasaban en lágrimas.

Cataléptica, arqueando los brazos para estrechar contra la nieve de sus senos y de su vientre al espíritu violador, la joven balbuceaba:

—Tómame... tómame...

Sólo cuando el espasmo en que el individuo se sacrifica a la especie hubo pasado, la joven abrió los ojos; la había despertado el frío malestar de su desnudez. La presencia de Halderg la sorprendió.

—¿Cómo, estabas tú ahí?...

Incorporóse, y como avergonzada de que Juan Enrique la viese así, recogió las mantas del suelo y se cubrió. Pasados unos instantes preguntó:

—¿Qué querías?...

Había en ella una especie de temor a que Halderg intentase poseerla, y también un propósito de rechazarle. El repuso, torvo:

—¿Con quién soñabas?

Hubo un silencio; ella no contestaba; Juan Enrique repitió su pregunta:

—¿Con quién soñabas?

Adelina le miraba fijamente, coordinando sus ideas, apreciando las razones que su antiguo amante podía tener para hablarla así. Al cabo replicó evasivamente:

—Yo no soñaba con nadie.

—Mientes.

—Con nadie...

—Repito que mientes. Di la verdad, no niegues lo

que yo mismo he visto y he oído. Estabas soñando con «él»...

Permaneció callada, indiferente; Halderg iba enfureciéndose conforme hablaba, hasta que todos los elementos sanos que aun quedaban en su espíritu se rebelaron; dejó de tener miedo. Abrió una de las ventanas y levantando los brazos, como si increpase a la noche y al mar, prorrumpió en un flujo de palabras incoherentes y tempestuosas:

—¡Canalla!... ¡Miserable!... ¿Por qué huyes de mí? Me atacas valido de que eres un espíritu invisible... ¿Por qué no me matas de una vez?... ¡Ay, pobre de tí! ¡Pobre de tí, el día en que yo muera y mi alma y la tuya se encuentren frente a frente!...

El viento que penetraba en ráfagas intermitentes y zumbadoras por la ventana, arrebató de encima de una mesa varios papeles que luego cayeron y se arrastraron por el suelo, como aleteando. Halderg, medio desnudo, los cabellos descompuestos y las manos extendidas hacia adelante, seguía hablando. Ella le observaba: visto así, a la luz astral, con el semblante demacrado y pajizo, y el cuerpo anguloso, esquelético bajo la blancura de sus ropas interiores, parecía un fantasma. De pronto el desdichado tuvo frío; parecióle ver la cabeza amarilla de Riaza flotar allá lejos, sobre las olas, como una careta de ojos enormes; el viento de la noche, agarrándose a sus hombros, le sacudía, dándole la ilusión de que algo viscoso, glacial, semejante al cuerpo de un ahogado, rozaba su piel. En el acto, como por arto de hechicería, sus fuerzas le abandonaron; cerró la ventana: tosiendo, encogido, abrigándose el pecho con ambos brazos, castañeteando los dientes, se dirigió a su

cama. Trató de subirse a ella y no pudo; sus manos se agarrotaban.

—A... de... li... na...—baluceó.

Ella corrió en su ayuda y, tras grandes esfuerzos, consiguió acostarle, abrigándole luego con cuantas mantas y ropas hubo a mano. Halderg tiritaba, sacudido por un frío extremado y recóndito, cual si llevarse en los huesos toda la frialdad del mar y de los muertos que se pudren en él; no podía hablar; el tableteo de sus mandíbulas resonaba fátidico, como un estertor agonioso, en la quietud del dormitorio. Transcurrió mucho tiempo. Ya empezaba a clarear cuando el infeliz, más que aliviado roto, extenuado y deshecho, por los terrores sufridos, se rindió al sueño.

Las alucinaciones cróticas de Adelina Vera se repetían todas las noches. Los baños de mar, lejos de serenar aquella excitación, la exacerbaron furiosamente. Halderg, que lo sabía, no podía dormir. Unas veces temprano, a poco de acostarse, y otras de madrugada, luego de sonar el primer canto de los gallos, el incubo enamorado de Adelina se presentaba. ¿Cómo? ¿Por dónde?... Juan Enrique lo ignoraba, pero de su presencia le advertían el nervioso desasosiego, semejante a un picor, y el reiterado suspirar voluptuoso de la joven. Estas posesiones, recatadas y discretamente silenciosas al principio, fueron aumentando su vehemencia hasta prescindir de todo comedimiento, honestidad y mesura. Sin duda la sombra lasciva de Rianza, no satisfecha con adueñarse del cuerpo amado cuantas veces lo apetecía, imaginaba para su goce ayuntamientos extravagantes, de una originalidad alquitarada y enfermiza: diríase que lo hacía así con el propósito deliberado de mortificar a Halderg, o de

rendir a Adelina con óptimas caricias. Estas crisis se agravaban en las épocas de plenilunio, cuando la lívida Hécate, triunfante en la majestad silenciaría de la noche, derramaba sobre el lomo movedizo del Océano su llovizna de plata. La luna, iluminando fuertemente las ventanas de la habitación que servía a los ex amantes de dormitorio, recortaba en el solado dos rectángulos blancos, de una blancura alechigada y espectral. Del fondo gris de los muros enjalbegados, los muebles surgían con perfiles y dintornos rotundos.

Aquella vez el ensueño de Adelina, por su intensidad y duración, adquirió las proporciones de una epilepsia sabática.

Rato hacía que el barón de Nhorres, sentado en su lecho, la espiaba. Como otras veces, ella, sumida en la insensibilidad de la catalepsia, mantúvose sorda a los llamamientos porfiados de Halderg. Bajo las mantas que lo cubrían, su cuerpo había comenzado a ondular pausadamente, como desperezándose, y su cabeza moviase sobre la almohada de un lado a otro, repitiendo un ademán negativo. Aquella agitación, sigilosa al principio, fué creciendo; el lecho estremecíase violentamente; luego la crisis tumultuosa empezó a disminuir, hasta cesar. Transcurridos unos instantes, comenzó de nuevo. El incubo no se satisfacía, su incansable apetito no daba cuartel. Así, en el breve intervalo de una hora, Juan Enrique Halderg contó tres posesiones.

Como el encendido delirio de Adelina continuase, el barón de Nhorres, asustado, empezó a llamarla.

Ella repuso claramente:

—¿Qué quieres?

El la invitó a despertar.

—Estás soñando —dijo; —oye... mira, yo estoy aquí.

Adelina repitió:

—¿Qué quieres?... Habla... di... ¿no sabes que soy tuya?...

Su pronunciación se embrollaba y cayó al fin en el barboteo de palabras ininteligibles. Era evidente que no había oído a Juan Enrique y que se dirigía «al otro». Tristemente, Halderg pensó: «No habla conmigo...»

De súbito la vió deslizarse fuera del lecho, desembarazarse de su camisa de dormir y avanzar desnuda y sonámbula hacia el centro de la habitación. Iba rígida, lenta, las manos un poco extendidas hacia adelante. Bajo el claror lechoso de la luna, su cuerpo blanco y ebúrneo, de lamido mármol parecía; sus ojos cerrados daban al rostro la expresión impassible de las estatuas. Detúvose luego, y al mismo tiempo que levantaba los brazos y los cruzaba sobre la nuca, echó el busto hacia atrás; sus caderas se arquearon lujuriantes; dió algunos pasos; volvió a detenerse; retrocedió, avanzando después mientras giraba sobre la nieve de sus pies descalzos, cual si quisiese bañar toda su carne en el frío regocijo de la luz lunar. Sus labios, entretanto, permanecían inmóviles, y el oro de los cabellos despeinados iba desplomándose en bucles frondosos sobre la redondez mórbida de los hombros. Parecía una sacerdotisa de Urania que cumpliera bajo el poder de los astros el rito de una danza bruja y milenaria.

El barón de Nhorres, aterrado ante tan extraordinario prodigio, volvió a llamarla:

—Adelina, Adelina... ¿no me oyes?...

Ella volvió a inclinarse hacia atrás, recogiendo el mento y quebrando el talle, cual si un brazo hercúleo y conquistador acabase de trazarla por la cintura. Pareció protestar, defenderse .. pero su rebeldía fué corta. Vencida, dócil, con esa docilidad mimosa y servil con que las mujeres rinden al deseo del hombre amado el vaso regalado que da la vida porque también da la muerte, hincóse de rodillas, las manos en el suelo, los senos endurecidos y tensos por la fuerza de la gravedad, al aire las nalgas soberbias y redondas. Así quedó: a intervalos, su vientre y sus lomos se estremecían, cual si unos labios cosquilleantes resbalasen sobre ellos; y Halderg la miraba, la miraba... queriendo inútilmente distinguir agarrado al cuerpo de la posesa la sombra «del otro».

«¡Ahl--pensaba; —yo le vería... le vería si mis sentidos no fuesen tan torpes; porque él, indudablemente, está ahí...»

Ella, después, perdió el equilibrio y comenzó a revolcarse de un lado a otro, lastimándose contra los muebles, epiléptica, convulsionada como un capricho de aquelarre. Esta crisis fué breve. Cuando abrió los ojos pareció sorprendida de hallarse desnuda y en el suelo. Halderg fingía dormir. Ella le miró atentamente unos instantes, para cerciorarse de que no la había visto, y luego, sigilosa, se volvió a su cama.

Con ligeras variantes, estas escenas continuaron repitiéndose durante todo aquel mes de Julio. Los días transcurrían monótonos; Halderg y Adelina, aunque emprendían por las tardes largos paseos siguiendo la orilla del mar, caminaban distraídos, ajos el uno al otro, y apenas se hablaban. La joven

sólo pensaba en la noche, la esperaba con una ansia en la que ya no había miedo. Aquellos deleites solitarios iban consumiéndola; enflaquecía; agrandáronse sus ojos, y en la oquedad de las cuencas el ajenjo de las pupilas tornóse más obscuro; sus mejillas adquirieron un color pajizo.

El barón de Nhorres creyóse obligado a advertir a la joven del peligro que corría. Su voz y su ademán fueron paternales.

—Hablo así—dijo—con conocimiento perfecto de causa; sé lo que te sucede; lo sé... ¡No trates de negarme lo que yo mismo he visto! Ese hombre maldito todas las noches te hace suya.

Adelina callaba, a la vez ruborizada y ofendida. Al fin, declaró:

—Sí, es cierto: ¿qué quieres que haga?... Estaré enferma. . no sé; yo lo siento por ti.

En realidad parecía ufana y hasta orgullosa de que «el otro» la codiciase con tan pertinaz y desesperada vehemencia. Halderg replicó sombrío:

—Mal haces, Adelina, entregándote así al amor de ese hombre que tan funesto ha sido para nosotros. Tú me has contado que Angel una noche te mordió el pecho. Error. No fué el niño, sino «él» quien te mordió valiéndose de los dientes del enfermito. ¡Miserable! No te fies de él; Riaza no te quiere; recházale; yo conozco sus designios; es malo, es infernal: si ahora te goza y es amable contigo, es para infundirte confianza; pero luego, cuando mueras, volverá a torturarte, como te torturó en vida. No olvides que él fué quien asesinó a nuestro hijo y quien mató a mi padre...

Y añadió loco y magnánimo:

—Ya sé que me perdiste el cariño; no importa; yo

te adoro siempre, y acuérdate de lo que en este momento y en nombre de esa adoración voy a jurarte. Tan cierto estoy de que Alberto Riaza te aborrece, que si algún día te viese en peligro de muerte y comprendiera que tu última hora era llegada, en el acto, sin esperar tu fin, me suicidaría, para que mi alma pudiese defenderte de él...

Algunas noches, después de cenar y mientras Adelina se acostaba, Halderg, que nunca tenía sueño, iba a distraer su ocio en la tenería vecina, con cuyos dueños había trabado amistad. Eran éstos un matrimonio y dos hijos ya hombres. El padre había sido marino, y su mujer, aunque pasaba de los cincuenta y padecía de reuma y otros alifafes, era muy parladora y festera, y ducha como nadie en el arte de captarse relaciones y granjearse simpatías. De los dos hijos, el mayor estaba casado. Frecuentaban aquellas reuniones varios tagarotes, marineros en su mayoría, y algunos mozos de labranza que trabajaban en los cortinales vecinos; toda buena gente, ruda, sencilla, bronceada por las nobles caricias del viento y del mar. También solía ir por allí un vendedor de bujerías, tipo exótico, medio francés y medio italiano, que todas las mañanas salía del pueblo llevando sobre la cabeza un fayanco bien abastado de ligas, navajas, horquillas para el pelo, botones, fosforeras, gemelos, pendientes, collares y otras baratijas de las que las mozas y mozos diseminados por las casas de labor de los alrededores solían hacerle gran consumo.

La presencia de Juan Enrique Halderg causó cierta inquietud a los contertulios de la tenería: apenas hablaban; parecían avergonzados de la tosquedad de su ropa y de la grosería de sus pies descalzos. Pero

esto fué al principio, pues muy pronto el inglés, que era amable y se complacía extraordinariamente en las historias que ellos contaban, supo ganarse la amistosa adhesión de todos. Eran aquellas historias de retatarabuelos medio brujos, de aparecidos y de duendes, de muertos que volvían desde la otra vida a castigar agravios que recibieran en ésta, y de mujeres o niños enfermos de mal de ojo. Domingo, el mercader de bujerías, sabía muchas, que por algo andaba de zoco en colodro y trataba a tanta gente. Era un hombre bajito y robusto, que se vanagloriaba de haber recorrido a pie toda España. El, en materia de magia, tenía sus opiniones: no creía, como otros, en fantasmas, ni en que esos cadáveres que aparecen en las albercas o en los ríos, y cuya muerte queda inexplicada, sean cuerpos desenterrados por las almas; pero tampoco negaba la existencia de lo sobrenatural.

—Por ejemplo—empezó diciendo —: yo conocí, en un pueblo de Almería, a un gitano a quien llamaban «Pajarito». Y sucedió que cierta noche «Pajarito» y un compadre suyo fueron a una taberna cuyo dueño era amigo de ambos. Pusiéronse todos a jugar, y por cuestión de naipes .. o de faldas .. o de lo que fuese... empezaron a disputar, y agriándose la cuestión con el vino que habían bebido y las malas palabras que se dijeron, salieron al aire las navajas, resultando en la pelea muerto «Pajarito». Que así, por semejante sitio, hubo de entrarle el cuchillo que acabó con él, por cuanto el muchacho no dijo «Jesús». Pues aquella noche y a la mismísima hora en que esto ocurría, su padre, que a la sazón se hallaba en Canarias, despertóse y llamó a los dueños de la casa donde estaba, diciéndoles que se moría de miedo porque acababa de

ver a su hijo «Pajarito» con una herida tamaña en el corazón.

El narrador concluyó:

—Pues eso, ¡hay que convencersel, fué el muerto, nadie más que el muerto, quien se lo dijo.

Hubo un largo silencio que acreditaba la impresión honda que la conseja produjo en el auditorio. Otro de los presentes, que había pertenecido a la marina de guerra, refirió, a su vez, una historia terrible.

—¡Esto que voy a decir—exclamó—me ha sucedido a mí!

Y sus ojos, dilatados bruscamente, parpadearon de horror. El dormía en una posada de Lisboa. A media noche le despertó un ruido producido en su misma habitación; la obscuridad era completa: aplicó el oído y creyó percibir el roce levisimo, como de seda, de unos pasos. Apresuróse entonces a buscar la caja de los fósforos que estaba cierto de haber dejado sobre una silla, a la cabecera del lecho, y tropezó con una mano fuerte, grande; una mano de hombre. Creyendo habérselas con un ladrón, trató de asirle por el brazo, pero sus dedos sólo palparon el vacío: aquella mano fantasma no tenía brazo, ni muñeca... parecía una araña... ¿Cómo estaba allí entonces? ¿Qué quería? ¿Iba a estrangularlo?... Nunca lo supo, porque el terror le privó de conocimiento, y cuando despertó ya era de día.

—Lo único que sé—agregó el narrador—es que sobre la silla, junto a la caja de los fósforos, encontré una sortija... que no era mía...

Fué aquella una noche en que los devotes de lo maravilloso, sugestionándose mutuamente, se excedieron: había en los ojos miradas registradoras de pavor, y en los ademanes lentitudes teúrgicas de conjuro; algo

hipnótico flotaba sobre aquel grupo de cabezas intonas y vehementes: refiriéronse lances brujos acaecidos en España, en América, en Australia... Juan Enrique Halderg les escuchaba atento, con un recogimiento que adulaba la vanidad de los narradores, en tanto pensaba que todo ello era verídico y que las ciencias ocultas, con su nutrida cohorte de aparecidos, hierofantes, brujas acojadoras, alquimistas, exorcistas, voces y ensueños proféticos, bebedizos cabalísticos y demás sorpresas que llenan la historia milenaria de las supersticiones, toda esa tenebrosa región, en fin—playa de infierno y de locura—, donde la lujuria, la muerte, la epilepsia sabática, la religión y la magia parecen haberse dado cita, forman un manto nigromántico cuyo poder obscuro se extiende, como las ondas eléctricas de Hertz, de un continente a otro, hasta envolver la Tierra.

Al pavor razonado, perfectamente discursivo, que tales conversaciones inspiraban a Halderg, se añadía la sugestión amenazadora y constante del mar. En sus paseos cotidianos por la playa, el barón de Nhorres solía detenerse a escuchar el batanear de las olas: unas parecían llamarle; otras, alargando sobre la arena su lengua enorme y espumosa, se acercaban a él cual queriendo enredarse a sus pies y llevarle consigo. Esparciendo sus miradas por la extensión oceánica, pensaba en Londres. La nostalgia de la patria le invadía. ¿Volvería a Inglaterra? ¿Tendría el consuelo de ver la tumba de su padre? Y si al cabo su voluntad de huir prevalecía y llegaba a embarcarse, ¿no naufragaría el buque sobre aquellas ondas que ahogaron «al otro»...? Se hallaba aislado, perdido; para él no había oriente; su historia era como un cuadro absurdo tizado con

los dos colores tétricos por excelencia: el negro y el amarillo: el negro, que simbolizaba la duda, el silencio y la nada; y el amarillo, que expresaba la muerte. Adelina, aunque siguiese viviendo a su lado, ya no estaba con él, y por momentos la sentía más distante. ¡Qué aciago le fué su amor! Ella era el manantial único, manantial maldito, jamás exhausto, de sus desgracias. Ella, que enloqueció a Riaza y le dejó impotente, también le había aniquilado a él. ¿Qué fuerza vesánica tenía su cuerpo, que así destrozaba a los que lo poseían y hasta a los mismos muertos alcanzaba? ¿Es que la locura, como otras muchas enfermedades, proviene de microbios, y son las mujeres las encargadas de transmitirlos y propagarlos a besos entre los hombres?... Pensando en esto mientras iba y venía por la playa, Juan Enrique Halderg se reconocía insignificante, pequeño como cualquiera de aquellos granitos de arena que oía crujir bajo sus botas de charol; nadie le ayudaría a salvarse; muerto su padre, ¿quién se atrevería a defenderle contra el poder de lo invisible? Estaba solo... ¡completamente solo!... Y cuando miraba al horizonte le parecía que la sombra «del otro» avanzaba hacia él negra, vengativa, oscureciéndolo todo como una noche inmensa...

Agonizaban los últimos días de Agosto cuando Halderg y Adelina decidieron regresar a Madrid. El tiempo había cambiado, el barómetro anunciaba trastornos atmosféricos graves y los fríos otoñales iban encimándose con desacostumbrada diligencia.

El barón de Nhorres preguntó a la joven:

—¿Cuándo quieres que nos marchemos?...

Y ella, discreta y precavida siempre, había contestado:

—El lunes, porque los sábados y domingos viaja mucha gente.

Ya estaba la ropa recogida en los baúles, y éstos atados y dispuestos para ser llevados a la estación; los armarios, vaciados rápidamente, quedaron tristes; el alma inquieta de los viajes llenaba las habitaciones, que parecían más grandes.

Aquella noche Adelina Vera y el barón de Nhorres se acostaron temprano; el tren pasaba por el pueblo a las siete y minutos de la mañana, y necesario era madrugar para alcanzarlo. Contra su costumbre, Halderg, que se encontraba muy fatigado, durmióse en seguida. Durante algunas horas su sueño fué profundo. El choque de un mal presentimiento le despertó a media noche; hallándose en actitud supina, su primera mirada fué para el techo; la luna anegaba la habitación en una evaporación luminosa, suave, como hecha de sedas y de gasas fosforescentes. Inmediatamente Halderg recibió la sensación de que «el otro» estaba allí. Su corazón no se había equivocado: tendida sobre el lecho de Adelina aparecía la sombra negra de un cuerpo. ¿Era un animal? ¿Era un hombre?... Sus contornos se esfumaban ladinos en la semiclaridad del dormitorio, pero Juan Enrique no dudó de que fuese Rianza. Y en el acto, como la joven no se moviese, pensó:

«Está matándola...»

Esta idea determinó en él una reacción indomable. Ciego de rabia, sin medir el peligro de lo que iba a hacer, cogió su revólver, que todas las noches dejaba cargado a la cabecera del lecho, y, sin apuntar, disparó un tiro... y seguidamente otro y otro...

Un grito de mujer respondió a la primera detona-

ción. Una densa humareda había llenado la habitación, dejándola momentáneamente en tinieblas. Halderg brincó al suelo y corrió hacia la cama de Adelina. Esta yacía inmóvil y boca arriba. Juan Enrique comenzó a llamarla al mismo tiempo que cogiéndola por un brazo la sacudía violentamente para obligarla a despertar. Pero ella continuaba inerte. Acercóse a reconocerla y vió que la almohada y el jergón iban, por momentos, anegándose en sangre. La joven había recibido dos balazos mortales: uno en la garganta, otro en la frente...

Halderg comenzó a gritar:

—¡La he matado!... ¡Soy un asesino!... ¡La he matado!...

Así era, en efecto; los tiros dirigidos contra «el otro», ella los había recibido. Unos instantes quedó perplejo, sobrecogido, ante el horror de su obra. Creyendo que soñaba, volvió a llamar:

—¡Adelina!... ¡Adelina!...

Calló... Unas manos vigorosas porraceaban la puerta cerrada del dormitorio, y voces asustadas de mujeres y de hombres decían:

—¿Qué ha sucedido?... ¡Abra usted!... ¡Abra ustedes!...

La puerta, aunque recia, gemía, amenazando ceder al empuje de los asaltantes. La misma inminencia del peligro devolvió al inglés su serenidad; recogió sus ideas: había cometido un crimen y le era necesario huir. Para suavizar la impaciencia de sus perseguidores, empezó a gritar:

—¡Ya voy, ya voy!... ¡Esperad!... ¡Voy en seguida!...

Entretanto, sin mirar a la muerta, iba vistiéndose

rápido lo más indispensable: el pantalón, la camisa, una americana...

Las voces de los asaltantes se tornaban imperativas y agresivas:

—¡Abrid, abrid... o echamos la puerta abajo!...

Y Halderg replicaba:

—¡No ha sido nada! ¡Ya voy! Esperen ustedes... ¡No ha sido nada!...

Cogió su sombrero, sus botas; abrió precipitadamente un maletín y se abarrotó los bolsillos de billetes de Banco. Asomóse después a una ventana, midió la altura que había de salvar, cuatro o cinco metros... y se arrojó al vacío. Cayó a plomo sobre unos matorrales, que apaciguaron oportunamente el ruido y la violencia del golpe, y en seguida, con la velocidad que infunde a los pies el espanto, echó a correr a lo largo de la playa. Sobre la arena, blanqueada por el claror lunar, su cuerpo huía como un antojo de aquelarre; bien pronto disminuyó en la distancia hasta parecer un punto negro. Siguió decreciendo; desapareció...

Así corrió durante quince o veinte minutos. Al fin se detuvo al pie de un acantilado; allí, tendida sobre las rocas, vió una barca, lo que le sugirió la idea de alejarse cuanto antes de la tierra, de la tierra maldita... donde «el otro» triunfaba.

Con esta resolución, animado por los vigores superhumanos del terror, empujó la barca hasta ponerla a flote, metióse en ella izándose por una borda, empuñó los remos y bogó reciamente mar adentro, hacia un faro lejano. El viento dormía; las olas deshacíanse con un hervir de espumas; el Océano, bajo la majestad religiosa de la luz astral, parecía de plata.

VI

La histórica sacramental de San Martín se halla situada en la parte septentrional de Madrid, a la izquierda de la calle de Bravo Murillo y no lejos de los alegres ventorros de los Cuatro Caminos y Amanuel, célebres en los fastos del jaranero mocerío cortesano. Los domingos, cuando el viento sopla del Norte, el bullicio de la muchedumbre que se divierte y la algarabía canallesca de los pianillos de manubrio franquean los altivos paredones del viejo cementerio, parecen tropezar en las copas tupidas, herméticas, poco accesibles a los susurros de la brisa, de los cipreses, y al cabo se apagan en la tristeza de las galerías silenciosas y resonantes.

El atrio de la sacramental tiene la sencillez, llena de evocaciones, de la arquitectura griega, y lo forman ocho columnas recias y altas de color ladrillo; a la izquierda están las oficinas y las habitaciones del portero; a la derecha aparece la capilla, en cuyo centro y colgada del ábside, arde una lamparilla de aceite que oscila en las tinieblas del recinto como un péndulo de luz. Al otro lado del peristilo el Camposanto abre el misterio de sus patios cubiertos de viejas tumbas tiz-

nadas por la pátina del tiempo y roídas por el cáncer verdinegro del musgo. Las lluvias y las horas llevaron los epitafios de muchos sepulcros, de los que parece desprenderse un silencio inmenso, cual si en ellos hasta el bullir glotón de los gusanos habiese cesado. Pocos, muy pocos curiosos, visitan ya aquel jardín de paz; sin duda los hijos y aun los nietos de los que allí duermen se fueron también. De año en año disminuye el número de sepelios, y éstos son siempre de adultos; viejos ricos y alegres que la muerte parecía haber olvidado, y al cabo fueron a ocupar el hueco que la previsión de sus deudos les dejó reservado en los mausoleos familiares. La hierba pone lozanos festones de esmeralda sobre las junturas de las losas; los cipreses simbólicos, erectos, semejantes a agujas góticas, parecen pararrayos que, mientras irradian por el espacio el dolor de los muertos, quisiesen atraer la misericordia celeste sobre la multitud pecadora que se pudre enredada a sus raíces. Hay varios patios: el de San Martín, que da nombre a la necrópolis; el de San Marcos, el de San Ildefonso; y más allá y en un plano inferior, los de Santo Domingo, San Benito y otros. En el centro de cada uno de ellos, una cruz de piedra abre sus brazos desolados; no resuenan allí ni piar de pájaros ni zumbiar de abejas; todo calla: diríase que el viejo cementerio, cansado de tragar carne humana, ahito de dolor, ha cerrado ante la vida sus terribles fauces para amodorrarse en una especie de digestión letárgica y pausada.

Aquella mañana, una de las últimas del mes de Marzo, amaneció lloviendo, y Bonifacio Crespo, el portero de la sacramental, no se atrevió a seguir arreglando unos nichos que la víspera comenzó a reparar.

Padecía de reuma y sabía por experiencia que los aguaceros que se reciben, estando trabajando, sobre la espalda y los riñones, son muy traidores. Era un viejo alto, seco, encorvado hacia adelante, con los brazos colgantes y largos, como apercebidos siempre a manejar el azadón. Vestía traje de pana, camisa de franela y anchas botas campesinas de cuero blanco. No usaba barba ni bigote, y la boca, de labios delgados y oscuros, renegridos por el tabaco, pintaba una cicatriz entre el pico aguileño de la nariz y el espólón testarudo del mento. La frente era pequeña bajo la boina azul, derribada hacia atrás, sobre la nuca, como una cogotera; y en sus ojos pequeños y redondos su oficio de sepulturero, hecho a abrir y cerrar fosas, parecía haber dejado el color pardo de la tierra recién removida. Más de cuarenta años hacía que estaba empleado allí; los difuntos ya no le impresionaban; dormir en la portería o irse a echar un poco más allá, en un patio de aquéllos, ¿no era lo mismo? Hablaba poco, y su ademán tenía la parsimonia desdeñosa de la impasibilidad; obligado, por razones de su profesión, a vivir al borde mismo de la muerte, lo sobrenatural no le inquietaba; los finados no se mueven, ni hablan con nadie, ni salen de sus tumbas de noche, como el vulgo cree.

—De todas las casas de vecindad que conozco—so-
lla decir—, ninguna tan tranquila como ésta...

Acostumbrado a ver cómo la primavera cubre de hierba y de flores las tumbas, y la prosteza con que los vivos olvidan a los que se van y se consuelan de su ausencia, era, en medio de su ruda ignorancia, un filósofo cínico y frío y humorista a quien nada, ni aun lo más grande, interesaba.

Bonifacio Crespo estuvo quedo unos instantes, inspeccionando el enturbiado cariz del tiempo; luego, cachazudamente, encendió un cigarrillo y se dispuso a regresar a su portería. El ruido de sus zapatos llenaba la quietud del atrio, resonante como una cueva.

La aparición inesperada de un caballero joven, rubio, elegantemente vestido, le detuvo. Parecía extranjero. Calzaba botas de charol y un monóculo espejeaba en el óvalo inteligente de su cara afeitada. El recién llegado preguntó:

—¿El señor guardián del cementerio?

—Yo soy.

A la afirmación, un tanto brusca, de Bonifacio, su interlocutor respondió pulidamente quitándose el sombrero. Crespo le examinaba de cabeza a pies, un poco desconcertado ante aquella amabilidad exótica, a la vez familiar y señorial. El desconocido prosiguió:

—¿Usted, por tanto, es la única persona con quien debo entenderme?

—La única.

—¿Y el señor capellán?

—Ese no interviene en nada. Aquí, lo que yo dispongo está bien hecho.

Y añadió, petulante y jaquetón:

—Cuarenta años hace que vivo aquí; ¡figúrese usted si sé mi deber!

Al hablar extendía un brazo, señalando hacia el interior del cementerio; un silencio, que parecía de asentimiento, respondió a sus palabras. El forastero repuso:

—Perfectamente.

Después le entregó su tarjeta.

—Para que sepa usted quién soy.

Bonifacio Crespo, frunciendo sus cejas hirsutas y blancas, leyó lentamente: «Jnan Enrique Halderg, barón de Nhorres.»

—Muy señor mío. Usted dirá.

La condición hidalga de su interlocutor le amansó; olfateaba una propina.

—Venga usted—dijo—; aquí estaremos mejor.

Subintraron en la portería; era una habitación oscura y ruin, con una ventana enrejada, desde donde se divisaban varias tumbas. Cubrían el húmedo enjalbegado de las paredes varios estantes abarrotados de librotos, reciamente encuadernados en cuero.

El inglés, visiblemente emocionado, permaneció de pie. Bonifacio Crespo reiteró su pregunta:

—Pues usted dirá en qué puedo servirle.

Hubo una pausa. Halderg se sentó.

—¿Estamos solos?

—Solos, sí, señor; puede usted hablar con toda libertad.

—Muy bien. Yo deseaba cerciorarme de si está enterrada aquí una señora llamada... Adelina Vera.

El nombre y el apellido de la muerta los dijo bajando involuntariamente la voz, con la unción respetuosa de quien pronuncia un nombre sagrado. Crespo no le entendió:

—¿Quién ha dicho usted?

—Adelina Vera.

—No sé; Adelina Vera... No sé; pero eso lo averiguamos en seguida.

—Muchas gracias...

Estaba inquieto, con una emoción llena de agradecimiento y de timidez.

—¿Sabe usted cuándo la enterraron?

—Ignoro la fecha fija... pero debió de ser en los primeros días de Septiembre del año antepasado.

Bonifacio Crespo comenzó a hojear el *Indice general*, un enorme volumen, con lomo de pergamino y cantoneras metálicas, pulidas por el uso, que yacía sobre la mesa y señalaba el nombre y apellido de todos los inquilinos de la necrópolis. El sepulturero leía atentamente, mascullando con acento monótono palabras ininteligibles, como si jesusease una oración. Acercóse luego a un estante y su mano fué indecisa de unos tomos a otros, palpándolos, cual si por el tacto conociese dónde estaba lo que necesitaba saber. Cogió, al cabo, un *Libro de enterramientos*, que llevó a la mesa; bajo sus dedos duros y aporretados, y en el silencio de su pequeña habitación, las hojas grandes, acribilladas por la humedad de puntillos glaucos, gemían desapacibles. Halderg se acercó a Crespo:

—¿Ha encontrado usted?...

—No.

Consultó de nuevo el *Indice general*. Entre dientes, hablando consigo mismo, repetía:

—Hemos dicho el *Libro* cuarto... el *Libro* cuarto... ¿verdad?...

El barón de Nhorres miró el tejuelo del *Libro de enterramientos* que su interlocutor había consultado, y rectificó:

—Este es el *Libro* tercero... Cuidado... se ha equivocado usted.

Crespo reconoció su error:

—¡Dice usted bien! Algunos días está uno con la cabeza llena de musarañas y no sabe lo que hace.

Cogió otro tomo.

—¡Vaya, éste es!

Siguió buscando. De aquellos viejos librotas, escritos con una tinta que ya empezaba a pardear, se desprendía una emoción intraducible de frío y de silencio. ¡Pobres generaciones que devoró el tiempo! De todos sus afanes, de todos sus amores, de toda su belleza, sólo quedaba allá fuera, en los patios herbosos, un poco de barro, y allí dentro, en aquella mezquina portería de la muerte, un nombre; ¡menos que un recuerdo!...

Movido por una curiosidad melancólica, Juan Enrique Halderg leyó al azar:

«En la villa y corte de Madrid, a ocho de Diciembre de mil ochocientos sesenta y dos, previa la orden del señor Tesorero de esta Archicofradía y el competente V.º B.º del señor Teniente Mayor de la Parroquia de San Ildefonso, ha sido sepultado en el Camposanto de la misma, en la sepultura número cuatro, el cadáver del feligrés.. »

Halderg, absorto, pensaba:

«Esto, nada más que esto, será lo que quede de mí...»

Arrancóle de sus meditaciones la voz impaciente del sepulturero.

— Esa señora—dijo—murió en Asturias, ¿verdad?

Estremeciéndose, Halderg repuso:

— Sí, en Asturias.

—Entonces aquí está. Me hubiera usted dicho que descansaba en el panteón de la familia Riaza, y la hubiésemos hallado en seguida. Vea usted.

El barón de Nhorres leyó: «Adelina Vera y de Félix, viuda de Riaza, de veinticuatro años de edad, natural de Málaga...»

—Sí, ella es...—murmuró.

No pudo seguir leyendo; temblaban sus manos; sus mejillas, demacradas y exangües, habían adquirido la blancura del papel. Tenía deseos de llorar, unos deseos inmensos... Bonifacio Crespo le miraba atento, un poco cohibido por la expresión de aquellos ojos enamorados que preguntaban a la tierra, ¡quién sabe desde cuándo!, por un poco de polvo.

—Esta señora—agregó—murió en Asturias, y no fué trasladada aquí hasta fines de Octubre, el día 25... ¡Ya podía yo buscarla en los folios correspondientes al mes de Septiembre, como usted decía!

Era evidente que Bonifacio Crespo, socaliñero y lardino, celebraba su servicio para mejorar la propina que esperaba de Halderg. El barón de Nhorres, entretanto, escribía en su cartera las señas de la tumba de Adelina: «Patio de Santo Domingo, sarcófago número 15...» Después miró a su interlocutor de hito en hito; parecía sereno y comenzó a ponerse los guantes pausadamente, con el gesto distraído y de buen tono que los hombres de mundo adoptan cuando esperan a ser interrogados. Crespo a su vez le inspeccionaba, alborotado y curioso. Preguntó:

—¿Quiere usted ver el panteón de la familia Riaza?

—No... no... gracias...

Hubiese querido visitarlo, pero no se atrevía; aterrábale la idea de sentirse a pocos pasos de la muerte, separado de ella por una lápida de mármol nada más,

—Lo que sí deseo de usted—continuó—es que me traiga algunas flores o hierbas de las que hayan nacido más cerca del sarcófago.

El sepulturero se rascó la cabeza.

—Flores—dijo—no podré traerle, porque todavía no las hay; es temprano; hierbas, sí...

—Pues eso; hierbas...

Salió Bonifacio de la portería, y no eran transcurridos dos minutos cuando volvió con un frondoso haz de hierbajos en la mano.

—Tome usted.

El palurdo sonreía irónico, sin comprender la exquisita delicadeza sentimental que implicaba el capricho de su interlocutor. Entre aquellas hierbas había un ramo de ortigas.

—Tírelo usted—aconsejó Crespo—, porque se va usted a pinchar.

Halderg repuso:

—No importa.

Las ortigas, ardientes, también eran sagradas para él. Humilló los párpados y su semblante adquirió una seriedad mística; sus labios, moviéndose, parecían musitar un rezo. Pensaba: «Adelina, estas plantas abonadas con tu carne son preciosas para mí: las guardaré siempre, y cuando muera, dejaré ordenado que las coloquen en mi ataúd; acaso ellas sean la esencia de tu alma, el aroma último de aquellos pensamientos tan secretos, tan recónditos, que nunca me dijiste...»

Levantó los ojos y vió que el sepulturero le miraba.

—Dispénseme usted—dijo Halderg—; estaba distraído; me creía solo...

Sacó de un bolsillo secreto de su gabán un sobre, que puso entre las manos groseras y morenas, temblantes de codicia, de Crespo.

—Esto es para usted—agregó—; quinientas pesetas.

Deslumbrado por aquella emoción de felicidad, el sepulturero repitió:

No pudo seguir leyendo; temblaban sus manos; sus mejillas, demacradas y exangües, habían adquirido la blancura del papel. Tenía deseos de llorar, unos deseos inmensos... Bonifacio Crespo le miraba atento, un poco cohibido por la expresión de aquellos ojos enamorados que preguntaban a la tierra, ¡quién sabe desde cuándo!, por un poco de polvo.

—Esta señora—agregó—murió en Asturias, y no fué trasladada aquí hasta fines de Octubre, el día 25... ¡Ya podía yo buscarla en los folios correspondientes al mes de Septiembre, como usted decía!

Era evidente que Bonifacio Crespo, socaliñero y ladino, celebraba su servicio para mejorar la propina que esperaba de Halderg. El barón de Nhorres, entretanto, escribía en su cartera las señas de la tumba de Adeline: «Patio de Santo Domingo, sarcófago número 15...» Después miró a su interlocutor de hito en hito; parecía sereno y comenzó a ponerse los guantes pausadamente, con el gesto distraído y de buen tono que los hombres de mundo adoptan cuando esperan a ser interrogados. Crespo a su vez le inspeccionaba, alborotado y curioso. Preguntó:

—¿Quiere usted ver el panteón de la familia Rianza?

—No... no... gracias...

Hubiese querido visitarlo, pero no se atrevía; aterrábale la idea de sentirse a pocos pasos de la muerte, separado de ella por una lápida de mármol nada más,

—Lo que sí deseo de usted—continuó—es que me traiga algunas flores o hierbas de las que hayan nacido más cerca del sarcófago.

El sepulturero se rascó la cabeza.

—Flores—dijo—no podré traerle, porque todavía no las hay; es temprano; hierbas, sí...

—Pues eso; hierbas...

Salió Bonifacio de la portería, y no eran transcurridos dos minutos cuando volvió con un frondoso haz de hierbajos en la mano.

—Tome usted.

El palurdo sonreía irónico, sin comprender la exquisita delicadeza sentimental que implicaba el capricho de su interlocutor. Entre aquellas hierbas había un ramo de ortigas.

—Tírelo usted—aconsejó Crespo—, porque se va usted a pinchar.

Halderg repuso:

—No importa.

Las ortigas, ardientes, también eran sagradas para él. Humilló los párpados y su semblante adquirió una seriedad mística; sus labios, moviéndose, parecían murmurar un rezo. Pensaba: «Adelina, estas plantas abonadas con tu carne son preciosas para mí: las guardaré siempre, y cuando muera, dejaré ordenado que las coloquen en mi ataúd; acaso ellas sean la esencia de tu alma, el aroma último de aquellos pensamientos tan secretos, tan recónditos, que nunca me dijiste...»

Levantó los ojos y vió que el sepulturero le miraba.

—Dispéñeme usted—dijo Halderg—; estaba distraído; me creía solo...

Sacó de un bolsillo secreto de su gabán un sobre, que puso entre las manos groseras y morenas, temblantes de codicia, de Crespo.

—Esto es para usted—agregó—; quinientas pesetas.

Deslumbrado por aquella emoción de felicidad, el sepulturero repitió:

—¿Quinientas pesetas?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Para mí?... ¡No es posible!...

—Sí; ya se lo he dicho; esta cantidad es para usted.

El mismo Halderg le ayudó a romper la neta del sobre donde los dos mil reales, en billetes de cincuenta y de cien pesetas, fueron guardados. Tan sobrecogido y fuera de sí estaba Bonifacio, que hubo de sentarse. El barón de Nhorres continuó:

—A cambio de este regalo, espero de usted un favor que ha de costarle poquisimo trabajo.

Crespo se irguió resuelto y solemne, dispuesto a jurar.

—Cuenta usted conmigo para todo.

—Yo —prosiguió Halderg— necesito ausentarme de Madrid esta misma noche; salgo para el extranjero... y no sé cuándo regresaré a España; probablemente no volveré nunca... Usted y yo, sin embargo, hemos de cartearnos: yo le escribiré a usted con frecuencia, y todos los meses le enviaré dinero. ¡Oh! ¡Crea usted que sabré ser generoso!...

Según hablaba iba transfigurándose; parecía más alto, más delgado, más pálido; algo raro, como un halo de manicomio, le envolvía. Bonifacio Crespo pensaba soñar. El barón de Nhorres continuó:

—También he de escribir a «ella».

—¿A ella? —repitió Crespo.

—Sí.

—¿A quién?

—A Adelina; para eso he apuntado sus señas: «Patio de Santo Domingo, sarcófago número 15...» ¡No, no es fácil que las olvide!

—¿Pero va usted a escribirle cartas a una muerta?

—¿Por qué no? ¿Y adónde, si no es al cementerio en que descansan, hemos de escribir a los muertos?

Bonifacio Crespo se encogió de hombros, asombrado; ya no dudaba de que su interlocutor era loco. Por su espíritu descreído cruzó un pensamiento burlón.

—¿No esperará usted —dijo— que ella le conteste?...

—¡Quién sabe!

Y añadió exaltándose:

—No pienso convencerle a usted de nada; crea usted lo que guste; pero acaso futuros acontecimientos le demuestran que no estoy loco. Tras esta miserable vida, amigo mío, hay otra... y son ciegos y sordos y estúpidos, con imbecilidad incurable, cuantos niegan que las almas de los difuntos no siguen comunicándose con nosotros...

Crespo no contestó; miraba al suelo. Hubo un silencio. Ya más calmado, Juan Enrique Halderg pudo continuar:

—Todas mis cartas, así las que dirija a Adelina como las que le escriba a usted dándole instrucciones o remitiéndole dinero, vendrán certificadas. ¿Comprende usted?

—Sí, señor.

—Y usted me hará el favor de firmar por ella en el libro de certificados. ¿Conoce usted al cartero?

—Somos amigos desde hace muchos años.

—Tanto mejor: le refiere usted nuestra conversación... ¡no me importa! Le dice usted que se trata de un pobre señor loco... lo que usted quiera...

—¿Y qué haré con las cartas de esa señora?

—Colocarlas sobre su tumba.

—¿Na' a más?

—Nada más. ¡Ah! No vaya usted a poner encima

de ellas ningún objeto pesado... alguna piedra, por ejemplo...

La recomendación del inglés hizo sonreír al sepulturero.

—En eso mismo estaba pensando—exclamó—, porque aquí, como estos parajes son tan altos, siempre hay mucho viento.

—No importa; haga usted lo que le digo.

—Bueno... pero, ¿y si se las lleva el aire?

—No será el aire—repuso Halderg gravemente— quien se lleve mis cartas; será ella, Adelina, quien se las lleve... aunque usted crea otra cosa.

Cogió su sombrero, que limpió delicadamente con el pañuelo; luego se lo puso, ajustándoselo bien sobre la frente. Se dirigió a la puerta, seguido de Crespo. En el atrio, los dos se detuvieron. El inglés tendió a Bonifacio su diestra enguantada, como para arrancarle uno de esos caballerescos apretones de manos que a los hombres de casta hidalga les une y obliga con la fuerza de una acta notarial. Bonifacio comprendió lo que aquello significaba, y bruscamente, con brusquedad noble y sana, aceptó el compromiso.

—Usted me manda—dijo.

—¿Puedo confiar en usted?—insistió Halderg.

—Completamente.

—¿Usted está siempre aquí?

—Siempre.

—¿Tiene usted hijos?

—No, señor.

—¿Y esposa?

—Tampoco; soy viudo desde hace muchos años.

—Entonces...—replicó Juan Enrique desalentado— no tiene usted por quién jurar.

La desconfianza del barón de Nhorres molestó a su interlocutor; la altivez de su alma castellana protestó. El sepulturero tuvo un gesto sencillo, de una simplicidad romántica y teatral. Su mano abierta señaló al cementerio.

—Puedo jurar —dijo— por todos los que duermen ahí dentro. Las cartas que usted envíe son sagradas; nadie las tocará; ¡palatra de honor! Vaya usted tranquilo...

Halderg no le contestó; rápidamente, como si huyese, giró sobre sus talones y salió. Bonifacio Crespo, un poco inmutado, le miró alejarse. Después volvió a la portería. Los billetes de Banco que Halderg dejó sobre la mesa, yacían esparcidos por el suelo; uno de ellos estaba a punto de deslizarse bajo los armarios cargados de libros, medroso, encogido, como un pájaro prisionero.

«Es el viento» —pensó Crespo.

Y cerró la ventana. Pero, al mismo tiempo, recordó las palabras de Halderg: ¿y si no fuese el viento; si fuese Adelina? Sin darse cuenta de lo que hacía, mientras iba recogiendo los billetes caídos, miró a su alrededor: era aquélla la primera vez que su alma de sepulturero sentía el miedo a los muertos.

Transcurrieron dos semanas.

Una tarde Bonifacio Crespo recibió la visita del cartero: traía dos certificados del extranjero.

—Uno es para ti —dijo—, el otro para doña Adelina Vera. ¿Quién es esta señora?...

Crespo hizo un gesto ambigioso: no sabía qué responder. El cartero siguió leyendo el sobre:

—«Patio de Santo Domingo, tumba número 15...»
Oye .. ¿pero es que esta señora es una muerta?

—Sí.

—¿Y quién la escribe?

—Un señcr... un señor inglés... que estuvo aquí, conversando conmigo, el mes pasado.

—¡Qué ocurrencial! ¡Estará loco ese hombre!

—¡Naturalmente!

Hacia calor. El cartero se había quitado la gorra y con un pañuelo se enjugaba la frente, bañada en sudor. Parecía reflexionar.

—Pues no voy a poder dejarte la carta para esta «doña Adelina Vera» —dijo.

—¿Por qué?

—Porque tú no tienes autorización para firmar por ella que la has recibido.

—¡Bah!

—No, no puedes...

Y agregó, levantándose:

—Yo devolveré la carta a la Dirección, y tan tranquilos todos. ¿A ti qué te importa?

Bonifacio le detuvo, cogiéndole por un brazo.

—No—repuso—; esta carta debe quedarse aquí. Al caballero que la escribe le he prometido que ninguna de sus cartas se perdería; se lo he jurado...

Habló apasionadamente, con un ardor repentino, nuevo en él, cual si se hallase bajo la influencia de una sugestión.

—Yo, en el libro de certificados, firmo «por orden» de esa señora, y en paz.

El cartero le miraba fijamente, y en sus ojos había recelo y asombro. Bonifacio agregó:

—¿Es que desconfías? ¿Crees que no se trata de una muerta? . . . Pues, ea... ¡vas a convencerte! Sígueme.

Obedeció el cartero y los dos hombres salieron al

peristilo, cruzaron el patio de San Martín y bajando unos peldaños llegaron al de Santo Domingo. Sus pisadas sonaban rítmicamente en la vacuidad ecoica de aquellos viejos recintos llenos de silencio y de sol. Crespo, que iba delante, se detuvo ante la estrecha puertecilla férrea de un panteón.

—Mira—dijo.

El cartero se acercó, descubriéndose, dominado por ese respeto instintivo que inspiran los muertos. Apoyó la frente contra los barrotes de la puerta, al mismo tiempo que fruncía los párpados para ver en la penumbra que llenaba el interior del pequeño mausoleo. Crespo añadió:

—Abajo, junto al suelo y un poco a la derecha, hay una lápida que dice: «Adelina Vera de Félix...» ¿Te convences?

La prueba era terminante; el cartero, vencido, se encogió de hombros.

—Corriente—dijo—; te dejaré la carta.

Y añadió malicioso:

—Por lo visto, la aventurilla esta vale dinero...

Bonifacio hizo un signo afirmativo; le molestaba la sonrisita astuta de su interlocutor y la grosería de sus palabras. Crespo era hombre formal.

Cuando el cartero se hubo marchado, fué a colocar en el suelo y reclinada contra una de las paredes del sarcófago la carta de Adelina. Satisfecho de sí mismo, regresó a su oficina y abrió la carta dirigida a él. Estaba fechada en Londres. Su lectura le dejó perplejo; decía así:

«En el crítico momento de ir a echar estas cartas al correo, me acomete un temor del que no me acordé de hablarle la tarde en que nos conocimos. Yo le había

dicho a usted que no sujetase las cartas de Adelina colocando sobre ellas ningún objeto pesado, verbigracia, una piedra. A lo que usted repuso muy discretamente: «¿Y si se las lleva el viento?» Y yo contesté: «No será el aire, sino «ella», quien se las lleve.» ¿Recuerda usted?... Pues bien: la duda que a la hora presente me angustia es la siguiente: ¿y si no es Adelina, sino «el otro», quien las recoja?...

» Me explicaré para que usted me comprenda; y de paso le ruego que, por extravagantes que mis confesiones le parezcan, no hable de ellas con nadie: se trata de una mujer que he amado con toda mi alma...

» Adelina enviudó, y su marido, después de muerto hizo cuanto pudo por separarme de ella. ¡Ah! Si yo fuese a enumerarle a usted los datos precisos, terminantes, irrefragables que tengo para hablar así, no acabaría nunca; referirlos equivaldría a escribir mi historia entera. Bástele a usted saber que el espíritu del muerto me acecha, y seguramente y a pesar de lo mucho que me hizo padecer, aun no ha renunciado a vengarse de mí.

» De esto nace mi zozobra de que sea «el otro», el difunto, y no ella, quien se apodere de mis cartas. Demasiado comprendo que, por tratarse de seres que ya dejaron su envoltura carnal y se hallan, por tanto, fuera del torpe alcance de nuestros sentidos, usted nada, o casi nada, puede hacer en favor mío. Así la presente carta, además de advertirle de los peligros a que me hallo expuesto, no tiene otro objeto que rogarle con todo interés y encarecimiento me informe de cuanto extraordinario o ligeramente anormal ocurra en la tumba de Adelina.

»Le estrecha las manos su agradecido amigo Juan Enrique Halderg, barón de Nhorres.»

Los ojillos pardos de Bonifacio Crespo fueron inconscientemente de un extremo a otro de la estancia; era la segunda vez que, en cuarenta años que ejercitaba la profesión de sepulturero, sentía deslizarse por su piel el miedo a los muertos. El anciano guardián tuvo vergüenza de sí mismo.

—¡Sería gracioso—exclamó—que ese demonio de inglés fuese a volverme el juicio!...

La tarde, aunque riente y azul, era ventosa, y el aire ululeaba bulliciosamente entre las columnas del pórtico. Bonifacio dejó sobre la mesa la carta de Halderg, encendió un cigarrillo y se sentó. Así permaneció largo rato, amodorrado por la melancolía de estar solo. La curiosidad de ver si la carta de Adelina continuaba donde él la dejó, le sacó de la portería. Calóse bien la boina y por el patio de San Martín se dirigió al de Santo Domingo. Una vaga inquietud desconocida le rondaba; parecía que sus pisadas resonaban mejor en la paz de las galerías; aquel vetusto cementerio cuyos rincones más apartados conocía de memoria, cobraba inesperadamente a sus ojos una expresión nueva. El andar cachazudo, las manos metidas en las hondas faltriqueras de su pantalón de pana, Bonifacio Crespo iba acercándose a la tumba de Adelina. Sorprendido, se detuvo: la carta de Halderg no estaba allí. Seguro de encontrarla, la buscó dando vueltas al pequeño mausoleo y no la halló; sus ojos inquisitivos fueron de uno a otro lado esperando descubrir sobre la monotonía gris de las viejas lápidas manchadas por las lluvias y el polvo, la blancura flamante, inmaculada, del sobre. No lo vió. Entonces murmuró:

—¡Claro; lo que yo decía: se la ha llevado el viento!
Pero, en el acto, la voz argumentista de Halderg resonó categórica en su oído:

«O se la ha llevado ella...»

Y seguidamente, cual si su razón se despeñase por una pendiente de locura, pensó:

«O se la habrá llevado «el otro...»

Unos instantes estuvo absorto, contemplando el mauseleo de la familia Riaza, que se recortaba obscuro, modesto, reducido, semejante a la garita de un centinela, sobre la nostalgia cenicienta del patio, por momentos más triste, más poblado de quietud y de misterio, según declinaba la tarde. Después, molestado por el viento que iba arreciando con la vecindad de la noche, encaminóse a su portería. A intervalos y muy lejos, del lado de Amaniel, resonaba la voz ingrata, metálica, de un piatillo de manubrio. Eran más de las seis, y el señor capellán del cementerio, que regresaba de Madrid a pie en dirección a Cuatro Caminos, donde vivía, solía a esa hora visitar a Crespo para preguntarle si ocurría novedad y descansar un rato. Pensando en que iba a ver al cura, Bonifacio experimentó un bienestar desconocido, semejante al que produce de noche la luz. Bajo el pórtico, el vigor avendavalado y ululeante del viento era más sensible; ráfagas fugitivas que herían el suelo oblicuamente, levantaban grandes tolvaneras de polvo; obligados por la fuerza del aire, los cipreses cónicos, rígidos, misteriosos como alcatraces de nigromante, repetían acompasadamente sobre el fondo blancuzco del espacio el mismo signo negativo.

Bonifacio iba a entrar en su oficina, cuando la puerta se abrió violentamente, al mismo tiempo que

los batientes de la ventana cerrábanse con una escandalosa greguería de cristales. La racha de aire motivo del estrépito arrebató de la mesa la carta de Halderg dirigida a Crespo y que éste había dejado fuera de su sobre. El papel pasó ante los ojos del sepulture-ro, raudo, convulsionado, como sacudido por una mano invisible que lo agitase en señal de triunfo. La primera impresión de Bonifacio Crespo fué de terror; pero instantáneamente comprendió la vulgaridad de lo ocurrido, y echóse a correr detrás de la carta, que huía con volar indeciso y terrero de mariposa por el patio de San Martín. Al cabo la alcanzó. Cuando regresó a la portería, cerró la ventana y fuése a la cocina a prepararse su cena. Entretanto, se confesó a sí mismo que había tenido miedo; estaba asombrado de su nerviosidad; su carácter se descomponía; no recordaba haber experimentado nunca tantas emociones ni tan fuertes. También se acordaba del cura.

—Ese—murmuró—no viene hoy; como el tiempo está así...

Cenó, según costumbre, un trozo de pan y un buen plato, ancho y hondo, de bacalao con patatas, generosamente remojado en vino de la tierra. A las ocho cerró la puerta con llave y cerrojos, y dedicando a esta operación cotidiana una atención escrupulosa, nueva en él. Después se acostó y apagó la luz. En la oquedad de los patios mortuorios, el viento polifono gemebundeaba repitiendo el motivo de un treno grandioso y extraño. Bonifacio Crespo tardó mucho en dormirse; tenía miedo; un miedo vago, que no se refería precisamente a los muertos, ni al viento, ni a la noche; un miedo tenue, pero inmenso, que parecía llegar a él de todas partes.

Juan Enrique Halderg esperó en Londres varios días la respuesta de Crespo. Cansado de no recibirla preparó su equipaje y salió para Bruselas; desde allí pensaba trasladarse a París, y luego a Niza. Dos años hacía que peregrinaba sin cesar de ciudad en ciudad, huyendo «del otro», y en ninguna se atrevía a permanecer más de dos o tres semanas. Era indispensable que el muerto, que quizás le perseguía, le perdiese la pista. Las agitaciones de este ininterrumpido peregrinar habían consumido las últimas energías físicas de Halderg: cubría su rostro esquelético una palidez espectral, y sus cabellos, a pesar de su juventud, estaban casi blancos; su cuerpo canijo, cenecño y fibroso, parecía el de un jockey.

La segunda carta que el barón de Nhorres escribió a Adelina estaba fechada en la capital belga.

Decís:

«¿Cómo, todavía, no he recibido noticias tuyas? ¿Qué te sucede? A veces imagino que tu alma ha muerto y que ya, de consiguiente, estamos separados de manera irreparable; otras creo que vives aún, pero que ese hombre te tiene encerrada en algún sitio. ¿Por qué, si puedes, no arrancas de mi acongojado corazón estas dudas horribles?...

»No hay en mi léxico palabras ni en mi imaginación recursos suficientes para expresarte mi dolor. Muerto nuestro hijo, muerto mi padre, muerta tú, vivo en un aislamiento sólo comparable al del cadáver en el fondo de su cripta. En este mundo, por donde ambula mi cuerpo, nadie me conoce; y cuando, como ahora, en esta carta, me asomo a la otra vida para preguntar por los que amé tanto, nadie me responde. ¿Qué hacer? ¿Cómo orientarme? No lo sé. Todo a mi

alrededor es negro, y en esa negrura no hay para mí desesperación ningún camino.

» Por si mi carta anterior no llegó a ti, reitero aquí las preguntas que en ella te hacía. ¿Has visto a nuestro hijo? ¿Has visto a mi padre?... ¿Conversaste con alguna de las muchas almas que debieron de fallecer al mismo tiempo que ellos? ¿Sabes si les vieron pasar?... Mi impaciencia por informarme de todo esto es tan grande, que he estado varias veces tentado de suicidarme para ir a reunirme con vosotros y defensores de nuestro común enemigo. Sólo esta duda me contiene. ¿Os encontraría? ¿Cómo es el mundo de los muertos? ¿Vivís en ciudades, cual nosotros, o formáis luna muchedumbre inmensa que va y vuelve, con la libertad del viento, de un horizonte a otro?... Responde-me tú, tú que me ves, que puedes acercarte a mí. ¿Por qué no vienes, Adelina? ¡Ah! ¿No sabes que paso las noches esperándote?

» Hace pocos días, en una posada de Amsterdam, oí decir a un hombre del campo que los viudos suelen vivir poco porque el muerto a quien amaron, en su deseo de volver a reunirse con ellos, «les tira de los pies». Estas palabras, aunque pronunciadas por un ignorante, me impresionaron, pues la experiencia demuestra que el vulgo sabe, por intuición, tanto o más que los sabios. Además, corroboran mi creencia de que alrededor de los moribundos, y como multitud que esperase en un andén la llegada de un viajero, se agitan la mayor parte de las almas, amigas o enemigas, que les trataron en la vida carnal, y a esto obedece el que aquéllos se acuerden, durante los brevísimos momentos que preceden al último trance, de todo cuanto fueron. Y apenas expiran, cuando los es-

piritus que les aguardan les cercan, y mientras unos les abrazan y festejan, otros les amenazan con puñales hechos de la misma materia impalpable de que están fabricados sus cuerpos.

»¿Es cierto esto? Dímelo, dilo, Adelina... tú que ya lo sabes todo. ¿Puedo, al matarme, tener la seguridad de que en esa primera estación de la otra vida estarás tú esperándome?... ¡Oh! Yo te juro que, si eso fuese verdad, no tardaría veinticuatro horas en ir a abrazarte.

»Mañana por la noche voy a París; ya conoces mis señas allí: «Hotel de San Lázaro»; te las decía también en mi carta anterior.»

Tres días más tarde, ya desde París, escribía Halderg:

«Anoche, cuando llegué al hotel, mi sobresalto y mi contento eran tan fuertes, que me dolía el corazón. Me habían destinado dos habitaciones del piso segundo. Pareciéndome que el ascensor subía muy despacio, oché a correr escaleras arriba; iba cantando, feliz como un muchacho que vuelve de la escuela. Un extraño optimismo me dominaba; tenía la seguridad de que tú me aguardabas allá arriba y de que, apenas cerrase la puerta de mi dormitorio, iba a «sentirte». Llego, despido al mozo y espero: ¡uad!... Vienen a recordarme que es hora de cenar, y respondo que no tengo apetito. No quiero salir de aquel cuarto donde, a mi juicio, tú habías de ir a buscarme. ¿Te acuerdas de nuestras primeras citas? Pues así, con la misma emoción, con la misma alegría, te esperé ayer... Y dieron las diez, y las once, y fué media noche, y los gallos cantaron muchas veces, y el cielo comenzó a teñirse con las alegrías de un amanecer nuevo... ¡y tú no fuiste!

» A ratos pienso: «¿Es que ya no me quiere?...» Pero, no; eso no es posible. Bien sé que durante aquellos seis u ocho meses que precedieron a la sangrienta catástrofe que nos separó, tú me amabas muy poco... o no me amabas, porque «el otro», hábilmente, había sabido anularme. Aquello, sin embargo, pasó; tu espíritu, desligado por la muerte de la torpeza carnal, ve ahora claramente la nobleza de mi alma, y su martirio, y la hoguera de inextinguible amor en que por ti se abrasa. Y sabiendo esto y estando cierta de que a ti sacrificué las vidas de mi padre y de mi hijo, ¿cómo no habías de quererme... aunque fuese poco... pero lo bastante para acudir a mi llamamiento desesperado?... Repito que eso no puede ser, lo afirmo así porque eres mujer, y todas las mujeres tienen, para quien las ama locamente, el amor espiritual, amor sin besos, de la misericordia.

» Por lo mismo, creo que es «el otro» quien, caminando continuamente a tu lado, impide nuestra aproximación. También me sorprende que «él» no me visite; desde que te maté, no ha vuelto a inquietarme. ¿Qué ha sido de ese hombre maldito? ¿Acaso mi revólver mató su alma al mismo tiempo que destrozaba tu cuerpo? ¿O es que te vigila día y noche, y renuncia al placer de atormentarme por no separarse de ti?... Y si esta última hipótesis es la verdadera, di: ¿qué hace contigo? ¿Te quiere? ¿Te azota? ¿Prosigue el miserable torturando tu alma, como antaño magullaba tu carne? ¡Ah! Si yo pudiese invocarle, le diría: «Ensañate conmigo, estrújame el corazón, inventa suplicios, haz lo que quieras... pero deja que ella sea dichosa.» Pensando en esto paso los días y las noches, unas veces buscándole, otras huyendo de él...

»Adiós, Adelina; procura verme pronto, porque me siento muy caído. Excepción hecha del cerebro, todo en mí está arruinado; raros son los días en que no arrojó sangre por la boca...»

Cuando acabó de escribir, el barón de Nhorres se vistió para ir a correos. Hizolo pausadamente, con ese cuidado prolijo que dedican los elegantes de raza a su indumentaria: los zapatos de charol, la americana y el pantalón grises, el chaleco de terciopelo color de aña, la corbata a rayas verdes y blancas, sujeta por un imperdible de oro, soplada, extravagante y llamativa, como una flor japonesa. Al salir del hotel, le entregaron una carta que Halderg abrió temblando. Era de Bonifacio Crespo. En ella el anciano guardián del cementerio de San Martín le informaba de que todas sus instrucciones eran cumplidas por él escrupulosamente

Y añadía:

«Las cartas de esa señora las coloco por las noches junto al sitio donde está enterrada, según usted me encargó. Ahora bien: ¿es «ella» quien las recoge, o es el viento el que las pierde?... No sé: lo que sí puedo decir a usted es que a la mañana siguiente, cuando me levanto, ya no están allí. Por esto y por otros detalles, voy creyendo que tiene usted razón.»

Juan Enrique Halderg pasó el resto de la tarde muy preocupado por el misterio de aquella carta. El laconismo del sepulturero le inquietaba; ¿a qué pormenores se referiría?... ¿Habría advertido algo extraordinario? Y en caso afirmativo, ¿cómo no se explicaba? ¿Era por miedo? ¿Era por torpeza?... Dos días después recibió otra carta de Bonifacio Crespo, cuya lectura le produjo el espanto de una bomba que hubiese reventado a sus pies. En ella el sepulturero se negaba

terminantemente a seguir interviniendo en aquel asunto.

Concluía:

«Me duele mucho decírselo, pero no quiero engañarle. Tengo miedo. Usted me preguntará: «¿Ha visto usted algo, ha oído usted algo?... Y yo le respondo: «No, señor: yo no he visto nada, ni he oído nada. Hago la vida de siempre; nadie viene a visitarme, me paso los días sin hablar con nadie...» Y, sin embargo, sé que no estoy solo; «lo siento...» y, no puedo expresarme mejor, pero no dudo de que alguien está conmigo, lo que me produce un miedo horrible. Hace dos semanas que no duermo. Así, pues, le ruego que no vuelva a escribir más cartas a esa señora, porque las devolveré.»

Aquella noche el barón de Nhorres la pasó en vela, aterrado ante el fracaso de sus últimas esperanzas. Recordaba su calvario. La misma madrugada en que, creyendo matar a Riaza, asesinó a Adelina, pudo huir a Londres, luego emigró a Escocia, y desde allí, embarcado en un falucho, pasó a Méjico. Por América anduvo cerca de dos años; entonces se sentía bien, tranquilo, libertado «del otro», dueño de sus actos, como si renaciase a una vida nueva. Únicamente el recuerdo de Adelina le torturaba. «¿Qué habrá sido de ella?—pensaba—; ¿me creará un asesino? ¿La habrá recobrado «el otro»?...» Este pensamiento ineluctable, invencible, le barrenaba el cráneo y le trajo a Europa. Durante algún tiempo permaneció en Londres, viviendo una existencia solitaria, durmiendo sosegadamente, admirado de que ninguno de sus muertos fuese a visitarle. Un silencio absoluto le rodeaba, y aquella quietud, lejos de calmarle, ponía acicates de fuego a

su curiosidad. En el aislamiento su pasión, jamás vencida, se enardecía. Los retratos que conservaba de Adelina avivaban su recuerdo. Perdió el sueño y poco a poco el imperio de sí mismo. A todas horas la pregunta: «¿Qué habrá sido de ella?...» oprimía su frente. Al cabo volvió a España, fué a Asturias, y por confidencias que supo obtener hábilmente, averiguó que los padres de Adelina habían trasladado los restos mortales de su hija a Madrid, y al nicho que en el panteón de la familia Riaza tenían reservado. Estos detalles acucieron la curiosidad y aun los celos de Halderg. «El otro», no satisfecho con apoderarse del alma de Adelina, había capturado también su cadáver: ya estaban los dos juntos otra vez, ya el cuerpo de la viuda dormía, al lado del esposo, el sueño eterno. ¿Cómo enterarse del paradero de aquellas almas? Entonces fué cuando el barón de Nhorres, no sabiendo qué hacer, concibió la extravagante idea de escribir a Adelina.

«Los espíritus --pensaba-- gustan, sin duda, de visitar el sitio donde su cuerpo reposa; y así, cuando el suyo vea mis cartas, sabrá que no la he olvidado, y me buscará.»

Esta esperanza dió a su voluntad la fuerza de una nueva alegría. Lleno de confianza emprendió aquella correspondencia absurda; pasaron los días, los meses, y la soñada probabilidad de arrancar al misterio una respuesta le sostenía. Pero ahora, ante la negativa terminante, irreductible, del guardián de San Martín, aquella última ilusión fracasaba también. ¿Quién asustaba a Crespo? ¿Era Adelina? ¿Era Riaza?... El barón de Nhorres no vaciló un momento: era «el otro» quien así le privaba del único recurso de que podía

servirse para llamar a la muerte. La situación de Halderg había empeorado. ¿Cómo conservar la alianza, en tales momentos indispensable para él, del sepulturero?

Sin perder instante, Juan Enrique escribió a Bonifacio Crespo una carta breve, pero armada de la elocuencia teúrgica, seductora y confortante, del dinero.

«Es indispensable—decía—que siga usted ayudándome hasta que «ella» pueda comunicarse conmigo directamente. Entretanto, no tenga usted miedo, pues seguro estoy de que ningún daño ha de ocurrirle. Aquí, el único odiado y expuesto a la venganza «del otro» soy yo.

>Adjuntos remito a usted ochocientos francos. No dispongo en este momento de mayor cantidad.»

Por la noche, Juan Enrique Halderg escribió a Adelina:

«El portero de la sacramental de San Martín se niega a entregarte mis cartas; ¿lo sabías?... Sospecho que no; y, si lo sabes, es porque «el otro», que ya no dudo te tiene encerrada, te lo ha dicho.

>Riaza, como ves, prosigue victoriosamente su obra destructora; con él triunfa la muerte; él asesinó a nuestro pobre hijo inocente y a mi padre; él, también, te asesinó a ti, y para mayor desesperación mía supo alucinarme de manera que fuese yo... ¡yo mismo! quien te matase. No puedo alejar de mi espíritu la visión sabática de aquel bulto negro—hombre o fiera, no sé—que te ahogaba; y esto me induce a creer que Riaza sigue atormentándote. Cuando él, luego de dejarme impotente, se deslizaba en tu lecho para gozar de ti y recobrarte, yo vela que, en efecto, tú ibas rindiéndote a él. Y te aconsejé: «No te fíes de ese hombre; su es-

píritu precito, roído por todas las ponzoñas infernales, sólo quiere tenerte para vengarse del daño que le hiciste, y miente cuando demuestra haberte perdonado.» ¿Te acuerdas, Adelina, de estas palabras mías?...

»Pues bien; yo estoy seguro de que, desgraciadamente, mis temores eran fundados y que mi predicción se ha cumplido. Tú estás presa y tu verdugo, como antes, te destriza con sus dientes y te flagela y te impone ayuntamientos infames. ¿Cómo se acarician las almas? ¿Cómo se poseen? ¿Es verdad que los espíritus, no hallándose sujetos a las debilidades de la materia, pueden vibrar durante horas y horas en la llama del espasmo carnal?... Estas interrogaciones me enloquecen, se clavan a mis sienes sudorosas como espinas...

»Según todos los caminos de esta miserable vida humana llevan a la muerte, así todo cuanto me rodea me lleva a ti, que eres mi muerte. Sí; yo necesito morir para correr en busca tuya; lo único que hasta ahora me contuvo es el temor de no hallarte; pero, en último término, ¿no es verdad que, apenas mi alma pueda volar libremente de un sitio a otro, estaré mucho más cerca de ti que ahora?... Hace tiempo que la idea del suicidio me ronda; por momentos la siento más próxima; si yo quisiera expresarla de un modo gráfico diría que es una mancha negra que veo tendida a mis pies, una especie de abismo del que se desprende una rara emoción de silencio y de humedad. Pienso con frecuencia: «Cuando yo me mate..» Y estas palabras, que asustan al vulgo, me producen una sensación placida, sedante, preciosa a la que experimentamos cuando en una tarde de Agosto, irritados los ojos por la claridad estridente del sol, nos echamos a dormir bajo

los árboles, sobre el herbazal de un paraje verde y umbrío, donde canta una fuente.

»El revólver que te mató me acompaña; por nada me separaría de él. Muchas veces le digo refiriéndome a ti: «Tú, que me la quitaste, debes llevarme a su lado.» El arma calla y yo continúo: «¿Tú sabes dónde está?...» Como supondrás, el revólver no me responde; su cuerpo, donde acechaban seis balas, permanece mudo; pero su cañón rígido y negro, de un ébano brillante, semejante al dedo índice de un etíope, parece señalarme un camino. ¿Será casualidad?... ¡Tal vez!... Pero es lo cierto que siempre que lo saco del bolsillo y lo coloco sobre mi mesa para interrogarle, apunta al Norte, como diciéndome: «Allí está.» ¿Me engañará? Habla, Adelina: ¿es cierto que, cuando yo muera, mi alma debe buscarte en ese rumbo?...

A esta carta siguió otra fechada en Niza, y que era una prueba concluyente de que el barón de Nhorres derivaba hacia un estado de completa enajenación mental.

Decía:

«Ayer mañana, media hora antes de salir de París, estuve tentado de entregarme a la justicia. Ignoro cómo pude contenerme. Una voz me aconsejaba presentarme inmediatamente en la prefectura de policía, diciendo: «Soy un asesino; préndanme ustedes; yo he matado en mi país a un hombre y a una mujer...» Tuve miedo de mí mismo y, para no delatarme, subí a un coche que, en el acto, me llevó a la estación. Cuando partió el tren lloré de júbilo; comprendía que acababa de librarme de un gran peligro.

»Esos remordimientos que han perdido a tantos homicidas llevándoles, como atados de pies y manos, a

la presencia del juez, no son un «estado de conciencia», como creen los psicólogos, sino el espíritu de su víctima que, de un modo hipnótico, merced a influencias telepáticas, les incita y obliga a declarar sus fechorías. Convencido estoy de que la voz alevosa que ha intentado perderme era la de Riaza; pero, por esta vez, se llevó chasco: he sabido callar y mi silencio ha amparado mi libertad. De hoy en adelante viviré prevenido, y cuando «el otro» vuelva a aconsejarme la confesión de mi crimen, me acordaré de que necesito ser libre para matarme cuando lo estime oportuno y volver a ti.»

Al llegar aquí, la escritura nerviosa y menuda del barón de Nhorres se embrollaba. Varios renglones, escritos en caracteres ininteligibles, estaban tachados. Una gruesa gota de tinta que Halderg, precipitadamente, trató de secar con el dedo, extendió sobre el papel una gran mancha azul. Después, ya más tranquilo, el barón de Nhorres había seguido escribiendo: «Esta carta, que empecé el miércoles, la continúo hoy sábado, día veinte de Agosto. La culpa de tal interrupción la han tenido mis nervios; estoy muy enfermo; mi cabeza, firme siempre hasta aquí, comienza a vacilar; mi razón debilitada es como una lucecita que a intervalos oscilase y muriese; cuando esto sucede, toda mi pobre conciencia queda en sombras. Padezco alucinaciones: de día, y más aún de noche, veo a mi alrededor un enjambre de manchas amarillas, redondas, brillantes, que me recuerdan los ojos circulares de Riri y el topacio que llevaba en una sortija «el otro», la mañana en que murió. También se producen en mí fenómenos muy notables de disafía: todo cuanto toco lo hallo frío y me parece que tengo las

manos rojas, enteramente rojas, cual si me las hubiese bañado en sangre. Comprendo que nada de esto es real y que todo se reduce a una quimera de mis ojos, por cuanto nadie repara en mí; pero aún no he podido acostumbrarme al contraste extraño, monstruoso, que ofrecen mis manos cuando, en la mesa, las veo moverse, semejantes a arañas venenosas, sobre la blancura reverberante del mantel. Dos médicos me han reconocido, y ambos dicen que mi enfermedad es de origen nervioso: me aconsejan que cambie con frecuencia de clima, que busque latitudes templadas, que duerma el mayor número posible de horas, que coma bien, que deseché cuantas preocupaciones puedan sobresaltarme... ¡Lo de siempre, lo que decía Fontana!... Yo les oigo distraído, y al marcharme de su consulta les entrego desdeñoso mi mano sangrienta. En el hotel, los criados están asombrados conmigo, porque me han visto sumergir los pies en agua hirviendo y asegurarles después que estaba fría.

»¿Iré a perder el juicio? Creo que sí; no sé. De lo único que estoy persuadido es de que voy a vivir muy poco. Entretanto, el silencio me rodea; un silencio sin fin. Tú no me visitas, «él» tampoco; no veo nada, no oigo nada: separado de los vivos por la anormalidad de mis nervios, y de los muertos por mi carne, llevo la existencia solitaria y errante de los cometas. ¿Cuándo finará este suplicio?... ¡Ay, Adelinal! ¡Con cuánta largueza estoy pagando las breves horas de felicidad que me distel...»

Otra carta tenía fecha nueve de Septiembre. Juan Enrique Halderg la escribía desde Perpignan.

«Sin advertirlo, siempre que subo a un tren es para acercarme un poco más a España, donde tú duermes.

Por este mismo correo le remito a tu sepulturero doscientos cincuenta francos. El silencio de ese hombre, que parece honrado, me preocupa mucho; más de dos meses hace que no recibo noticias tuyas. ¿Habrá dejado su portería? ¿Se habrá muerto también?...

»Tengo grandes y variadas novedades que contarte, pero el temor de que mis cartas se pierdan me quita las ganas de escribir. Hace poco tiempo que mis asuntos marchan torcidamente. En París he perdido al juego cerca de sesenta mil francos; en Niza, al día siguiente de llegar, me robaron un maletín que contenía alhajas y dinero en libras y billetes por valor de varios miles de duros; finalmente, hoy me escribe mi administrador comunicándome la fatal noticia de que mi finca de Chichester, recuerdo de mi madre, acaba de ser destruida por un incendio; la casa estaba asegurada, pero los muebles, que representaban una fortuna, se han perdido. Aunque el dinero no me preocupa, tantas desgracias seguidas contribuyen indudablemente a recrudecer el mal estado general de mi espíritu. ¿A qué debo atribuirlos? ¿Acaso «el otro», cansado de lastimarme en el corazón, se propone destruir también mi hacienda y dejarme sin pan?... Desde ahora puedo asegurar que, si tales son sus propósitos, no le daré tiempo a que los realice, porque mucho antes de que esa hora llegue, yo habré muerto.»

Con la nostalgia de los días otoñales, lloviznosos y amarillentos, la neurastenia de Juan Enrique Halderg se agravó. Atormentado, huyendo de sí mismo, recorrió varias ciudades de la costa occidental de Italia; estuvo en Roma, pasó el estrecho de Sicilia, fué a Venecia, volvió a París, y en el transcurso de aquel dilatado éxodo, las cartas que sin descanso continuaba

enviando a Adelina parecían ir tejiendo tras él una estela de dolor.

La segunda misiva que escribió desde la capital francesa tenía una elocuencia concisa, rectilínea, irrevocable. Decía:

«Convencido de que mi esperanza de volver a sentirte es vana, he resuelto matarme. Lo decidí anoche mismo, tranquilamente, mientras el cuerpo negro de mi revólver resbalaba entre la quimera de mis manos rojas... Y como respondiendo a mi propósito, su cañón siniestro, rígido, semejante a un dedo hecho de tinieblas, señalando al Norte, parecía dictarme un camino.

»Me suicidaré, sí; ¿a qué espero?... De este modo, si vives, iré a reunirme contigo y mataré «al otro»; y si él te hubiese estrangulado ya, le mataré también. Yo sabré buscarle. Cada alma tiene su sino, y el sino de la mía es acabar con ese hombre; tal es mi obligación, y las faenas que nos impone el deber no deben dejarse inconcluidas. Adiós, Adelina, adiós. Hasta muy pronto.»

Esta carta, más otra dirigida a Bonifacio Crespo, y que contenía doscientos franceses, llegaron a manos del sepulturero cuando éste terminaba de almorzar.

El semblante afeitado del viejo se arrugó con una mueca de disgusto.

—¿Cartitas tenemos?—murmuró.

El cartero se había sentado, dejando en el suelo el maletín de la correspondencia.

--Las dos acaban de llegar de París—dijo—; por lo que voy viendo, su autor viaja más que un tren.

Bonifacio Crespo se había quitado la boina y se acariciaba el cogote con un gesto campesino y perplejo.

—Más vale que te las lleves—dijo.

—¿Por qué?

—Porque sí...

—Te advierto que vienen, como todas, certificadas.

—No importa.

—¿Digo entonces que no has querido admitirlas?

—Eso es...

El cartero inspeccionaba a su interlocutor, sin adivinar cuál fuese el motivo de aquella hostilidad y mudanza. Por chanza agregó:

—¿Es que tienes miedo a los muertos, y no quieres mezclarte en sus asuntos? ¿Verdad?... Haces bien. Verdaderamente, con los finados no se debe jugar.

Recogió su cartera, dispuesto a marcharse. Bonifacio Crespo vacilaba entre los consejos de su codicia excitada por los donativos generosos y frecuentes de Halderg y aquella positiva emoción de terror que de noche especialmente le circundaba y oprimía. Después de haber escrito a Juan Enrique exponiéndole su decisión de no admitir más cartas suyas, fué débil y siguió recibéndolas; indujéronle a transigir, de una parte, su afán de lucro; de otra, la misma originalidad folletinesca de aquel lance; aventura de manicomio que servía de tenebroso epílogo y remate a alguna inaudita historia de dolor. Indeciso, Bonifacio miraba aquellas dos cartas que su interlocutor le enseñaba aún, como queriendo comprometerle a aceptarlas. Tenía miedo; sin embargo... En el sobre de la dirigida a él sus ojos avariciosos leyeron: «Valores declarados: doscientos francos.» La enjundia confortadora y persuasiva de esta manifestación le convenció; ¿por qué no ser misericordioso otra vez?

—¡Corriente—exclamó—; déjalas, me quedaré con ellas! Yo soy así; no sé negarme a nada.

Cuando se quedó solo abrió su carta, de la que extrajo cuatro billetes de a cincuenta francos. En media hoja de papel el barón de Nhorres había escrito:

«Amigo mío: Le ruego no deje de entregar la carta que por este mismo correo envió a Adelina. Es, de todas cuantas hasta hoy la he remitido, la que más me interesa. Cuide usted de ella, en la seguridad de que ya he de molestarle a usted muy poco.»

Bonifacio Crespo hubiera podido impunemente guardarse el dinero de Halderg y romper la carta de Adelina. Pero tan sucia felonía repugnaba a la rudeza hidalga de su carácter. El barón de Nhorres podía estar tranquilo: su carta sería entregada.

Crespo pasó la tarde subido en un andamio, arreglando los desperfectos causados en una galería del patio de San Ildefonso por el copioso llover de aquellos últimos días; algunas lápidas cayeron al suelo, y en la extensión amarillenta del muro los nichos recortaban su boca negra y fétida. El viento suspiraba largamente bajo las bóvedas e imponía a los cipreses rígidos ceremoniosas reverencias. Del cielo plomizo caía una llovizna compacta, pertinaz y tan sutil, que tenía la blancura y el silencio de la neblina; bajo su peso, los mojados herbazales se desmayaban; por el perímetro ceniciento de las viejas tumbas sin epitafios, el agua corría, tejiendo brillantes y delicados arabescos.

La llegada del señor capellán obligó a Bonifacio Crespo a interrumpir su trabajo. En la amplitud del pórtico, la figura del sacerdote, envuelto en la negrura de sus hábitos, que las garras del aire zarpeaban como si quisieran arrancárselos, parecía más pequeña.

Era un viejecillo enjuto y menudo, de rostro bondadoso y cabellos blancos. Mientras con la mano que empuñaba el paraguas procuraba ceñirse al cuerpo la flotante sotana, con la otra se oprimía el sombrero sobre la cabeza. Bonifacio se maravilló de verle; aquella tarde no le esperaba.

—Con este tiempo—dijo—, no sé cómo ha tenido usted valor para venir a pie. Supongo que el camino será un lodazal...

El señor capellán sonrió y mostró a su interlocutor sus botas de elástico embarradas y vueltas hacia arriba por la humedad. El hubiera tomado en la Puerta del Sol el tranvía, que le dejaba a pocos metros de su casa; pero le gustaba andar; una costumbre; el día en que se acostaba sin haber hecho ejercicio no podía dormir. El sepulturero se estremeció:

—Yo también—repuso— llevo una temporada durmiendo muy mal, no sé por qué...

Subintraron en la portería, y el cura, que iba delante, vió sobre la mesa las cartas y los billetes de Banco de Halderg. Bonifacio Crespo se apresuró a recogerlos, guardándoselos en un bolsillo interior de su chaquetón de pana; se había demudado y su turbación tampoco pasó inadvertida para el señor capellán. Sentáronse los dos hombres, el uno enfrente del otro, y el cura sacó tabaco. Crespo encendió un quinqué con pantalla blanca y pie de metal, que difundió por la reducida habitación una claridad vagarosa. Cerró los batientes de madera de la ventana; las sillas de enea extendían largas sombras en la pared; sobre los entrepaños de los altos estantes, los *Libros de enterramientos* que guardaban los nombres de todos los inquilinos de la sacramental aparecían con una expre-

sión extraña; eran volúmenes tristes, fríos, que irradiaban una emoción de eternidad. Fuera, bajo el atrio y en la vacuidad sonante de los patios, el viento gemebundeaba desolado; cuando callaba, se oía tímidamente la canción suave, canción de seda, del aguacero. El señor capellán golpeaba el suelo con sus zapatos embarrados.

—¿Tiene usted fríos los pies?—preguntó Bonifacio.

—Helados los traigo.

—¿Quiere usted calentárselos?

Fuése a la cocina, de donde volvió con un buen brasero: la roja lumbre lució en la obscuridad como un rubí fantástico. Esparrancados sobre el fuego, el portero y el cura hablaban despacio; alrededor de sus cabezas, el humo de sus cigarrillos formaba un halo azul.

—Mañana—dijo el capellán—tenemos entierro.

—¿A qué hora?

—Por la tarde; a las dos.

—¿Quién?

—Un tal don... no recuerdo ahora el nombre. La sepultura la tiene en el patio de Santo Domingo.

—¿Entierro de primera clase?

—De primera clase.

—Ese patio—repuso Crespo—es el que más trabaja; me parece que ya no quedan en él ni quince nichos vacíos. En cambio, en el de San Benito hace dos años que no se da tierra a nadie.

Frunció las cejas poderosas, recordando.

—Si no me equivoco—agregó—, hay en él todavía cincuenta nichos, lo menos, desocupados.

Ante la imagen de la muerte que no perdona, los ojos azules de aquel capellán se entornaron pacíficos,

y su cabeza blanca, cansada de vivir, tuvo un ademán afirmativo de resignación y melancolía.

—No hay para qué impacientarse—murmuró—; se llenarán todos.

Preguntó luego si eran de mucha consideración los desperfectos causados por las lluvias.

—Si lo fuesen—agregó—, mandaré venir un par de albañiles, pues comprendo que usted está viejo y no puede ocuparse de todo.

Sacó su reloj y se asombró de que marcase las cinco y media. No podía ser tan temprano; se lo llevó al oído.

—¡Naturalmente!—exclamó—; ¡si no anda! ¿Tiene usted hora?

Eran más de las siete. El señor capellán se levantó asustado. ¿Cómo pudo deslizarse el tiempo tan pronto? No lo comprendía. Empuñó su paraguas y embozóse bien en su manto. La noche había cerrado.

—Hasta mañana, Bonifacio.

—Hasta mañana, que usted descanse.

Después, casi sin verle, le gritó:

—¡Procure usted ir siempre por la derecha... el camino es mejor!

—¡Bien, bien!... —respondió el cura.

Su silueta negra se perdió en el horror de la tiniebla nocturna, como borrada por la lluvia y el viento. Bonifacio Crespo cerró la verja del atrio y regresó a su oficina, cuya puerta aseguró también con llave y cerrojos. Mas apenas lo hizo, cuando recordó que no había llevado la carta de Adelina a su sitio. La idea de salir otra vez le intimidó; el frío era intenso; llovía...

«Mañana...» —pensó.

Encaminóse a la cocina a preparar su cena, y, de repente, miró hacia atrás: tuvo miedo; un temblor magnético rozó su piel; diríase que algo invisible le envolvía, deteniéndole, registrándole quizás, y el viejo se acordó de las cartas de Halderg que llevaba en un bolsillo. Comió sin apetito, pero de prisa; quería acostarse pronto; parecíale que, una vez en la cama, su agitación disminuiría.

Sobre el tejado de la portería el aguacero tamborileaba furioso, y en el doble silencio de la noche y del campo el viento ululeaba al desgarrarse en las revueltas de los patios. Bonifacio Crespo no quiso entretenerse en calentar su café y lo bebió frío; a intervalos la llama del quinqué colocado encima de la mesa oscilaba con temblores breves, momentáneos, que traían la sensación de que ante ella voltejeaba una sombra. El viejo buscó la explicación física de aquel fenómeno: indudablemente era el aire que penetraba por las rendijas de la ventana lo que estremecía la luz. Su nervioso pavor, no obstante, iba en aumento; de minuto en minuto sentía sobre la dura epidermis de sus mejillas erizarse su barba, mal afeitada; el miedo le enfriaba el estómago.

—No estoy solo—murmuró—; aquí hay alguien...

¿Quién podía acompañarle? ¿Era Adelina? ¿Era aquel «otro» de quien el barón de Nhorres le había hablado?... La maravilla de tales preguntas acabaron de aterrarle. Levantóse diligente, atravesó la cocina y fué a refugiarse en su dormitorio; era una estancia pequeña, sin más muebles que una camita y un lavamanos de hierro y dos sillas. Bonifacio encendió una vela, desnudóse rápidamente, masculló una oración, hizo por cuatro veces la señal de la cruz y se acostó

Unos instantes permaneció inmóvil, los ojos puestos en la blancura de las paredes encaladas; luego mató la luz. Largo rato estuvo así, los párpados de par en par abiertos ante la tiniebla de la habitación; no tenía sueño; todo le asustaba; sus oídos hiperestesiados percibían roces lejanos sigilosos, como producidos por unos pies desnudos.

Bruscamente el viejo experimentó la emoción de que algo vivo, algo humano, acababa de penetrar en la alcoba: lo sintió avanzar, acercarse a su lecho, envolverle.

«Es «ella» — pensó —, que viene a pedirme su carta...»

Tapóse la cabeza con las mantas y esperó, conteniendo el aliento. En el silencio crujió una silla... la silla donde él había dejado su ropa con las cartas de Halderg: ¿qué hacía el alma de la muerta?... Bonifacio Crespo trató de decir la oración de los difuntos «Desde lo más profundo clamé a Ti, ¡oh Señor!...» Pero no pudo continuar, no la recordaba, el miedo le emborronaba la memoria. Su cuerpo grimoso comenzó a tiritar, y en la quietud del dormitorio la cama gemía, contagiada por aquel temblor de epilepsia. Volvió a musitar mecánicamente: «Desde lo más profundo clamé a Ti, ¡oh, Señor!...» Sus ideas se embrollaban, no sabía continuar. Esperó. Transcurrieron algunos instantes; la silla crujió de nuevo y Bonifacio oyó que sus ropas resbalaban y caían al suelo. Instantáneamente, fuera de sí, impulsado por una de esas reacciones temerarias que suele producir el terror, incorporóse y extendió una mano para palpar...

* «Yo te daré tu carta...» — iba a decir.

Pero sus labios blancos, fríos, desquijarados por el

miedo, no se movieron. Tendido sobre el suelo, bajo la puerta, había un hilo de luz espectral, amarillenta. ¿De dónde provenía aquella claridad? Crespo intentó recoger sus ideas: no había luna y tenía la certidumbre de que el quinqué del despacho quedó apagado. ¿Entonces?... Esta coordinación de pensamiento duró dos o tres segundos, acaso menos. Vesánico, agitado por las primeras convulsiones del terror lívido, el sepulturero brincó del lecho, vistióse el pantalón y la chaqueta, y sin camisa y descalzo, dirigióse a la puerta. En la tiniebla del dormitorio, algo negro también le rozaba la cara. Jadeante, yerto, Bonifacio Crespo salió de su alcoba, atravesó a zancadas locas la cocina, llegó al despacho. Sobre la mesa el quinqué, que sin duda Crespo dejó encendido, lucía tranquilamente. En aquella luz, sin embargo, que quedó alumbrando la habitación desierta, había un misterio. El viejo lo sintió. Alucinado, creyó que algo terrible le cubría, acosándole, pidiéndole imperioso aquella carta dirigida a Adelina y que él no había entregado aún. ¿Era ella misma quien la reclamaba? ¿Era «el otro»?... ¿Qué importaba! Delirante, como mordido por el veneno de aquella locura que dieron a Riaza y a Halderg los labios de la muerta, el viejo prerrumpió:

—¡Tómala! ¡No la quiero!... ¡Llévatela, llévatela!...

Inconsciente, con la furia del pánico, sacó de su bolsillo la carta de Adelina y la dirigida a él, y comenzó a destrizarlas; los billetes también quedaron rotos.

—¡No quiero nada!—gritaba—, ¡no quiero nada!... ¡Nada!...

Así trataba de sincerarse; aquel destrozo le parecía una purificación; él no conocía a Halderg, ni tenía interés en protegerle; él renunciaba a todo.



—¡No quiero dinero! ¡No quiero nada!...—repetía.

Abrió la ventana y arrojó los fragmentos de papel al espacio. Pero el viento, semejante a un espíritu, los devolvió todos a la habitación, llenándola con el rumor rastreado de aquellos pedazos, unos oscuros, otros blancos, que volaban de un lado a otro, deteniéndose sobre los estantes o deslizándose por los rincones, bajo los muebles, como mariposas agoreras. Bonifacio Crespo, corriendo tras ellos, pudo coger algunos, que inútilmente quiso lanzar a través de los barrotes de la ventana: el viento los rechazaba; la ventana abierta sobre la noche negra, los escupía; parecía una boca. Entonces el viejo sólo pensó en huir. Abalanzóse a la puerta; la llave, los cerrojos, chirriaron entre sus manos frenéticas; abrió. Una racha de aire apagó el quinqué, y los pedazos de papel se arremolinaron chocando como murciélagos en las tinieblas. Bonifacio Crespo sintió que unas manos le sujetaban por los hombros, y el terror le privó de sentido; su corazón se detuvo. Cayó al suelo de bruces, muerto.

Los trozos de papel, arrebatados por el viento, pasaron sobre su cuerpo danzando un aquelarre brujo...

Ocho días después, el barón de Nhorres escribía a Adelina:

«He vuelto a Londres porque quiero que me entiendan al lado de mi padre. No espero más. ¿Para qué? Desde ayer mis manos me parecen más rojas que nunca. El revólver que ha de libertarme está sobre mi mesa. Dentro de un instante me tendrás a tu lado aún podemos ser felices. Adiós.»

Juan Enrique Halderg se suicidó dándose un tiro en el corazón. Su cadáver fué conducido al Depósito,

donde algunos de los criados, que le conocieron niño, le velaron hasta la mañana del día siguiente. En sus pupilas azules, enormemente dilatadas, habla un gran espanto. Alguien quiso bajarle los párpados y no pudo, y cuantas veces trató de cerrárselos otras tantas los párpados rebeldes, con la rebeldía de un terror infinito, tornaron a abrirse.

Su nodriza, su segunda madre, le cubrió la cara con un pañuelo, y de su boca sollozante salieron estas palabras profundas:

—Dejadle que mire como quiera; acaso tenga razón para mirar así. ¿Sabe nadie lo que al otro lado de la vida pueden estar mirando los ojos de los muertos?...

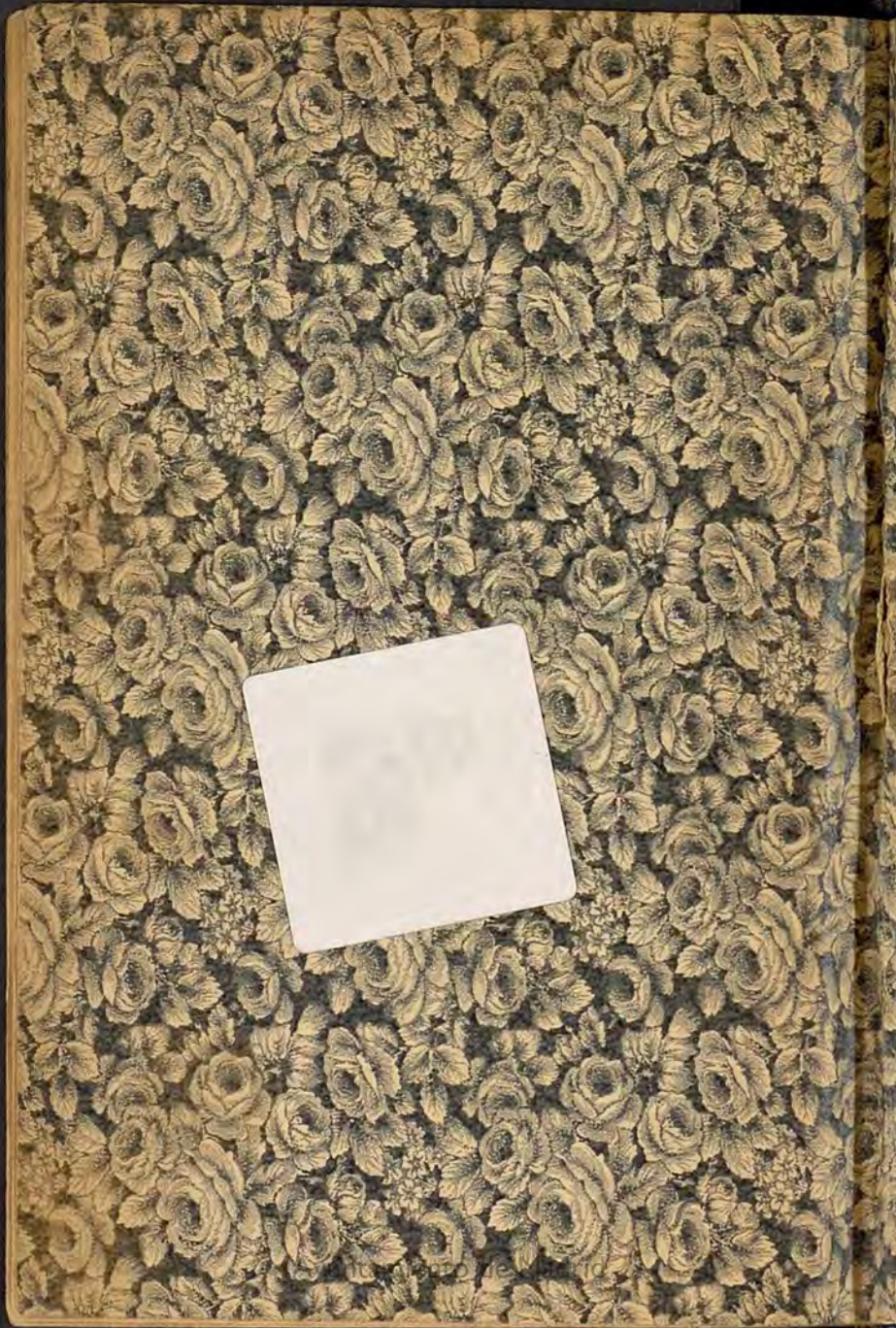
Madrid.—Junio, 1910.

FIN



Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL DE VALLECAS

Sig.^a 86-9

Autor ZAM

Vol OTR

Reg.^o 1583

